

ANTONIO SOLER

Boabdil

*Un Hombre
Contra el Destino*



Lectulandia

En «Boabdil. Un hombre contra el destino», Antonio Soler pone en juego su indiscutible talento para la narración para contar la historia de dos personajes formidables: Boabdil, el último rey nazarí de Granada, encarnación de un sino trágico, y Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, ejemplo de las virtudes guerreras. Estos dos hombres, obligados a enfrentarse aunque en otras circunstancias hubieran estado destinados a entenderse, simbolizan el final de una época apasionante que Soler recrea con destreza, conocimiento y nervio.

Lectulandia

Antonio Soler

Boabdil

Un hombre contra el destino

ePUB v1.0

13.08.13

más libros en lectulandia.com

Título original: *Boabdil*
Antonio Soler, 2012

ePub base v2.1

I.

LA ALEGRÍA Y LA IRA

—¡Siete!

—¡Cinco!

—¡Cuatro!

—¡Gané!

—¡Apestada suerte!

En medio del gentío que llenaba la callejuela, aquellos hombres estaban encorvados sobre una pequeña superficie de madera por la que rodaban unos viejos dados de hueso.

Uno de ellos alzó las palmas de las manos al cielo. Tenía un ojo vacío y una mueca extraña en la cara. Nunca podría saberse a raíz de esa expresión si era él quien acababa de declararse ganador o uno de los que protestaban contra el destino y su mala fortuna. Discutían sobre la disposición de la tabla. Uno de ellos, lleno de indignación, alegó que aquel era un maldito juego de cristianos. Risotadas.

Abul Casím el Muleh los dejó atrás. Siguió caminando por la calleja, angosta y penumbrosa como el túnel de una pesadilla. Entraba y salía gente apresurada de las casas. Del interior de las mismas surgía una leve bocanada cálida, un olor a carbón y piel recién curtida. Un grupo de niños pasó corriendo por su lado, rozando su túnica. Como él, bajaban hacia el resplandor blanco que había al final de la calle. Ululaban imitando a los soldados bereberes.

A medida que se acercaba a la luz, el ruido iba creciendo y lo que en principio había sonado en sus oídos como un eco endeble y remoto se convertía en un trueno persistente, lleno de agujas, de sonidos estridentes que perforaban ese rumor tronante que El Muleh sentía aumentar a cada paso. Cuando llegó al final de la calle y apenas puso un pie en la claridad, pudo oír en toda su magnitud el bramido de la plaza. Una ola rompiendo contra la luz en medio de la que se distinguían voces y eco de tambores, nombres pronunciados por aquí y por allá, tintineo de campanillas, gritos de alarma, risas. Como en la cara del jugador tuerto, también allí se confundían la alegría y la furia.

En la plaza Bab-al-Rambla se estremecía un tumulto vociferante. Era una mañana fría de enero y un vaho espeso escapaba de las bocas que reían o gritaban. Se oía el ladrido de los perros enjaulados, los gruñidos y golpes que provenían de detrás de aquella empalizada de maderas desiguales que días atrás habían levantado en medio de la plaza. El relinchar de los caballos asustados, presintiendo el peligro. Los cascos arañando el suelo, golpeando las tablas.

Abul Casím el Muleh se abrió paso hasta las cercanías de la empalizada. Cuando ya estaba a punto de llegar a ella pudo percibir el temblor del suelo, unos golpes y embestidas que transmitían toda su intensidad a través de la tierra. Por encima de los turbantes de unos ancianos vio la cabeza ensangrentada de un toro debatiéndose en medio de la plaza. Tres perros lo acosaban, dos mastines y un dogo italiano. Algo más allá, también en el interior de la improvisada cerca, había un cuarto perro, muerto y con unas vísceras azulencas y verdes esparcidas a su alrededor.

Los ojos del toro estaban dilatados y parecía que pudieran saltar, despegarse en cualquier momento del cráneo del animal. Las pupilas brillaban en medio de la sangre espesa que se derramaba por varias partes de su cabeza. Había perdido en la lucha las dos orejas, tenía los belfos desgarrados y torcía el cuello tratando de defenderse, sin dejar de emitir un mugido ronco, un estertor sonoro que conseguía hacerse audible por encima del alboroto de la plaza.

Uno de los mastines probó una nueva acometida y consiguió aferrar sus mandíbulas a uno de los costados del toro a la par que el dogo atacaba y mordía por el flanco contrario. Tiraban los perros del bocado con las patas hincadas en el suelo, tratando de desgarrar la carne de la bestia. Sus gruñidos se mezclaban con el ronquido del toro, que intentó zafarse de los bocados revolviéndose sobre sí mismo. Aquel movimiento rápido y violento hizo trastabillar al mastín. El perro, caído ante la cabeza del toro, recibió el cuerno en mitad del pecho con un crujido blando. El toro levantó por el aire al perro, que fue lanzado contra la empalizada, a varios pasos de distancia.

La cornada, el golpe del cuerpo contra las maderas y el aullido del perro se perdieron entre el estruendo de gritos y risas que resonó en toda la plaza. Los niños, con los ojos llenos de excitación y asombro, se conminaban unos a otros a mirar al perro moribundo, los detalles de la agonía, el nuevo ataque que ahora emprendía el mastín superviviente. Un grupo de jóvenes judíos, portando en el pecho el trozo de paño amarillo con el que la ley los obligaba a distinguirse, bromeaba sobre la suerte del toro. Había comerciantes genoveses cruzando apuestas y gestos burlones entre ellos. Ladraban los perros enjaulados al pie de la empalizada y zarandeaban los leños que les servían de barrotes. El dogo italiano, seguramente pisoteado durante la carrera del toro, cojeaba aparatosamente, una de sus patas delanteras estaba partida, casi cercenada por la mitad. Sobre la arena que el día anterior había sido esparcida por la plaza para celebrar las justas y los combates ecuestres quedaban trazados unos dibujos caprichosos y llamativos de sangre oscura, casi negra.

«La ira, la incontenible alegría del mundo», pensó El Muleh mirando las caras de los jóvenes judíos con sus barbas suaves, los ojos vencidos de los ancianos, los torpes movimientos del toro en medio del cercado. Apenas podía percibir, sin embargo, los ladridos de los dos perros supervivientes, anulados por el ruido de los hombres, el

tamborileo, los gritos. El Muleh veía las bocas mudas de los perros ladrándole a la muerte, sus colmillos desgarrando el aire. «Este engaño», pensó.

Unos tambores redoblaron cansinamente al otro extremo de la plaza y fueron recibidos por una nueva algarabía.

«Este engaño», volvió a decirse a sí mismo El Muleh.

Miró con descreimiento aquellos brazos alzados, las muecas, los gestos de entusiasmo que acompañaron la entrada en el interior de la empalizada de dos jinetes armados de lanzas. Llevaban pañuelos rojos y verdes anudados al pie de la ancha hoja de acero, adornando la unión del metal con el palo. Los jinetes se fueron separando, cada uno tomaba un lateral de la empalizada, dispuestos a lancear al toro, que los miraba burbujeando sangre, con aquel destello de locura en los ojos.

El Muleh había tenido suficiente. Se apartó de aquel lugar y reanudó su marcha entre el gentío que iba de un lado a otro de la plaza. Pensaba que todo aquello formaba parte de un vaticinio oscuro y que en el fondo de esa excitada fogosidad estaba la confirmación de que se había iniciado un periodo difícil y lleno de dificultades para el reino de Granada. Un mal presagio. Aquellos fastos no tenían otro fin que el de enmascarar la incertidumbre, festejar el dudoso camino que el rey Muley Hacén había iniciado unos días atrás con la toma de Zahara, enfrentándose abiertamente a los cada vez más poderosos reyes cristianos, Isabel y Fernando.

Un gran clamor resonó a su espalda. Quizá un caballero había lanceado mortalmente al toro o tal vez este, en un esfuerzo desesperado, había conseguido derribar a uno de los jinetes, destripar el caballo, matar otro perro, a un hombre.

La figura de Abul Casím el Muleh se adentró por un nuevo laberinto de calles. Delgado, con una cara angulosa, pómulos marcados como esquinas. Taciturno y vestido con un ropaje sobrio. Un hombre como tantos perdido en aquella confusión. Tal vez aún no habían cuajado en su mente los pensamientos que más tarde serían para él tan familiares como el pan o el agua, pero ya estaba presente la sensación de que la vida estaba llegando a una encrucijada decisiva. De algún modo presentía que estaba por nacer un tiempo nuevo, pero también percibía que ni sus ojos ni los de los suyos alcanzarían a ver la nueva vida que llegaba, que ya estaba dejándose sentir en el aire y que irremediablemente tendría otros dueños.

Granada era en aquellos días un latido, un pulso intenso y contradictorio. El invierno de 1481 había comenzado con la ruptura de la tregua con los cristianos por parte del rey Muley Hacén. En los días inmediatos a la Navidad cristiana, al frente de un ejército no demasiado numeroso pero sí bien armado y decidido, el rey nazarí había cruzado la región bajo una oscura tempestad. Aprovechando la noche y la confianza del enemigo había tomado el pueblo de Zahara y su castillo, de apariencia inexpugnable.

No se trataba de una escaramuza más ni de una de aquellas cabalgadas que se

producían a un lado y otro de la frontera en busca de un botín apresurado para regresar a los territorios propios. Muley Hacén dejó en Zahara una guarnición suficiente para defenderla y había enviado a Granada a los habitantes del pueblo, convertidos en esclavos. No estaba dispuesto a renovar la tregua que ya casi estaba cumplida y que hasta ese momento todos tenían la certeza de que podría ser ampliada.

En su juventud, Muley Hacén había sido testigo de las humillaciones que su padre había debido soportar por parte de los cristianos, quienes, no conformes con recibir los tributos de las propias manos del rey nazarí y de su séquito, en más de una ocasión habían disfrutado haciendo escarnio de aquel pago, obligando al rey y a sus embajadores a tolerar su desprecio e incluso su mofa. Ahora, sintiéndose inopinadamente fuerte y dueño de su destino, Muley Hacén había tomado la determinación de no volver a rendir cuentas ni pleitesía a los cristianos. No ser la cabeza agachada y obediente de un reino vasallo.

También lo había llevado a esa dudosa aventura la apremiante necesidad de acallar el malestar de los granadinos, acosados a su vez por la hacienda real y unas veces testigos y otras víctimas indefensas de su cruel arbitrariedad. Zahara. Una victoria como ofrenda y desagravio a su pueblo. Un motivo para restañar el orgullo herido y al mismo tiempo señalar a los culpables de las desdichas comunes a todos los musulmanes de la Península.

En medio de un atronador redoble de tambores, montado sobre un caballo negro y luciendo un peto con repujados de plata y adornos de oro, Muley Hacén había entrado en Granada apenas unos días después de su conquista, envuelto en una capa de seda roja que el aire, estremeciéndola como una brillante lengua de fuego, hacía aún más vistosa. Sus ojos, de una negrura absoluta, miraban a un horizonte inalcanzable, en una pose de gloriosa estatua, y la cicatriz, que desde el ojo derecho le bajaba hasta la comisura de los labios, se mantenía completamente recta, casi trazada con el utensilio de un astrónomo. A su paso hizo que se soltara una nube de palomas pintadas de oro. Al frente de su ejército llevaba los pendones y estandartes conquistados a los cristianos en el castillo de Zahara. El Muleh había dejado atrás el alboroto de la ciudad. Bajo la umbría arboleda avanzaba hacia los límites de la Alhambra. Entre aquellas fuentes ahora heladas y comidas por el musgo, había visto años atrás a Muley Hacén, joven, feroz. Frente a lo que él consideraba debilidad y sumisión ante Castilla, Hacén había emprendido la guerra contra su propio padre. Finalmente, después de innumerables traiciones y momentos amargos, consiguió derrocarlo y ocupar su lugar. No conoció la piedad. Ejecutó a antiguos aliados, parientes, amigos. Para todos tuvo el mismo rasero. Su justicia. Mantuvo a su padre cautivo en el castillo de Salobreña hasta el día de su muerte y solo entonces lo trasladó al cementerio real de Granada, donde fue sepultado sin ninguna honra ni ceremonia.

Era la condena de ese reino perdido en el extremo del mundo, el inacabable combate interno, la despiadada lucha por el poder dentro de ese pequeño reino que hacía décadas había empezado a oscurecer. Granada era uno de los picos de la media luna del islam. El extremo más débil que debía resistir, mantenerse firme, mientras al otro lado del arco lunar los turcos, llenando de esperanza el corazón de los musulmanes, mostraban toda su fortaleza y se adentraban en Europa.

Había, además, un nuevo elemento que se sumaba a los antiguos deseos de revancha de Muley Hacén. Una joven de origen cristiano, con la piel blanca y los ojos dulcemente turbios, le había hecho recobrar la potencia de la juventud. La sangre bombeaba con el vértigo de la savia nueva dentro de su cuerpo maduro.

La furia suplía a la fuerza, la soberbia a la vitalidad de otro tiempo. La joven, convertida en muy poco tiempo en su favorita, lo recibía cada noche en sus habitaciones. Por los corredores del palacio corría el murmullo de sus quejidos amorosos. El poder de la conversa se manifestaba en cada uno de aquellos jadeos. Cada vahído, cada espiración que brotaba de su garganta era una señal inequívoca de su encumbramiento. Y cuando a ese rumor le sucedía el canto dulce con el que la joven arrullaba el descanso de su rey, todos en la Alhambra sabían que ese canto era el espejo de su propia alegría, la forma de mostrar su más rotundo triunfo. Un triunfo que se consumó de modo irrevocable cuando la joven quedó embarazada y dio a luz un hijo varón.

Al hacerse musulmana, la conversa había adoptado el nombre de Zoraya. Entre el pueblo y también en algunos rincones de la corte la llamaban simplemente la Cristiana, la Rumiyya, la Pálida o la Perra.

Por las calles de la ciudad había corrido el rumor de que una mañana, poco después de casarse con ella, Muley Hacén había reunido de improviso a sus hombres más fieles en uno de los baños de la Alhambra y que solo pudieron comprender el motivo de aquella inesperada convocatoria cuando Zoraya apareció con su séquito de sirvientas por una de las puertas laterales y, lejos del grupo de los hombres, se despojó de su manto y, envuelta en una vaporosa túnica de seda, se adentró lentamente en el agua. Según contaban los granadinos, el rey hizo asistir a los cortesanos al baño desde un rincón de la sala. Las miradas de aquellos hombres fueron en todo momento inseguras, las palabras entrecortadas y los movimientos torpes, y cuando la esposa, ataviada únicamente con aquella camisa transparentada por el agua, salió del estanque como si se encontrase en la habitual intimidad de sus servidoras, el rey invitó a todos los cortesanos a que se inclinaran en el borde de la alberca y bebieran un cuenco del líquido que acababa de acariciar el cuerpo de la Cristiana, la Pálida, la Perra.

Un viento helado corría por la Alhambra. En la torre de la Justicia, El Muleh vio a un grupo de soldados del rey. Su guardia personal, formada por hombres de origen

cristiano. Niños que en su día habían sido arrebatados a sus familias en antiguas incursiones, convertidos al islam y que, después de una dura instrucción militar, formaban el núcleo más fiel del ejército. Ellos sí eran los verdaderos perros del rey Hacén.

Abul Casím el Muleh entró finalmente en el Mexuar, al fondo de una sala con columnas de piedra de color rosáceo dos hombres conversaban en voz baja. Se volvieron a mirarlo. El mayor de ellos tenía la piel olivácea y los labios —y podría decirse que hasta los ojos— carnosos. Gordo, lento, torpe, con una barbita rala incapaz de cubrir la extensión de aquellas mejillas. Se levantó a recibirlo con movimientos mal acompasados, como si le costase trabajo perder la rigidez de su cuerpo y desenvolverse de modo natural. Besó al recién llegado en el rostro. Por el contrario, el joven, sonriente y cálido, permaneció sentado.

El Muleh, dirigiéndose a él, murmuró: «Mi señor», y se inclinó con una leve reverencia mientras añadía:

—Debo dar gracias a Alá por iluminar mis ojos y verte sonreír, Boabdil.

—Sonrío únicamente por la satisfacción de verte, viejo amigo. Por desgracia, no hay ningún otro motivo. Las palabras de Aben Comisa y las noticias que me trae no provocan demasiado aliento, ninguna razón para sonreír.

—Sin embargo, la ciudad bulle y los granadinos, señor, están dispuestos a celebrar con todo el entusiasmo del que son capaces el ataque de tu padre a Zahara, eso que él mismo llama a todas horas su «gran golpe de audacia» y el inicio de una guerra santa contra los infieles.

—Haría bien en mantener a Dios alejado de sus pasiones. Y en cuanto a esos festejos, tienen tan poco sentido como celebrar la desgracia. Alegrarse por la pérdida de un brazo, por el destierro o por la ruina de su casa. —Aben Comisa mostró un ímpetu extraño en alguien de apariencia tan blanda. Intentó justificar el arrebato—: Pero no todos están detrás de esa locura, solo una parte de los granadinos demuestra eso que llamas entusiasmo. Son muchos más los que empiezan a llenarse de toda clase de temores y sienten mucho cuidado por el futuro.

Intervino Boabdil, tenía la voz suave y sus gestos eran armoniosos:

—Ayer, por la puerta del Vino entraron los presos que mi padre hizo en Zahara. Era una larga columna de gente hambrienta. Niños y mujeres sin fuerza, hombres heridos que apenas podían mantenerse en pie ni dar un paso más. Muchos granadinos, tal vez los que hoy no disfrutaban con las celebraciones de mi padre, salieron a verlos. No hubo insultos ni hicieron burla de ellos.

Aben Comisa, dejándose llevar por la misma vehemencia que antes había mostrado, mirando fijamente a El Muleh con sus ojos bovinos, completó la descripción de Boabdil:

—Así es, justamente como nuestro señor lo dice. Y cuando nuestros vecinos se

acercaron a ellos no fue para tirarles piedras o escupir a su paso. Les entregaron comida. Paños para el abrigo. Miraban al cielo y pronunciaban el nombre de Alá. — Aben Comisa miró ahora con toda la intensidad que le permitían aquellos ojos sombríos a Boabdil y después devolvió la mirada al rostro anguloso de El Muleh—. Se veían en ellos, eran su reflejo futuro.

Los tres hombres se miraron durante unos instantes en silencio, conscientes de que aquella era la auténtica realidad. El Muleh pudo adivinar fácilmente que la conversación anterior a su llegada había girado alrededor de aquel mismo asunto. Aben Comisa, consejero de Boabdil y perteneciente a la influyente familia de los Abencerrajes, intentaba que el príncipe participase de sus mismas conclusiones, que las hiciera completamente suyas y que una vez asumidas cerrase cualquier otra vía de entendimiento. Sellada esa puerta, el siguiente paso era actuar. Su padre, el rey Muley Hacén, desvariaba. Y era necesario, por el bien de Granada, tomar decisiones de gran trascendencia, por muy dolorosas que fueran.

Aben Comisa repitió su sentencia:

—Se veían en ellos. Los granadinos veían en los harapos de los cristianos su próxima desnudez. En el hambre de esa gente no contemplaban otra cosa que la amenaza de su propia falta, de las fatigas que padecerán a la vuelta de poco tiempo si Alá y sus hijos más iluminados no se levantan para dar fin a tanta locura.

En la cara de Boabdil no quedaba ningún rastro de la sonrisa, de aquella luz que El Muleh había visto al llegar. Sus rasgos se habían afilado todavía un poco más. Sus ojos, fijos en el suelo que rodeaba sus pies, podría decirse que miraban al vacío, una lejanía en la que se dibujaban sombras, espectros. Tal vez un brumoso espejo en el que entre esos fantasmas Boabdil adivinase su propia figura.

No llegaba El Muleh a entender por completo qué era lo que le repelía de Aben Comisa, cuál era la causa, más allá de lo desagradable de su aspecto, que le hacía dudar de sus palabras. Unas palabras que seguramente él mismo podría haber pronunciado una tras otra y tal vez con la misma convicción, aunque con menos entusiasmo. Era tal vez ese afán, esa impaciencia por atrapar en su red a Boabdil, lo que a El Muleh le producía una sensación de desconfianza y hasta de repulsión. Esa urgencia de Aben Comisa porque el pensamiento del príncipe siguiera al suyo igual que si hubiese construido una acequia y el torrente cristalino y limpio de Boabdil no tuviera otra opción que la de correr, serena o tormentosamente, por su cauce.

Llevado por esa idea, y corriendo el peligro de contradecirse, El Muleh trató de introducir algún matiz:

—Haríamos mal en descartar la posibilidad de que el orgullo del rey tal vez haya quedado satisfecho con este ataque de furia a los cristianos y ahora pueda intentarse...

—No es orgullo, ni siquiera soberbia. Es traición. Traición al pueblo de Granada

y traición al islam usando el nombre de Alá y su profeta, es traición...

Aben Comisa se interrumpió al observar cómo Boabdil, esbozando una sonrisa triste, se disponía a hablar.

Como si hubiera adivinado el pensamiento de El Muleh, Boabdil dejó que desapareciera el eco de las palabras de Aben Comisa, para que el rastro de unas no se cruzara con el de otras y todavía tardó unos instantes en hablar.

—De nada servirá que sembremos entre nosotros el mismo rencor que mi padre y su hermano y el padre de ambos sembraron entre ellos. No se trata ahora de entrar en disputas por lo pequeño, desmenuzar si detrás de la estrategia de mi padre se encuentra el orgullo, la soberbia, la locura o, como algunos insinúan, su nueva esposa Zoraya, o incluso los celos que siente hacia ella mi madre.

—Tu madre, señor, solo respira por dar aire al corazón de Granada y a tu propio corazón. Ella reconoce en ti al único rey posible, la única persona capaz de proteger el futuro incierto de este pueblo.

Boabdil recibió esa respuesta con un gesto mitad irónico y mitad compasivo.

—Deja que cada uno respire para beneficio de su propio cuerpo, Comisa. Y también permíteme que me crea con suficiente derecho como para tener una opinión medianamente afinada sobre mi madre y sus deseos.

Boabdil acalló el conato de protesta de Aben Comisa siguiendo el curso inalterable de sus palabras.

—Aunque solo sea por una vez, dejemos todas las sutilezas a un lado. En este momento lo único importante es que mi padre, con la toma de Zahara, ha provocado gravemente a los reyes cristianos. Quizá mi padre, y este ha sido su mayor error, haya olvidado que Isabel y Fernando no son ya aquellos reyes débiles, cargados de guerras y rebeliones internas de hace unos años. No. Ahora son fuertes y miran con los ojos muy abiertos a su alrededor. —Boabdil se levantó y ya de pie miró hacia la ventana más próxima a él. A través de ella se veía una maraña de ramas desnudas y grises que se entretejían alocadamente en aquel trozo de cielo—: Me temo que mi padre ha puesto en manos de los reyes cristianos lo que más deseaban. Ya tienen una razón para emprender un ataque contra nosotros y apretar todavía un poco más el lazo alrededor de nuestro cuello. Solo confío en que no decidan cerrar el nudo hasta el final.

Aben Comisa y El Muleh se incorporaron al mismo tiempo. El primero con lentitud y alguna dificultad, el otro sin ningún esfuerzo, como si su túnica estuviese vacía y la hubiera impulsado un mágico soplo de viento.

Boabdil se había acercado a la ventana. Observaba cómo unos mirlos pulían sus picos contra las ramas de los árboles. Pareció hablarles más a esos pájaros que a sus dos acompañantes:

—Esta mañana, cuando caminaba hacia aquí, he visto al borde del camino

algunas de las palomas doradas que ayer soltaron al paso de mi padre y su ejército. Estaban agonizando, moribundas, en los charcos de nieve derretida. Aleteaban sin fuerza en el barro, envenenadas por la pintura con la que ayer fueron cubiertas. —Sonrió para sí mismo y por un instante sus ojos recuperaron la luminosidad del principio—. Una parábola bastante elemental, pero a pesar de ello turbadora.

Boabdil se giró con lentitud y miró de frente a los dos hombres. El Muleh lo observaba con gravedad, Aben Comisa intentando calibrar el auténtico estado de ánimo del príncipe.

—Seremos todos, los que hoy se divierten mirando las peleas de los perros y los toros, los que ayer daban comida a los cautivos, nosotros mismos, quienes vamos a sufrir las consecuencias del orgullo, la ambición, o eso que llaman la locura de mi padre.

—Ese es justamente el temor de tu madre, señor. —Aben Comisa intentaba mostrarse complaciente; sonreía, su carne parecía aún más blanda.

—Tampoco el orgullo herido, o la ambición, o la locura de mi madre tienen en este momento demasiada importancia para mí. —Boabdil se acercó a Aben Comisa y con su cara muy próxima a la de su consejero añadió—: Solo la presencia de un peligro inminente que amenazara la vida de este pueblo, de nosotros, como ahora la conocemos, podría impulsarme a hacer un movimiento en contra de nuestro rey. Así puedes comunicárselo, si lo deseas, a mi querida madre.

Aben Comisa entreabrió la abundante y pesada cortina de sus labios, pero no llegó a pronunciar ninguna protesta. Boabdil ya caminaba hacia la salida con su paso leve, de hombre silencioso.

En ese instante, lejos de allí, un hombre de figura algo achaparrada, pelo rojizo y cara comida de viruelas proponía un plan que tenía como objetivo asestar un doloroso golpe en el corazón de Granada. Los pocos elegidos que lo escuchaban tomaban sus palabras casi como un delirio. Pero él, con ojos zorrunos y voz áspera, seguía desgranando su propósito minuciosamente. Pretendía cruzar en secreto la frontera árabe y avanzar con un ejército bien pertrechado a través de territorio enemigo hasta Alhama, una ciudad clave para el dominio de la vega de Granada, situada a solo ocho leguas de la capital nazarí y en la que además estaban depositadas las recaudaciones reales de toda la comarca.

Aquel hombre, bronco y musculoso, estaba decidido a actuar sin ni siquiera contar con el beneplácito de sus reyes. Su nombre era Rodrigo Ponce de León, marqués de Cádiz. Viejo conocedor de la frontera, había combatido en las guerras civiles de Castilla en el bando contrario al de la reina Isabel. Sin embargo, una vez finalizada la contienda, había pasado a ser uno de los más firmes defensores de la nueva reina. Quizá porque parte de las tierras de Ponce de León lindaba con las del

reino nazarí, en el largo tiempo que había durado la dudosa paz con los granadinos se había descubierto a sí mismo en muchas ocasiones acariciando ese descabellado plan, mimándolo y fortaleciéndolo como a un hijo endeble que con el tiempo habrá de enfrentarse a la dureza de la intemperie y a unos peligros temibles.

II. ALHAMA

Aquel amanecer el cielo tenía una pátina de suave color rosa. Una tela transparente e incendiada envolvía aquel paisaje ligeramente neblinoso. Junto a las dunas de color gris azulado, unas leves colinas sembradas de olivos, se abrían unos cortados rocosos, una especie de marea de piedra sobre la que se levantaban el pueblo y el castillo de Alhama.

Desde la lejanía podía verse cómo unas nubes, también rosadas, aparecían a cada tanto en las almenas del castillo. Unos instantes después, el eco de un trueno cruzaba el aire. El retumbar de las bombardas. Del pueblo subían al cielo recién amanecido columnas de un humo espeso y negro.

Por las calles relampagueaban disparos de espingardas y surgiendo del interior de algunas casas unas avarientas lenguas de fuego escapaban por las destrozadas ventanas, convertidas de pronto en auténticas bocas del infierno. Aquel era un pequeño laberinto de callejuelas enroscadas sobre sí mismas por el que de un lado a otro corría gente y caía una mortífera lluvia de piedras, flechas y perdigones de hierro fundido. Casi seis horas atrás, en medio de la noche, había comenzado un descarnado combate que aún se mantenía en toda su virulencia.

En apenas unas semanas, durante las cuales había mantenido una intensa y secreta negociación con el rey Fernando, Rodrigo Ponce de León había conseguido armar un ejército de cuatro mil soldados de infantería, tres mil de caballería ligera y casi trescientos de caballería pesada, estos últimos con sus correspondientes dobladuras, es decir, sus caballos de repuesto y carga. Jinete y montura cubiertos de una armadura completa que les convertían en una especie de máquinas acorazadas.

Después de haber enviado espías a Alhama que le confirmaron lo desguarnecido de la plaza, tal vez confiada por lo escarpado de su emplazamiento natural y por la proximidad a Granada, el marqués de Cádiz cruzó la frontera con su ejército y emprendió la marcha a través del territorio enemigo, aprovechando siempre la noche para avanzar. Para que de ningún modo pudiera diluirse la sorpresa del ataque, los hombres de Ponce de León no conocían su destino, marchaban preguntándose a qué punto del territorio enemigo los conduciría esa insólita expedición.

Descansaban durante el día, sin que nunca y bajo riguroso castigo se les permitiese hacer ruido ni encender fuego. Se refugiaban en simas y gargantas de riachuelos, en valles umbríos por los que apenas transitaban algunos pastores. Los pocos que descubrieron los soldados fueron rápidamente apresados y colgados de las ramas de los almendros. A los más alborotadores, después de taparles la boca con un

lienzo, les quebraron con un mazo tobillos y rodillas, por si el árbol cedía y a los ejecutados les venía la tentación de intentar tocar tierra con sus pies. Les preguntaban por Alá y por las huríes del paraíso en el trance del ahorcamiento.

Sin que supieran el motivo de aquel esfuerzo redoblado, el ejército de Ponce de León apretó la marcha en sus dos últimas jornadas para llegar a las inmediaciones de Alhama justo cuando acababa de ponerse el sol. Empezaba a caer una helada noche de febrero. Y solo allí, atisbando en la oscuridad la cresta impresionante del castillo, confesó el marqués de Cádiz a los suyos que el lugar elegido para el ataque era la rica ciudad de Alhama. Rodeado por sus capitanes, el marqués arengó a los soldados con su voz recia y su mirada de hombre loco. Habían llegado hasta allí para dar gloria a la cristiandad, vengar a sus hermanos de Zahara y hacer justicia por todas las cabalgadas, robos y rapiñas que los moros habían hecho en sus pueblos.

En medio de la noche, los soldados acogieron esas palabras con muestras de calor aunque entre las filas más cuajadas de la retaguardia también pudieron oírse algunos susurros de incredulidad y recelo. Pero cuando el marqués verdaderamente hubo de esforzarse por acallar la efusión de su ejército fue al comunicarle que una vez tomada la ciudad los soldados serían libres de saquearla hasta el final y de llevarse cada uno todo aquello que fuese capaz de cargar en sus brazos o sobre las bestias que tomaran en el asalto.

De ese modo, trescientos hombres escogidos, entre ellos algunos nobles, fueron enviados en avanzada a través de la oscuridad con el fin de tomar el castillo y desde él emprender el ataque contra la ciudad. Marcharon en silencio, llevando sus escalas de mano y con cuidado de que sus hierros y armaduras, recién untadas con grasa, no hicieran ruido ni despertasen ninguna sospecha hasta llegar al pie de las murallas. Las subieron con gran agilidad los treinta escaladores que iban al frente de la avanzada, y mientras sus compañeros los seguían, ellos, con mazas y cuchillos, fueron dando muerte a todos los centinelas que encontraban a su paso.

No tardó mucho el ejército de Ponce de León en advertir señales de lucha en las torres del castillo. Desde la lejanía pudieron distinguir los pequeños fogonazos de las espingardas y los arcabuces, el trueno de sus disparos y también el eco de las voces de alarma y los gritos de dolor y espanto de los primeros heridos. Aquella fue la señal para ponerse en marcha.

Mientras el ruido del combate y los primeros disparos provenientes de la fortaleza despertaban a la gente de Alhama, el marqués de Cádiz, cabalgando un robusto caballo frisón recubierto con repujadas bardas de hierro, se ponía al frente del ejército y daba la orden de ataque al mismo tiempo que empezaba a resonar un fuerte estruendo de tambores y trompetas con el fin de sembrar el miedo entre los habitantes de la ciudad. La gente de Alhama, sobresaltada y recién salida de su sueño, de pronto veía cómo desde las almenas de su propio castillo era atacada por certeros disparos y

desde el corazón de la noche se aproximaba a sus arrabales un siniestro retumbar acompañado de miles de gritos amenazantes y del reflejo espantoso que una multitud de antorchas arrancaba al hierro de no se sabe cuántas armas, lanzas, pinchos y espadas.

Lanzando flechas de ballesta, piedras y balas de espingardas desde las torres, los trescientos soldados de la avanzada fueron tomando distintos patios y dependencias de la guarnición. Los capitanes disuadían con órdenes violentas a los soldados que trataban de forzar a las mujeres musulmanas y los conminaban a continuar el ataque a punta de cuchillo. Algunas de esas mujeres fueron arrojadas desde las almenas, otras degolladas y la mayor parte de ellas encerradas en una gran bodega para que más tarde pudieran ser vendidas como esclavas.

Una vez ganadas las principales torres, volvieron contra otras partes del castillo y contra las murallas de la ciudad las dos bombardas y los seis o siete falconetes que había instalados en las almenas. La escuadra de artilleros cristianos comenzó a hacer fuego con esas piezas. En la ciudad, por donde ya corrían algunos soldados de Ponce de León que habían conseguido rebasar la muralla en un primer momento de sorpresa, se formaron barricadas. Los comerciantes, agricultores y mercaderes de Alhama, armados con hierros, azadas y algunas pocas armas, se defendían desesperadamente, confiados en que si lograban resistir algunas horas, serían socorridos por el ejército del rey Muley Hacén, situado en Granada, a tan corta distancia de allí.

Pero una de las bombardas había conseguido abrir una tronera en uno de los muros de la ciudad y por ella entró el río de hierro, lanzas y armaduras de los cristianos. Su furia, espoleada por los capitanes y por los atisbos de riqueza que empezaron a encontrar en las primeras casas tomadas, se redoblaba a cada paso. Desde el castillo caían las balas de piedra de las bombardas y los mortíferos proyectiles de los falconetes, unos dados de hierro emplomado de más de dos libras de peso que hacían destrozos en las murallas, perforaban paredes y arrancaban extremidades humanas o partían en dos a los hombres, perros o niños que encontraban a su paso.

El último tramo de la noche se llenó de alaridos, maldiciones de todo tipo y gritos a la Virgen María o al islam. Llamadas desesperadas a una piedad que nadie podía ni deseaba cumplir. Todos luchaban, golpeaban, corrían y trataban de herir y matar para no ser heridos o muertos. En el umbral de una casa, un adolescente musulmán intentaba abrir la puerta que desde el otro lado empujaba su hermano, impidiéndole entrar, pues varios soldados cristianos perseguían al primero. Allí mismo le hincaron varias espadas y lanzas y el hermano del interior notó cómo los golpes y estertores se transmitían a través de la vieja madera y un pequeño hilo de sangre entraba por la rendija inferior. Apenas un minuto después, derribada la puerta, también él sentía los

golpes y el desgarrar de varios cuchillos en su cuerpo. La sangre de los hermanos se mezclaba, varios hombres pasaban sobre sus cuerpos y la luz y el fuego de las antorchas, la destrucción de su casa eran la última imagen de la tierra que se llevaban los moribundos.

Una humareda densa se apelmazaba en los recovecos de las angostas calles. Los soldados pisaban el grano de los sacos reventados, resbalaban con el aceite de los odres rotos. Empezaba a amanecer y el resplandor del fuego se volvía pálido. De los charcos de sangre negra surgían reflejos aterciopelados. Si la oscuridad había aterrorizado a unos y a otros con reflejos y espantos apenas atisbados, la luz del día, disolviendo los horrores imaginados, los suplía con otros reales, rotundos, imposibles de soslayar. Por todas partes empezaba a levantarse un espeso olor a matadero, había ráfagas de viento que llevaban de un lado a otro el tufo de la carne recién abierta, quemada.

Nuevos huecos abiertos en la muralla habían permitido entrar a la caballería de Ponce de León en la ciudad. Con el propio marqués de Cádiz al frente, esa parte del ejército reforzó el ataque de los suyos contra las barreras de carros, sacos y estacas cruzadas que habían levantado en las calles los habitantes de la ciudad, dirigidos por algunos soldados del castillo. Ponce de León y sus capitanes también eran conscientes de que el tiempo corría en su contra. Llevaban horas combatiendo y era probable que la noticia de su ataque ya hubiese llegado a Granada, donde el rey Muley Hacén estaría armando su ejército para correr en socorro de Alhama.

Ese era el motivo por el que Ponce de León se esforzaba aún más en espolear a los suyos. Con su caballo pesado y fuerte, casi una prolongación de su cuerpo apelmazado, maniobraba entre las flechas y las piedras que vibraban a su alrededor, empujando a sus hombres a redoblar la intensidad del ataque. El marqués llevaba la visera de acero alzada, para que todos vieran su rostro en cada momento, el doble peto astillado por un proyectil que había desgarrado el hierro y la superficie de la carne, manchas de sangre trazando huidizos dibujos en sus arabescos de metal. Él mismo era el primero en lanzarse al ataque cuando cualquier grupo de soldados enemigos aparecía frente a él, blandiendo su hacha de filo doble y haciendo que su voz rajada y sus gritos se oyeran por encima del estruendo, los golpes y los chillidos de los demás hombres.

Los soldados nazaríes, mezclados con los combatientes improvisados de Alhama, poco a poco fueron cediendo ante el desesperado empuje de los cristianos y, cuando ya empezaba a caer la tarde, acosado por todos los flancos, un grupo bastante numeroso de gente de Alhama acabó refugiándose en la mezquita mayor de la ciudad. Allí entraron heridos, soldados, mujeres y ancianos. Desde su interior continuaron defendiéndose con ballestas, arcos y algún arcabuz. Soportando una cerrada lluvia de flechas, piedras y balas, algunos hombres de Ponce de León, guarecidos tras un carro

cargado de rocas que les servía de muralla andante, consiguieron acercar a la puerta principal ramas, aceite caliente y varias teas.

Inmediatamente, la puerta y las paredes de la mezquita empezaron a arder. El humo y un intensísimo calor entraban en aquel lugar impulsando a quienes se habían refugiado en el templo a salir de allí a la desesperada. Saltaban entre las lenguas de fuego, con los ojos enturbiados de lágrimas, cegados por el escozor y, apenas sin ver a quiénes se enfrentaban, caían heridos por flechas y lanzas. Se amontonaban los muertos en la entrada del templo, los que pretendían huir del fuego saltaban sobre esa muralla de cadáveres y de entre el fragor del fuego ascendía hacia las nubes una locura de gritos y alaridos que parecían brotar del interior de las paredes y de los entresijos de las vigas, que se consumían con una virulencia sorprendente.

La oscuridad volvía a ganar los rincones de Alhama. Las hogueras hacían correr sombras alocadas y reflejos alargados por todas partes. Y parecía que todo aquel ruido, toda aquella estruendosa nube de crujidos, voces y chocar de armas, hierros y piedras surgiera de una gran garganta desgarrada. Cuando ya la noche se cerraba, se rindieron los últimos soldados musulmanes. Ellos, lo mismo que las mujeres, los comerciantes o los niños, se convertían en esclavos, propiedad del soldado cristiano que los hiciera prisioneros. Así lo había convenido el marqués de Cádiz, quien, ennegrecido y con cuajos de sangre seca en su armadura, ya sin yelmo y olvidado de su herida en el pecho, iba de un lado a otro de la ciudad a lomos de su caballo, invocando a Jesucristo y a los reyes de Castilla y Aragón. Llevaba años acariciando esa hora y finalmente se había cumplido. A partir de ese día, de esa noche consagrada al fuego, el saqueo y la victoria, todo iba a cambiar en la frontera. Había llegado el momento del desquite y él iba a ser uno de los grandes beneficiados con la nueva situación.

Imbuido de generosidad por esa idea, Ponce de León cumplió la palabra que había dado en lo referente al desvalijamiento de la ciudad. Dejó mano libre a su tropa para apropiarse de todo aquello que encontrara. De ese modo, la victoria fue celebrada con destrucción de casas, graneros y alacenas en busca de escondrijos en los que los habitantes de Alhama pudieran haber ocultado sus propiedades. La noche pasó entre un acarreo de bestias, caballos y ganado, sacos de grano, piezas de plata, paños de seda y cántaros de miel. También de esclavos.

En medio del saqueo se dio muerte a algunos soldados nazaríes que, al verse descubiertos tras una doble pared o incluso encerrados en arcones o jaulas de conejos, tuvieron intención de defenderse. En algún pajar o por la ventana de alguna casa pudieron escucharse los gritos de algunas mujeres o niñas violadas. Se ultrajaban y mutilaban cadáveres. Había conatos de improvisados bailes. Por todas partes se oían llantos, lamentos de heridos y muchos vítores y risas. Incluso rezos. De las torres del castillo y alumbrados por grandes antorchas, para que sirvieran de ejemplo, fueron

colgados con garfios de matadero tres musulmanes que después de ser apresados intentaron escapar, atacando a quienes los habían capturado.

Hubo al alba una misa concelebrada por tres sacerdotes para agradecer la victoria. Después de la comunión, los cristianos siguieron destruyendo o quemando todo aquello que no pudieran llevar con ellos a través del difícil camino de regreso. Cargaban sobre sus mulos, carros y caballos su enorme botín, y todos, incluso algunos de los heridos, se consideraban afortunados por haber participado en esa sangrienta batalla, pues aquellas capturas valían más que varios dedos de una mano o que cualquier herida que el tiempo pudiera sanar.

Así fue como se sucedieron aquellas horas de un día desapacible y frío de febrero y como Alhama cayó en manos cristianas. El empeño de Ponce de León se había cumplido casi al milímetro en todos los detalles, calculados minuciosamente a lo largo de mucho tiempo. Sin embargo, aquellos hombres no saldrían de la ciudad ni en el plazo ni en el modo que en esos momentos imaginaban.

Un mensajero nazarí había llegado entre tanto a Granada llevando la noticia del ataque cristiano a Alhama. El rey Muley Hacén sintió cómo una espesa sustancia amarga le llenaba la boca, se colaba por su garganta y se expandía por todo su cuerpo. Se le inundaron todas las vísceras de ese flujo agrio, de cólera, de un odio casi líquido, material. Aquello le nubló la razón. En contra de lo que pensaban sus generales —aunque solo algunos de ellos se atrevieron a insinuarlo, Aliatar entre ellos—, el rey ordenó una respuesta inmediata a ese ataque. Muley Hacén quiso creer que aquel asalto cristiano era una escaramuza más de aquellas a las que hasta ahora estaban acostumbrados. Mandó que un ejército ligero, desprovisto de caballería pesada, de artillería y de bastidas, manteletes o cualquier otro tipo de máquina de aproximación a las murallas, se armara a toda prisa.

De ese modo, apenas unas horas después de haber sido tomada Alhama por Ponce de León, una columna formada por casi mil hombres salía de Granada, cabalgando hacia la ciudad caída. Ya con las fiestas conmemorativas por la conquista de Zahara concluidas, los granadinos vieron con inquietud cómo aquellos jinetes, con armaduras y arcos ligeros, partían precipitadamente a caballo, haciendo retumbar a su paso el interior de sus casas. Los cuencos de barro y latón, sus humildes enseres, vibraron con el mismo temblor que sus corazones. Pocos tuvieron ahora ánimo para recrearse en el brillo dorado de los cascos o en aquel tropel, casi una marea escarlata, de capas rojas al viento. Incluso los más incautos sintieron un leve estremecimiento, e inevitablemente se preguntaron por lo que les depararía el futuro.

En la plaza Bab-al-Rambla aún quedaban algunas banderolas y cintas de colores adornando las fachadas, ahora melancólicamente estremecidas por la brisa helada de aquel día gris. Por aquí y por allá había recuerdos de la pasada fiesta, que de pronto se hizo remotamente lejana, como si aquellas manifestaciones de alegría y aquel

júbilo pertenecieran a un tiempo perdido para siempre en el pasado. Manchas negras en el suelo de la sangre de los perros, los caballos, los toros e incluso de alguno de los jinetes que habían participado en los torneos, suciedad, trozos de alguna vasija rota. Eran los restos de un naufragio. Y por encima de todo sobrevolaba un aire de desolación que el viento helado y el aguanieve que empezaba a caer hacían más intenso.

Unas horas después de dejar Granada, llegaron los mil jinetes hasta las inmediaciones de Alhama y, cumpliendo los capitanes las órdenes exactas que habían recibido de su rey, emprendieron un ataque directo contra el enemigo. Frente a las murallas de la ciudad, desprovistos de piezas de artillería, se encontraron con la resistencia de los cristianos, que no solo los repelieron con fuerza haciendo uso de todo su armamento y de las bombardas, culebrinas y falconetes que habían encontrado en aquella plaza, sino que después de un primer choque, completamente desastroso para los nazaríes, salieron a su encuentro en campo abierto, diezmado al ejército granadino y causando en él enormes estragos.

Sin embargo, a pesar de esa victoria momentánea y de que los supervivientes granadinos se apostaron a una razonable distancia de las murallas de Alhama, Ponce de León supo que no tenía el camino franco. Y aunque el hecho de encontrarse a tan solo ocho leguas de Granada suponía la amenaza evidente de volver a ser atacado por un ejército más numeroso y mejor armado, el marqués de Cádiz consideró más seguro permanecer en la ciudad antes que salir a campo abierto y afrontar una larga marcha al descubierto, con sus soldados agotados, muchos de ellos heridos y todos cargados con la impedimenta del botín aprehendido.

Poco le importaron a Ponce de León las protestas de algunos de sus hombres de confianza o la gravedad con que sus capitanes y soldados recibieron su decisión. Desde una de las almenas más altas de Alhama miraba la llanura en la que los nazaríes supervivientes habían tomado posiciones. El humo blancuzco de sus primeras hogueras, las cuadrillas sanitarias recogiendo todavía a algunos de sus heridos. En aquel rostro de barba pelirroja con erosión de viruela y cicatrices antiguas se dibujaba una sonrisa remota, rocosa. Y los ojos, de un color verde desvaído, tenían en ese momento un brillo claro, como el que a través de las algas y el légamo emiten las charcas de agua estancada en los días de primavera.

Estaba claro que el marqués de Cádiz no contemplaba la permanencia obligada en Alhama como un contratiempo sino como una oportunidad que inesperadamente se abría ante él. La posibilidad de jugar hasta el final todas las bazas de su apuesta. La ocasión de culminar verdaderamente su sueño. Algo que hasta ese momento ni siquiera se había atrevido a acariciar en su imaginación y sobre lo que ahora razonaba con frialdad. Resistir. Erigirse en una avanzada estable de los reinos de Castilla y Aragón en el corazón mismo de Granada y tener en jaque al enemigo, con todo el

prestigio e influencia que ello podía reportarle.

Si ir hasta allí y tomar la ciudad había sido una cuestión tachada por todos de locura, quedarse en aquella encrucijada de caminos significaba el puro disparate. Y sin embargo, allí estaban. Y allí pensaban quedarse. Habían tomado aquella ciudad clave para el control de la vega granadina y ahora los propios reyes cristianos podían especular con el gran interés que significaba mantener Alhama en sus manos. Gracias a Ponce de León.

Comenzaba a caer la tarde. Los perros de los arrabales, esquivos como alimañas y consumidos como esqueletos, menudeaban entre los cadáveres de los musulmanes caídos en el exterior de las murallas. Iban con el hocico a ras del suelo y el rabo desaparecido entre las patas. Se detenían aquí y allá. Empezaban lamiendo la sangre del suelo, la de las adargas abandonadas y la de las ropas y la piel de los muertos hasta dar con la carne abierta de hombres y caballos y morder las heridas. Junto al rumor de la ciudad y el canto lejano de algunos pájaros, desde aquella almena podían oírse los gruñidos de los perros, la avaricia con la que cada cual defendía su presa.

—De este modo se verá de aquí a poco tiempo toda esta gente infecta, si Dios tiene a bien iluminar con su santa luz a nuestros reyes —dijo Ponce de León a uno de sus capitanes, apoyado como él en la almena.

No supo el capitán de qué hablaba exactamente el marqués de Cádiz, si de los perros o de los cadáveres humanos. Pero como aquel había perdido la sonrisa y ahora miraba al horizonte con el rostro inmutable, grave, como si verdaderamente se le hubiera convertido en piedra, el capitán se limitó a contestar:

—Así lo quiera Dios Nuestro Señor.

III.

BOABDIL

EL frío de la mañana hacía aún más placentero el calor de la piel. Aquella tersura perfumada evocaba para Boabdil las dunas de África, esas dulces ondulaciones que él nunca había visto y de las que había oído hablar a El Muleh. Besó el centro de la espalda de Moraima, la leve hondonada que se formaba entre los dos omoplatos. La piel también tenía el calor de las dunas.

«Caminas por su superficie y a cada paso se hacen más suaves y más cálidas. Y al introducir la mano en ellas y retirar la arena se abre y vuelve a cerrarse sobre sí con la misma naturalidad con que lo hace el agua —le había contado El Muleh en su infancia y aquella imagen se había quedado grabada para siempre en la mente de Boabdil—. Y como el agua, las dunas se mueven y avanzan, sin caminos, siguiendo su propia respiración».

Boabdil cerró los ojos y bajo sus labios sintió la respiración sosegada de Moraima, ese flujo que, como el de las dunas, parecía en verdadera armonía con el universo. Quizá fue esa serenidad, esa paz que traspasaba sus poros e incluso asomaba a sus ojos, lo que años atrás le había atraído al verla por primera vez, en la fortaleza de Loja. Una serenidad que se había mantenido a lo largo de esos años y que incluso a veces a Boabdil le había parecido incomprensible. Como si en ocasiones ese aplomo estuviera relacionado más con la distancia, casi con la frialdad, que con la calma.

—Quisiera que el tiempo se detuviese en este instante. Imagino que el paraíso será una sucesión de días o años enteros fabricados con momentos parecidos a este. Tú y yo en un lecho de nubes —dijo Moraima con un susurro cálido, las palabras ahogándose suavemente en las sábanas, como si quisieran desmentir los pensamientos de Boabdil.

Este apartó la cara de la espalda de su mujer. Se quedó mirando el pelo revuelto derramado sobre la sábana, el hueco de la nuca. Y contuvo el deseo de besarlo. Al menos, ocurriera lo que ocurriese, conservaría ese refugio, aquel amparo en el que aislarse de todos los tumultos del mundo.

—¿No me contestas? ¿Piensas en otros paraísos mejores? —Moraima se dio la vuelta.

Allí estaba su boca abierta en una sonrisa, los ojos todavía brillantes por la excitación y el deseo sexual recién satisfecho. Y a Boabdil le pareció otra mujer. Una mujer distinta a aquella en la que estaba pensando, a la que había estado besando la espalda. Como si aquella se hubiera multiplicado y esta fuese una variación

aproximada de la otra. Esta que aparecía ahora también era un buen refugio contra la dureza de la intemperie.

—Me gustaría tener un pequeño harén formado por varias mujeres iguales a ti. Parecidas.

Moraima alzó una ceja. Contuvo la risa.

—¿Esa es tu idea del paraíso?

—No. En todo caso es mi idea del amor. Y me gustaría que ocurriese en esta vida, sin esperar a morir. Mañana mismo. Cuatro, seis Moraimas ligeramente distintas. Cada una con una edad diferente o con una pequeña variación.

Moraima metió una mano bajo su cabeza y se recostó sobre ella. La palidez del brazo iba a desembocar en la velloidad sedosa, casi azul, de la axila. Ya no sonreía, miraba a Boabdil, con una expresión distante y tierna al mismo tiempo:

—Mi pequeño príncipe loco.

En el fondo, el deseo de Boabdil estaba cumplido. En el interior de esa mujer había, como en las dunas, como en el mar, una corriente continua que la hacía mutar dependiendo de la hora del día, de la luz y sobre todo de la propia naturaleza de ese movimiento interno, poderoso, invisible, pero que a cada instante la hacía distinta sin dejar de ser siempre la misma.

Una mujer adulta, serena, prudente y a la vez llena de pensamientos inesperados. La mujer que él veía hablarle a sus hijos y que de pronto parecía apenas una niña que simplemente jugase a desempeñar el papel de madre con aquellos dos pequeños que tal vez no fuesen sus hijos, sino sus hermanos. Esa adolescente que ahora acababa de aparecer al pronunciar esas palabras, «Mi pequeño príncipe loco», y que lo miraba descarada, mostrando su torso desnudo. Impúdica, absolutamente inocente. Los pezones como ojos dormidos, todavía enrojecidos, arañados, por la pasión del encuentro sexual.

«Aráñame, márcame, apriétame. Márcame», eran palabras que la Moraima apasionada, obnubilada, transformada en otra mujer, susurraba en el trance amoroso.

Boabdil sintió un atisbo de vergüenza al ver aquel rastro en el cuerpo de su mujer, un pudor que en cambio ella no parecía conocer. Cualquier deseo en ella se manifestaba y se cumplía con naturalidad. Así había sido desde el momento en que se conocieron.

Cuando Boabdil la había visto por primera vez, en Loja, Moraima casi era una verdadera adolescente, al menos por su edad. La única hija del general Aliatar, uno de los servidores más fieles de su padre, el rey Muley Hacén. Caminando por un pequeño prado de amapolas, entre varias doncellas y amigas de su edad. Lo miró abiertamente, como si no supiese, y era evidente que sí lo sabía, que era el príncipe Boabdil, el descendiente de una larga cadena de reyes.

Unos meses después estaban casados y ella continuaba mirándolo de la misma

forma. Como si todavía no supiera de quién se trataba o lo supiese mejor que nadie. Probablemente incluso mejor que él mismo. También a él lo trataba a veces como si fuese un niño.

Aquel fue un tiempo parecido a la felicidad. Moraima, con sus palabras misteriosas o tan rotundamente inocentes, se convirtió en un refugio. Esa había sido la constante en la vida de Boabdil. Buscar un cobijo que lo aislase de las convulsiones y las tormentas que constantemente veía estallar a su alrededor. Así había ocurrido desde que era niño. A lo largo de toda su existencia había sido testigo de una interminable sucesión de conspiraciones. Un eslabón sangriento se iba uniendo a otro en una lucha desesperada por el poder. El padre en guerra con su propio padre, el padre en guerra con su hermano. El abuelo, el tío convertidos en enemigos. Intrigas, ejecuciones, hombres que un día estaban riendo al lado de su padre en un banquete y al amanecer siguiente eran decapitados o pendían de un garfio como muñecos deformes.

El primer refugio lo habían formado los caballos, las horas interminables pasadas con los animales, el olor de las cuadras como un vientre materno y protector en el que se sentía a salvo del mundo. Aquella afición en un principio había complacido a su padre, que quiso ver en ese interés de Boabdil una preparación para el combate, los primeros pasos de un guerrero ambicioso y ágil que quería dominar su montura y hacer de ella una prolongación de su cuerpo, un arma.

El espejismo duró poco tiempo. Solo hasta que una mañana descubrió a su hijo llorando por la enfermedad de su caballo preferido y lo llevó con él a rastras hasta las cuadras. El pequeño intuía en la voz helada del padre un castigo que no se atrevía a imaginar. El rey, agarrándolo él mismo entre sus brazos, lo obligó a presenciar cómo un matarife sacrificaba innecesariamente al caballo. Solo para que el niño tuviese un escarmiento por su debilidad femenina, por esas lágrimas que había tenido la imprudencia de derramar en su presencia.

Serían las últimas. Boabdil se lo juró a sí mismo. Ni siquiera ante el cadáver de su padre volvería a llorar. Ese día había quedado declarada la guerra entre ambos. Una contienda silenciosa y esquivada. Mucho más dura para el rey, acostumbrado al campo abierto, al ruido de la espada, y no a la estrategia escurridiza de Boabdil. Su hijo pretendía no hacerle frente, no mostrarse hostil en ningún momento. Estaba dispuesto a cumplir sus órdenes. Pero, en el fondo, los dos sabían que no acataba su autoridad, que había una barrera invisible que preservaba a Boabdil de la voluntad del padre.

Muley Hacén lo observaba con desprecio cuando pasaba ante él cargado con sus libros y pergaminos. La ciencia, la filosofía y la poesía habían sustituido a los caballos. Boabdil llegó a pensar que El Muleh, que en su afán por instruirlo le proporcionaba toda clase de libros, podía correr la misma suerte que su caballo. Varias veces lo había visto en sueños degollado a sus pies. Sus ojos mirándolo con la

misma intensidad con que lo habían hecho los del caballo. En ningún momento Boabdil advirtió a El Muleh del peligro, y ese silencio creaba en la conciencia del muchacho un remordimiento corrosivo. No importaba que a veces sintiera el peligro como algo inminente. Siempre acababa aplazando para el día siguiente la advertencia. Se mortificaba diciéndose que prefería que su amigo corriese el riesgo de ser ejecutado antes que dejar de disfrutar de su compañía unos días más.

Con la distancia de los años Boabdil consideraba aquel sufrimiento como un rasgo propio de la adolescencia, pero también sospechaba que parte del afecto que sentía por El Muleh probablemente anidara en aquella emoción antigua, en esa deuda que siempre consideraría impagada.

Deuda o traición. Se decía a veces a sí mismo el Boabdil adulto. Sabía que su naturaleza, por mucho que se hubiera sobrepuesto a tantos miedos y amenazas, tenía los pies hundidos en el fondo turbio de ese sentimiento. Ese egoísmo que él, en los momentos de benevolencia consigo mismo, justificaba como un mero afán de supervivencia. La vida se había empeñado en no concederle tregua y él tenía que fabricarse esas compensaciones, esos remansos para poder sobrevivir. Un sosiego que ahora, a pesar de tener a Moraima a su lado, le parecía más lejano que nunca.

Aquella mañana, desnudo al lado de su mujer, Boabdil pensaba que el tiempo en el que la felicidad era posible parecía haber concluido. Moraima lo miraba en silencio. Lo hacía con esa gravedad triste que a veces tienen los niños. Nunca le preguntaba a Boabdil por sus pensamientos. Se limitaba a observarlo, como quien mira un paisaje querido y lejano, dejando que la sucesión del sol, la lluvia y las noches lo hagan más fértil y hermoso. Pasó los dedos por la mejilla de él, por la barba suave y poco poblada, rozó sus labios y esbozando una sonrisa susurró:

—Mi pequeño príncipe.

Boabdil hizo un movimiento como si hubiera decidido levantarse, pero en el último instante, cuando ya casi estaba incorporado, se dejó vencer por la indolencia y acomodó su cabeza sobre el pecho de su mujer. Lo esperaba Aliatar, el padre de Moraima; también su hermano menor, Yusuf, y algunos otros militares que ahora, junto a El Muleh y Aben Comisa, formaban su círculo de confianza. Gente con la que intrigaba, podrían haber dicho sus enemigos. Pero, en realidad, Boabdil se limitaba a escuchar opiniones. Y una vez oídas se mantenía firme en su inmovilidad. Su padre no tenía motivos para temer nada de él. No había dado un solo paso en su contra.

Boabdil no sabía por cuánto tiempo podría mantener aquella pasividad. Desde que su padre había atacado Zahara y los cristianos habían respondido con la conquista de Alhama, cada día que pasaba le resultaba más difícil de mantener el equilibrio. Nunca encontraría la calma. Y aunque todavía, milagrosamente, permaneciese al margen de las maquinaciones de palacio, tenía la certeza absoluta de que su hora había llegado.

Todos los esfuerzos que había hecho por desgajar su propia vida de aquella cadena familiar de brutalidades y terror habían sido inútiles. Lo único que podía conseguir era retrasar su incorporación a aquella fatídica rueda. Bisabuelo, abuelo, padre, tío. Y ahora él. Y su madre hostigándolo sin cesar. «El destino llama a tu puerta, tus antepasados llaman a tu puerta, Granada llama a tu puerta».

Espectros, fantasmas ensangrentados, una legión de cadáveres eran quienes llamaban a su puerta. Y mientras unos y otros esperaban sus palabras, sus decisiones, él estaba allí, escuchando el golpeo suave del corazón de su mujer dentro de su pecho, aquel latido que también parecía venir de otro mundo. Quedarse allí. Ser un simple hombre, no un príncipe ni un enviado ni un juez. Débil, sí, cobarde, tal vez. Pero libre. Sin el peso de un pueblo, sin la lápida de su pasado ni la llave de su futuro.

Fue finalmente aquella indignación, la rebelión contra esa suerte lo que impulsó a Boabdil a levantarse. Lo habían maldecido. El bulo corría de boca en boca, lo había estado escuchando desde que era un niño. Sabía que los granadinos lo llamaban el Zogoibi. El Desventurado. El Malhadado. En su cuna alguien había metido una calavera. Alguien le había torcido las estrellas.

Boabdil, desnudo, avanzó unos pasos por la estancia, estrecha, todavía iluminada por velas y con el incienso quemándose en su recipiente de plata. Los ojos de Moraima brillaban como si flotasen en un estanque oscuro, de agua tibia. Estaban entornados y lo miraban fijamente, casi hipnotizados. Cuando él saliera acabarían de cerrarse en un sueño profundo. Él escucharía las nuevas noticias de Alhama, las nuevas estrategias que sus consejeros le proponían.

Su padre había partido hacia allí encabezando el grueso de su ejército, ahora sí llevando armas pesadas y máquinas de asalto, con el fin de poner sitio a la ciudad. Al llegar a sus inmediaciones se había encontrado con los supervivientes de la primera columna, apostados a larga distancia de las murallas, lejos del alcance de la artillería enemiga. Los cristianos, en ese tiempo, habían taponado con escombros y vigas de madera las troneras que ellos mismos habían abierto en las murallas durante su asalto.

A lo largo de lo que había sido el campo de batalla todavía estaban los cadáveres de los nazaríes. Víctimas de los perros y los pájaros de la carroña. Indignado, el rey ordenó a los supervivientes montar en las cabalgaduras que les quedaban y que fueran a matar a los perros que devoraban los restos de sus hombres. Los que no tenían montura debían ir a la carrera.

Nada importaba que al mismo tiempo que ellos mataban o espantaban a los perros y a los buitres muchos de ellos fuesen abatidos por los disparos de las espingardas y las ballestas de los cristianos, que se divertían con aquella improvisada cacería. Aquel era el castigo, el modo de diezmar aquella tropa que se había dejado derrotar con tanta facilidad y que luego había abandonado a la intemperie y al hambre de los perros a sus hermanos muertos.

Muley Hacén pretendió cortar el abastecimiento de agua a Alhama desviando el río del que se obtenía el consumo de la ciudad. Solo lo consiguió de modo temporal. Varió el cauce y apostó allí un nutrido grupo de soldados para defender el lugar. Pero después de varios días en los que los cristianos se vieron obligados a beber sangre, orina y hasta tinta, Ponce de León hizo salir a los suyos de las murallas. Espoleados por la sed y por la necesidad imperiosa de mantener la plaza a cualquier precio, los cristianos protagonizaron varias incursiones audaces y entablaron una encarnizada pelea para recuperar el suministro de agua. De nada valió que Muley Hacén enviase tropas en ayuda de los nazaríes. El río quedó enrojecido de sangre y los cristianos volvieron a tener agua en Alhama.

La hazaña de aquellos hombres ya había trascendido los límites de la región y del reino. A esas alturas, toda Andalucía se encontraba levantada en armas. La frontera se había incendiado y por todas partes quedaba rota la vieja tregua. Se sucedían los ataques menores y la rapiña a un lado y a otro de la línea fronteriza. Desde la corte itinerante de los reyes cristianos, que en esos meses estaba ubicada en Medina del Campo, el rey Fernando había enviado cartas con sellos de oro a los más destacados miembros de la nobleza andaluza exhortándolos para que de inmediato se pusieran en marcha y prestasen ayuda a los conquistadores de Alhama para que pudieran soportar el asedio.

Varias columnas cristianas consiguieron entrar en Alhama llevando con ellas refuerzos y provisiones. De ese modo, antiguos enemigos, aristócratas con viejas cuentas pendientes entre ellos, se vieron de pronto combatiendo codo a codo, empeñados ahora en una causa común. Por su parte, el propio rey Fernando abandonaba Medina del Campo y se ponía al frente de una expedición con destino a Córdoba para dirigir desde allí el ataque a los musulmanes.

En esos momentos, el monarca aún confiaba en que aquella podría ser una guerra corta que restituyese la autoridad de su reino sobre los nazaríes y finalmente propiciara unas condiciones favorables para que Castilla y Aragón pudiesen ejercer un dominio más claro sobre el reino vasallo de Granada. Una contienda que dejase al rival en clara inferioridad para negociar futuros acuerdos y a la vez reparase el honor de los reinos cristianos tras el ataque de Zahara y otros anteriores que habían quedado sin respuesta al estar los castellanos sumidos en sus propias guerras internas. Si en aquel tiempo los monarcas cristianos se habían visto obligados a dejar a un lado su orgullo y habían dejado sin respuesta aquellas afrentas, ahora consideraban llegado el momento no solo de repararlas sino de vengarlas con creces.

Antes de partir hacia el campo de batalla, el rey Fernando defendió en la corte su propósito de dejar desarmado moralmente al reino nazarí. Era un hombre astuto y, ante un consejo que dudaba de sus medidas, expuso sus razones frente a aquellos que enarbolaban sus afanes guerreros y de conquista:

—Más adelante será la diplomacia quien actúe sin que tengamos necesidad de emprender una conquista militar en toda regla. —Y cuando se levantó el murmullo de los disconformes, no dudó en mostrarse irónicamente solícito—: De acuerdo. ¿Deseáis pagar levas durante años para mantener una guerra de desgaste? Yo administraré vuestro dinero. Yo encabezaré los ejércitos. Pero si en cambio preferís no hacer ese desembolso y obtener los mismos beneficios a través de negociaciones y acuerdos, también podéis contar con mi entusiasmo.

Se volvieron mansos los espíritus de la conquista. Lo expuesto por el rey empezó a parecer razonable. Para conseguirlo era necesario actuar con cautela en todos los frentes. Incluido el que se refería al económico y también al comercio granadino. El rey pretendía disminuir en beneficio propio la influencia de los comerciantes genoveses en Granada, que se encontraban muy arraigados en ese reino y monopolizaban muchos de sus abundantes recursos.

Con esa estrategia en mente partió hacia el convulso sur Fernando de Aragón. Una guerra corta y rotunda y una diplomacia larga e inteligente. Salió de Medina del Campo bajo la mirada satisfecha de la reina Isabel, que acudió a despedirlo rogándole prudencia y seguir en cada momento los dictados que a su religión convenían.

—Castilla y Dios os vigilan, amorosamente.

Los ojos de Isabel, de un color verdoso claro, se quedaron mirando a su marido, buscando en la mirada de él la confirmación de estar de acuerdo con el ruego o leve advertencia que ella le hacía. No solo pedía la reina cumplimiento en el campo de batalla y fidelidad para con Dios. Aquellas palabras encerraban la petición íntima de lealtad hacia ella como esposa. En ese momento, la reina y la mujer miraban por igual al rey. Y el rey, consciente de ello, asintió con un gesto que de la gravedad inicial pasó en un instante a la sonrisa. Aquel era su modo de asentir a todo lo que se le pedía.

Probablemente confiara más la reina que la mujer en que sus deseos se cumplieran. Como esposa, sabía que le tocaba padecer la inclinación de Fernando por otras mujeres y que la distancia propiciaba esa debilidad de su marido. Como reina, confiaba en la valentía y en la inteligencia del rey. De momento, ella había optado por mantenerse en un discreto segundo plano en la guerra que acababa de declararse. Pero en su interior sentía un pulso fuerte, casi descontrolado, golpeando su corazón. Anhelaba esa guerra por encima de cualquier otra cosa en la tierra.

Castilla había sufrido los despropósitos de los granadinos de un modo mucho más directo que el reino de Aragón. Ahora había llegado el tiempo de la justicia. Y eso, para una mujer que como ella se jactaba de preferir el rigor a la piedad, tenía un significado rotundo. En más de una ocasión se le había oído decir, con su voz humilde pero firme, que desde su primera juventud disfrutaba contemplando a cada cual en su lugar:

—El hombre de armas en el campo, el obispo vestido de pontifical, la dama en el altar y el ladrón en la horca.

Rubia, pálida, vestida a la francesa. La reina vio partir orgullosa aquella columna que se dirigía hacia un convulso territorio por el que se extendía la guerra. Era una mañana límpida y la primavera empezaba a latir en la tierra. Una bruma blancuzca se levantaba de los campos y una alegría contagiosa resonaba acompañando aquella marcha de carros, bueyes, estandartes y tambores.

Y entre esa algarabía de hierros, armas y música iba un joven capitán al que aquel periodo de guerra, que no sería corta ni estaría regida por la prudencia, transformaría en uno de los hombres más avanzados de su época. Se llamaba Gonzalo Fernández de Córdoba, volvía a su tierra después de vivir tres años en la corte de los reyes de Castilla y Aragón, y con el tiempo sería conocido como el Gran Capitán.

IV. EL JOVEN CAPITÁN

Fue un adolescente inquieto. Buscaba otros mundos. Había nacido en Montilla, que en esa época era una tierra de frontera. Un lugar habituado a la lucha pero también al intercambio, al conocimiento del contrario y de las debilidades propias. Gonzalo Fernández de Córdoba. Hijo de una casa noble. Su padre, Pedro Fernández de Aguilar, fue un hombre habituado al combate. Orgulloso y taciturno, ambicioso e inclinado a las intrigas. Un ejemplo que desde el principio su hijo menor rechazó de forma natural. Sentía aversión, vergüenza, casi una náusea física contra ese modo de actuar.

Gonzalo también era ambicioso. Tal vez incluso más que su padre. Pero su ambición era de otra naturaleza. Más limpia. Trascendente, podría decirse. Ambición para transformar el mundo que le rodeaba, para crecer él mismo y llegar más allá de donde su nacimiento, noble pero al cabo provinciano, podía augurar. Es decir, se trataba de un soñador. Solo que estaba dispuesto a cumplir sus sueños. Pertenecía a la conflictiva tierra del sur, un territorio agreste y demasiado alejado del corazón de Castilla y de su corte.

La figura del padre fue importante, pero no duradera. Murió joven, lo mismo que su madre, la pálida y siempre silenciosa Elvira de Herrera. De modo que Gonzalo, junto a su hermano Alonso, fue tutelado por Diego de Cárcamo. De este caballero aprendería el valor de la prudencia y la costumbre de reflexionar observando las cosas, incluso las aparentemente más obvias, siempre desde más de un ángulo. Al contrario que su hermano Alonso, que había heredado el carácter autoritario del padre y que muy pronto se introdujo de lleno en la política y las intrigas de la región, el menor de los Fernández de Córdoba iba a hacer un camino que algunas veces parecería zigzagueante, pero que siempre estaría marcado por una lenta maduración y en todo momento tendría como objetivo cambiar el destino insignificante que parecía haberle correspondido dentro de su familia.

Siempre al tanto de esas inquietudes, su tutor Diego de Cárcamo pidió a algunos antiguos e influyentes amigos del padre de Gonzalo que recomendaran a este ante el rey Enrique IV. Alonso Carrillo, arzobispo de Toledo, y Juan Pacheco, maestre de Santiago, avalaron al hijo de su amigo. De ese modo, al cumplir los doce años, el joven Gonzalo marchó a Arévalo, cerca de Ávila, para servir como paje al infante Alfonso, hermano menor de Enrique IV.

Era la primera vez que Gonzalo abandonaba su tierra. Empezaba a ver el mundo con una cierta perspectiva. Discreto, algo introvertido. Moreno, delgado y ágil. Con

unos ojos vivaces, casi ávidos. Indagaba sobre todo lo que le rodeaba: caballeros, soldados, gente de la Iglesia. Palaciegos con dedos ensortijados y lengua de veneno. Se ayudaba de las novelas y de algunos libros de poesía para observar el mundo e intentar ahondar en él. Pasó tres años al servicio del desgraciado infante.

En ese tiempo trató con cierta asiduidad al autor teatral Gómez Manrique y también al sobrino de este, Jorge Manrique, el poeta que habría de escribir algunos de los versos más perdurables de la lengua castellana. Entre sus compañeros no acababan de entender el interés que manifestaba Gonzalo hacia aquellos hombres. Sobre todo cuando parecía ser la vocación militar la que se imponía en él. Pero, desde el punto de vista del joven paje, las armas y las letras no seguían caminos excluyentes sino complementarios, y con esa idea él se iba alimentando casi por igual medida de un mundo y de otro.

De una forma brumosa y todavía sin concretar, en su mente iba tomando forma una concepción de la vida muy distinta a aquella con la que a diario trataba en la corte. Ostentación, vanidad y de nuevo intrigas. Miserias que lo alejaban de los sentimientos rotundos, las hazañas y la nobleza con los que él soñaba. Un mundo más o menos idílico que definitivamente pareció quebrarse cuando estalló la guerra civil entre los partidarios del infante Alfonso y su hermano, el rey Enrique IV, también conocido como Enrique el Impotente.

La historia pareció darle la razón a Gonzalo. Parte de la nobleza se encontraba profundamente descontenta con la política del rey Enrique y presionó para que su hija Juana, llamada la Beltraneja, fuese considerada ilegítima y por tanto no pudiera aspirar a suceder a Enrique IV en el trono. El título de príncipe sucesor debía recaer, según esa aspiración, en el infante Alfonso, que entonces era poco más que un niño. El hermano mayor de Gonzalo Fernández de Córdoba y él mismo tomaron partido por ese sector de la nobleza que pretendía encumbrar al infante al título de príncipe heredero. En principio, la suerte parecía que iba a estar completamente de su lado, pero pronto quedó claro que habían elegido el bando perdedor. La familia de Gonzalo y el resto de los aristócratas que habían defendido la causa del infante Alfonso fueron derrotados. Gonzalo con ellos.

Ese inesperado revés cortaba de raíz las aspiraciones de Gonzalo de tener una carrera rápida en la corte, pero, al mismo tiempo, iba a fortalecer su carácter. Ese fracaso le mostraba un lado oculto hasta ese momento de la vida. Supo qué cara tenía la derrota. La vio de frente. La sintió en su propia carne y también en la de su hermano. Traiciones, amigos que dejaban de serlo, gente conocida que súbitamente quedaba en el camino. Halagos que se volatilizaban y querencias que se afanaban por borrar sus huellas más recientes como si temieran contagiarse con la peor de las enfermedades. En cierto modo era así.

Además, había visto de cerca cómo se había maniobrado en contra de doña Juana.

La Beltraneja. La habían sometido a toda clase de humillaciones, a escarnio público. La hija impura de un miserable adulterio, la señalaron como el resultado de la lujuria de su madre con Beltrán, un valido ambicioso. La política mostraba al todavía ingenuo Gonzalo su cara más oscura. Y no se detuvo ahí la cadena de desgracias alrededor de aquel joven de ojos melancólicos y cada vez más oscuros y concentrados.

Muy pronto, el infante Alfonso sufriría una muerte repentina, extraña. El joven Gonzalo se quedó con una causa perdida y sin nadie a quien servir. En una tierra de nadie. Sin norte, extraviado en un enmarañado laberinto. Su primera aventura había acabado, y lo había hecho de un modo desafortunado. Algunas voces venían a decirle incluso que la aventura de su vida se había cerrado definitivamente, para siempre. Le aconsejaban que guardase la experiencia vivida como un tesoro. Así, cuando fuese un anciano, allá en su tierra, podría desempolvar de la memoria esos días pasados en la corte. Su recuerdo podría servirle entonces para dulcificarle la vejez como un fuego tibio y pálido. Eso era todo.

Efectivamente, abandonó la corte y volvió a Andalucía. Con quince años y derrotado. Pero tampoco en Andalucía iba a tener la vida apacible que le habían prometido sus aciagos voceros. Si Gonzalo podría hacer algo durante su vejez, sería precisamente elegir entre una innumerable sucesión de recuerdos, a cada cual más intenso.

Tuvo unos años de cierta calma a su regreso. Muy pocos. El rey Enrique IV había conseguido alcanzar unos pactos más estables con los granadinos. Eso hizo que los encuentros armados disminuyesen a lo largo de la frontera. Sin embargo, esa tregua había permitido que afloraran viejas cuentas pendientes entre la nobleza de la región. Los Fernández de Córdoba estaban inmersos de lleno en esas rencillas en las que se dilucidaban derechos sobre propiedades y antiguos rencores. Así que, un buen día, Gonzalo se vio armado y recorriendo a las órdenes de su hermano mayor los campos de Montilla en busca de enemigos de la familia o incluso de gente de otras ramas familiares, ahora convertida en rival.

A pesar de andar armado de un lugar a otro y de estar dispuesto a entablar combate para defender la causa de su familia más próxima, Gonzalo se sentía ajeno a todo aquello. Escuchaba en silencio las habladurías, las bravuconadas de su hermano y de sus primos. Ese derroche de energía destinado únicamente a erosionarse unos a otros iba cincelandando en su cabeza el camino que nunca debería seguirse. Empezaba a recelar de su casta. Todavía no se encontraba con fuerza suficiente para rebelarse contra su familia, pero internamente ya se había desligado para siempre de toda esa hidalguía rancia y miserablemente encerrada en sí misma.

Sin embargo, ese apartamiento interno cada vez se contradecía más con sus propios actos y con el mundo que lo rodeaba. Hasta tal punto que llegó a creer que lo

que pasaba por su cabeza no eran más que delirios. Sueños de un iluminado de los que debería ir abdicando. Cuando su hermano Alonso le dijo que había acordado nombrarlo alcalde del pequeño pueblo fronterizo de Santaella, Gonzalo vagó con su caballo por los campos cercanos hasta el Arroyo del Salado. Allí, bajo la sombra de unos viejos olivos, estuvo viendo discurrir el agua, contemplando cómo se alejaba igual que su vida y todo lo que había soñado hacer con ella.

No era dueño de nada, y menos que de nada de sus propios pasos. Aquella encomienda de su hermano representaba el desmoronamiento de todo. Una ruina que se pegaba a su piel y la agujereaba como una mala enfermedad. El dudoso esplendor que había entrevisto en la corte se engrandecía como si verdaderamente hubiese estado viviendo entre los caballeros magníficos del rey Arturo o en cualquier otro reino de leyenda. Un pueblo polvoriento, un gobierno de unos cientos de habitantes desconfiados por el continuo peligro de los ataques moros o la sangrienta purga de los tributos reales. Aquel era el colmo de su ambición.

Montó con calma en su caballo. Aceptó el puesto que le encargaba su hermano. Recordó los consejos que en el pasado le había dado su tutor ante sus muestras de impaciencia. Diego de Cárcamo siempre le había dicho que la vida tenía la misma naturaleza líquida del agua y que su sustancia no era rígida sino maleable y por tanto nunca seguía caminos rectos. «Dios sospecha de los caminos trazados a cordel. Ni siquiera Él hizo su creación de ese modo que solo complace a los geómetras. No quieras tú hacer lo que Él no hizo».

Obedeció. Y puestos a transigir en esa comunión con lo que no acababa de agradarle, aceptó otra proposición de su hermano Alonso. Este había acordado el matrimonio de Gonzalo con Isabel de Sotomayor. Se trataba de una prima de ambos y aquel era el modo de emparentar con la rama más rica de la familia. Se dejó guiar Gonzalo, que con apenas veinte años cumplidos, sentía que su vida estaba siendo completamente piadosa, pues casi ninguno de sus pasos seguía la línea recta que su antiguo tutor y al parecer Dios detestaban.

Confiaba en las palabras de su hermano mayor y en el interés que para toda la familia tenía aquella unión. También se dejó llevar por las consideraciones que Alonso le hizo sobre el matrimonio, la virtud y el amor. Un hombre se debía a sus obligaciones familiares. El matrimonio formaba parte de esos deberes y la virtud fundamental estaba en cumplirlos y no en seguir los caprichos pasajeros del corazón como una doncella de los libros de caballerías.

Así que de la indiferencia hacia su mujer pasó Gonzalo a un tibio afecto que muy pronto se mudaría por un nuevo sentimiento de profunda apatía y fría distancia. Después de los primeros compases del matrimonio, aquella relación nunca acabó de suscitar demasiado fuego sensual en Gonzalo. Tal vez porque la pasión de su mujer aparecía ante sus ojos como desproporcionada, casi grotesca en un ser que tan poca

sensibilidad demostraba para otras cuestiones y que tan pocos encantos había recibido del cielo.

Isabel era una mujer ancha de huesos, algo tosca en su físico y un poco entrada en carnes. Su naturaleza silenciosa, casi muda, la hacía pasar por prudente, aunque muy pronto Gonzalo descubriese que detrás de ese silencio no existía ninguna admirable discreción sino una especie de vacío, de extraño ensimismamiento. Toda la riqueza de su padre, señor del Carpio, no había conseguido borrarle ni del cuerpo ni del alma un aire campesino que ella tampoco sabía difuminar por mucho que a veces, casi siempre a destiempo, se mostrara ante su joven marido con lujosos terciopelos y trajes bordados por manos seguramente más finas que las suyas.

Esa era la vida de Gonzalo, joven alcalde de un pueblo perdido en los confines del reino y con un matrimonio desapasionado. En eso habían parado hasta el momento sus sueños de grandeza y aventura cuando un atardecer seco y duro de verano marchaba al frente de una pequeña patrulla por un caserío situado en las afueras de Santaella. Ya de regreso al pueblo, Gonzalo sufrió el ataque de un grupo de partidarios de su primo, el conde de Cabra. Él y los suyos intentaron repeler el asalto. Les disparaban desde las ventanas y las puertas entornadas con tiros de ballesta y alguna espingarda que tronaba con un eco escandaloso y casi festivo en los umbrales de aquellas casas pobres.

Cuando Gonzalo y sus soldados quedaron disminuidos por las flechas y las balas de hierro y plomo, los asaltantes se lanzaron sobre ellos con las espadas desnudas y las lanzas en ristre. Los supervivientes intentaron escapar y fue entonces cuando el caballo de Gonzalo acabó estrellándose contra una carreta que interpusieron en su camino. Su caballo se partió las patas delanteras y Gonzalo fue hecho prisionero.

Iba a pasar dos largos años encerrado en el castillo de su primo, el austero y belicoso conde de Cabra. A lo largo de ese tiempo maduraría todo lo que en aquellos últimos años había circulado atropelladamente por su cabeza. Prisionero por gente de su familia, humillado. Hubo días en los que el tiempo se estancaba igual que un barco varado y sin piloto, y aquel joven lleno de energía notaba que se le cortaba la respiración y se sentía incapaz de vencer ese aislamiento vejatorio. Pero al mismo tiempo iba calibrando su propia resistencia, fortaleciéndose como el metal que tantas veces había visto pasar por la fragua y luego templarse, hacerse más resistente con el frío.

Trazaba planes para cuando fuese puesto en libertad. Sabía que debía rebelarse, que no podía confiar a la vida el rumbo de su propia existencia. Estaba dispuesto a forzar el destino con su voluntad. Maquinaba proyectos y los propios pensamientos, el modo en que los visualizaba y le parecían alcanzables, lo llenaban de desesperación e impaciencia. Aprendía a conocerse. Tomaba verdadera conciencia de cuál era la naturaleza de su país. Posiblemente del género humano.

«Dios nos ha llenado de imperfecciones, para mayor gloria suya», solía decirle su confesor. Ahora él podía dar fe de ello.

Fue un periodo oscuro. Con grandes lagunas de amargura. Sin embargo, desde el exterior le llegaban noticias sorprendentes que trastocaban el sombrío paisaje de la política castellana. Enrique IV había muerto y su sucesión por parte de su hermanastra Isabel había provocado una nueva guerra civil, la tercera en algo menos de quince años. Una guerra que finalmente se habría de resolver a favor de Isabel, casada con Fernando de Aragón.

Aquellos acontecimientos y su propio encierro dejaron muy clara una determinación en el ánimo de Gonzalo. Cuando recuperase la libertad abandonaría su tierra. Por encima de cualquier otra circunstancia debía emprender un camino largo y definitivo hacia la nueva corte. Ese era el único sendero que podía llevarlo a las puertas de un mundo que se encontraba en plena renovación. Un mundo que irremediabilmente tenía que ser mejor que el ya conocido.

Gonzalo tenía un lejano parentesco con el rey Fernando de Aragón y estaba dispuesto a utilizarlo para enrolarse a su lado en cualquier misión que lo alejase para siempre de todas aquellas mezquindades que lo habían llevado a casarse con una mujer que primero le resultó indiferente y después aborrecible, que lo habían obligado a participar en guerras callejeras y luego lo habían privado de libertad durante dos años. Si algo odiaba de la nobleza de su tierra era el desprecio que esta sentía por lo nuevo. Aquellos hombres acostumbrados a una vida rudimentaria sentían una aversión especial por esa especie de refinamiento estético que entonces llegaba de Italia y que para ellos no era más que una muestra del carácter femenino, pagano y al mismo tiempo ridículo que imperaba en las cortes italianas. Un refinamiento que deslumbraba a Gonzalo y al que se iba acercando a través de continuas lecturas.

Al recuperar la libertad, movió, pues, todos los hilos que estaban a su alcance para ser admitido en la nueva corte castellano-aragonesa. Sus influencias todavía eran bastante endebles en esa época, pero resultaron suficientes. La corte se encontraba todavía casi en proceso de formación, pero ya iba demostrando tener una personalidad nueva y desconocida hasta entonces en la Península Ibérica.

Solo unas pocas semanas después de salir de su encierro, Gonzalo pactó con su mujer la marcha. Tras ese breve periodo juntos, ella, resignada y algo humillada en su condición femenina, se había visto en el penoso trance de informar a su marido de que el cielo continuaba sin bendecir su unión con un hijo. Hecho que a Gonzalo dejaba impasible pero que a ella le escocía en su interior como una quemadura, como una bajeza. Sobre todo porque esa esterilidad iba a continuar, necesariamente, por un tiempo indefinido. Gonzalo partía hacia la corte y ella se quedaría en la casa matrimonial a la espera de que su marido le indicase el momento en que debía seguir

sus pasos para reunirse con él en Castilla.

Sin embargo, las únicas noticias que Isabel de Sotomayor recibiría al cabo de unos meses serían las que contenía un escrito a través del cual se le informaba de que Gonzalo iniciaba los trámites para pedir la anulación de su matrimonio mediante una dispensa eclesiástica. Esa dispensa se basaría en el parentesco carnal entre el menor de los Fernández de Córdoba y su esposa Isabel. Si en el momento del enlace el hecho de ser primos había servido para facilitar la unión, ahora el mismo argumento debía valer para disolverla.

Gonzalo estaba dispuesto a comenzar una nueva vida y a romper todas las amarras que lo ataban al pasado, fueran del tipo que fueran. En la corte empezó a labrarse una nueva reputación. El rumbo de su vida no iba a continuar en la misma dirección, pero iba a aprovechar muchas de las enseñanzas que había recibido hasta entonces. Por primera vez, tuvo la impresión de que los encuentros armados que había mantenido contra sus paisanos y familiares cordobeses le habían servido para algo. En su nuevo destino sorprendió a sus superiores por la habilidad que demostraba en el manejo de las armas y por su interés para conocer en profundidad las nuevas estrategias militares que el uso de la artillería imponían en los campos de batalla. Esas cualidades hicieron que, en muy poco tiempo, Gonzalo entrase a formar parte de la orden de caballería. Intentaba aprender de todos los que lo rodeaban. Era discreto. Voluntarioso. Duro.

Sin embargo, la mayor influencia de ese tiempo la iba a recibir directamente del rey Fernando. Su «primo», parentesco con el que resumía su lejana relación familiar con el monarca, representó una guía continua en aquellos años. Se trataba de dos personalidades completamente distintas. Fernando era un hombre extrovertido, con una facilidad innata para tratar a la gente. Divertido y frívolo cuando pensaba que la ocasión lo requería. Mujeriego, muy aficionado a ver y practicar el juego de pelota. Pero, tal vez por contraste con Gonzalo, los dos jóvenes entablaron una relación estrecha, de mutua simpatía. A pesar de ser apenas un año mayor que Gonzalo, el rey, por la elevada educación que había recibido en correspondencia a su rango, lo fue orientando en muchas de las materias que afectaban no solo al gobierno, sino a la vida.

No hablaban únicamente de política. Fernando sentía una verdadera pasión por la escritura, y siguiendo el ejemplo de Lorenzo de Medici el Magnífico, el género que más le interesaba era el epistolar. Consideraba que aquella era la vía de expresión natural con la que un monarca dejaba a la posteridad su legado intelectual, su concepción del mundo y de su época. Fernando le enseñó a Gonzalo los secretos de ese arte literario, y este, a pesar de su enrevesada forma de escribir, fue aprendiendo las claves de un género que en el futuro no solo practicaría con frecuencia, sino que incluso lo haría célebre. Las cartas podían ser una forma de esgrima. Y con el correr

de los años aquellos dos jóvenes, ya distanciados y recelosos el uno del otro, la practicarían entre sí.

Una de las diversiones mayores de Fernández de Córdoba al poco de llegar a la corte era la de los torneos y las justas. Gonzalo se desenvolvía bien en ese ambiente, su reserva natural se desvanecía en medio de aquellos combates rituales. Con el tiempo, ese espectáculo se había convertido claramente en una manifestación galante y popular. Así ocurría a un lado y al otro de la frontera cristiano-nazarí. Los jóvenes de la nobleza cristiana participaban en ellos para lucir sus habilidades, sus lujosas armaduras y sus armas, fabricadas expresamente para ese uso festivo. Las ciudades más importantes del reino competían entre sí para ser el centro de esas fiestas a las que acudían espectadores de toda la comarca y en las que los participantes soñaban con emular las gestas de grandes caballeros y soldados.

Jugaban a la guerra. Muy pronto no tendrían necesidad de representar ese juego. Iban a tener una de verdad, dura y sangrienta, en la que sumergirse hasta el fondo. Sus armaduras, que ya no serían aquellas sofisticadas y recubiertas de adornos dorados y de plata, muy pronto se iban a cubrir de sangre y lodo, recibirían impactos de balas y de lanzas con puntas de acero y no el choque de esas otras preparadas para quebrarse cuando encontraban una auténtica resistencia. No habría aplauso de damas, ni pañuelos ni miradas de seda.

Aquellos jóvenes iban a cumplir con creces sus ansias de convertirse en soldados y de participar en verdaderas batallas. Iban a oler en toda su intensidad ese nuevo perfume de la guerra, la pólvora quemada. Vibrarían con el estruendo de los cañones y muchos de ellos dejarían sus cuerpos desmembrados caídos en la tierra, sembrados en ella como árboles deformes y sin fruto. Unos campos que, después de conocer de cerca la brutalidad de los combates, difícilmente podrían denominarse como campos de honor.

El asalto de las tropas de Muley Hacén a una ciudad remota del sur del reino de Castilla, Zahara, convulsionó la vida relativamente tranquila de la corte. Muchos jóvenes de la nobleza con aspiraciones militares vieron llegar repentinamente una posibilidad para progresar en la carrera de las armas. Consideraron la guerra como una bendición. Entre ellos estaba Gonzalo. Aquel ataque, que, en principio, algunos habían tomado como un hecho aislado y casi anecdótico, iba a cambiar de modo radical la vida de muchos miles de personas. La de Gonzalo iba a estar entre ellas.

Al final de un largo y difícil periodo de diez años aquel camino que ahora se iniciaba desembocaría en Granada. En aquella ciudad cuyo nombre sonaba en esos momentos como algo remoto e inalcanzable iba a converger de modo decisivo el futuro de muchos miles de hombres y mujeres. Entre ellos el del rey Fernando y el de la reina Isabel, que ahora veía partir a su marido al frente de un poderoso ejército camino de la guerra recién iniciada.

Pero, sobre todo, en Granada iban a encontrarse los destinos de dos hombres a los que la lealtad a sus respectivos reinos iba a condenar a estar en bandos contrarios y a ser enemigos a pesar de reconocerse entre ellos como iguales y sentir el uno por el otro una verdadera amistad. Boabdil y Gonzalo Fernández de Córdoba. Uno iba a rendir su reino al otro. Pero ambos se sentirían igualmente derrotados. Vencidos en lo más íntimo de sus convicciones. En el fondo, sus enemigos eran los mismos. Gente fanática que enarbolaba cruces o el símbolo de la media luna. Individuos que parecían encontrarse en el polo opuesto unos de otros y que sin embargo estaban estrechamente unidos por el mismo espíritu intolerante y ciego. Los eternos amos de la verdad.

V.

LOS AMOS DE LA VERDAD

—Sí, sí, sí. Señora, sí. —Boabdil hizo una pausa. Sus ojos bailaban de un lado a otro, sin encontrar un asidero en el que detenerse.

Aixa, la madre de Boabdil, se quedó mirándolo, sin mostrar ninguna sorpresa por aquella especie de arrebató. Su hijo estaba nervioso. Siempre había estado nervioso, siempre había sido un muchacho propenso a dejarse impresionar por los contratiempos. Un muchacho sensible.

Boabdil bajó el tono de voz, fijó la mirada en los ojos de brea de su madre y volvió a dirigirse a ella:

—Sí. ¿Es eso? ¿Eso es lo que deseas escuchar? Pues mira mis labios, madre. Míralos fijamente y quédate con su sonido. Sí. Sí. Guárdalo, ahí en tu pecho, tibio. Igual que la leche que un día me diste de mamar. Sí, sí.

Aixa casi esbozó una sonrisa, pero le pudo más el desprecio:

—Desvarías. Contravienes a Dios, su luz. Te empeñas en desvariar y en manipular la verdad, la razón.

—Guárdalo. Guarda mis palabras y aliméntate con ellas como yo me alimenté de ti: sí, sí, sí. Estás en lo cierto. Sí.

En la sala del palacio, además de madre e hijo, se encontraban el hermano menor de Boabdil, Yusuf; Aben Comisa; El Muleh; el general Aliatar, suegro de Boabdil; y algunos consejeros de la reina de los que el joven nazarí recelaba. Recelaba del mundo entero ahora que había dado un paso definitivo contra su padre y se sentía, como aquellos saltimbanquis que de niño le producían vértigo, caminando por una cuerda tensada sobre las brasas.

Todos guardaban un respetuoso silencio. El aire pesaba. Boabdil se había puesto de pie. Caminaba con pasos cortos por la sala y volvía sobre ellos:

—Sí —dijo todavía, ya para sí mismo, casi en un susurro. Parecía más delgado, más frágil que nunca.

Su madre lo seguía fijamente con la mirada. Sin mover ni un solo músculo de su cuerpo. Como una estatua. La reina Aixá tenía una pequeña cicatriz en la comisura derecha de la boca. Una herida de la infancia que le endurecía el gesto y le daba un toque de amargura a la cara incluso cuando, de tarde en tarde, sonreía. Aunque ahora no era el caso. Su mirada era severa. La cara rígida. Más rígida de lo habitual, más máscara de lo habitual, con aquellas cejas oscuras, retintadas de negro, la nariz tan recta como una plomada y una pelusa oscura sobre la boca, todavía voluptuosa.

—¿La razón? —Boabdil pareció escuchar entonces aquello que su madre le había

dicho hacía unos momentos, y volvió a repetir con una mueca de extrañeza—: ¿La razón, madre? ¿De verdad crees que hay algo de razón en todo esto?

Vestida de negro, con velo, con las manos tintadas, Aixa parecía una montaña. Una roca incrustada en el suelo del palacio. Tampoco se inmutó al responderle a su hijo:

—Si tú no crees que la razón está de nuestra parte, ¿por qué has actuado como lo has hecho?

Boabdil la miró indignado, pero sin saber qué responder.

—¿Te has rebelado contra tu padre por complacerme? —continuó ella—. ¿Tratas de decirme eso, de que yo lo piense o lo crea? ¿De que alguien en esta sala lo crea? —Aixa no apartó la vista de él, no miró a ninguna de las personas a las que indirectamente se había referido.

—No.

La reina dejó en el aire la negación de su hijo unos segundos antes de responder:

—No. Claro que no. Si ese hubiera sido el motivo, lo habrías hecho hace mucho tiempo. Cuando todo nos era enteramente favorable y nuestras posibilidades de triunfo eran más ciertas... y menos sangrientas, si eso en verdad te preocupa.

Boabdil apartó la vista de su madre. Le parecían ahora ridículas sus frases anteriores. El modo en que había repetido su afirmación. Sí, sí. Como un adolescente contrariado. Era verdad. Su madre tenía razón. Y él había retrasado inútilmente aquella rebelión contra su padre.

Escuchó cómo el general Aliatar, seguramente queriendo rebajar la tensión entre Boabdil y Aixa, daba algunos datos militares que podían inducir al optimismo. Los demás, calibrando todavía las palabras que madre e hijo habían cruzado, apenas escuchaban al general. Sin embargo, animado por las noticias que Aliatar aportaba, Yusuf, que siempre había admirado a su hermano mayor, se decidió a intervenir con ánimo conciliador:

—Nuestro padre hace mucho tiempo que no merecía ser rey de Granada. De ninguna tierra, y menos de esta. Alá, que todo lo ve, ha sido demasiado generoso con él durante mucho tiempo. Es nuestro padre quien ha provocado la guerra entre nuestro pueblo y quien ha traído la inquietud. Todos los muertos han caído por su mano, aunque Dios haya usado tu espada para quitarles la vida.

Boabdil estimaba la ingenuidad de su hermano. Siempre lo había hecho por más que ahora le irritase. Pero no quiso contestarle. Ni a él ni a su madre, ni tampoco a Aliatar. Tenía la sensación de caminar bajo el agua. Un líquido denso lo separaba del resto del mundo, una cortina de terciopelo pesado y transparente que le impedía respirar. Todo estaba al otro lado del mundo.

Se despidió con un gesto casi imperceptible de todos los presentes y salió de la sala. Descendió las escaleras con lentitud, sin saber con certeza adónde se dirigía. El

aire fresco de la noche le hizo un efecto extraño. Pareció despertar de un sueño pesado, pero tuvo la sensación de entrar en un nuevo sueño, más ligero pero igualmente oscuro. Reconocía el patio de los Arrayanes, pero tenía la vaga conciencia de que ese patio y su vida entera se encontraban en un lugar distinto al que siempre habían estado.

El tumulto vivido en los últimos días se arremolinaba en la cabeza de Boabdil. Por mucho que a toda costa había querido conservar la serenidad, en su interior todo había estado regido por una gran conmoción. Le costaba trabajo entender a su madre. No lo que decía, sino aquella actitud hierática. No comprendía cómo podía mantener esa pose de efígie en medio de la situación que estaban viviendo. Contener todo el torrente de sangre o lava hirviendo que a ciencia cierta le bullía bajo la piel.

Así había ocurrido también en los momentos de mayor incertidumbre unas noches atrás. La madrugada había sido entonces una cadena de ecos y rumores inquietantes. Granada andaba llena de antorchas. Desde la Alhambra veían el dibujo de las llamas corriendo de un lado a otro de la ciudad, las calles parecían hilos de lava o fuego. Gente que alborotaba, enfrentamientos. Peleas callejeras y el intento desesperado de algunos soldados del rey Muley Hacén por recuperar el gobierno de la capital que su hijo, aliado con su madre y la familia de los Abencerrajes, le había arrebatado.

Aquella noche, Boabdil había seguido desde una torre los acontecimientos. A su lado se encontraban Aixa, El Muleh y algunos de sus hombres de confianza. En un determinado momento, una ráfaga de viento hizo que el resplandor de una antorcha iluminase de lleno el rostro de su madre. Fue apenas un instante. Pero cuando la luz desapareció, Boabdil, momentáneamente olvidado de lo que estaba ocurriendo en la ciudad, siguió mirando la silueta oscura de Aixa. En la retina de Boabdil seguía brillando aquel fulgor. El rostro azulado y pálido de su madre. El esbozo de una sonrisa truncado por aquella cicatriz en un lado de la boca que parecía más honda que nunca.

«Su felicidad —pensó Boabdil en aquel momento—. Esta es su auténtica dicha. Esos muertos, esa sangre que ahora se derrama ahí abajo en nuestro nombre. La guerra entre los nuestros. Su poder».

Boabdil había comprendido días atrás que debía aceptar su destino. Era inevitable. Sabía que ya no tenía otra opción que intentar derrocar a su padre. El mal menor. Así se lo había dicho su madre entonces. «Hijo mío, Alá quiere que ese sea el mal menor». Aben Comisa y otros miembros de su familia habían asentido en silencio ante aquella afirmación.

Transcurrieron unos días cargados de tensión. Prepararon en secreto el golpe contra el rey. A Boabdil todo aquello lo llenaba de desconcierto, de profunda tristeza. Se sentía fuera de sí mismo. O, por el contrario, tal vez refugiado en una parte oscura y reducida de sí mismo. En cualquier caso un terreno desconocido y hostil.

Moraima lo observaba con su mirada neutra. Los ojos más grandes, la mirada más quieta que de costumbre. Le decía palabras que a Boabdil le parecían incongruentes, pero el tono estaba lleno de dulzura. «Lloverá sangre. La nieve de nuestros montes será este invierno de color rosado». Aunque desde el momento que la conoció estaba habituado a oírle pronunciar frases enigmáticas o poco coherentes, Boabdil llegó a pensar que tal vez el miedo estuviese trastocando la razón de su esposa.

«Mi padre, el general Aliatar, el hombre de la guerra, siempre ha estado perdido en ese laberinto. Sangre, espadas, hierros afilados. No dejes que ese sea también tu camino. El camino de otros sería en ti una enfermedad. Acabaría contigo, con quien en verdad eres. Serías otro. Aunque sabes que a pesar de todo siempre estaré contigo o con el que vayas a ser», sonreía Moraima viendo a Boabdil salir de sus aposentos, camino de conspiraciones con «hombres avaros».

Después de un tiempo de recelo y rivalidad entre ellos, el rey Muley Hacén había conseguido el apoyo definitivo de su hermano, al que todos conocían como el Zagal. Se trataba de un soldado rocoso. Un hombre reservado y solitario que evitaba caer en los fastuosos alardes de su hermano Muley, pero que al igual que él era partidario de mantener una guerra abierta contra los cristianos. Ambos habían unido su suerte a la de los tradicionalistas musulmanes y, apoyados desde las mezquitas por los faquíes, confiaban en poder hacer frente a los reyes de Castilla y Aragón gracias a la ayuda que recibían de la república de Génova.

La alianza con los faquíes y los miembros más radicales de su fe era también una señal de complicidad al mundo árabe del norte de África e incluso al imperio turco. Aquella se había convertido en la única salida para Muley Hacén. La ostentación de su poder empezaba a resultar suicida para Granada. Varias veces se había estrellado en el cerco de Alhama. Su prestigio militar estaba dañado. No había sido capaz de recuperar la ciudad en ninguno de sus intentos y, después de dejar atrás un número demasiado elevado de muertos en su propio ejército, había regresado derrotado a la capital del reino nazarí.

De poco le valía disfrazar aquel fracaso como parte de una brillante estrategia que más adelante debería dar sus frutos. Los granadinos no habían salido en masa a festejarlo en aquella ocasión como habían hecho cuando conquistó la plaza, ya para muchos maldita, de Zahara. Y cuando el rey se mostraba por las calles para difundir con su presencia autoridad y aplomo, cada vez los murmullos eran más altos y estaban más llenos de ironía o de pura burla. Su barba tintada de un negro azulado y juvenil, el brillo de su lujosa e inútil armadura, o aquella abundante escolta a la que el pueblo ya sentía como parte de un ejército enemigo eran el blanco de las miradas de odio y de los comentarios procaces de los súbditos de Muley Hacén. Su política empezaba a ser una bravuconada, una insostenible huida hacia delante.

Boabdil se había rendido a la evidencia. La única solución para Granada pasaba

por alcanzar un pacto con los reyes cristianos y mantener una política de moderación interna y acuerdos exteriores. La familia de los Abencerrajes y su madre veían a Boabdil como la única alternativa frente a Muley Hacén. Para la reina Aixa esa vía acababa además con las aspiraciones de Zoraya, la Cristiana, la Rumiyya, que desde que le había dado al rey un hijo varón ambicionaba convertirlo en su heredero. Los palacios, las joyas, todos los regalos suntuosos que recibía del rey no significaban para la joven esposa más que un anticipo de aquel objetivo.

El plan contra Muley Hacén estaba trazado. Y en cierto modo Zoraya iba a ser utilizada para llevarlo a cabo. Los hombres de Boabdil estuvieron espionando minuciosamente los movimientos del rey a lo largo de varios días. Cuando Boabdil y sus consejeros ya habían madurado el plan, dos espías siguieron a Hacén y a su escolta hasta el palacio de los Alixares, situado en el cerro del Sol, en las afueras de la Alhambra. Aquella era una de las residencias de Zoraya. Empezaba a caer la noche. El cielo se volvía de un color verde pálido, casi sulfuroso, y pronto empezó a virar hacia un extraño verde oscuro. Cuando el rey subió a los aposentos de la Cristiana, la señal fue dada. Se cerraron las puertas de la Alhambra y todo el palacio se llenó de agitación.

Boabdil fue proclamado nuevo rey de Granada. Hubo carreras, gritos, gente sorprendida en sus aposentos, apresada o directamente degollada. En las mazmorras de la alcazaba fueron aislados algunos de los nobles partidarios de Muley Hacén. Las cuadras se llenaron de gente amarrada y amordazada que iba siendo introducida allí a golpes. Por las calles de la ciudad empezaron a correr rumores. La gente se apresuraba a cerrar sus postigos y miraba a través de las rendijas.

Muley Hacén dejó el palacio de los Alixares ya avanzada la madrugada. Le hizo saber al capitán de su escolta que deseaba ir solo hasta la Alhambra. Montó en su caballo y se dirigió con calma hacia la ciudad palatina. Respiraba el olor de la hierba mojada y el limpio frescor de la noche. La brisa era suave y él todavía mezclaba las imágenes de Zoraya con las sombras y la espesura de los árboles que tenía a su alrededor.

Oía el armónico ruido de los cascos de su caballo en el suelo rocoso, el roce de las ramas de los árboles y el silbido de algunos animales nocturnos. Y de pronto, aquellos sonidos que en principio le parecían tan familiares le resultaron extraños. Una amenaza cruzó por el aire. Detuvo el caballo y dejó que el eco de sus pasos se apagase por completo. Solo el soplo de la brisa y el rumor de las ramas. Se giró sobre sí mismo y no vio nada a su alrededor. Miró al frente. Algo impreciso levantó sus sospechas. La Alhambra parecía en calma, pero el silencio que provenía de allí era extraño, de una densidad que él no reconocía.

Desenfundó su daga, hizo dar media vuelta a su caballo y lo espoleó. Cuando el capitán de su escolta lo vio llegar a las inmediaciones del palacio de los Alixares, un

resplandor amarillento llegaba desde Granada. No hubo necesidad de palabras. En unos segundos los soldados estaban en sus sillas y galopaban en medio de la noche hacia la Alhambra. Apenas se inmutó Muley Hacén cuando el soldado que cabalgaba a su lado hizo un gorjeo extraño y fue derribado con el dardo de una ballesta atravesándole el cuello.

Varios escudos protegieron al rey, y mientras algunos de los soldados respondían a ciegas con sus arcos ligeros al ataque que estaban recibiendo desde la oscuridad de las murallas, Muley Hacén y el grueso de la columna tomó el camino de Granada. Al mismo tiempo ordenó que un pequeño destacamento intentara penetrar en la Alhambra por un pasaje oculto que había al pie de la torre de la Cautiva con el fin de recabar la información más exacta posible de lo que estaba sucediendo al otro lado de esas murallas.

Sin embargo, Muley Hacén comprendió pronto su situación al ver desde lo alto la cadena de antorchas que recorrían las calles, el eco de gritos que le llegaban desde el Albaicín. En una y otra parte de la ciudad se producían pequeñas explosiones que levantaban al cielo un abanico de chispas y efímeras lenguas de fuego. Unos resplandores fantasmales azotaban por unos instantes la oscuridad dejando unas nubes blancuzcas en el aire. Olor a pólvora.

Los partidarios de Muley Hacén eran perseguidos y linchados por las calles de Granada. Los sacaban de sus casas a rastras, y luego los apaleaban y ahorcaban. Eran lapidados, degollados, sin tener en cuenta su edad ni tampoco su sexo. Sus viviendas eran saqueadas y, si se encontraban suficientemente aisladas del resto, eran quemadas en medio de una alegre algarabía.

El rey se quedó apostado en aquel lugar hasta que poco antes del amanecer llegaron dos de los oficiales a los que había ordenado adentrarse en la Alhambra. Le dieron la noticia de que la ciudadela había sido tomada por su hijo Boabdil. Habían apresado o asesinado a algunos de los más destacados seguidores de Muley Hacén, aunque su hermano Abdallah el Zagal había conseguido huir. Mientras, Boabdil, apoyado por la reina Aixa y por la familia de los Abencerrajes, se había proclamado rey de Granada con el nombre de Mohammed XII.

«Quiera Dios el grande y misericordioso que un día yo pueda matar con mis propias manos esa semilla podrida que un mal día salió de mi cuerpo y se alojó durante nueve negros meses en esa cueva más podrida aún», le escuchó decir el capitán de su escolta mientras una extraña mueca, una sombría sonrisa, le torcía la boca.

Todavía estuvo unos minutos observando en silencio el tumulto, que ya se había extendido hasta las afueras de la ciudad. La última estrella del cielo empalidecía y la luna se iba difuminando poco a poco, disipándose como una nueva nube de humo. Quienes estaban al lado del rey derrocado lo miraban de reojo y observaban cómo

movía los labios, rezando o tal vez repitiendo aquella oscura maldición contra su hijo y su primera esposa.

Muley Hacén conocía bien el carácter de sus súbditos. Sabía perfectamente que en medio de aquel desastre su presencia solo podía traer el recuerdo de las últimas derrotas y reavivar las acusaciones de tirano que en los últimos tiempos corrían de boca en boca. Unas acusaciones de las que los soldados de su guardia personal, introducidos en posadas, mezquitas y mercados, le informaban puntualmente.

Mejor dejar que aquella llamarada de ira se quemase rápidamente como una pavesa, que aquellos que antes lo habían adorado y ahora lo odiaban diesen rienda suelta a su furia y después emprender con fuerza el camino de la venganza. Las profecías realizadas el día de su nacimiento habían sentenciado que su hijo Boabdil sería un día coronado rey. Bien. Ya se había cumplido el destino. Era inútil luchar contra lo que estaba escrito. Pero en ningún libro ni en ningún rincón del cielo estaba grabado que el reino de su hijo duraría más que la vida de un pichón en una cocina. Aquel hijo suyo era justamente eso, un tierno pichón atrapado en una cocina llena de cuchillos afilados y garfios. Fuego y aceite hirviendo.

El momento de la revancha sin duda estaría cercano, pero ahora convenía retirarse, dejar que la ira de los granadinos se fuese con aquella sangre que se estaban cobrando. Muley Hacén dio gracias a Alá en voz alta. A continuación, ordenó a uno de sus oficiales que fuese con una pequeña escolta al palacio de los Alixares en busca de su esposa Zoraya. Encontrarían un lugar seguro en cualquiera de las ciudades del reino que sin duda todavía le seguirían siendo fieles y desde allí Muley Hacén, el legítimo rey, emprendería la conquista de la ciudad de Granada al tiempo que mantendría la guerra contra los cristianos.

Una bocanada de plenitud llenó los pulmones de Muley Hacén y pareció extenderse por todo su organismo. El aire fresco de la mañana se mezclaba en su garganta con el olor a madera y carne quemada allá abajo y todo aquello le confería una vitalidad nueva. Un deseo de venganza intenso, concentrado, casi palpable latiendo en mitad de su pecho, ocultando con su fuerza el pulso de su propio corazón.

Boabdil intuía vagamente cuáles podían ser los sentimientos de su padre, esas sensaciones, para él desconocidas, casi animales, que había percibido en Muley Hacén desde que en su infancia lo observaba sin poder apartar la vista de él, con un miedo y una fascinación casi hipnóticos. Le sorprendía aquel hombre lleno de vitalidad que hablaba con una voz poderosa, que reía mostrando sus dientes grandes y blancos y de pronto cortaba su risa y se quedaba en silencio, mirando a su interlocutor con las pupilas encendidas y una mueca cruel en los labios que provocaban un miedo cerval en cualquiera que estuviese frente a él.

Boabdil recordaba la mano de su padre puesta en su hombro el día que siendo él un niño lo obligó a presenciar la muerte de su caballo. Aquella dureza mineral de los

dedos obligándolo a mirar al frente. Y él, Boabdil, esforzándose en no bajar la vista ni dejar escapar una sola lágrima. Más alejadas en el tiempo, perdidas en una nebulosa y como si estuvieran al otro lado de una cortina de gasa, vislumbraba Boabdil unas imágenes brillantes. Se recordaba a sí mismo siendo muy niño, impulsado hacia el cielo, elevado por encima de las cabezas de las personas adultas por los brazos fuertes de Muley Hacén. En aquel vuelo corto oía la risa de su padre. No conseguía recordar el lugar ni el momento en que aquella escena se había producido, y a veces, al rememorarla, llegaba a pensar que aquel hombre que lo recogía en sus brazos después de elevarlo al cielo no era su padre, sino algún familiar cercano del que nunca más había vuelto a tener noticia. Tan diferente le resultaban aquel día el sonido de la voz y la risa de su padre y de un modo tan tierno lo abrazaba.

La naturaleza de su madre era muy distinta. La ambición de Aixa y su lucha por el poder siempre le habían parecido a Boabdil más frías, aunque no más débiles ni tampoco menos feroces que las de su padre. De ella ni siquiera conservaba Boabdil un solo recuerdo semejante a aquel de su padre lanzándolo al aire y estrechándolo entre los brazos. Nunca sintió fascinación por su madre. Solo miedo. Un miedo desnudo. Un miedo callado y sin la estridencia del que podían proporcionar los gestos o la simple mirada de su padre en los momentos de ira.

El pequeño Boabdil siempre había percibido una barrera invisible y gélida flotando alrededor de su madre. Un aire imprevisible y desconocido que en cualquier momento podía desplegar sus alas negras. Siempre temió hacer algo que ella desaprobase, molestarla, contrariarla, y que de pronto se revelase ante él ese ser desconocido que la madre encerraba en su seno. De adulto, simplemente, intentó mantenerse alejado de ella. No cruzar su camino con el de la reina. Ya no temía despertar ningún monstruo escondido. Lo que Boabdil pretendía dejar enterrado bajo unas frías cenizas era su propio rechazo, casi la repulsión, que su madre le provocaba.

Los dos, su padre y su madre, eran los dueños de la verdad. Cada uno de la suya, y ambos la protegían como a un niño de pecho en medio de una catástrofe. Ese era su verdadero hijo, la verdad, su verdad. Estaban dispuestos a hacer cualquier cosa para defenderla. No importaba cuántos de los suyos o cuántos cristianos tuvieran que morir. La verdad merecía todas las muertes que fuesen necesarias.

«La verdad bebe sangre», contaban los soldados musulmanes que había dicho a la reina Isabel su confesor, Hernando de Talavera. También los reyes cristianos tenían su propia verdad. La guerra contra ellos, después de los asaltos a Alhama, se iba endureciendo y las exigencias sobre una posible negociación se hacían cada vez más duras para los nazaríes. El conflicto interno abierto entre Boabdil y su padre fue visto por los cristianos como una auténtica ocasión para establecer un orden nuevo en sus relaciones. Todavía no habían planeado una estrategia para obtener el mayor beneficio de la guerra civil que acababa de comenzar entre los granadinos.

Se mantenían al acecho, esperando encontrar el momento más adecuado y la grieta más profunda en la que introducir su cuña. La reina Isabel había dejado también Medina del Campo y, a pesar del avanzado estado de gestación en el que se encontraba y de lo penoso del viaje, se había dirigido a Andalucía. El eco de las acciones militares de su marido, llenas de temeridad y arrojo, había llegado a la corte castellana y la había llenado de inquietud. Pero no solo el impulso amoroso había hecho salir a la reina de la comodidad de Castilla. Cualquier novedad referente a aquella guerra escuchada en boca de mensajeros y gente que llegaban de Andalucía le aceleraba los latidos del corazón.

Sus prelados y obispos cada día dejaban en sus oídos un nuevo mensaje contra los musulmanes. Hernando de Talavera cada vez iba labrando con un pulso más certero las creencias de la reina. Había confeccionado pacientemente una «tabla del tiempo» que regía los espacios del día que la reina debía dedicar a su actividad pública y aquellos otros que debía preservar para sí misma y el cuidado y fomento de su fe. La biblioteca de la reina, siempre refinada y abundante, se iba llenando de títulos religiosos. El confesionario y los largos paseos de Isabel y Hernando de Talavera por los patios del palacio real de Medina del Campo trenzaban fe y política de un modo cada vez más estrecho.

Boabdil temía los derroteros que pudieran seguir las ideas de la reina Isabel. Se lo había confesado a su hermano Yusuf una tarde en la que ambos caminaban por el Generalife.

—Mucho más me preocupa la reina Isabel que el rey Fernando o incluso que la ira y la sabiduría guerrera de nuestro padre. Esta guerra empieza a revestirse en la cabeza de la reina con una aureola mística.

Yusuf, después de meditar durante unos instantes sobre esas palabras, se mostró algo menos pesimista que su hermano. Lo guiaba un ímpetu juvenil, tal vez demasiado ingenuo para alguien que se había criado entre intrigas palaciegas.

—Es probable entonces que esa aureola religiosa o mística a la que te refieres acabe por entorpecer los intereses políticos de su reino.

—No. En absoluto. Al contrario. —La mirada de Boabdil era intensa, se mostraba muy seguro de lo que decía—. Ese afán religioso no hará otra cosa que intensificar sus intereses. Parece incluso fabricado para ello. Por eso me pareció tan descabellada la ruptura de la tregua por parte de nuestro padre. La reina ve esta guerra como una bendición del cielo, y si maniobra con inteligencia, lo cual no sería raro en esa mujer, se encontrará con que la fe y la razón política vienen a abrazarse como pocas veces lo han hecho en la historia.

—Algo parecido a lo que fueron las cruzadas.

Una pequeña bandada de gorriones sobrevoló a los dos hombres. Boabdil levantó la vista y persiguiéndolos con la mirada dijo distraídamente:

—Eso es, sí. La reina puede acabar teniendo entre las manos su propia cruzada.

Siguieron caminando al abrigo de cipreses y laureles. Las ideas de Boabdil iban calando en su hermano. Este, sopesando lo último que había dicho Boabdil, recordó algo que le había oído comentar a Aben Comisa con Aixa. Los espías de Comisa tenían fama de estar bien informados:

—Parece, Boabdil, que aunque los cristianos han formado su ejército recurriendo como siempre a las levadas de los concejos de los nobles y a los señoríos de la Iglesia, y que han llegado soldados de fortuna como siempre ocurre, también cuentan los informadores de Comisa que se ha incorporado al ejército una gran cantidad de mercenarios de Baviera, de Navarra, Suiza, y que otros muchos hombres vienen a la guerra sin esperar soldada...

—Eso, lo sabes, Yusuf, es una noticia doblemente negra —afirmó tristemente con la cabeza Boabdil, la mirada perdida en el atardecer—. Indica que por todos lados empieza a conocerse que la guerra será larga y que al mismo tiempo cunde la creencia de que esta puede ser una campaña por la fe y la religión.

La noche empezaba a caer sobre la Alhambra. Y mientras los dos hermanos especulaban sobre el futuro, este se iba cumpliendo según sus temores. No solo estaban llegando al bando cristiano huestes mercenarias de los lugares que ellos habían mencionado. En aquel tiempo fue contratada a muy alto precio la veterana compañía de arqueros ingleses de lord Scale, mientras que los maestros reales de artillería pasaban en unos meses de ser apenas una docena a más de setenta, entre los que se encontraba un numeroso grupo de cotizados especialistas bretones.

Y justamente, como temía Boabdil, al lado de esos profesionales de la guerra, desde todos los rincones de Europa comenzaron a cruzar los Pirineos y a desembarcar en los puertos de Valencia y Sevilla soldados y caballeros dispuestos a combatir libremente por la causa de Dios. Borgoñones, venecianos, normandos, que con su actitud insuflaban el credo de la reina Isabel y le confirmaban íntimamente que se encontraba en el camino de la verdad.

Así lo sintió la reina, como un gran latido vibrando en mitad de su pecho, cuando cruzó el río Guadalquivir y a su entrada en Córdoba fue recibida con cánticos, rezos y estandartes sagrados que se inclinaban a su paso. El ejército arrodillado, taladores, ballesteros, ayudantes de las piezas de artillería, prostitutas que habían acudido al trasiego de la soldadesca. Las caras de aquellos hombres curtidos por el trabajo en el campo y ahora en la guerra, allí postrados ante ella, representaban para la reina la materialización de la fe.

Aquellos rostros, poblados de cicatrices, sucias barbas, picaduras de viruela y mellas conmovían a la reina Isabel y despertaban en ella mucha más ternura de la que podrían haber despertado nunca los ángeles y querubines que el mejor artista de la corte llegase a pintar nunca. Aquellos hombres y sus barraganas le inspiraban el

mismo instinto maternal y puro que el que sentía hacia el cuarto fruto de su matrimonio que alentaba en su vientre, en vísperas ya del alumbramiento. No había duda de que el cielo guiaba sus pasos en la tierra.

VI.

UN CAPITÁN EN LA FRONTERA

La guerra, la verdadera guerra, se desplegaba ante el joven capitán Gonzalo Fernández de Córdoba. La guerra era una ambición. Ya no se trataba de aquellas refriegas en las que había participado al lado de su hermano por las tierras de Montilla y Santaella. Aquellas escaramuzas estaban motivadas por oscuros y mezquinos intereses personales. Ahora había en juego algo mucho más elevado. Había salido de Medina del Campo formando parte de un verdadero ejército, con un rey a la cabeza del mismo y enfrente tenía un enemigo claro. De otra religión, otra lengua y otra raza.

Sin embargo, pronto aquella guerra pura y exacta se iría desdibujando en la cabeza de Fernández de Córdoba. Convirtiéndose en un nuevo espejismo. De nuevo aquello que había imaginado había sobrepasado la realidad. Es cierto que en los primeros compases de la campaña había recibido su auténtico bautismo de fuego. Se había empleado a fondo en una batalla y había descubierto el tronar desconcertante de la artillería. Aquellas detonaciones secas, aquellas bocanadas de fuego y el silbido aterrador y mágico de los proyectiles le produjeron en un primer momento un efecto casi hipnótico. Aquel estruendo lo había transportado a una realidad distorsionada en la que los sonidos y las imágenes que tenía ante sí no se correspondían, era como entrar con plena conciencia dentro de un sueño.

«La artillería trastoca los sentidos y la percepción del mundo. La diluye al tiempo que la hace más intensa», le escribiría en una de las escasas cartas que en esa época destinó a su tutor, el ya anciano Diego de Cárcamo.

Al margen de aquel nuevo portento de los cañones, también había sentido el vértigo de galopar en una posición cercana a la del rey Fernando en el fallido asedio a Loja. En esa campaña el rey había dado muestras de un valor cercano a la temeridad.

—Su majestad olvida que es rey. Olvida que nos debe la vida. Que no es suya su vida y lo que con ello arrastra, sino de nosotros, sus servidores —le dijo Ponce de León a Gonzalo en lo más intenso de un asalto a las murallas de Loja.

Y después de pronunciar esas palabras, espoleando su pesado caballo frisón, Ponce de León, el marqués con mirada de hombre loco que había tomado Alhama, se adentró en la batalla de un modo tan imprudente que, al lado de la suya, la actitud del rey pareció llena de sensatez y cuidado.

Gonzalo presenció en aquel sitio de Loja momentos heroicos y fue testigo del valor de hombres de mucho prestigio y de otros humildes soldados de infantería que a pesar de dedicar la mayor parte de su vida al trabajo en el campo de pronto

demostraban un insólito arrojo en situaciones de gran peligro. Pero todo aquello no fue otra cosa que escasos y discontinuos relámpagos en una noche cerrada. Los métodos y estrategias que se empleaban le resultaban a Gonzalo casi siempre caprichosos y sin verdadero sentido. Y los actos innobles cometidos por sus compañeros de armas superaban en la mayor parte de las ocasiones a aquellos otros momentos de cierta grandeza.

Tal vez el hecho de que el rey Fernando no pudiese coronar el sitio de Loja con una victoria y tuviera que replegarse con su ejército derrotado contribuyese a esa frustración. Las conversaciones que mantenía con otros oficiales tampoco le resultaban demasiado edificantes. Al poco de andar por Andalucía con el ejército de Fernando de Aragón, Gonzalo acompañó al rey a la ciudad de Alhama, convertida en un emblema para todos los que guerreaban a un lado o a otro de la frontera. A esas alturas, la ciudad ya casi se había constituido en una causa espiritual para unos y otros.

A pesar de las dificultades que entrañaba abastecerlo y mantener su posición, los cristianos estaban decididos a conservar aquel bastión a toda costa. El rey quiso animar con su presencia aquella guarnición que vivía bajo la permanente amenaza del enemigo y en condiciones muy extremas. Fue recibido con gran entusiasmo. Se le ofrecieron varios banquetes y, en el calor de esas celebraciones, Gonzalo conoció algunos detalles que rebajaron su admiración por la conquista de aquella plaza casi inexpugnable. Uno de los capitanes de Rodrigo Ponce de León contó con muchos pormenores cómo, después de conquistada la ciudad, los ballesteros habían perpetrado una gran matanza entre sus habitantes, sin querer distinguir entre soldados y civiles y muchas veces ni siquiera entre hombres o mujeres y niños.

Lo contaba aquel oficial devorando con su hambre atrasada una pierna de cabrito. Lo acompañaban con sus risotadas algunos presentes que habían sido testigos de los hechos o participado en ellos. Completaban la narración del capitán con un detalle u otro, a cual más sórdido. Pero más rechazo incluso que aquello que estaba oyendo provocó en Gonzalo la actitud del rey Fernando. El monarca escuchaba aquella sarta de barbaridades con una sonrisa en la boca y el ceño fruncido, asintiendo e incluso interesándose por detalles escabrosos y por la actitud de los soldados y sus víctimas.

Detectando la repulsa de Gonzalo, el rey le dedicó un gesto de complicidad y siguió compartiendo todavía un buen rato la mesa y las bravuconadas con aquellos soldados. La tropa estaba encendida por la presencia real y la excepcional abundancia de vino y alimentos que podía ingerir aquel día. Cuando la conversación bajó de tono y ya solo quedaban risas o nuevos cuentos sobre los mismos hechos, el rey se levantó de la mesa y salió de la sala. Se acercó a Gonzalo, que, desde una de aquellas almenas devastadas por la guerra, miraba el horizonte escarpado que rodeaba Alhama.

La tarde empezaba a declinar y una neblina sucia se iba tintando de colores suaves, amarillentos.

—La guerra también es esto, Gonzalo.

—¿Os referís, señor, a matar niños o mujeres de esa manera caprichosa? ¿O al hecho de oír y celebrar el modo en que esa cosa se hizo? —El tono de Gonzalo había sido más respetuoso que sus propias palabras. Él mismo se dio cuenta y quiso excusarse completando su razonamiento—: Os ruego que me perdonéis, señor, pero verdaderamente no alcanzo a entender cómo el acto de combatir en el campo de batalla y matar con la fuerza y la furia que sean precisas puede estar unido a esta innecesaria...

—La guerra también consiste en dar alimento espiritual a la tropa.

El monarca se quedó mirando fijamente a Gonzalo, que, desconcertado, no lograba entender el sentido de aquello que el rey le acababa de decir. Continuó hablando Fernando. La voz del rey era enérgica, sus ojos fríos y repentinamente cansados:

—No me refiero al alimento espiritual que como cristianos les pueden proporcionar los sacerdotes y sus misas, sino el que como hombres, como soldados de continuo enfrentados al peligro y a la muerte necesitan de otros hombres. Y nadie mejor que su rey o sus señores les pueden satisfacer esa necesidad. Darles ese reconocimiento.

—Quizá, mi señor, preferiría yo dar ese reconocimiento en otras ocasiones o por otros méritos.

—Es nuestro deber. No se trata de preferencias ni de deseos. Tampoco estos hombres sentirían el deseo de matar indiscriminadamente si estuviesen en sus casas, con sus mujeres y rodeados de sus familias. Están aquí por nuestra causa. No por su convencimiento, sino por el nuestro. Su deber es hacer lo que hacen. El nuestro, darles amparo. Y no venir como una dama caminando por en medio de unas porquerizas a alzar la nariz y censurar a sus porqueros por el olor o la suciedad que llevan consigo.

Gonzalo se daba cuenta de que estaba descubriendo un lado oculto hasta entonces de la personalidad del rey. Y todavía trató de exponer respetuosamente su opinión:

—Solo deseaba, señor, manifestar mi aversión contra esos actos de sobrada crueldad.

—No es sobrada, ni tampoco innecesaria. Por desgracia. Entre los hombres que llevaron a cabo esos hechos que tanto te repelen habría a quienes les disgustaran, quizá tanto como a ti. Seguro que hubo quien se fue a vaciar sus tripas y vomitar por cualquier rincón, apartado de la vista de los demás.

Fernando negó con la cabeza, parecía desilusionado. Sonrió con tristeza. En su cara estaba la cara de todos los hombres que había visto morir en todas las guerras, en

todas las ejecuciones, emboscadas y actos de barbarie que había presenciado desde su adolescencia.

Dudó si seguir hablando o callar, como quien está ante un niño y no sabe si merece el esfuerzo de explicarle unas razones que muy pronto la vida le enseñará en toda su magnitud. Los ojos inteligentes y el silencio altivo de Gonzalo le volvieron a espolear la rabia y lo impulsaron a seguir hablando:

—Dentro de su rudeza, esos soldados sabían algo que al parecer tú, con tu fino entendimiento, todavía no distingues: que tienen el deber de minar al enemigo, de provocarle espanto y miedo, porque solo de ese modo podrá alcanzarse la victoria. Ellos, esos hombres que ahora ríen como muchachos despreocupados, saben que al enemigo no lo amedrantarán en combates caballerosos ni en justas celebradas al sol tibio de la primavera.

—Sé, señor, que en la dureza de la guerra deben caer sin miramiento...

—Muchos de esos hombres probablemente sepan como tú y como yo que lo que hacían era espantoso, y tal vez hasta se acordasen de sus mujeres o de sus hijos el que los tuviere, pero reunían la fuerza suficiente para cumplirlo. Sin razonarlo del modo que lo hago yo ahora, desde luego, pero oliéndolo, olfateándolo como los lobos huelen la presa con la que se alimentarán ellos y su camada. Quizá lo que hicieron esos soldados no fuese un acto ruin sino de profundo valor. —Un asomo de sonrisa, ahora más abierta, volvió a aparecer en la cara del rey Fernando—. Y tal vez, querido Gonzalo, por medio de hechos como esos se consiga que esta guerra sea más breve y en ella mueran menos inocentes, si es que esa es tu preocupación.

No correspondió Gonzalo con ninguna mueca ni sonrisa al gesto cordial del rey. Sabía que cualquier cosa que dijese tendría una interpretación mezquina.

—Creo y deseo entenderlo, señor.

—Conviene. Créeme, conviene que lo entiendas. Y que lo hagas pronto, o mejor será que te apartes a ocupaciones más melindrosas.

Se calló el rey y todavía estuvo unos segundos mirando al horizonte, que empezaba a oscurecerse, con miasmas y murciélagos revoloteando en el aire, sobre aquellos campos de bronce. Aspiró hondo y, sin volver a mirar a Gonzalo, escupió al frente, se dio la vuelta y se fue alejando con pasos lentos. Caminaba por la almena pasando su mano sobre la muralla, acariciando aquel lomo de piedra irregular como el de un viejo animal querido.

Las voces de unos soldados venían desde el pie de las almenas. «Son nuestros porqueros. Nuestros decididos y felices porqueros». Gonzalo se inclinó sobre la roca fría de la almena. Miraba a un grupo de hombres que, con sus armas abandonadas en un rincón, trabajaban en un patio lateral. Unos reparaban el eje de una carreta y otros llevaban los bueyes a la cuadra.

Las palabras del rey se habían quedado flotando en su mente, oscureciéndose del

mismo modo que el día. Llevándose consigo el perfil del mundo que hasta entonces existía y que se empezaba a llenar de tinieblas y de un silencio frágil, engañoso.

A la espalda de Gonzalo seguían oyéndose las risas y voces de los oficiales, cada vez más altisonantes y desiguales, enturbiadas por el vino. «El mundo es un río alocado que todo lo arrastra. Y no sé adónde me llevará ni qué podré hacer yo, moviendo mis brazos como pobres remos, en medio de esta furia», pensaba el joven capitán enfrentado a aquella oscuridad.

Al poco tiempo de abandonar Alhama, el rey regresó a Córdoba para reunirse con la reina Isabel, seguir planificando la estrategia de la guerra y ocuparse de otros asuntos del reino. A Gonzalo le fue encomendado el mando de una compañía de ciento veinte hombres. Y una misión lejos de la corte. Vigilar la frontera. Un perímetro de varias leguas. No se trataba de un cometido especialmente brillante. Todo lo contrario. Aquella era una tarea rutinaria y estaba llena de largos periodos de tranquilidad y profundo aburrimiento, cuando no de sordidez.

La mayor parte de las veces, Fernández de Córdoba no salía a patrullar con el grueso de su columna. Sus soldados, después de recorrer algunas leguas en sus monturas y tras comprobar que no había fuerzas enemigas por los alrededores, se adentraban en territorio nazarí en busca de alguna presa relativamente fácil.

Se dedicaban a toda clase de saqueos y operaciones de pillaje. En algunas ocasiones, si les sonreía la suerte, asaltaban alguna pequeña caravana de comerciantes. La escolta que estos mercaderes llevaban era escasa, pagada por ellos mismos, y normalmente, cuando sus miembros atisbaban un grupo de enemigos demasiado numeroso, se apresuraban a huir dejando indefensos a aquellos que supuestamente debían proteger. También hacían rapiña los hombres de Gonzalo en alquerías y casas desguarnecidas. Y de un lado y de otro se llevaban mercancías, provisiones y también esclavos que pasaban a ser de su propiedad, como escrupulosamente estaba acordado por orden real.

La ambición de Gonzalo seguía estando por encima de aquellos botines miserables. Esperaba el momento de volver a las órdenes directas del rey. Mientras, se aventuraba en compañía de alguno de sus oficiales de confianza en territorio enemigo. Se detenía en posadas de aquel lado de la frontera y se entretenía hablando con los comerciantes o propietarios que en cualquier momento podrían ser víctimas de sus propios soldados. Intentaba profundizar en la mente del enemigo.

Estaba familiarizado con el mundo árabe, incluso con su lengua, por los años pasados en Santaella. Y ahora se interesaba por conocer la visión que sus contrarios tenían sobre la guerra que estaban viviendo. Lo que pensaban sobre el destronado rey Muley Hacén y su hijo, ahora mortal enemigo, Boabdil. Aunque estaban divididos y había viejos memoriosos que seguían recordando las hazañas y el valor de Muley

Hacén, la mayor parte de las personas con las que conseguía hablar el capitán cristiano se mostraba partidaria del joven Boabdil. Decían de él que se trataba de una incógnita, que no había demostrado aún su valor, pero que al unirse a los Abencerrajes había dado prueba de gran astucia. Y en cualquier caso, siempre sería mejor rey que su padre, podrido por la lujuria hacia una cristiana conversa y dispuesto a ahogar en la miseria a su pueblo, ya fuese con impuestos o con esta guerra contra los poderosos reyes cristianos.

Gonzalo escuchaba con calma. No hacía preguntas directas ni aparentaba ansiedad por saber. No ocultaba su identidad. Se presentaba a todos como militar. Era franco, miraba a los ojos y se mostraba respetuoso con el Corán, con Alá y su pueblo. Incluso, después de muchas horas de conversación lenta y laberíntica, Gonzalo llegaba a conocer lo que aquellos hombres opinaban sobre los reyes castellanos. Sobre el altivo Fernando y la dulce pero férrea Isabel.

Decían de ella que la habían templado en una fragua y que ninguna inclemencia de la tierra, tempestad, rayo o terremoto podía alterar los latidos de su corazón. Hasta allí había llegado la fama de su primer parto. Tal como en su momento se había contado en Castilla, mencionaban algunos musulmanes cómo la reina Isabel durante todo el alumbramiento de su primer hijo se había mantenido en silencio, solo únicamente murmurando oraciones y sin permitirse dar un solo grito.

«Ni siquiera hizo una mueca o un gesto de humano dolor —le dijo a Gonzalo un viejo labrador abriendo mucho los ojos y afirmando lenta y repetidamente con la cabeza e incluso con los hombros, con tanto convencimiento que él mismo parecía haber sido testigo de aquella escena—. Era un mármol. Una reina quien daba a luz, no una mujer».

Comprobó Gonzalo cómo la reina despertaba más temor en la mayor parte de aquella gente que el propio rey Fernando, a pesar de haberse batido este con mucha decisión y furia en los cercanos campos de batalla y haber ocasionado muchos destrozos y mortandad en los pueblos vecinos. El hieratismo de la reina, aquella palidez marmórea y aquella mirada clara y fría de la que todos hablaban la iban convirtiendo en una especie de ser inhumano del que podrían esperarse desgracias y castigos mucho más terribles que los de su marido, que siempre demostraba estar poseído por pasiones comunes al resto de los hombres y solo se distinguía de ellos por tener más mando y poder.

Todo lo iba escuchando Gonzalo sin querer dar casi nunca su opinión sobre las cosas que oía o haciendo ver que él era un simple militar, curioso y cumplidor de su deber, pero que no se fabricaba un juicio cerrado sobre aquello que le encomendaban hacer. A un lado y a otro de la frontera iba cobrando fama de ser un hombre poco común y algo estrafalario. Y por eso a nadie le extrañaba verlo algunos atardeceres remontar el camino que lo llevaba a Archidona y perderse por las cuestas empinadas

del pueblo hasta llegar a las apartadas calles en las que habían obligado a vivir a los judíos.

Había allí una mujer llamada Rebeca que lo hacía olvidarse de las miserias cotidianas y de los afanes inmediatos de la guerra y la política. Se trataba, sin embargo, de un olvido relativo, porque la propia situación de aquella mujer y de sus vecinos era un recordatorio de los nuevos vientos que en ese tiempo estaban cruzando de un lado a otro los reinos de Castilla y Aragón después de que se hubiese puesto en marcha el Santo Oficio y sus normas empezaran a aplicarse cada vez con más celo. Atrás habían quedado las palabras que la reina Isabel había pronunciado apenas cinco años atrás y que tanto habían tranquilizado a los miembros del pueblo hebreo: «Todos los judíos de mi reino son míos y están bajo mi protección y amparo, y a mí pertenece el defenderlos, ampararlos y mantenerlos en justicia».

Morena, viuda joven y con ojos oscuros de gacela. Rebeca desafiaba también a los suyos recibiendo a aquel hombre que llegaba en medio de la noche levantando un rumor metálico de armas, rodela y herraduras reforzadas. Lo había conocido en un caserío cercano al que Gonzalo había llegado una tarde al frente de una pequeña patrulla de soldados. Unos salteadores de caminos habían herido al hermano menor de la joven y Gonzalo y los suyos escoltaron a los dos hermanos hasta su pueblo.

Aquella sensualidad inocente, aquella entrega dócil y al mismo tiempo apasionada eran algo nuevo para Gonzalo. Después de la relación con su esposa y de algún encuentro furtivo con alguna de las mujeres que seguían al ejército real, Gonzalo había llegado a sospechar que aquel tipo de relación entre un hombre y una mujer era un sueño, igual de inalcanzable que aquellos tantos otros que cruzaban por su imaginación. Solo por ver la luz que aparecía en los ojos de Rebeca, por ver su mano pálida acariciando la tela, se complacía el capitán cristiano en llevarle paños de seda comprados a los comerciantes nazaríes. Ella pasaba la yema de sus dedos por aquel tejido que, al igual que otros signos de riqueza, había quedado prohibido para los judíos por orden expresa de la Inquisición.

Rebeca se hacía con aquellas telas túnicas y prendas que solo los ojos de Gonzalo llegaban a ver. Se deslizaba la seda por el cuerpo de la mujer como un líquido tibio y bajo la piel de la seda aparecía otra seda, igual de tersa y suave, una piel de brillos apagados y con olor a fruta amarga. Cada uno de sus movimientos parecía pertenecer a una ceremonia inmemorial, lenta y cadenciosa que Rebeca había asimilado de modo natural.

Gonzalo atravesaba velos, cortinajes de la realidad, transgredía y cruzaba fronteras que iban más allá de las prohibiciones religiosas del Santo Oficio. Entraba en una realidad nueva. Cada vez que se abrazaba a aquel cuerpo desnudo y se deslizaba sobre él sentía que estaba al otro lado de un espejo, lejos del alcance del resto de los hombres. Tenía la certeza de que si gritase o aullara en esos instantes su

voz quedaría encerrada dentro de la ampolla en la que creía encontrarse, dentro de la piel y de los ojos de esa mujer. Tanto era así que en más de una ocasión, completamente perdido en el laberinto del placer, derramándose como si todo él fuese líquido, tierra, vaho, nube, retomó la conciencia del lugar donde se encontraba cuando la mano de Rebeca tapaba su boca y de pronto se descubría en aquella habitación, desnudo, y tardaba unos instantes incluso en reconocerla a ella, con su expresión entre alarmada y risueña.

Quedaba sobre el lecho pensativo, escuchando canciones, recuerdos, deseos susurrados por la voz adormecida de Rebeca. Y mientras ella, desnuda, pasaba las yemas de los dedos o su pelo por el cuerpo de Gonzalo, el murmullo de su voz se iba convirtiendo también en una caricia. Trataba el joven capitán de volver a sentir aquella ausencia del mundo, esa evasión que por encima de los sentidos y los pensamientos lo aislaba de la realidad, pero aunque cerrase los ojos en lo hondo de su retina permanecían imágenes que lo llenaban de inquietud. De su memoria afloraban recuerdos demasiado perturbadores relacionados con Rebeca, con los judíos.

Allí, al pie de la cama, revueltas, estaban aquellas otras ropas de Rebeca. Las que usaba cada día, las que pertenecían a la realidad. Bastas, con su crespón amarillo cosido en un lugar visible para ser identificada al primer golpe de vista. Un recordatorio de su religión, una advertencia que todos empezaban a tener muy presente en esos tiempos y que sin embargo Gonzalo, temerariamente, dejaba a un lado yendo cada vez con más frecuencia a aquella casa, a esa calle en la que habían sido aislados los judíos del pueblo.

Tumbado en esa habitación, envuelto todavía por el perfume natural que desprendía el cuerpo de Rebeca, recordaba que hacía poco más de un año habían sido quemados vivos seis judíos acusados de herejía en Sevilla. Aquel había sido el primer auto de fe llevado a cabo por el Santo Oficio y el ejemplo allí dado amenazaba con extenderse rápidamente por toda Castilla y también por Aragón. Comenzaban las conversiones simuladas y al mismo tiempo la persecución de esos falsos cristianos. Se había prohibido a los judíos ejercer determinadas profesiones y por todos lados había sospechas y celos contra ese pueblo. Y aunque la propia reina mantenía encomendada su salud a Salomón Byton, su médico judío, se los acusaba de sutileza, de ejercer oficios demasiado cómodos.

«Es gente de usura, dedicada a labrar joyas pero nunca a romper la tierra ni hacer de albañil. Y en poco tiempo los que son pobres entre ellos se vuelven ricos. Y ahora, además, se dicen cristianos ante la luz del día y en cuanto cierran las puertas de sus casas se entregan a sus ritos, ellos, que mataron al Hijo de Dios Nuestro Señor», le había comentado a Gonzalo uno de sus oficiales.

Se lo había dicho al cruzarse con un pequeño grupo de judíos, cerca de Antequera. Gonzalo había percibido en la sonrisa del oficial una evidente ironía.

Estaba claro que aquel hombre se encontraba al tanto de las escapadas nocturnas que su capitán hacía de modo cada vez más frecuente a casa de una mujer judía. Nada bueno podía traerle a Gonzalo que esa noticia fuese corriendo de boca en boca y se propagase hasta llegar a oídos eclesiásticos o a la propia corte.

En más de una ocasión había decidido no acudir más a casa de Rebeca, no volver por esas callejas oscuras como un ladrón o un cazador furtivo. Y muchas noches, con la intención clara de no tomar ese camino, ordenaba que encerrasen su caballo en el establo y él mismo entraba en su habitación, miraba desolado su cama, sentía cómo una hiedra envenenada trepaba desde sus piernas por su tronco y apretaba sus arterias. Sin dejarse vencer se arrodillaba, rezaba con toda la convicción de su fe. Entreveía algo de luz reparadora en aquellos momentos. Pero al ponerse de pie, resignado, salía de la habitación, montaba en su caballo y atravesaba la noche.

Aquel hombre, lleno de voluntad y determinación, capaz de vencer todas las adversidades que el destino le ponía ante sí, se sentía incapaz de luchar contra aquella atracción irresistible que lo llevaba hasta aquel reducto de judíos como una marioneta a la que movían los hilos desde el cielo.

Rebeca le abría, silenciosa, mirando al suelo. Lo esperaba sentada dócilmente junto a la puerta. También ella sin voluntad, sin importarle que en su último encuentro se hubieran despedido para siempre y él le hubiese jurado que nunca jamás volvería a aquella casa y le hubiese arrancado a su vez a ella la promesa de que en el caso remoto de que él regresara no le abriría la puerta. Lo abrazaba llorosa, llena de felicidad y de dolor, mojando las mejillas de Gonzalo de lágrimas y llenando sus oídos de sollozos mezclados con una risa callada, nerviosa, hasta que en mitad de aquel abrazo desesperado el llanto y los amagos de risa se iban transformando en gemidos de placer.

El invierno era una cueva cada vez más profunda. Los días eran cortos y apenas había movimiento en la frontera. Gonzalo y sus hombres marchaban sobre sus monturas al paso por aquellos parajes solitarios. Bajo la lluvia y también bajo la nieve a veces veían a lo lejos patrullas o columnas enemigas y, casi siempre, avizorándose unos y otros en la distancia, cada cual seguía su camino, vigilando al contrario hasta que este, con el brillo apagado de sus armas resplandeciendo turbiamente, desaparecía en la bruma grisácea de aquellos días.

Hasta los oídos de Fernández de Córdoba llegaban noticias de una corte y de otra. Los reyes Fernando e Isabel habían dejado de nuevo Andalucía. Los nobles del lugar mantenían su esfuerzo para vencer en aquella guerra. Ponce de León y los suyos resistían en posiciones avanzadas y hostigaban pueblos cercanos a Alhama. Mientras, al otro lado de la frontera, Boabdil mantenía la guerra contra su padre y su tío Abdallah el Zagal.

A pesar de que un personaje llamado Yahia Alnayar, que también anhelaba

hacerse con el cetro de Granada, había acabado por unirse a las tropas de Muley Hacén, el ejército de Boabdil se había apoderado de Almería y ya controlaba esa ciudad. Su padre estaba ahora refugiado en la ciudad de Málaga y desde allí, y a pesar de las amenazas de los reyes cristianos, recibía la ayuda de algunos señores de Marruecos que le enviaban soldados, algunas armas y ayuda económica.

Pero aunque el conflicto se iba extendiendo y haciéndose cada vez más complejo, Gonzalo Fernández de Córdoba pensaba, como otros nobles castellanos y como el propio rey Fernando, que la paz se restablecería tarde o temprano y que habría que aprender a convivir con los granadinos, que solo momentáneamente se habían convertido en enemigos.

Sin embargo, los reyes cristianos habían pedido al papa que designara su guerra como una cruzada. Esa indulgencia para bautizar la guerra como santa significaba un gran desembolso ante la Santa Sede, así que se recaudaron grandes sumas de dinero procedentes de las limosnas que se daban en iglesias y conventos y que finalmente estuvieron destinadas al sostenimiento de la guerra. Los judíos y mudéjares estaban obligados además a pagar un impuesto suplementario para poder mantener un ejército que cada vez era más caro y numeroso. Por otro lado, se iba creando la sensación de que un estado moderno como pretendía ser el creado por Isabel y Fernando debía sustentarse en una sola fe, en una religión única que diera consistencia al pueblo y lo agrupara en torno a sus reyes.

En ese futuro de convivencia al que aspiraba Gonzalo empezaban a aparecer unas finas, pero muy profundas, grietas. Unas grietas que la tempestad de los próximos años, el rigor de la guerra, la crueldad y la intransigencia irían haciendo cada vez más anchas e insalvables.

También en lo personal las cosas estaban a punto de cambiar radicalmente para aquel capitán solitario, casi melancólico, que patrullaba la frontera nazarí. Los sucesos empezaban a correr cada vez más deprisa y el porvenir iba a mover sus hilos de un modo irónico, casi cruel. La providencia estaba a punto de cruzar los caminos de aquellos dos hombres que se profesarían una profunda amistad y admiración, pero que pese a ello estaban destinados a ser enemigos y a entrar en combate el uno contra el otro por lealtad a su pueblo, a su fe y a su patria. Un joven capitán cristiano, Gonzalo Fernández de Córdoba, y un rey nazarí en guerra con su propio padre y su propia vida, Boabdil.

VII. BOABDIL EN GUERRA

Era un paisaje de niebla. El invierno con el que había acabado el año 1482 estaba siendo demasiado largo. El grueso de los ejércitos se encontraba disuelto como cada año ocurría en las estaciones de invierno y verano para que los hombres atendieran las tareas del campo. Solo las levas de año completo, los mercenarios y los señores con tropas de su concejo sostenidas a su cargo continuaban los escarceos con el enemigo y los encuentros armados.

Por todo el reino de Granada corrió la noticia. En medio de aquel hastío invernal el suceso se propagó de boca en boca, engrandeciéndose a cada paso. Se había producido un fuerte choque entre el ejército de Muley Hacén, mandado en esa ocasión por su hermano el Zagal, y las tropas de Ponce de León, marqués de Cádiz, y el maestro de Santiago. La batalla había tenido lugar en medio de un paisaje desolador, pues a pesar de que el calendario anunciaba la próxima llegada de la primavera, el cielo y la tierra estaban envueltos todavía por el aire gris y las lluvias del invierno más cerrado. Había nieve por las proximidades de Ronda, y allí, en campo abierto, por unos montes embarrados y casi despojados de vida, se habían encontrado los dos ejércitos.

Del lado cristiano, el temerario Ponce de León y el maestro de Santiago tuvieron el apoyo de importantes nobles con sus tropas de a pie y caballería, muy bien armadas y pertrechadas. Los árabes eran menos en número, pero no lo fueron en rapidez de movimientos, arrojo y audacia, de tal forma que ocasionaron una desastrosa derrota al ejército cristiano. Hubo una gran cantidad de muertos y heridos, y entre estos últimos se encontró el propio Ponce de León, si bien el marqués estuvo combatiendo hasta el final de la batalla. De pie, al lado de su caballo destripado, el marqués de Cádiz se sostuvo apoyándose con una mano en una lanza partida usada a modo de bastón y empuñando en la otra su espada. Tenía el muslo derecho casi abierto en dos mitades y solo abandonó la pelea cuando dos de sus capitanes lograron alzarlo sobre una mula de carga y alejarlo del combate, ya perdido.

La batalla dejó muy mermada la moral del bando cristiano. Los nobles castellanos y aragoneses, después de este duro revés, comprendieron que el esfuerzo bélico debía redoblarse y que el enemigo iba a mostrar una resistencia mayor de la que hasta entonces habían esperado. Sin embargo, fue en el propio mundo nazarí donde esa batalla tendría mayores consecuencias. Pues ante aquella aplastante victoria del Zagal, y por tanto de su hermano Muley Hacén, los ojos se volvieron inmediatamente hacia Boabdil. Después del golpe de mano que lo había llevado a hacerse con el

dominio de la Alhambra y la ciudad de Granada, el joven rey solo contaba hasta ese momento en su haber con un puñado de buenas intenciones y con unos vagos deseos de conciliación entre los hermanos árabes. Ni siquiera había estado presente en la toma, casi pacífica, de Almería.

Frente al pasado lleno de gloria guerrera de su padre y después de la humillación que su tío Abdallah el Zagal le había ocasionado a los cristianos en las montañas de Málaga, Boabdil necesitaba acreditarse ante su pueblo con una victoria militar que despejase las dudas que empezaban a circular entre muchos de quienes hasta entonces lo habían apoyado. No solo su madre y Aben Comisa, sino El Muleh y el propio general Aliatar, su suegro, le aconsejaron que emprendiese una acción militar que enardeciera los ánimos de los granadinos y contrarrestase la popularidad creciente de Muley Hacén y el Zagal. Únicamente se trataba de encontrar el lugar y el momento precisos para atacar a los cristianos. Y había que hacerlo muy pronto.

Aliatar, que había resistido en Loja los ataques del rey Fernando y que a lo largo de toda su carrera militar había demostrado una especial aversión hacia los cristianos, creyó encontrar la ocasión perfecta para encumbrar a Boabdil a lo más alto de la gloria. Los caminos de la fatalidad empezaban a trenzarse. Lejos de la gloria, aquella idea conduciría al general Aliatar a su propia muerte y en cierto modo abriría el camino para la desaparición del reino de Granada después de ocho largos siglos de reinado musulmán. Sin embargo, tras la derrota sufrida por Ponce de León y su ejército, el suegro de Boabdil estaba convencido de que la caballería cristiana estaba diezmada, el ánimo del ejército bajo y la frontera entre Écija y Córdoba desguarnecida y abierta para realizar una exitosa incursión a través de ella. Lucena era la ciudad perfecta ante los ojos de Aliatar para llevar a cabo ese golpe de efecto.

Se trataba de una población rica pero con muchos flancos abiertos y poca dotación militar. El general Aliatar, que durante muchos años había guerreado en esa comarca, donde su fama producía terror, aseguraba además que el botín sería abundante y el camino de retirada estaba garantizado. La primavera empezaba a dar señales de vida. Pronto los ejércitos empezarían a engrosar sus filas y los cristianos a soldar la gran herida que acababan de recibir. Se trataba justamente de impedir esa curación. Era preciso hacerlos sangrar por la llaga que Muley Hacén y el Zagal les habían producido.

En aquellos días de sol dudoso y de un frío todavía cortante, pudo verse a Boabdil yendo de un lugar a otro de la Alhambra, siempre con la sombra de Aliatar a su lado. Aquel hombre de voz cavernosa, barba gris de alambre y nariz partida era su nuevo padre. Moraima, descreída y lejana, los observaba desde una de las ventanas más altas del palacio. Dos figuras dispares. Miraba a su esposo perdido en aquel trasiego de preparativos, soldados, máquinas de guerra y armas. Sentía en lo más hondo de su corazón que aquello era una despedida.

Cuando era niña, a Moraima le gustaba seguir por las acequias alguna pequeña ramita de olivo llevada por el agua. La perseguía caminando junto al discurso del manantial, viéndola salvar obstáculos y ayudándola cuando quedaba bloqueada, hasta que al final se le perdía de vista y desaparecía en los remolinos que el pequeño canal formaba al caer en una brusca pendiente. Boabdil era ahora una leve rama de olivo llevada por un río caudaloso, enfurecido por una tormenta.

De ese modo lo veía Moraima caminar entre la soldadesca, entre los bereberes recién llegados de África, entre aquellos hombres acostumbrados a la sangre y la muerte. Su príncipe, aquel muchacho indeciso e inocente que conoció en Loja, se dirigía sin saberlo a aquella torrentera llena de furia que lo transformaría y de la que, pasara lo que pasara, saldría tan distinto al joven que conoció y que ya para ella siempre sería un extraño. Otro. Un Boabdil diferente. Un hombre ya no para ella, sino para su pueblo, para Granada.

Estaba segura. Moraima tenía esa certeza y con esa conciencia observaba en silencio a su marido. Se despedía de él a cada paso sin que él advirtiera otra cosa que su mutismo, un ensimismamiento que atribuía al temor de verlo partir por primera vez hacia una auténtica batalla.

Haciendo un gran esfuerzo, Boabdil había conseguido reunir en pocas semanas un ejército de más de ocho mil hombres de a pie y setecientos de caballería. Y se dispuso a marchar hacia Lucena. La ciudad de Granada estaba expectante ante el gran despliegue de su joven e inexperto rey, y muchos curiosos acudieron a las puertas de la alcazaba y a los alrededores de la Alhambra para ver partir la cabecera del ejército, engalanada de estandartes, lanzas y espingardas, con penachos de seda ondeando al viento y tambores que retumbaban por toda la fortaleza. Gritos, niños que corrían de un lugar a otro deslumbrados por aquel esplendor de caballos y armas hasta entonces desconocidas por muchos de ellos. Mujeres curiosas, comerciantes, ancianos que revivían viejos esplendores.

La guardia personal de Boabdil, formada por antiguos cristianos convertidos al islam, formaba en el patio de la alcazaba. Capas rojas y adargas relucientes. Rostros enjutos, marcados por la disciplina y los castigos, miradas frías en medio de aquel aire festivo. Ellos, lo mismo que los bereberes o las tropas de infantería curtidas en guerras anteriores, sí parecían saber hacia dónde se encaminaban, cuál era el destino de aquella algarabía que se desbordó cuando el rey Boabdil hizo su aparición por uno de los patios laterales. Caminaba erguido, pálido, escoltado a un lado por el general Aliatar y al otro por su hermano Yusuf.

La capa roja de Boabdil se abría a su paso como las alas encendidas de un pájaro liviano, y él mismo, en medio de aquel tumulto, parecía sobrevolar por encima del estruendo, separado del mundo, con la mirada brillante. Se dirigió hacia el pequeño estrado en el que estaban su madre, Aben Comisa y Moraima. Su madre esperó a que

se acercara a ella y le habló en voz baja, sin apenas despegar los labios. En mitad del griterío y del tronar de los tambores, ni siquiera Comisa, que se encontraba justo a su lado, pudo oír lo que decía. En cambio, para Boabdil sus palabras resultaron completamente nítidas:

—Hoy empiezas a ser rey. Hoy Alá te bendice y te abre las puertas de su casa celestial. Hoy Granada empieza a pertenecerte por completo y tú a pertenecerle a ella. Dios te bendiga y te dé la victoria, hijo mío.

Aún más pálido, silabeando las palabras, casi en un susurro, respondió Boabdil:

—Alá, el grande entre los grandes y único, escuche tus deseos y bendiga a Granada. Y también a ti, madre.

Los ojos de Boabdil no acompañaban el calor de aquellas palabras, seguían enfebrecidos, tal vez aturdidos por ese clamor cada vez más intenso que se levantaba a su alrededor. Desde los lejanos minaretes empezó a oírse el eco de las voces de los imanes, cánticos. Sobre el ejército y la guardia de Boabdil caían pétalos de flores lanzados desde las almenas de la alcazaba.

La mirada de Boabdil cobró más intensidad cuando se encontró con la de Moraima. Ella lo observaba desde una lejanía de años o tal vez de siglos. Como se mira el cadáver de un ser querido. Boabdil captó el fondo de esa mirada y con una sonrisa le dijo:

—Todavía no he muerto. Volveré y todavía conoceré muchas Moraimas. Me despertaré a tu lado durante miles de días. Y todos serán nuevos.

Ella asintió con una leve sonrisa, dos lágrimas largas, rápidas, descendieron en paralelo por el frío de sus mejillas:

—Sabes, señor, que únicamente he deseado un solo Boabdil. Este que hoy se va.

Boabdil frunció el ceño. Había algo que no llegaba a comprender, pero a pesar de eso mantuvo la sonrisa. El ruido se hacía cada vez más ensordecedor. Sin embargo, quiso añadir, casi con un tono de interrogación:

—Y que pronto regresará.

Moraima asintió con la cabeza, apretaba sus finas mandíbulas y sus ojos se esforzaban por contener el llanto:

—Sí, mi señor.

Sin alterar su expresión, Aixa, la madre de Boabdil, se acercó a la pareja y los cogió dulcemente del brazo. Su tono de voz, por el contrario, estaba lleno de una ira mal sofocada.

—¿A qué vienen estas lágrimas? —reprendió a su nuera, mirándola fijamente—. ¿Por qué lloras e intentas llenar de tristeza este día que puede traer la gloria a tu marido y a Granada entera?

—No lloro, señora. —Moraima logró contener el temblor de sus párpados y se mordió el labio superior después de pronunciar sus palabras.

Aixa se quedó unos instantes contemplándola en silencio, intentando disimular su expresión de desprecio, antes de añadir:

—No solo no pareces la esposa de un rey. Ni siquiera podría pensarse que eres la hija de un guerrero.

—Precisamente, señora, por ser la hija de un valiente soldado es por lo que mi corazón en este momento no rebosa alegría.

—Por el simple hecho de ser mujer deberías saber que en muchas ocasiones existen para un hombre peligros mucho más vivos en las perfumadas alcobas de un palacio que en un campo de batalla.

Boabdil decidió poner fin a esa conversación que ya empezaba a atraer la curiosidad de Aben Comisa, Aliatar y las personas que los rodeaban:

—Madre, en otro momento más adecuado hablaréis de esos asuntos de mujeres, hijas o esposas.

Ninguna de ellas miró a Boabdil, seguían con la vista puesta cada una en la otra, y todavía añadió Moraima:

—Sé, señora, dónde están los peligros. Te aseguro que eso es lo que mejor sé. Es un mapa que, por desgracia, llevo tatuado en mitad del pecho.

Aixa mantuvo su mirada oscura sobre aquel rostro de porcelana ligeramente rosada, sobre los ojos empañados y extrañamente lejanos de su nuera:

—Alá y Granada mandan. —La madre de Boabdil todavía sostuvo la severidad de sus ojos sobre Moraima un instante. Después, su boca recuperó una sonrisa abierta y volvió a mirar a su hijo.

Aixa cogió la cabeza de Boabdil entre sus manos y lo obligó a inclinarse un poco para que ella pudiera besarle la frente. La algarabía subió aún más de tono. Y cuando Boabdil se apartó del estrado y se dirigió hacia su caballo, sostenido por dos escuderos, se alzaron al cielo las lanzas y las espingardas con sus festones rojos atados en la punta, aumentó su intensidad el redoble de los tambores y el griterío se hizo ensordecedor.

Montó Boabdil. «Mi rey joven, mi rey perdido», pensó Moraima, que lo miraba con la barbilla levantada, ya sin ningún rastro de lágrimas o tristeza en su cara. El rey y ella se cruzaron una última mirada, y solo entonces él dio la orden de marcha, alzando levemente la cabeza. Aquel sonido de carruajes y máquinas poniéndose en movimiento, de armas golpeando el suelo y gritos y aullidos brotando de todos los lugares empezaba a parecerse al fragor de una batalla, a esa locura de ruidos e imágenes oscilantes que se apoderaba de los hombres en la guerra y parecía impulsarlos a su capricho.

Al salir de la Alhambra se multiplicó la presencia de curiosos, aclamaban al nuevo rey y se enardecían con la proximidad de la batalla. Los niños corrían acompañando a los bereberes, asombrados por aquellos rostros oscuros y angulosos

de mirada imperturbable. Acercaban sus manos a los caballos, casi rozaban las piernas de los soldados, los arcos ligeros y los carcajs que llevaban a la grupa, con las plumas rojas de sus flechas resplandeciendo al sol.

Solamente habían transcurrido unos minutos y Boabdil tenía la sensación de que Moraima se encontraba en el otro extremo del mundo. En ese momento sentía por ella un profundo amor, pero al mismo tiempo notaba cómo todo se dulcificaba y diluía, cómo aquellas lágrimas que había visto derramar y sobre todo el fondo amargo de esa mirada quedaban atrás y él podía respirar a fondo, dejarse llevar por aquel clamoroso tumulto. Liberarse de miedos, presagios y pálpitos. Salir al campo abierto de la vida y sentirse él también soldado, guerrero, rey de ese pueblo que lo aclamaba.

Y así, cuando al salir de la ciudad por la puerta de Elvira, tuvo un percance que algunos vieron como el inicio de una gran desventura, Boabdil le restó toda la importancia. En aquel lugar que delimitaba la frontera de la ciudad, los gritos de unos muchachos asustaron al caballo del joven rey. El animal se alzó sobre sus patas traseras y cabeceó a un lado y a otro. Cuando Boabdil, con mucha habilidad y sangre fría, consiguió calmarlo pudo comprobarse que en medio de aquellos movimientos la punta de su lanza se había roto al golpearse contra el arco de la puerta.

Todos vieron en ese hecho un mal augurio. Sobre todo en alguien como Boabdil, sobre quien pesaba desde su nacimiento una maldición, un designio del cielo que ahora, en vísperas de su primera acción en el campo de batalla, parecía confirmarse. Pero el joven rey, llevado por la ligereza de ese estado de ánimo en el que se encontraba, recibió el contratiempo con una sonrisa. Aquello que para los viejos y supersticiosos soldados era símbolo de derrota no lograría alcanzar ni siquiera su sombra.

Tomó en su mano Boabdil la punta de la lanza que un soldado había recogido y ahora se la ofrecía respetuosamente, casi con miedo, y, después de sopesarla, la arrojó alegremente a un lado del camino. Unos niños se abalanzaron sobre el metal para disputárselo ansiosamente mientras Boabdil, con una sonrisa limpia, avistaba el amplio y fresco verdor de la vega que se extendía ante él como un mar lleno de serenidad. En lo más profundo de sí mismo sintió de un modo vivo, casi tangible, que ni Alá ni los planetas con sus designios podían querer nada malo para él.

La batalla de Lucena fue dura y sangrienta. Pero no más de lo que el general Aliatar había calculado. El ejército de Boabdil marchó a un ritmo lo suficientemente vivo como para que nadie llegase a sospechar su propósito. Avistaron los arrabales de Lucena con las primeras luces del día. Al fondo, la ciudad y la muralla.

Caía una lluvia ligera. Era un día sucio. El ejército de Boabdil no le dio ocasión al enemigo de poner en práctica ningún tipo de preparativo para el combate. Todavía había gente durmiendo, el silencio se extendía por aquella pradera como una lámina

invisible y solo algunos hombres con vista clara y oídos muy sensibles vieron o escucharon a lo lejos unas figuras menudas, un retumbar apenas perceptible, como si un niño golpeará con sus yemas el tablero de una mesa.

La caballería de Boabdil se lanzó a un galope abierto, rápido como el que habían practicado durante decenas de años los árabes con su famosa estrategia del *karr wa-farr*, aquellas cargas vertiginosas seguidas de bruscos repliegues que siempre habían ejecutado en campo abierto. Solo que, esta vez, la caballería iba seguida por una numerosa retaguardia de soldados de a pie que completaban de modo concienzudo la feroz destrucción que ocasionaban los jinetes. Estos disparaban hábilmente desde las monturas sus arcos ligeros, atacaban y herían con sus lanzas a todo aquel que iban encontrando a su paso. Agricultores, mujeres, soldados.

La contundencia del golpe era crucial. Se trataba de dejar sin aliento al enemigo el mayor tiempo posible, extender el desconcierto y propalar el miedo. La desproporción de fuerzas era enorme. Desde la endeble muralla de la ciudad partieron los primeros disparos de ballestas y espingardas. Una culebrina mal manejada por artilleros inexpertos desperdiciaba sus escasos lanzamientos. Uno de aquellos proyectiles al rojo fue a caer sobre un carro de bueyes con el que unos cuantos frailes franciscanos pretendían alcanzar la muralla de la ciudad y guarecerse en su interior.

Boabdil cabalgaba al costado de Aliatar, daba órdenes según las directrices que entre gritos le hacía llegar su suegro, a su alrededor caían piedras, flechas. Todas las casas y callejuelas de los arrabales estaban tomadas y sus habitantes pasados a cuchillo o arrinconados contra un muro para ser más tarde vendidos como esclavos. El botín que los primeros saqueadores acarreaban desde aquellas casas empezaba a ser abundante.

Espoleada por sus jefes, la infantería árabe corría hacia las murallas, ya casi abandonadas por sus escasos defensores. Los muros tenían troneras abiertas y algunos de sus portones estaban destrozados y en llamas. Aliatar, con parte de su barba ensangrentada y su nariz partida resaltando aún más bajo su casco labrado con piezas de plata, sonrió satisfecho a Boabdil.

—Aquí tienes, por la voluntad misericordiosa de Alá, tu primera victoria, señor.

Boabdil asintió, con la mirada brillante, casi llorosa:

—Ya estás viendo en lo que han quedado tantas profecías y desvaríos. Pregunta ahora si tenían razón los que dijeron el día de mi nacimiento que las estrellas repudiaban mi suerte o quienes en la puerta de Elvira vieron en mi lanza rota un mal presagio.

Todavía su pecho estaba vibrando, anegado por una especie de rayo que mantenía despierto, completamente vivo, hasta el último poro de su piel. Tenía la sensación de que durante la batalla había estado viviendo en medio de un sueño y todavía pretendía seguir un poco más en ese estado que él mismo no sabría decir si era irreal

o por el contrario más real que cualquier otra experiencia vivida hasta entonces. Había sentido en medio del combate que su cuerpo tenía varios corazones latiendo dentro de él o que todo su cuerpo era un corazón golpeando fuerte contra las paredes del mundo. A los pies de su caballo agonizaba uno de sus soldados, con la garganta atravesada por un fragmento de hierro, quizá un trozo de proyectil, y Boabdil sintió que la agonía de aquel hombre joven también era hermosa, que aquello formaba parte de la plenitud de la vida.

Buscando prolongar ese estado mágico, el rey nazarí espoleó su caballo y se lanzó hacia los muros ya desguarnecidos de Lucena siguiendo la estela de su infantería y lanzando gritos de guerra al cruzar entre sus soldados, que, ante la inminencia del botín y con la euforia de haber salvado la vida en lo más duro del combate, lo vitoreaban sin dejar ellos mismos de avanzar a la carrera, sorteando cadáveres, heridos y gente descuartizada que se amontonaba en el suelo con escombros, animales moribundos y armas abandonadas por los cristianos en su huida.

Aliatar seguía de cerca a su rey. El viejo militar sabía que el ataque debía continuar con la misma rapidez que hasta entonces. Tenían que hacerse con el control de la parte principal de la ciudad solo durante unas horas. Las suficientes para montar su botín en carretas y bestias de carga y abandonar Lucena antes de que las guarniciones cercanas consiguieran reunir un ejército lo suficientemente poderoso como para acudir en socorro de la ciudad asaltada. Aliatar conocía esa especie de peligrosa ebriedad que ahora experimentaba Boabdil y que frecuentemente se apoderaba de algunos hombres en su bautismo de fuego, sobre todo si este había obtenido un resultado favorable y no había sido demasiado duro.

Actuó el experto general en todo momento con gran cautela y al mismo tiempo con gran determinación, aparentando que era Boabdil quien tomaba las decisiones que él previamente le iba sugiriendo. El cielo se había oscurecido hasta tal punto que poco después del mediodía pareció llegar la noche. Una lluvia espesa seguía cayendo de modo persistente, cansino.

Aliatar caminaba bajo la lluvia al lado de su yerno por las calles de la ciudad. Por un lado y por otro un enjambre de hombres se afanaba en su trabajo de rapiña mientras a lo lejos todavía se oían algunos gritos y lamentos. Llegaba, quebrado por la lluvia, el eco de algún disparo, rastros de los combates aislados que todavía se mantenían en la parte alta de Lucena. Boabdil había perdido ya su euforia. Había desaparecido esa energía exultante hasta el punto de que parecía haberse quedado prácticamente sin fuerzas y una extraña melancolía empezaba a invadirlo.

Él y Aliatar seguían a un capitán bereber y a media docena de soldados que los conducían hasta un cercano palacete en el que Boabdil y su general podrían descansar algunas horas antes de emprender la retirada. Al entrar en una calle estrecha oyeron varios golpes y risas. De pronto, ante ellos, a unos quince o veinte pies, vieron cómo

desde una ventana elevada caía el cadáver de una mujer. El cuerpo casi rebotó en el suelo con un ruido sordo y se quedó en una postura extraña. Parecía una mujer muy joven, casi una niña, y estaba medio desnuda. Inmediatamente dos soldados árabes se asomaron riendo a la ventana por la que había caído el cadáver. La lluvia y la oscuridad les impidieron reconocer las borrosas figuras de Boabdil y sus acompañantes a pesar de tenerlas muy cerca. Cuando pasaban bajo la ventana uno de ellos les gritó, asomándose hasta quedar con más de medio cuerpo fuera del marco:

—Ehhh, si queréis podéis aprovecharla. La pequeña zorrita todavía está tibia. Daos prisa antes de que quede rígida como un palo y la lluvia le borre su perfume de cristiana.

El otro soldado se limitó a corear esas palabras con risotadas de borracho.

Boabdil, sin apenas alzar la voz, ordenó al capitán:

—Ve con dos de tus hombres. Sube a por esos. Llévalos a la plaza principal y ahórcalos delante de los demás.

Aliatar quiso intervenir:

—Señor, esos hombres están celebrando tu triunfo. Esa muchacha no es más que...

—No es por lo que le hayan hecho a ella, sino a nuestra ley. Están borrachos.

La voz de Boabdil fue seca, apenas audible. Hizo un gesto con la cabeza al capitán, que este se apresuró a obedecer. Tomó a dos de sus hombres y se perdió por la entrada de la casa. Aliatar todavía intentó disuadir al rey:

—Señor, sus compañeros no lo entenderán. Han combatido con valor, si han bebido un poco de vino contraviniendo las órdenes sagradas de Dios bastará con dejarlos sin su parte del botín. Tal vez azotarlos.

Boabdil apartó la mirada de él sin contestar. Pasó la vista por la mujer muerta y reemprendió la marcha acompañado por el resto de los soldados. Aliatar, después de unos instantes de duda, lo siguió a unos pasos de distancia.

La lluvia había amainado repentinamente. El pequeño grupo de hombres caminaba levantando a su paso un chapoteo metálico, era el sonido que hacían sus piezas de armadura y sus armas mezclado con el ruido del agua y los charcos removidos. Cualquier atisbo de aquella plenitud vivida durante el día se había extinguido en el espíritu de Boabdil. Aquellos pasos siniestros, aquellas calles sin más luz que el resplandor que desprendía el cielo a causa de alguna casa incendiada en las proximidades, parecían recorrer el interior de Boabdil.

Podría haberle dicho a Aliatar que la ejecución de aquellos dos hombres borrachos serviría no solo de ejemplo a sus compañeros, sino que sería un mensaje para los faquíes, para los fervientes defensores de la ley islámica que lo tildaban a él de tibio y que se habían agrupado alrededor de su padre, por considerar que este defendía con más determinación el Corán y la religión verdadera. Su madre y Aben

Comisa, que pretendían por medio de alianzas y acuerdos económicos seducir a algunos de aquellos defensores a ultranza del islam, habrían aprobado con entusiasmo su decisión de ahorcar a esos dos soldados.

Sí, podría haber comentado cualquier cosa relacionada con ese argumento a Aliatar, pero además de mostrar con ello un signo de debilidad o incluso de inferioridad que pudiera ser tomado como excusa, Boabdil permaneció callado porque en el fondo de sí mismo no estaba seguro de la causa exacta por la que había tomado esa decisión, de dónde le había surgido ese golpe de rabia, ese deseo de acabar él mismo, con sus propias manos, con la vida de aquellos dos hombres. El cuerpo de la muchacha medio desnudo caído en el suelo, la risa, el asco, su propio e incomprensible hastío o el recuerdo de aquel entusiasmo que había sentido durante la batalla y que ahora le parecía ridículo, una especie de estúpida y salvaje alucinación. Una mezcla de todo aquello o tal vez uno solo de esos motivos le había impulsado a ejecutar a aquellos dos hombres.

Mejor callar, mejor dejar que ese día acabase de pasar como una marea espesa y negra. Como esa lluvia que ahora renacía y que él escuchaba golpear suavemente en el tejado de aquel caserón en el que se había instalado. Boabdil se echó sobre la cama, desnudo, queriendo sumergirse lo más rápidamente en el sueño. Una sucesión de imágenes, explosiones, voces desgarradas, risas y rostros desconocidos asomaban por todas partes al cerrar los ojos. Notaba su cuerpo dolorido, extenuado, y sintió aquel cansancio como un placer, como el único consuelo tangible al que podía aferrarse en medio de la noche.

VIII. LA MALDICIÓN

Bramaba el cielo sordamente. El retumbar lejano de los truenos se confundía con el rodar de los carros sobrecargados por el botín que habían cosechado a lo largo de toda la noche. Los ejes crujían y los animales arrastraban aquel peso con una especie de pasividad, de resignación milenaria. Bajaban las últimas calles empedradas de Lucena. Atrás, en la parte alta de la ciudad, todavía había algunos cristianos que lanzaban sobre la retaguardia del ejército árabe algunas flechas. Caían pedruscos lanzados con hondas. Unas decenas de soldados nazaríes cubrían con sus escudos la retirada mientras otros disparaban sus espingardas o sus arcos.

Los cinco batallones de la caballería mora se habían agrupado en dos cuerpos y avanzaban muy por detrás de la infantería. Boabdil encabezaba la columna principal. Marchaba justo detrás de la patrulla de batidores que abría camino. Su capa empapada de lluvia se le pegaba completamente al cuerpo y confería a su figura un aspecto extraño, una especie de estatua o de busto escarlata. Por su cara caían hilos de agua. A su lado izquierdo iba Aliatar. Las palabras de la noche anterior se habían disipado con el sueño. Solo al pasar esa mañana por la plaza principal de Lucena y ver de reojo los cuerpos de los dos hombres colgados como dos peleles deformes revivieron en la conciencia de Boabdil las palabras y las miradas que la noche anterior había cruzado con su suegro.

Las escasas horas de sueño habían atenuado aquella amargura con la que se había dormido. También las efusiones experimentadas el día anterior habían atenuado su influencia y parecían ahora lejanas, despojadas de aquella ambivalente fogosidad que entonces Boabdil había experimentado. Un golpe recibido en el hombro en la batalla era en ese momento el recuerdo más vivo de la jornada pasada. Al despertar había notado aquella mancha morada que le bajaba hasta el brazo izquierdo. Nada en comparación con las heridas que esa mañana había visto al pasar por la sala de cirugía para dar ánimo a los heridos y repartir entre ellos algunas monedas.

El producto del saqueo, como había pronosticado Aliatar, era abundante. Pero por encima de todo lo que habían capturado sus hombres, Boabdil pensaba en cómo sería recibida en Granada la noticia de esta fulgurante victoria y cómo él y su ejército ganarían prestigio ante los descreídos granadinos que lo tachaban de inexperto y endeble. Su propia madre habría de reconocer su habilidad para la guerra y para el gobierno de un tiempo tan convulso.

La columna avanzaba ya por campo abierto. La marcha era lenta debido a que la persistente lluvia había embarrado los caminos y en muchas ocasiones se veían

forzados a detenerse para sacar del fango las ruedas trabadas de los carros. Sin embargo, poco a poco, se iban acercando a los fatigados soldados de a pie, que habían salido dos horas antes que la caballería y se movían con dificultad, hundiéndose en un barro espeso y absorbente.

La caballería se encontraba atravesando la pequeña cumbre de una colina cuando a lo lejos Aliatar pareció descubrir un movimiento extraño:

—Aquellos que se ven al fondo no son pastores ni tampoco labriegos.

Con sus pequeños ojos detenidos en un punto del horizonte, el veterano guerrero se alzó sobre su montura y siguió oteando la brumosa lejanía. Aquel amanecer apenas había conseguido romper las tinieblas. A pesar de que estaba ya cercano el mediodía, el cielo continuaba oscuro, de un gris turbio y con nubes bajas y pesadas, y la cortina de la lluvia confundía la visión más allá de un tiro de ballesta. Varios soldados y capitanes, advertidos por la actitud de Aliatar, observaron los almendros florecidos, los olivos que descendían por aquella pronunciada ladera hacia la que miraba el viejo soldado. Sin alcanzar a ver nada de particular, todos se disponían ya a continuar la marcha cuando el general volvió a hablar, casi en un susurro:

—Exploradores. Es gente armada.

Boabdil, que ya había hecho avanzar su caballo unos pasos, se detuvo. Miró la cara de Aliatar y al lugar en el que este seguía teniendo fija la vista. En medio de un roquedal vio dos o tres siluetas oscuras moverse y volver a desaparecer.

Boabdil miró alarmado a Aliatar. Este gritó con su voz ronca lo más alto que pudo:

—¡¡Alto!! ¡¡Alto!! ¡¡Silencio!! ¡¡Silencio!!

Los capitanes fueron transmitiendo la orden y el eco de sus voces se fue perdiendo a lo largo de la columna hasta que esta finalmente se detuvo y los soldados permanecieron callados, quietos. También se detuvo la infantería, situada ya a poco más de un centenar de varas. El sonido de la lluvia se hizo más claro. En un principio era lo único que aquellos hombres alcanzaban a oír. Aliatar se quitó el casco y Boabdil lo imitó al instante, el golpeo de las gotas contra el metal desapareció, pero simplemente fue sustituido por el murmullo suave de la lluvia en la hierba baja. Hasta que uno de los batidores, moviéndose con cautela, señaló a lo lejos con su lanza, un poco más a la izquierda de donde Aliatar había descubierto a los exploradores cristianos.

También Boabdil pudo oír entonces un leve retumbar. En cualquier otro momento lo habría tomado por un trueno lejano que se perdía resonando entre las montañas, pero ahora sabía que se trataba de otra cosa. Sintió un vértigo súbito y de repente pensó: «La maldición».

El batidor se había girado hacia Aliatar con los ojos muy abiertos. «La maldición», pensó, casi en voz alta, Boabdil, y sintió que la sangre se congelaba o

desaparecía de su cuerpo. Aliatar y él mismo miraban en la dirección que les había señalado el soldado. Una mancha parda, casi negruzca, aparecía borrosa en el horizonte.

—¡Cristianos! —Aliatar pronunció esa palabra casi con repugnancia y se volvió hacia Boabdil.

Este había empalidecido de un modo alarmante. Sus pómulos se habían vuelto más angulosos de repente y su cara se había afilado.

Miró fijamente a Aliatar. Pero este todavía observaba a un lado y a otro, lleno de inquietud. El general se revolvió en su caballo y de nuevo pidió silencio con unos gritos secos. El murmullo que la presencia de aquellos cristianos había levantado entre los soldados desapareció inmediatamente.

El desasosiego de su suegro desconcertó a Boabdil, que no sabía a qué atenerse ni qué pretendía o buscaba Aliatar. Hasta que este señaló al lado contrario que había indicado el batidor.

—¡¡¡Por allí, allí!!! ¡¡¡Por allí también se acercan!!!

Subiendo desde un bajío, una numerosa columna de hombres a caballo se acercaba a un trote vivo.

Aliatar, viejo soldado de la frontera, rápidamente identificó alguno de los estandartes en la lejanía:

—Aquel es el pendón del perro. El que llevan en Cabra, Baeza y Úbeda. Parece que gente de toda Andalucía se ha levantado contra nosotros.

Boabdil giró en su caballo, miraba a un lado y a otro en busca de alguna posible estrategia.

—Desde esta distancia diría que son menos numerosos que nosotros, señor. Pero parece claro que pretenden atraparnos entre dos frentes. —Aliatar se dirigió a Boabdil con calma. Intentaba transmitirle serenidad y que solo él pudiese advertir el desconcierto del rey.

Boabdil miró a un lado y a otro. Viendo acercarse aquellos dos grupos, tomó una decisión.

—Vamos a romper su flanco más débil. Después nos batiremos en retirada. Hemos obtenido una victoria y debemos salvar todo lo que con ella hemos conseguido.

Aliatar aprobó con un gesto contundente la orden de Boabdil y gritó a quienes estaban a su lado:

—Alá estará con cada uno de nosotros. Con los que vivan y con los que pronto estén con las huríes. Sois afortunados, no como esos perros cristianos que han tenido hoy la desgracia de venir a cruzarse en nuestro camino.

Soltó una especie de alarido o extraña carcajada y comenzó a dar unas órdenes que sus oficiales multiplicaron con energía. Toda la columna del ejército se

estremeció en medio del barrizal. Rápidamente los soldados empezaron a cumplir las órdenes que recibían. La caballería alcanzó a los hombres de a pie. Los lanceros, chapoteando en el barro, se apresuraron a ocupar la vanguardia. A la retaguardia fueron a situarse los arqueros. La primera fuerza cristiana que habían avistado se acercaba por ese lugar a una velocidad superior a la de la columna que ascendía por la pendiente.

Fueron abandonados tres carros que desde el comienzo de la jornada tenían problemas para seguir la marcha de los demás. Otros fueron aligerados de peso. Dejaron en el camino parte del botín. Varios oficiales azotaban con sus varas de cuero a los hombres que pretendían recoger aquellos bultos que al cabo de unos minutos dificultarían sus movimientos y su velocidad para alejarse de allí lo antes posible.

Una vez reorganizado, el ejército de Boabdil empezó a marchar de un modo bastante más vivo que el que hasta ese momento había traído. La vanguardia se había convertido en una coraza de escudos y lanzas. Resoplaban los hombres, resonaban las armas entrechocando y golpeando sus protecciones de hierro. La lluvia arreció y un sonido sordo, una inmensa respiración jadeante que parecía surgir de la tierra entera, se apoderó del aire.

Aliatar cabalgaba a lo largo de la columna, avanzaba y retrocedía dando órdenes y sin perder nunca de vista el avance de los dos cuerpos del ejército enemigo. Gritaba a los capitanes con energía, pero sin perder en ningún momento la calma. Cuando finalmente alcanzó a Boabdil y empezó a cabalgar a su lado, este le preguntó:

—¿Qué crees que ha ocurrido? Ese ejército cristiano parece que ha brotado del mismo barro.

Aliatar negó con la cabeza. Tenía el ceño y la boca fruncidos, pero en lo hondo de sus pequeños ojos había una llama viva, algo chispeante, casi alegre. Boabdil recordó por un instante a Moraima. Verdaderamente, ese hombre estaba hecho para la guerra.

—No lo sé, señor. Solo te puedo decir que el conde de Cabra o al menos su pendón va con esa gente. Y que han actuado con una rapidez que únicamente les puede haber dado ese diablo con mil ojos que tienen pintado en sus lóbregas iglesias.

La respuesta que Aliatar no conocía, la velocidad y determinación con las que aquellos hombres habían respondido a su ataque a Lucena había comenzado apenas veinte horas antes, cuando el vigilante de la torre de señales de la sierra de la Horquera encendió las fogatas de alarma. Aquella torre estaba situada en el desfiladero que unía las plazas de Cabra y Lucena y sus luces fueron advertidas al caer la noche por un vigía del castillo de Diego de Córdoba, conde de Cabra y primo de Gonzalo Fernández de Córdoba. Desde ese castillo, situado en Baena y en el que Gonzalo había pasado dos años de cautiverio, el vigía del conde de Cabra fue confirmando una a una las cinco señales que advertían de un ataque árabe en la zona.

A esa hora, el conde se encontraba ya en su sobria alcoba. A la luz de unas velas ojeaba un viejo misal que esa misma tarde le había regalado un amigo de la orden franciscana. Dos criados pasaban por su cama un par de calentadores con aroma de romero cuando alguien llamó a la puerta. Diego de Córdoba hizo un gesto a uno de los servidores para que abriera, moviendo apenas la barbilla. El conde era un hombre enjuto, de edad algo incierta, cara angulosa y piel pegada a los huesos, como la de algunos animales mal momificados. Los ojos eran oscuros y también como sin vida.

Un oficial de la guardia y el propio vigía que había detectado las fogatas de alarma se quedaron en el umbral de la espartana habitación. El conde todavía siguió unos instantes sumido en su libro. Lo cerró con lentitud y alzó la vista hacia los dos inesperados visitantes.

—Mi señor —comenzó el capitán—, cinco luces están brillando en la torre de la Horquera. La señal de que un ejército moro ha roto la frontera y está atacando una de nuestras plazas.

El conde de Cabra se puso en pie. Ataviado con un camisón de lino basto que le cubría hasta los tobillos, parecía aún más alto y espigado. Se mantuvo todavía unos instantes en silencio. Observó su cama y a los criados que se habían quedado inmóviles, sin saber qué hacer. Miró el misal que había dejado sobre la escueta mesa de pino.

—Id preparando mi atuendo de guerra —susurró a sus sirvientes—. Que traigan mis armas y protecciones. Si no han dado la comida a los perros que no se la den.

El capitán se apresuró a intervenir:

—Mi señor, todavía no sabemos cuántos son ni en qué punto exacto atacan.

—Lo sabremos. Muy pronto. Y ellos también sabrán de nosotros. —Diego de Córdoba pronunció esas palabras sin ni siquiera mirar a su interlocutor. Después, en un susurro, como si empezara un rezo, murmuró—: Juro por Dios y su altísimo Hijo que no podemos ya tolerar esta clase de insolencias. Traed a la sala de armas a los hombres del concejo.

A partir de ese momento todo fue, en el castillo del conde, en Baena y en sus alrededores, un intenso torbellino de actividad, carreras y órdenes ejecutadas con la mayor celeridad. Y así, mientras en Lucena acababa el asalto y los hombres de Boabdil empezaban a cargar mulas y carros con las riquezas y provisiones de esa ciudad, a escasas leguas de allí las campanas de alarma empezaron a batir en Baena y en medio de la noche se extendieron por toda la comarca. Bajo la lluvia, en medio de una feroz tormenta, salieron mensajeros a caballo hacia los pueblos limítrofes y a pie por la propia ciudad para ir despertando a los vecinos y convocando a los hombres para que acudieran a las puertas del castillo.

Todos los partidarios del conde en aquella zona siempre alerta contra los nazaríes fueron movilizándose a lo largo de la madrugada. Un bullicio inquieto recorría los

pueblos y llegaba hasta los caseríos más recónditos. Los armeros levantaban los cerrojos a sus dependencias. Los criados pulían y limpiaban las armas. Herraban caballos disparejos y lustraban protecciones y piezas de armaduras. Se convocaron misas de alba en varias iglesias de la zona.

—Dios entra por cada puerta con una espada —comentó a su hijo mayor el conde de Cabra, vislumbrando desde una torre de su castillo el trasiego que había a sus pies—. Y cada espada saldrá por el pecho o la boca de uno de esos bastardos.

Antes de que amaneciera, el conde había logrado reunir ante la explanada de su castillo a trescientos hombres de caballería. Todos eran expertos soldados en la guerra de fronteras. Diego de Córdoba, rodeado por su enorme jauría de perros adiestrados para el combate, miraba orgulloso aquel numeroso grupo de caballeros. Por delante llevaba ya una tropa de mil doscientos hombres de a pie. Todos armados y decididos a vengar a sus hermanos de Lucena, pues a lo largo de la noche se había sabido que aquel era el lugar que habían atacado los moros.

Además, dos mensajeros llegados desde esa ciudad aseguraron que el propio rey Boabdil estaba al frente de aquel ejército. Un dato que había enardecido aún más el ánimo del conde de Cabra. Este consiguió transmitir aquel entusiasmo a sus capitanes y partidarios, convenciéndolos de que estaban ante una ocasión única para derrotar y golpear con fuerza la cabeza del enemigo. Y con ese ímpetu emprendieron la marcha cuando lo más cerrado de la noche ya empezaba a convertirse en una madeja de luz brumosa.

Al llegar a Cabra, el señor de Zuheros aguardaba con más de doscientos hombres de caballería. En avanzada iba casi el doble de soldados de a pie. Se dividió en dos el ejército y cada una de las partes emprendió la marcha por caminos distintos en dirección a la ruta que unía Lucena con Loja. Sabían que debían interceptar la columna árabe antes de que llegase a las inmediaciones de esta ciudad granadina, desde la que algunas tropas fieles podían tender un puente a Boabdil y ofrecerle un refugio seguro.

Apenas se detuvieron aquellos hombres. Marcharon en persecución del ejército árabe espoleados por sus oficiales. Se alimentaron unos sobre sus caballos, otros mientras marchaban a pie sobre los caminos embarrados. Los más débiles fueron dejados atrás, no sin castigos y azotes. Unos iban impulsados por la obediencia a sus señores, otros por la recompensa prometida y otros, simplemente, estaban contagiados por la fe y el ansia de guerra que sus capitanes sentían. Pero, en cualquier caso, todos avanzaban como parte de un mismo cuerpo, golpeando la tierra con las pezuñas de sus caballos o con sus propios pies, como un tambor sordo y empecinado.

Y fue de este modo como en medio de aquel día turbio, gris y fangoso de una primavera que parecía podrida el general Aliatar avistó en la lejanía las tropas

cristianas del conde de Cabra y del señor de Zuheros. Para los soldados cristianos, el hecho de haber conseguido tener a la vista la columna del rey Boabdil a tan larga distancia de Loja fue un nuevo golpe de euforia. No les importó comprobar que el ejército moro era mucho más numeroso que el suyo. Ellos no habían combatido como habían hecho los árabes en Lucena unas horas antes, no contaban con ese desgaste ni llevaban heridos, carga ni rémoras.

La lluvia amainó, un atisbo de luz, un sol endeble intentó aparecer en lo alto, pero no duró mucho la luminosidad y el día volvió a su grisura. Fue solo un suspiro. Por aquellas colinas de hierba baja y árboles escasos avanzaban los dos ejércitos, el cristiano dividido en dos y siempre acortando terreno al enemigo. Tanto árabes como cristianos estaban ya seguros de que la batalla iba a producirse. Los primeros querían retrasar el choque el mayor tiempo posible, para estar cerca de la frontera y al amparo del socorro que pudiera llegarles desde Loja. Pero toda esa estrategia se evaporó en apenas unos segundos. Finalmente fueron los árabes quienes precipitaron el encuentro, pues viéndose el conde de Cabra en una hondonada del terreno y con el enemigo no demasiado lejano decidió remontar el desnivel que los separaba de cara a un pronto enfrentamiento. Para ello, y con idea de tomar una especie de rampa natural del terreno, hubo de retroceder unos cientos de pies. Aquella maniobra fue tomada por Aliatar como una huida.

—¡El grueso del enemigo se retira, Boabdil! ¡Huyen!

Aquella información desconcertó al joven rey. Detuvieron los caballos. Efectivamente, Boabdil observó cómo aquella columna serpeaba y emprendía un camino de retorno.

—Han debido de entender que no podrían con nuestro mayor número, señor. Es nuestra ocasión. Acabemos con ellos. Alá te pone este regalo ante los ojos. Ahora, aquí, puedes completar tu triunfo y llevar a Granada tu segunda victoria en apenas dos días. Tu gloria y la de Dios unidas.

Los ojos de Boabdil seguían la supuesta retirada cristiana. En su cabeza resonaba todavía aquella palabra abominable. «La maldición. La maldición». Una palabra que sin llegar ni siquiera a ser pronunciada dejaba en su paladar un rastro amargo, bilioso. Y dio la orden. La dio con un sentimiento de liberación, como si al darla abriera su pecho y dejase atrás años de temor, una náusea que volaba de su cuerpo y desaparecía en el aire con el sonido de su voz:

—Ataque. Ataque, Aliatar.

Aliatar se retiró al galope. Gritando a un lado y a otro la orden que el rey apenas le había susurrado.

Y a partir de ahí todo fue un vértigo, todo quedó envuelto en aquella precipitación de movimientos, de voces y gritos que cruzaban de un lugar a otro el ejército, un desconcierto de hombres variando el rumbo de su marcha, de caballos que resbalaban

en el barro y con los ojos desorbitados se encaminaban hacia aquella mancha gris, parda, de soldados cristianos que alzaban estandartes y guiones de vivos colores. Un estremecimiento que se extendía por todo aquel campo devastado, mustio por días de lluvia y meses de crudo invierno.

Y todo aquel vértigo se precipitó, empezó a convertirse en caos cuando, inesperadamente, el ejército cristiano, una vez ganada la colina por la que ascendía, estuvo frente a los árabes, no en actitud de retirada sino, por el contrario, completamente preparado para el ataque, lanzados sus hombres de caballería a un galope lleno de determinación, y los de a pie colocados en cuña aullando por encima del ladrido de la jauría del conde, perros de Asia, perros de presa que daban escolta y enfurecían el galope de los caballos.

Miedo, desconcierto, oscuridad y una luz cegadora que no se correspondía con la bruma de ese día aplastado y sucio. Todo giraba y estallaba en la cabeza de aquellos hombres lanzados a una precipitada carrera en busca de la muerte, la sangre, la carne o el hierro enemigos. Boabdil sentía cómo el galope de su caballo retumbaba dentro de su cuerpo. Parecía que fuese la tierra quien los golpeara a ellos y no al contrario. Nada recordaba la sincronía, casi la ligereza de la carga que había encabezado en el asalto a Lucena.

Desde el primer instante supo que aquel ataque era un error, que aquellos hombres que veía cabalgar a su lado, correr a pie aferrados a sus armas, estaban poseídos también por la duda y el desconcierto. No había verdadera decisión en esa gente que, como él, corría en busca de ese enemigo que ya estaba allí, que ya empezaba a estar lleno de caras concretas, incluso de voces, manos y ojos reconocibles. Una piedra, quizá una flecha sin demasiada fuerza golpeó el casco de Boabdil, que apenas se desequilibró y siguió cabalgando ya casi a punto de estrellarse contra la barrera humana que se había formado ante él.

El choque de los dos ejércitos recordó a Boabdil el golpe de dos cuerpos, un ruido sordo, de huesos que se astillaban bajo la carne, una masa que se removía con más lentitud de la que había previsto aquel galope, aquellos golpes de metal y cuero, relinchos, los aullidos que lanzaban los hombres de uno y otro bando y que parecieron ahogarse, como si verdaderamente unos se hubieran sumergido en el cuerpo de los otros.

Fue un espejismo, un desvarío de los sentidos, igual que cuando era niño y se lanzaba con su hermano gritando al agua en una balsa del Genil. Al hundirse en el agua, los gritos de su hermano, las risas de los otros niños, incluso el canturreo de los pájaros y el zumbido de las chicharras parecían haberse extinguido para siempre, pero todo brotaba con más fuerza, con una agudeza más viva cuando resurgía del agua y el mundo volvía a tomar una forma parecida, casi idéntica a la que tenía antes de que él se sumergiera en el río. Así, deformado, similar a como era antes del choque de los

dos ejércitos, le pareció a Boabdil que lo veía todo después de los primeros instantes de lucha.

Sin embargo, el mundo no se acababa de recomponer por entero, no se producía ese acoplamiento que de niño solo tardaba unos instantes en consolidarse. Algo parecía haberse quebrado para siempre. El aliento del caos seguía reinando y todo se descomponía alrededor de Boabdil en fragmentos que él no lograba enlazar. Un hilo de sangre bajaba de su frente, corría por el lado derecho de la nariz y se deslizaba sutilmente hacia el interior de su boca. La piedra, flecha o bala rebotada que le había golpeado la cabeza debía de haberle astillado el casco, rajado el cuero cabelludo. Notaba en la boca el sabor de la sangre y le parecía que era el sabor de aquella otra sangre que por todas partes veía derramarse a su alrededor. Perros que mordían y arrancaban la cara, los genitales, los dedos de sus hombres, espadas partidas, lanzas rompiendo huesos o taladrando el pecho o el vientre de los caballos. Mazas abollando grebas, guanteletes que parecían volar, hachas y garfios, hojas afiladas acometiendo la carne desnuda, en un trabajo más de carnicero que de soldado. Y esa endebles, esa sensación de flaqueza y titubeo que Boabdil empezó a percibir entre su gente.

Lo sentía como si fuera un olor. Algo casi palpable. Boabdil notaba que sus hombres eran una materia blanda, levadura enfrentándose al filo de un cuchillo. Una masa que se dejaba hendir y se rompía sin apenas resistencia ante la acometida feroz de aquellos cristianos que parecían impulsados por una potencia superior a la humana y que no era más que producto de su voluntad y de su determinación. La fe ciega en su fuerza.

Uno de los capitanes que servían de parapeto y apoyo a Boabdil había caído muerto por lanzas cristianas. Otro de ellos, con la mirada perdida, trataba de contener parte de sus intestinos con una mano mientras que con la otra se agarraba débilmente a la crin de su caballo. El rey granadino buscaba a Aliatar en medio de aquella tempestad de hombres, hierros y animales, pero solo veía figuras desconocidas, armas, miembros, espaldas que él mismo golpeaba o hendía con su espada cuando los identificaba como enemigos.

Se apartó un poco de aquel remolino y fue entonces cuando en medio de un tumulto de hombres que se embestían, muy cerca de él, descubrió al viejo general. Tenía el peto cubierto de sangre, y por un momento temió Boabdil que estuviese gravemente herido. Pero era sangre de otros que probablemente el propio Aliatar había derramado. El general se dio cuenta de cuáles eran los temores de Boabdil. Le hizo un gesto negativo con la cabeza y le señaló con la espada la retaguardia, la parte alta de la colina desde la que habían iniciado el ataque y donde todavía quedaba un batallón custodiando los mulos y los carros en los que llevaban el botín obtenido en Lucena. Se acercó Aliatar entre la multitud del mismo modo que si avanzara por un río de corriente densa y gritó a Boabdil por encima del estruendo y las voces que los

rodeaban.

El general aconsejaba batirse en retirada y replegarse en orden. Muchos de sus hombres ya habían emprendido una carrera sin rumbo por aquellas laderas enfangadas. Asintió Boabdil. Dio la orden a los dos capitanes que quedaban a su lado.

Volvió a mirar a Aliatar, que también intentaba salir de aquel enjambre, y justo en ese momento le pareció percibir una sonrisa, una mueca extraña en el rostro de su general. Al instante, un manantial de sangre brotó de la parte superior de la cara de Aliatar y sus ojos se quedaron vacíos, sin mirada. Todavía el caballo del general obedecía la última orden recibida y marchaba en dirección a Boabdil. Este intentó cruzar la muralla de cuerpos que se interponía entre ambos. Forzó su montura, golpearon él y sus dos capitanes espaldas, cabezas y brazos, pero cuando volvió a alzar la vista fue para ver cómo una lanza cristiana, adornada con una cinta azul y amarilla, entraba por un costado de Aliatar aprovechando el hueco que su armadura dejaba en la axila y salía por su cuello.

Boabdil vio, o creyó hacerlo, cómo un último golpe de vida asomaba a aquellos ojos que habían quedado vacíos hacía un instante. Después, el cuerpo de Aliatar se desmoronó de su caballo, se perdió entre un erizo de lanzas, horcas, espadas y pinchos. En ese momento, el propio Boabdil recibió un fuerte golpe en la greba, la pieza de protección que le cubría desde la rodilla al pie. Vio de reojo cómo una maza intentaba volver a golpearlo en el mismo lugar, asestó un tajo con la espada al macero y revolvió su caballo.

Boabdil pudo desembarazarse de la gente que lo rodeaba, salir de ese laberinto de hombres y bestias. Pensó que tal vez aquella maza le había partido el hueso, la tibia, sentía un dolor sordo, soterrado. El recuerdo de un dolor muy vivo que no acababa de aflorar. Emprendió el galope hacia el lugar que había señalado Aliatar. Por un instante recordó a Moraima. Fugazmente se vio a sí mismo diciéndole a su mujer que su padre había muerto. Oliendo el perfume de su cuerpo al abrazarla. La pierna lo devolvió al lugar en el que estaba, la punzada terrible de un nervio le recorrió la pierna desde el tobillo y llegó al rojo vivo hasta la cintura, casi hasta la espalda. El dolor dormido resucitaba, se apoderaba de todo su cuerpo y al instante remitía.

Oía voces detrás de él. Ladridos, disparos de espingardas. Cazaban a sus hombres y estos corrían despavoridos ladera abajo intentando diseminarse, perderse entre el pedregal y el escaso bosquecillo de encinas que había al fondo. Boabdil seguía cabalgando. Vio cómo en torno a él se formaba un nutrido grupo de jinetes de su propio ejército. Delante de ellos el batallón que se había quedado custodiando el cargamento de los carros y las mulas se ponía en movimiento y se fragmentaba. La mayor parte de aquellos soldados de caballería, lo mismo que muchos otros de a pie, emprendían la huida alocadamente. Otros, por el contrario, esperaban a Boabdil y se disponían a unir su suerte a la de su rey.

No duró mucho la retirada. Boabdil y los cincuenta o sesenta hombres que iban con él forzaron sus caballos todo lo que pudieron. Pero los animales iban agotados por varios días de esfuerzo continuado. Los cristianos que galopaban en su persecución daban alcance a los que quedaban rezagados y a veces incluso acertaban a derribar con sus disparos de ballesta a alguno de los soldados que cabalgaban al lado de Boabdil. El barro y los caminos impracticables no ayudaban a los árabes ni a sus extenuados caballos.

Finalmente, cuando después de casi dos leguas de cabalgada, ya solo una veintena de hombres rodeaban a Boabdil, viendo este que los cristianos estaban a punto de darles alcance, intentó una acción a la desesperada. Se desvió del sendero embarrado por el que iban galopando y se introdujo por un territorio aún más dificultoso que pusiera a prueba la pericia de los jinetes enemigos. El rey y los suyos entraron en un marjal, un terreno bajo y pantanoso por el que cruzaba un riachuelo llamado Martín González. Y aunque en un principio la carrera de los cristianos se frenó al tomar contacto con aquel pasto de cieno aceitoso, pronto los jinetes más hábiles se sobrepusieron y después de unos minutos de persecución acabaron por dar alcance al grupo de Boabdil.

Habían llegado al propio lecho del arroyo y en medio de él se inició el combate. La pelea fue dura y en ella los hombres del rey nazarí y el propio Boabdil se defendieron con gran fiereza, dispuestos todos a dejarse allí la vida. Con Boabdil apenas había un total de quince o dieciséis hombres. Dos de sus capitanes, tres o cuatro bereberes y algunos miembros de su guardia personal, antiguos cristianos renegados. El número de los enemigos era muy superior y su impulso no había disminuido.

El agua removida del río empezó a mezclar su burbujeo marrón con los flujos de la sangre. Boabdil ya no recordaba ninguna palabra maldita ni sentía ningún temor vivo corriendo por su pecho, se hundía en el agotamiento como si lo hiciese en las aguas sanguinolentas de aquel miserable río. En su pierna el dolor se había amortiguado tal vez por el propio agotamiento. El brazo con el que manejaba la espada parecía hecho del mismo material que el arma, así de insensible y ajeno resultaba ya para él, completamente entumecido.

Su caballo fue embestido por un costado. Tal vez uno o dos caballos cristianos se habían lanzado simultáneamente contra él. No tuvo tiempo de saber lo que había ocurrido. En el instante siguiente a la sacudida ya se encontraba sumergido en el agua, caído del caballo y con la espada perdida, sin fuerzas apenas para incorporarse. Sintió la lejana tentación de dejarse ahogar en esa pequeña poza, y durante un segundo o tal vez dos, una eternidad, se abandonó a aquella sensación, su pecho tocaba el fondo limoso del riachuelo y en ese trance se volvió a ver entre los brazos de Moraima y a continuación atisbó, como si se tratara de un recuerdo lejano, el

rostro de Aliatar, sus ojos vacíos y súbitamente revividos.

Apoyó sus manos en el fondo del arroyo y trató de incorporarse. Su pierna no le permitió ponerse de pie y Boabdil quedó allí arrodillado. Un agua espesa salía de los costados de su peto. A su alrededor solo había cristianos, lanzas y espadas que apuntaban hacia él. Detrás de dos de sus enemigos vio cómo uno de sus capitanes, resistiéndose a abandonar la lucha, era degollado por un hombre que a su vez tenía en la cara un gesto lloroso. Boabdil no tenía espada a su alcance. Llevó su mano derecha atrás para coger el cuchillo con empuñadura de plata que llevaba a su costado, pero vio cómo el acero de las lanzas cristianas se acercaba a su cara al advertir su intención. Desistió.

Lo conminaban a ponerse de pie. Le hablaban en una jerga que, queriéndose hacer comprensible, no era ni árabe ni castellano. Y él, en la lengua del enemigo, dijo:

—Este día no lo olvidaréis en vuestra vida.

Después ya todo formó parte de un nuevo laberinto. Se iniciaba un camino tortuoso que iba a durar casi nueve años y que se sustentaría sobre aquel momento. Sobre aquella jornada embarrada y turbia en la que definitivamente Boabdil y Granada trenzaban su destino.

Herido, atado a la silla de un caballo que no era el suyo, todavía sin ser reconocido como el rey de los granadinos, Boabdil fue conducido ante Diego de Córdoba, conde de Cabra, y sus hombres de confianza. Los soldados que lo habían capturado, guiados por el lujo de su ropa y armadura, tomaron a Boabdil por un noble nazarí. De ese modo iban a presentarlo ante el conde de Cabra. Este, aún más enjuto por la noche de trabajo, por la larga cabalgada y el combate, miraba de un modo inexpresivo a los prisioneros que conducían ante él.

A su lado, el mayor de sus hijos, herido en la cara y con un aparatoso y basto vendaje sostenido alrededor de la cabeza para contener la hemorragia que le había causado la pérdida de una oreja, era el encargado de seleccionar a los cautivos más destacados con el fin de solicitar por ellos un rescate. Solo de tarde en tarde intervenía el conde, con un leve gesto o una palabra, para modificar el criterio del hijo.

Habían ayudado a Boabdil a descender del caballo. Su pierna herida era un fardo que le costaba manejar y apenas lo sostenía. Cojeaba. El hijo del conde, con su cabeza casi totalmente envuelta por aquel trapo sucio de sangre coagulada, puso sus ojos sobre el prisionero recién llegado y ya se disponía a preguntar su nombre y rango cuando tres o cuatro bereberes encadenados que eran conducidos para ser agrupados con el resto de la tropa cautiva reconocieron a Boabdil y se arrodillaron ante él en señal de respeto, dolidos por verlo en esa situación.

No necesitó ninguna palabra ni ningún otro gesto el conde de Cabra para saber quién era aquel prisionero que, a pesar de su juventud y sus heridas, se movía con una dignidad especial, una apariencia que oscilaba extrañamente entre la fragilidad y la rocosa voluntad de no ser frágil. Un rey. Su cautivo.

IX. CAUTIVO

Fueron días convulsos. Sin embargo, en el pecho de Boabdil solo hubo lugar para la tranquilidad. Toda su existencia parecía estar ahora gobernada por una paz profunda que fluía por sus venas y estaba presente en cada una de sus reflexiones o de sus más leves movimientos. Pensaba, de un modo lejano —como si aquel razonamiento no acabase de concernirle—, que su inquietud y muchos de sus temores se habían hundido para siempre en aquel riachuelo de Martín González. Cuando cayó allí derribado de su caballo y se sumergió en esas aguas ensangrentadas, una parte de él mismo no había subido a la superficie y se había quedado en ese lecho fangoso, quizá no lo suficientemente profundo para ahogar el cuerpo de un hombre pero sí su alma.

Boabdil fue tratado con consideración de monarca desde el mismo momento en que el conde de Cabra descubrió que era el rey de Granada. Pero Boabdil tampoco valoró en exceso aquella distinción. Habría preferido unirse a aquellos nobles nazaríes que esperarían en condiciones menos favorables que él, pero juntos, el momento de su rescate. El joven rey, por otra parte, sabía que ante él se trazarían un sinfín de intrigas y estrategias. Y aquel pensamiento lo llenaba de desidia.

Nada más ser capturado, Diego de Córdoba ordenó que retirasen a Boabdil de aquel prado en el que entre heridos y cadáveres se distribuían los prisioneros recién apresados. Lo condujeron a un lugar apartado y el propio cirujano del conde atendió apenas una hora después la herida de su pierna, además de aquella otra que había recibido en el hombro durante el asalto a Lucena. A pesar del dolor y la dureza del golpe recibido un poco más abajo de la rodilla, no eran heridas de verdadera importancia ni tampoco apreció el médico ningún hueso roto. Ese diagnóstico no varió el cuidado que el propio conde de Cabra dispuso que se tuviera con su preso.

La primera noche después de su apresamiento Boabdil fue conducido en un carruaje cubierto, tumbado sobre un lecho mullido, al castillo de Baena, propiedad del conde. Desde ese carro vio el rey derrotado los despojos de su ejército. Un largo reguero de cadáveres y heridos iba quedando atrás. Todavía se producían conatos de rebelión, aislados enfrentamientos entre alguno de sus hombres, que se negaban a ser hechos prisioneros o simplemente a recibir humillaciones, y los vencedores. Desde su cómoda yacija pudo ver cómo alguno de sus soldados era rematado por las lanzas cristianas o por los perros del conde, adiestrados para la muerte.

Boabdil pasó junto a los carros y animales en los que horas antes habían cargado el botín de Lucena. Soldados del conde de Cabra daban escolta ahora a esas riquezas saqueadas. Los nuevos dueños. Los presos que los árabes habían hecho en Lucena

ataban ahora a sus antiguos captores con las mismas cuerdas y cadenas con las que estos los habían tenido amarrados a ellos. Presos liberados, nuevos esclavos. Golpes, azotes, risas y aleluyas. Invocaciones a Alá, al Profeta, a la Virgen María y a Cristo. Gritos de tormento y júbilo.

Y todo lo observaba Boabdil con una indiferencia mineral, cósmica. Nada de lo que veían sus ojos lograba llegar hasta su espíritu. En algún lugar de su ser se había formado una red, una sutil barrera en la que quedaban atrapadas aquellas imágenes, todo aquel horror. Esa ceniza amarga en la que, solo con el paso de unas horas, había quedado convertida su gran victoria militar. Ese triunfo que iba a traerle la gloria, la admiración de los granadinos. La alegría, el orgullo de su madre, de Aben Comisa y su corte.

Sí, en eso se habían transformado todas aquellas aspiraciones. Pobre El Muleh, lleno de sueños y de pensamientos nobles. De loables proyectos. En este barro amasado con sangre en el que se hundían las ruedas de su carro, en esta noche de perros que devoraban carne humana, en los gritos de esos hombres ebrios de victoria, iban a desembocar todas aquellas loables ideas. Pobre Yusuf, su hermano menor, que lo había visto partir hacia Lucena sintiendo envidia por la suerte de Boabdil. Y pobre Moraima. No. Boabdil, con un atisbo de sonrisa, se dijo a sí mismo que Moraima no era una infeliz en el sentido que le estaba atribuyendo a su hermano Yusuf.

Moraima. Sus ojos, esa mirada inaprensible, líquida. Nada de ingenuo había en ella. Ella sí había adivinado la suerte que Boabdil iba a correr desde que supo que partiría hacia la guerra. Era evidente que no había vislumbrado los detalles de lo que iba a ocurrirle ni había previsto que caería preso en las manos enemigas, pero sí había comprendido que algo se desgarraba definitivamente en su vida. Ella, y no los astrólogos con sus patéticos vaticinios, ella sí había adivinado, sí había visto la criatura de la que el futuro estaba preñado. Ella era quien en verdad había comprendido el sentido de la palabra «maldición».

El traqueteo lento, los golpes que su catre daba contra un costado del carro, incluso el pulso de su herida en la pierna parecían martillear y repetir aquella palabra absurda. «Maldición». Aunque ya desposeída del sentido que hasta ahora había tenido para Boabdil. Quizá esa palabra solo significaba «destino».

En el castillo del conde de Cabra dispusieron un espacioso torreón para alojarlo. Lo acondicionaron como si estuviese destinado a un noble invitado del conde. Boabdil tenía a su disposición varios sirvientes y estaba custodiado por una guardia numerosa que en todo momento se dirigía a él con respeto. Le estaba permitido subir a la parte alta de la torre. Desde allí podía ver todo el espacio que rodeaba el castillo. La campiña sembrada de almendros y olivos, el movimiento de la ciudad de Baena a sus pies. Había un continuo trasiego de presos en el patio. A veces doblaban las campanas a una hora intempestiva y se producía el remolino de una ejecución. Un

castigo ejemplar o probablemente un mensaje destinado a las familias de los otros cautivos nazaríes. Un modo de apremiarlos y asegurarse el envío del rescate solicitado.

También veía partir Boabdil numerosos correos en distintas direcciones. Sabía que los pliegos que aquellos hombres portaban enrollados en sus cilindros de cuero llevaban escrito su nombre. Por toda Andalucía y Castilla debía de ir extendiéndose en esos días la noticia de su apresamiento. El rey joven, el rey que había destronado a su padre en un golpe de audacia y que finalmente se había decidido a atacar frontalmente a los cristianos había caído preso. A veces, cuando se encontraba en la parte descubierta de la torre, Boabdil veía cómo al pie del edificio se detenían algunos campesinos y lugareños y señalaban con gestos soeces hacia lo alto, burlándose de él.

Era bastante probable que los aldeanos y juglares empezaran a hacer mofa a su costa por todas las tierras de alrededor, pero el pensamiento de Boabdil no se detenía un segundo en sopesar nada que estuviera relacionado con aquello. Su mente se movía por otros ámbitos. Se entretenía imaginando de qué modo esa noticia habría sido recibida en la corte de los cristianos y también en la de Granada. En la suya propia y en la de su padre. Sin angustia, aunque con una curiosidad cada vez mayor a medida que iba recobrando parte de su energía, trataba de imaginar las reacciones que aquel hecho podía estar produciendo en esos momentos y las consecuencias que acarrearía.

Pero en ningún caso su imaginación alcanzó a vislumbrar el verdadero alcance que esa nueva iba a tener en un lugar y en otro. El propio rey Fernando, al conocer la noticia, abandonó Medina del Campo y se encaminó hacia Córdoba. Al mismo tiempo que se ponía en marcha envió un correo a Gonzalo Fernández de Córdoba ordenándole que también él se dirigiese a la capital del Guadalquivir y se reuniese allí con él. Intuía el rey que su primo lejano podía serle muy útil en la estrategia que empezaba a concretarse en su cabeza. La reina Isabel, a pesar de que se quedaba en la corte, había tenido una larga conversación con su esposo antes de que este emprendiera camino hacia el sur. Desde el primer instante la reina comprendió la magnitud de aquel suceso.

—El apresamiento del hijo de Muley Hacén es una fuerza añadida a nuestra fuerza. Un soplo de Dios a nuestra causa y una clara señal de que Él se encuentra de nuestra parte y ve con agrado nuestro empeño. Recordad a lo largo de vuestra expedición que en eso y en todo os debéis a su dictado —le dijo la reina clavando los ojos claros, fríos y sin embargo con un atisbo de timidez, en su marido.

Este, conociendo el trasfondo de esa mirada y cómo en ella se mezclaban los anhelos políticos de la reina con los personales —su amor, la demanda de lealtad matrimonial, la discreción—, quiso tranquilizarla asegurándole que era plenamente

consciente de la ocasión única, regalada, con la que se encontraban para restablecer el orden en Andalucía. Le pedía que confiase en él y le prometía que en todo momento la tendría al corriente de cómo se sucedían los acontecimientos.

—Esperaré impaciente vuestras noticias y las de quienes a vuestro lado van, mi noble secretario real, don Fernando de Zafra, así como monseñor de Urdiales. —La reina anunciaba de ese modo a su esposo que estaría estrechamente vigilado en todas sus andanzas por el cronista oficial del reino y por un sacerdote de la plena confianza de la reina.

Continuó el rey tranquilizándola, y la reina, endureciendo algo más aquellos ojos que a veces parecían láminas de metal, inaccesibles, concluyó asumiendo por completo el papel de monarca de Castilla:

—Ahora solo queda que seáis prudente en cada uno de vuestros movimientos y que apliquéis vuestras artes y vuestra natural inteligencia en sacar el mayor fruto diplomático de este momento que Dios ha otorgado a quienes representamos su fe en esta tierra. Id con su bendición, y desde luego con la mía, de reina y esposa.

Vinieron días de gran movimiento e inquietud. El rey Fernando no solo había hecho llamar a Gonzalo para que se reuniese con él en Córdoba. A medida que avanzaba en su viaje y se acercaba a las montañas que separaban Andalucía del resto de Castilla, un plan complejo se iba concretando dentro de su cabeza.

Desde la ciudad de Valdepeñas mandó un emisario al conde de Cabra ordenándole que armase una amplia escolta y que esta condujese al rey Boabdil a Córdoba. Quería entrevistarse con el joven monarca nazarí nada más llegar a esa ciudad. Al decidirlo, el rey Fernando volvió a alegrarse de aquel impulso primero, intuitivo y entonces sin una razón concreta, de haber hecho llamar a su primo Gonzalo. Ahora sabía el papel que este debía representar en la compleja y tal vez larga negociación que quería llevar a cabo.

Gonzalo Fernández de Córdoba era la persona idónea para ayudarlo en aquel delicado momento. Toda la estrategia del rey estaría basada en la confianza que lograrse infundirle a Boabdil. Gonzalo tenía un elevado conocimiento de la frontera y del mundo árabe, conocía el idioma, los problemas y los sentimientos de los nobles nazaríes y también los de la gente sencilla. Sabía las expectativas que unos y otros tenían puestas en Boabdil. Los mecanismos de su política interna y hasta dónde podría el rey Fernando, en su nombre y en el de la reina Isabel, llegar en sus exigencias.

Y luego estaba aquella especie de nobleza natural de Gonzalo, una dignidad que probablemente era el resultado de saber combinar en los momentos adecuados la firmeza y la mesura. Ofrecer a su interlocutor la cara más férrea o la más suave pero sin acabar nunca de desligar la una de la otra. Fernando marcaría la línea maestra de

la negociación, pero luego sería Gonzalo quien iría trenzando y asegurando todos los hilos hasta convencer a Boabdil de la firmeza de los propósitos cristianos.

El primero de aquellos tres hombres en llegar a Córdoba fue Gonzalo. El capitán llegó con una pequeña compañía de doce lanceros. Hizo su viaje en pocas jornadas, ya que en el momento de recibir la orden del rey se encontraba muy cerca de la ciudad del Guadalquivir, lejos de su destino en la frontera. Los últimos meses habían cambiado su situación personal.

Una de las últimas noches del invierno que acababa de terminar salió de casa de su amante Rebeca con la firme promesa de no volver nunca más a ella. Lo había hecho en otras ocasiones y siempre había acabado por romper su juramento. Esa vez todo había sido distinto. No solo le había hecho jurar a Rebeca que no volvería a abrirla la puerta de su casa nunca más, aunque lo oyese suplicar al otro lado o rondar la casa como en el más duro de los asedios. Además, le había hecho ver cuánto le perjudicaba a él la relación con ella, de qué modo su carrera, su vida en la corte y todo por lo que había peleado desde su infancia podía arruinarse por un capricho pasajero que al cabo de un tiempo se habría extinguido.

—¿Para qué esperar que esta pasión se extinga y de sapa rezca como desaparece en el aire el humo de una hoguera? Nada quedará de ella como ningún rastro del humo, por muy grande que sea el fuego que lo provoca, queda en el aire. La única huella que puede dejar esta llama es la amargura que provocaría en mí y en ti si esto trascendiese y en la corte mis rivales supieran que tengo a una mujer judía como amante. A ti te despreciarían aún más, y entre tú y yo, después de eso, solo quedaría resentimiento, y luego odio.

Rebeca negó levemente con la cabeza al oír las últimas palabras de Gonzalo. Y él, al percibir aquel gesto, dijo con frialdad:

—Yo te odiaría.

Los ojos de Rebeca se quedaron fijos en la cara de Gonzalo. Titilaban, estremecidos por la luz de la vela que apenas iluminaba la alcoba. Dudaba si su amante sentía en verdad aquello que le estaba diciendo o si simplemente trataba de parecer miserable y egoísta ante ella. Ganarse su desprecio y así hacer que todo ese trance fuese menos doloroso, o al menos más breve. Él continuaba hablando:

—¿Lo entiendes? ¿Comprendes lo que trato de decirte? Mejor acabar con esta pasión cuando todavía puede dejar una memoria dulce y no una cicatriz envenenada.

Rebeca trató de esbozar una sonrisa mientras agachaba la cabeza y con un tono sumiso decía:

—Sí. Mejor arrancar el fruto del árbol cuando todavía corren sus jugos por su interior, antes de que los gusanos se apoderen de él y se coman su corazón.

Gonzalo apartó la vista de ella. Pensó que si la miraba durante un segundo más se arrepentiría de todo lo que había dicho y repudiaría cada una de las palabras que

acababa de pronunciar para abrazar a aquella mujer que ahora lo miraba fijamente, casi con dulzura, y regresar la noche siguiente a su cama. Aunque habría sido inútil intentarlo. Rebeca sí había tomado ya la decisión firme y última de acabar con aquella especie de dulce y prolongado suplicio.

Nada importaba si las palabras de Gonzalo habían sido sinceras o no. Si verdaderamente en lo único en que pensaba era en su ambición cortesana y en su futuro político o si intentaba preservar la seguridad de ambos. Rebeca sabía que no podría acabar con aquel amor. A pesar de las palabras de Gonzalo, sabía que ese fuego seguiría ardiendo, alimentándose a sí mismo y expandiendo su calor mientras uno de ellos continuase con vida, en cualquier lugar del mundo. Pero sí podría acabar con esos encuentros.

Gonzalo recogió de un humilde banco su correa, miró aquella estancia en la que había entrado por primera vez meses atrás después de que Rebeca hubiera sido asaltada por unos bandidos. Ella se giró levemente. Aquella imagen, la espalda de Gonzalo, sus hombros abatidos, su mano firme sosteniendo el correa y la espada, iba a ser la última visión que tendría de aquel hombre en su vida.

Semanas después, Rebeca aceptaba casarse con Abraham Melamed, un judío de Antequera. Se trataba de un próspero platero que le doblaba la edad y con el que se proponía contraer matrimonio esa misma primavera. Por su parte, Gonzalo nunca volvió a subir la empinada cuesta que lo llevaba a la casa de Rebeca. Cada noche ganada a esa tentación le parecía una victoria íntima. Se preocupó como nunca hasta ese momento por vigilar las acciones de sus hombres. Recorría con ellos la frontera, hacía incursiones en terreno enemigo o perseguía durante jornadas enteras el rastro de destacamentos nazaríes en territorio castellano.

En una de aquellas persecuciones le llegó la noticia de la próxima boda de Rebeca. Al pronto no la creyó. Le sonrió irónicamente al médico judío que se la contó y, pensando que aquel hombre lo provocaba con esa añagaza, estuvo tentado de preguntarle cómo había llegado a sus oídos su relación con esa mujer. Pero no dijo nada. Prefirió recrearse en la sensación que le había causado oír hablar a otra persona sobre Rebeca. Sintió que ella le pertenecía. Que volvería a verla pronto, quizá cuando acabase esa misión. Pero fue un sentimiento efímero. Esa tarde, Gonzalo y sus hombres avanzaron por los campos de Antequera, y a medida que iba cayendo la tarde y los árboles y los roquedales que atravesaban se iban cuajando de sombras, el propio pecho de Gonzalo se iba llenando de oscuridades. Recordaba la docilidad de Rebeca la noche de su despedida, su mano acariciando la tela de su vestido, su silencio. Todo lo dicho por el médico judío estaba lleno de sentido y a él solo le quedaba soportar esos aguijonazos que le oprimían el corazón y le convertían la sangre en una sustancia negra y espesa.

Y cuando apenas un par de días después, perdido el rastro de los moros que

estaban siguiendo, Gonzalo se disponía a regresar a su destino, recibió la orden del rey de dirigirse a Córdoba. Habían llegado hasta él rumores sobre la batalla de Lucena y el apresamiento del rey Boabdil. Pensó Gonzalo que tal vez la llamada del rey Fernando estuviese relacionada con ese bulo que, cada vez más engrandecido y desproporcionado, corría de boca en boca por toda Andalucía. En cualquier caso, esa llamada del rey le pareció a Gonzalo el contrapeso que Dios o la providencia le concedían en pago por haber dejado atrás la relación con Rebeca. Él, que a lo largo de aquellos meses se había sentido abandonado a su suerte, volvía a contar para el rey. Solo deseaba que su misión fuese importante y lo alejase de una vez por todas de aquellas tierras.

Nada más entrar en Córdoba comprobó Gonzalo que los rumores que había oído sobre la captura del rey árabe eran ciertos. Boabdil se encontraba en poder de su primo Diego, conde de Cabra, y ambos, el rey cautivo y el conde, llegarían a la ciudad apenas unas horas después. El propio Gonzalo vio llegar la comitiva desde la ribera derecha del Guadalquivir. Una columna de soldados curtidos y con pocas galas en cuyo centro iba un carruaje cubierto. Solo los pendones del conde y unas cruces de oro y plata brillaban bajo el sol del atardecer y le daban algo de color a esa masa grisácea de hombres armados que cruzaban el puente romano y se dirigían hacia la mezquita reconvertida en catedral.

Después de celebrado un oficio religioso en el que se daban gracias a Dios por haber concluido el viaje sin ningún contratiempo, un grupo de soldados del conde se dirigió hacia la torre de la Calahorra, situada en la orilla del río y que entonces servía de prisión. Gonzalo pudo distinguir entre los soldados a su primo Diego, el conde, enjuto, algo envejecido y con un aire de ir flotando sobre su caballo. A su lado iba un hombre joven, envuelto en una capa roja que cubría el resto de su indumentaria.

Desde la lejanía, a Gonzalo le pareció que aquel hombre transmitía un cierto aire de ensimismamiento, de distancia con todo lo que le rodeaba. Él mismo lo contempló con indiferencia. La comitiva que Gonzalo esperaba con ansiedad era la del rey Fernando. En aquel momento no podía intuir la importancia que aquel hombre, entre orgulloso y abatido, que pasaba el río a tan solo un centenar de pasos de él iba a tener en su vida.

X.

EL REY FERNANDO

El rey Fernando cuidó todos los detalles de cara al primer encuentro que tendría con su prisionero. Se interesó por conocer cuáles eran los alimentos preferidos de Boabdil, qué costumbres tenía y cómo era su carácter. Consultó con el conde de Cabra y mandó interrogar sobre los mismos asuntos a algunos de los oficiales y nobles nazaríes cautivos.

La llegada del rey a Córdoba fue discreta. Envioó por delante un mensajero ordenando que no se preparasen honores ni se hiciera pública su llegada hasta días después. Durante esas jornadas de preparativos y consultas mantuvo a Boabdil en la torre de la Calahorra. El rey árabe estaba allí instalado en unas dependencias de una cierta holgura pero sin las comodidades ni las atenciones que había tenido en el castillo del conde de Cabra.

Cuando días después el rey Fernando quiso que fuese anunciada su llegada a la ciudad, hubo desfile de tropas y música, redoblaron todas las campanas de Córdoba y en las iglesias y conventos se dio limosna a los pobres. Apenas había transcurrido una hora del cese de esas manifestaciones de júbilo cuando Ponce de León, marqués de Cádiz, acudió a la torre de la Calahorra y solicitó ser recibido por Boabdil. Se postró ante él como si se encontrase delante de su propio rey. Intentando limar la rudeza que lo caracterizaba, el marqués transmitió a Boabdil los saludos del rey Fernando y su deseo de que se considerase no su prisionero sino su huésped. Le pidió perdón por haber sido encerrado en aquella torre destinada a criminales y enemigos de los reinos de Castilla y Aragón y le rogó que aceptase ser alojado en un palacio digno de su condición real.

Las pupilas verdosas de Ponce de León, algo indecisas por lo forzado que le resultaba aquella especie de representación, miraban de reojo a Boabdil. El carácter hosco del marqués no estaba hecho para esas misiones diplomáticas. Se mordía los pelos rojizos y rebeldes de su bigote y esperaba la respuesta de aquel hombre que le parecía demasiado delicado para poder sostener sobre su cabeza la corona de un reino en guerra. Él había visto años atrás a su padre, Muley Hacén, y dudaba que aquel muchacho etéreo, casi melindroso, que tenía ante él hubiera logrado arrebatarse el trono.

Boabdil, sabiendo que le esperaban días y semanas de tensión y laberínticas negociaciones, aceptó la invitación que el rey Fernando le hacía por medio de Ponce de León. Era consciente de que el esgrima de terciopelo había comenzado y que a él, para aceptar el duelo, le correspondía dar el siguiente paso.

Al pie de la torre tenía preparado un caballo del mismo color y proporciones que aquel que había perdido en el arroyo Martín González. Tenía puesta su silla de montar e incluso sus bridas de cuero labrado por artesanos persas. La escolta personal del rey Fernando, ataviada con sus mejores galas y en compañía de un destacamento de tambores, formaba dispuesta para acompañar a Boabdil. El camino por las calles de Córdoba, hecho a paso lento, duró casi una hora. Al contrario de aquellas burlas que a veces había tenido que soportar en el castillo de Baena o de las amenazas que había recibido durante el mismo recorrido cuando iba camino de la torre de la Calahorra, su marcha fue seguida por los cordobeses con mucho cuidado y respeto, casi con recogimiento. El rey Fernando había dispuesto hasta el menor detalle y sus alguaciles habían anunciado previamente que cualquier insulto hecho a Boabdil tendría el mismo castigo que si se dirigiese al propio rey cristiano.

Todos esos pormenores eran mensajes que Boabdil iba captando paso a paso. Cuando llegó al palacio que iba a servirle de residencia en los próximos meses, sabía que su libertad iba a costarle un precio muy elevado. Algo que seguramente no podría pagarse con ninguna suma de dinero, joyas o riquezas tangibles. Sabía que iban a pedirle más. Mucho más.

No tuvo que esperar demasiado para saber lo que se le proponía. Esa misma noche, Ponce de León volvía a solicitar ser recibido por él. En esta ocasión lo acompañaba el médico personal del rey Fernando, que quiso examinarle las heridas de la pierna y el hombro. Una vez hecho el reconocimiento de modo satisfactorio, Ponce de León le comunicó a Boabdil que su majestad el rey de Aragón estaría muy honrado de recibir una visita suya al día siguiente.

—Podéis decirle a vuestro señor que la honra será mía y que desde este momento espero con impaciencia nuestro encuentro.

—Así se lo comunicaré, señor. Con esas palabras. —Ponce de León dudaba de la actitud de Boabdil y no acababa de decidir si ese individuo estaba lleno de sarcasmo o simplemente era un pusilánime—. Es decir, como me lo acabáis de decir vos a mí.

La sola presencia de Boabdil le hacía sentirse incómodo, lo desconcertaba.

—Os juro por mi alma que prefiero enfrentarme mal armado y herido a su padre en el campo de batalla que cruzar dos palabras más con esta especie de ser, mitad hombre, mitad anguila —le dijo el marqués al capitán que lo acompañaba.

No tuvo necesidad el marqués de Cádiz de volver a pasar por aquel suplicio. Al menos al día siguiente. El encargado en esa ocasión de dar escolta a Boabdil ante Fernando fue el conde de Cabra, cuya presencia recordó a Boabdil su condición de cautivo y los días pasados en el castillo de Baena y en la torre de la Calahorra. El conde lo condujo a un palacio cercano.

Allí hubo de subir Boabdil una escalera algo angosta y empinada, cuya ascensión le produjo un fuerte dolor en su pierna hasta el punto de tener que pedir ayuda. No

quiso ser llevado en brazos de soldados enemigos y se conformó con dos bastones y con ascender a un ritmo más lento. Esperado por el conde de Cabra y siendo interrogado por él a cada instante sobre su dolor. Recibiendo aquella especie de humillación que no estaba seguro si había sido calculada o no por los cristianos.

En la antesala de la estancia donde estaba el rey había un bullicioso trasiego de altos cargos, damas y criados. Cesaron las voces de las personas más cercanas, un leve murmullo corrió rápidamente de un lugar a otro de la sala y a continuación se hizo un silencio total. Se abrió un pasillo entre toda aquella gente para dejarlos pasar. Sonaba en la piedra el roce rígido de los pies del conde de Cabra, el golpe cadencioso que los seis soldados de escolta daban en el suelo a cada paso y el leve bastoneo de Boabdil. Todos miraban al rey preso. Y todos bajaban la mirada al cruzarse con la suya.

Ante la pequeña comitiva se abrió una puerta doble y pesada y entraron en un salón con ventanales despejados y bien iluminado por la luz de ese día de primavera. Boabdil oyó cómo a su espalda, en la antesala que dejaban atrás, volvía a levantarse, ahora intensificado, el vivo rumor de los curiosos, que quedó súbitamente extinguido al cerrarse la puerta.

Una figura erguida y ágil, un poco difuminada por la claridad que había detrás de él, se acercaba diligentemente y sin ninguna solemnidad hacia Boabdil. Este comprendió que nadie más que el propio rey Fernando podía permitirse en medio de aquel lugar esa espontánea muestra de naturalidad.

Cuando el rey llegó a su altura, Boabdil hizo un movimiento como para arrodillarse ante él. Ya estaba inclinado casi del todo, cuando Fernando lo tomó por los hombros y lo obligó a incorporarse:

—No os postréis ante mí. No sois ni mi prisionero ni mi vasallo, sino mi igual. Desde este momento os pido encarecidamente que así os consideréis.

—Como muy bien podéis suponer, majestad, resulta difícil ignorar la realidad que me ha traído aquí y la situación que ahora padezco, pero valoro vuestro ofrecimiento e intentaré no ser indigno de él.

Le fueron presentados a Boabdil las ocho o diez personas que se hallaban en aquella sala. Entre aquellos nobles se encontraban Alonso de Cárdenas, maestre de Santiago, y el gran cardenal de España, Pedro González de Mendoza. En las reuniones previas a ese encuentro aquellas dos personalidades habían mantenido posiciones encontradas sobre la suerte que debía correr el prisionero. El maestre de Santiago, hombre enjuto y amarillento, con una rigidez dorsal que le daba apariencia de empalado y que se correspondía con su espíritu, se había mostrado inflexible. Consideraba que el único objeto de la guerra era la aniquilación de los infieles. De nada valía someterlos, todo debía estar orientado a su expulsión definitiva de la Península. Castilla debía quedar libre de la lacra del islam. Por tanto, no debía

concederse la libertad a Boabdil bajo ninguna condición ni contrapartida.

Ponce de León se había enfrentado abiertamente a esa postura. El valeroso marqués de Cádiz era partidario de liberar al joven monarca nazarí. Era la única vía de mantener abierta la guerra civil entre el enemigo:

—Dar la libertad al hijo de Muley Hacén es lo mismo que mantener un fuego lento que implacablemente irá consumiendo las entrañas del enemigo. Una vez que estén consumidas, tiempo habrá de decidir sobre ellos. Ahorraremos batallas, economías, vidas, y tener entre nosotros a ese hombre escurridizo.

El gran cardenal de España había apoyado la postura de Ponce de León, aunque huyendo aparentemente de su dureza y del sarcasmo final:

—Nadie, en su buen juicio, querría facilitarle a una facción de los moros, armas, dinero y hombres para intentar alentar una guerra entre ellos. Pero nos encontramos con que nada de eso es necesario porque ellos mismos se han encargado de proporcionárnoslo. El único esfuerzo que nos corresponde consiste en liberar a este Boabdil para que él y su padre cumplan naturalmente con algo que solo puede traer grandes beneficios para el servicio de Dios, ya que un reino dividido contra sí mismo no puede subsistir.

Había abierto las manos el cardenal y las había vuelto hacia el techo como si de allí arriba manase la fuente de su estrategia.

El maestre de Santiago, por su parte, intentó defender su postura anterior:

—No puedo dudar de vuestra fe, porque lo que exponéis es una cuestión de fe. Y mi creencia es la contraria. En cuanto a lo que vos defendéis, señor marqués, sobre la liberación de Boabdil, solo nos reportaría riesgos. Significaría echar a volar un pájaro que tenemos en nuestras manos, con el sueño de que tal vez otro día, si tenemos suerte, volveremos a capturarlo.

—Espero que no me supongáis tan ingenuo, estimado maestre. Nunca lo echaríamos a volar sin antes atarle a una de sus patas un fino pero muy resistente hilo de seda.

—Muy bien puede ocurrir que, mientras está en libertad, este rey se afiance entre los suyos, ellos se esfuercen por cortar esos hilos que decís y se junten a su alrededor para guerrear a conciencia contra nosotros.

Sonrió el marqués de Cádiz con un gesto desdeñoso, su cara, picada de viruela, había enrojecido, contagiada por el relumbre llameante de su barba pelirroja:

—Podéis estar tranquilo sobre ese asunto. Si conocierais bien a esta gente, sabríais que los moros tienen muy poca fe en sus reyes. Siempre están dispuestos a cambiar uno por otro y lo mismo que hoy apoyan a este Boabdil mañana pueden favorecer a su padre, a su tío o a cualquiera que les prometa un poco de miel y un paraíso con unas cuantas huríes de más.

El rey Fernando había escuchado días atrás todas esas reflexiones. Había

consultado además con alguien de su confianza, Íñigo López de Mendoza, marqués de Tendilla, también presente en la recepción al rey Boabdil, lo mismo que Fernando de Zafra, secretario real, y Pedro Manrique, duque de Nájera y responsable del sector central de la frontera árabe. Todos ellos se encontraban ese día presentes y todos fueron saludando ceremoniosamente a Boabdil, sin que ninguno de ellos supiera a ciencia cierta qué suerte iba a correr el preso.

Mientras se producían aquellas saluciones, Boabdil advirtió la presencia, algo más apartada, de un hombre joven, sin duda militar, que lo observaba discretamente y que fue el último en serle presentado. Gonzalo Fernández de Córdoba se inclinó levemente ante el rey nazarí, sin la afectación exagerada de unos ni la sequedad que le habían mostrado otros. Gonzalo lo saludó con sencillez, en árabe, mirándolo a los ojos.

El rey Fernando no había consultado con Gonzalo lo que opinaba sobre el posible destino de Boabdil. Estaba seguro de que el juicio de su pariente estaría muy cercano al suyo propio. Un juicio que a esas alturas era una auténtica incógnita, pues Fernando se había limitado a preguntar y a escuchar calmadamente toda clase de respuestas, sin dar nunca ninguna muestra de conformidad o de rechazo sobre aquello que le decían. Poco a poco, desde que salió de la corte, había ido labrando su plan y solo, a través de un continuo ir y venir de correos, había hecho partícipe de él a la reina Isabel.

La reina había sido testigo de cómo durante el reinado de sus antepasados los reyes árabes se habían mantenido en Granada como vasallos de Castilla. Por tanto, veía con buenos ojos que Boabdil fuese liberado con la condición de que pasara a ser vasallo de los cristianos, firmando una tregua y jurándoles fidelidad. Fernando estaba de acuerdo con su esposa, pero pretendía dar un paso adelante. El primer movimiento de su estrategia empezaba allí, aquella mañana de primavera en Córdoba.

No se hizo esperar el rey. Fue moderado con el vino, estuvo sentado junto a Boabdil y conversando con él sobre la situación que estaban viviendo sus respectivos reinos, aunque siempre en términos generales y sin entrar en la situación concreta de Boabdil. Hablaron de política exterior, alianzas, enfrentamientos con terceros. Turquía, el papado, Nápoles, Borgoña, Génova. El rey cristiano, abierto, buen conversador e irónico, iba, a pesar de esa expansión suya, estudiando las reacciones de su invitado, valorando la firmeza sutil de su criterio, confirmando las impresiones previas que se había formado sobre él. Y antes de que finalizaran los postres, apartando de sí el hojaldre árabe que en honor a Boabdil habían preparado los cocineros, quiso abordar el asunto que todos, empezando por el propio rey nazarí, esperaban escuchar:

—Antes os dije que estáis aquí como invitado y amigo y no como prisionero, por mucho que hayáis sido apresado en un acto de guerra y que este se haya producido

después de que hubieseis cruzado nuestra frontera y de haber asaltado y saqueado una de nuestras ciudades. La reina Isabel y yo comprendemos vuestros motivos y la necesidad que tenéis de afirmaros entre vuestra gente.

—Soy el rey legítimo de Granada y no necesito ningún acto de afirmación. Fue, como bien habéis dicho, un acto de guerra.

Fernando hizo un gesto que quería quitarle importancia a aquello, como si fuese un detalle irrelevante:

—Nosotros también hemos padecido esa situación. Guerras internas, lucha por el poder. El rencor del hermano. Vuestro padre también asegura ser el rey legítimo de Granada. No deja de gritarlo o susurrarlo cada vez que tiene ocasión. Incluso algunos de nuestros más queridos nobles afirman que somos nosotros, castellanos y aragoneses, quienes en verdad tenemos la legitimidad sobre el reino de Granada. —Boabdil no pudo evitar dirigir la vista a algunas de las personas que había sentadas frente a él. Sonrió el rey Fernando—. Sí, algunos de los presentes son de esa opinión, y tienen sus argumentos. Pero eso no es lo que os quiero transmitir ni esa es la idea de la reina ni tampoco la mía.

Fernando se calló. Cambió de expresión, desapareció su sonrisa e inclinándose un poco, mirando fijamente a los ojos de Boabdil, le dijo, como si se encontraran solos y le confesara un viejo secreto:

—Queremos vuestra amistad. Eso es lo que queremos la reina Isabel y yo.

Boabdil le sostuvo la mirada, sin ninguna expectación, esperando la continuación a aquella declaración de intenciones, sin decir nada.

—Queremos vuestra amistad y estamos dispuestos a afrontar sacrificios. El primero, contradecir a muchos de nuestros más queridos súbditos y consejeros. Y del mismo modo que nosotros estamos dispuestos al sacrificio y a dar pruebas evidentes de nuestra voluntad, exigimos de vuestra parte la misma determinación. El mismo valor.

—Supongo que mi determinación y mi sacrificio, dada mi condición de... invitado de Aragón y Castilla, deberán ser algo mayores que los vuestros, majestad.

—Nosotros arriesgamos más que vos. Tenemos un ramo amplio de posibilidades entre las que elegir y deseamos optar por una que entraña riesgos, pero que nos parece la más justa y conveniente para todos.

—Estoy convencido de que podéis elegir entre más caminos que el que yo ofrezco. Pero ni abandonaré mi dignidad ni haré nada que perjudique a los granadinos por el hecho de que tengáis más de una idea en la cabeza sobre el futuro de ese reino.

Fernando continuó con su argumento, como si no hubiera oído lo que Boabdil le acababa de decir:

—Vuestro propio padre ya nos ha enviado sus emisarios. Ofrece un alto rescate por vos.

—Veo que se ha apresurado. La preocupación de mi padre por mi suerte es realmente conmovedora.

—No os he mencionado ese hecho para sugerir que esa sea una de nuestras opciones. No nos importa cuán poderoso puedan ser vuestro padre y vuestro tío el Zagal ni qué tipo de alianzas tengan con Génova o con el norte de África. Nosotros, repito, deseamos vuestra amistad, vuestra colaboración y vuestra lealtad. Y acabar con el poder de ellos. Son nuestros enemigos, y los vuestros.

Boabdil se quedó mirando fijamente a Fernando. Por primera vez desde que habían empezado a hablar parecía verdaderamente interesado en lo que este pudiera decirle. También Fernando comprendió que habían llegado al punto que había estado buscando desde el inicio de la conversación.

—Solo necesitamos tener garantías de vuestra amistad. Deberemos afrontar momentos difíciles en los que el camino se estrechará y parecerá cerrado, vendrán encrucijadas. Hay que contar con ello y por eso mismo no podremos permitirnos dudas por vuestra parte. La alianza debe ser férrea. Y debemos tener garantías de que será de ese modo. Pero desde este mismo momento os digo que seremos generosos. Con vos y con vuestro pueblo.

—Garantías.

—Garantías firmes.

Fernando hizo un silencio. Se aseguró de que la atención de Boabdil se mantenía. Todos los presentes aguardaban sus palabras.

—Estas son las condiciones que exigimos por vuestra libertad: deberéis ingresar en nuestras arcas unos tributos anuales cuya cantidad deberá ser precisada por los administradores. Os comprometeréis a prestarnos ayuda militar y a que nuestras tropas tengan paso franco por las tierras que estén bajo vuestro control. Del mismo modo firmaremos una tregua de al menos dos años.

—¿Recibiré yo a mi vez alguna compensación?

—Algunas de esas condiciones serán recíprocas, como la tregua. También vuestros soldados tendrán paso libre por nuestra frontera siempre que informen previamente de su destino y aprobemos la misión que os mueve a ello. También recibiréis ayuda militar de nuestra parte. Y si lo requiriese vuestra economía, tendréis asimismo préstamos para el mantenimiento de vuestro ejército.

—Con intereses.

—Con intereses que deberán calcular nuestros administradores.

—¿Os dais cuenta de lo que me proponéis, señor? —Boabdil esbozó una sonrisa triste.

—Sí, perfectamente. Debéis pensarlo con detenimiento y veréis entonces, después de sopesados todos los esfuerzos y las ventajas, lo favorable que resultaría ese acuerdo para vuestro pueblo y para vos mismo. Lo que os ofrecemos finalmente es el

reino de Granada. Su corona.

—¿A cambio de llevar al cuello para siempre una cadena de perro amaestrado?

—Sabéis que nunca será ese el trato ni la consideración que recibiréis de nosotros. Os ofrecemos lealtad y os la pedimos en la misma medida. Y para asegurárnosla, para que en los momentos aciagos, que Dios quiera sean pocos, no tengáis dudas y recordéis cuál es el camino a seguir, se os pedirá que queden bajo nuestra custodia los hijos y allegados de algunas de vuestras nobles familias, en una cantidad que habrá de precisarse en los días venideros.

—¿Rehenes? —Aunque la indignación se mostró de un modo más claro en su mirada que en su voz, el tono de Boabdil se elevó bruscamente.

Fernando, por el contrario, parecía cada vez más relajado, casi distraído.

—No os preocupéis por nominar cada punto y cada cuestión que se os propone. Debéis tener un pensamiento general, contemplad en qué estado se encuentra el reino de Granada en este momento e imaginad cómo puede encontrarse en un plazo de dos, tal vez tres años. Un reino vasallo de Castilla y Aragón, en paz y con vos como rey.

—Un rey que será mirado con recelo cuando deba imponer a sus más nobles súbditos el sacrificio de desprenderse de sus hijos durante no se sabe cuánto tiempo y entregarlos al enemigo como rehenes.

—Os empeñáis en distorsionarlo todo por medio de las palabras. No serían rehenes, sino huéspedes, y no serían entregados al enemigo, sino al aliado.

—Las palabras no aliviarán en ellos su desconfianza hacia mí.

Fernando miró fijamente a Boabdil:

—Tal vez no lo hagan las palabras, pero sí lo hará vuestro ejemplo.

Los dos hombres se escutaron los ojos. Boabdil comprendió. Una mueca triste, algo que él quiso esbozar como una sonrisa de desprecio y que se quedó en un dibujo roto, le cruzó la cara.

—¿Mis hijos? ¿Pensáis que los dejaré en garantía de mis actos? ¿Que cambiaré mi libertad por la de ellos?

Boabdil se puso de pie, sin hacer caso del dolor que aquel movimiento le producía en su pierna herida. Retiró el sillón que lo acercaba a la mesa.

—Os agradezco todas vuestras atenciones, señor. Y también que hayáis pensado en mi futuro, e incluso en el de mis hijos. Pero deseo que crezcan a mi lado y no, como rehenes, huéspedes, o como queráis llamarlo, vuestros.

—¿Creéis en verdad que vuestros hijos podrán crecer a vuestro lado si permanecéis de espaldas a la realidad? ¿Aquí en Córdoba o en manos de vuestro padre? —Fernando también se levantó, sin dejar nunca de mirar a los ojos de Boabdil—. Vuestra libertad, finalmente, será la de ellos. Os aconsejo que reflexionéis con calma. Tenéis tiempo y también tendréis un lugar adecuado para hacerlo.

XI.

EN OTRO TIEMPO, EN OTRO LUGAR

Boabdil salió de Córdoba con escolta de cien soldados. También marchaba acompañado de alguna de su gente que, como él, había sido apresada después de la batalla de Lucena y que le servían como asistentes, secretarios y criados. Una pequeña corte de doce o quince personas. Despuntaba una mañana límpida. Iban camino de Porcuna, en cuyo castillo, por orden del rey Fernando, Boabdil sería alojado en los próximos meses. Al mando de aquella columna iba, también por deseo expreso del rey de Aragón, Gonzalo Fernández de Córdoba.

Después de la primera entrevista con el rey, Boabdil había pasado los días en soledad. Pero a pesar de ello, esa calma profunda, aquella especie de indiferencia absoluta que se había apoderado de él al caer herido y prisionero había desaparecido. Tenía la sensación de que al ir sanando su cuerpo, en la misma proporción, su espíritu se iba sumergiendo en una charca por cuyo fondo cenagoso se deslizaban extraños animales, nunca visualizados, pero en todo momento presentidos.

A aquella primera entrevista con el rey había sucedido otra, tan solo una semana después. Fue un encuentro breve, en las dependencias del propio Boabdil y en esa ocasión el rey Fernando había acudido acompañado únicamente por Ponce de León. Apenas fueron unos minutos para despedirse del nazarí y volver a recomendarle paciencia y reflexión. Y para reiterarle su amistad y deseos de alianza. Palabras y deseos que se quedaron sin respuesta por parte de Boabdil, que en todo momento se mostró distante, cortés, inaccesible.

En Porcuna, se instaló en el torreón del castillo y tenía libertad absoluta para deambular por toda la fortaleza. Algunas mañanas, cuando la herida de su pierna ya apenas le causaba una molestia sorda, persistente pero soportable, salía a caballo del castillo con una escolta de varios soldados. Le gustaba remontar las colinas pobladas de olivos, atravesar aquellas llanuras casi desérticas, de tierra amarilla, que con la cercanía del verano ya empezaban a abrirse, como una piel avejentada y sedienta.

Se nutría Boabdil de aquel aire seco, a veces tan caliente que parecía recibir la flama de una hoguera próxima e invisible. Se detenía en la colina más elevada y desde allí, en silencio, algo alejado de los soldados que al mismo tiempo le servían de protección y vigilancia, se quedaba mirando el horizonte en dirección a Granada. Aquella bruma azulada de los últimos montes. La frontera detrás de la cual su reino se estaba desmoronando. Allí, después de aquella suave cordillera, estaba Moraima. Su mirada el día que salió, triunfal y en busca de gloria, de la Alhambra. La tierra perdida.

Regresaba al castillo con paso lento, recibiendo el sol implacable del mediodía como una bendición, como un alimento que no le llegaba de la mano de los cristianos sino del corazón del universo, de Alá. En el castillo pasaba las horas leyendo. Comentaba con uno de sus asistentes más instruido pasajes del Corán, versos del poeta Ibn Zamrak, que leía en un viejo libro encontrado en la torre de la Calahorra y del que ya nunca se separaría. Miraba caer la tarde desde las almenas. Cielos cambiantes. Verdes, fulgores rojos y amarillentos. Una oscuridad aterciopelada y cálida. Un manto que en muchas ocasiones parecía envolverlo también a él, ahogándolo calladamente, borrándolo del mundo.

A veces, en medio de aquella contemplación, llegaba Gonzalo Fernández de Córdoba. Era él quien le traía las noticias que llegaban de fuera. De la corte de Castilla y también de la de Granada. Por él había sabido que su padre, Muley Hacén, había tomado la Alhambra. Pocos días después de que Boabdil hubiese sido capturado, cuando desaparecieron los rumores sobre su muerte y después de haber intentado infructuosamente pactar con el rey Fernando la entrega de su hijo como prisionero, Muley Hacén había entrado con sus tropas en la ciudadela.

Apenas tuvo necesidad su hermano Abdallah el Zagal, que era quien estaba al mando militar de la operación, de emplear la fuerza para apoderarse de la Alhambra. La única resistencia la ofrecieron quince o veinte miembros de la guardia personal de Boabdil que se hicieron fuertes en la torre de la Vela. Produjeron unas decenas de bajas entre los hombres del Zagal, y cuando finalmente fueron apresados los cinco o seis soldados de Boabdil que sobrevivieron al ataque, heridos y apaleados, fueron decapitados al pie de la torre.

La víspera de esos sucesos, Aixa, la madre de Boabdil, informada por Aben Comisa de los movimientos que estaba realizando el ejército de Muley Hacén, había decidido evacuar la Alhambra sin ofrecer resistencia. Sabía que parte de los granadinos, al saberse sin rey, aceptarían el retorno de Hacén. Los faquíes, además, dieron su apoyo religioso al viejo rey, que les aseguraba un mayor poder y el mantenimiento de la ortodoxia musulmana de un modo mucho más severo que su hijo.

Aixa, ayudada en su plan por su hijo Yusuf y los Abencerrajes de Comisa, en un golpe de audacia resolvió no huir a Almería o Guadix, donde podía encontrar refugio entre partidarios de Boabdil, sino trasladarse al Albaicín. Apenas unas horas antes de la llegada del ejército de Muley Hacén, un centenar de hombres cargaron en la Alhambra carros y mulas con tesoros, reliquias y munición y los trasladaron hasta el palacio que Aixa tenía en ese barrio de Granada. Una pequeña caravana bajaba la ladera de la fortaleza y remontaba las cuestas del Albaicín, cuyos habitantes recibían asombrados aquel continuo trasiego de hombres, animales y enseres. Los soldados de Aixa tomaron durante la noche aquella zona. El barrio, que siempre había sido un

reducto fiel a Boabdil, se dispuso a ser defendido del ataque de Hacén. Se bloquearon calles, se levantaron barreras y se fortalecieron con piedras y empalizadas algunos muros. Pero aquellas precauciones fueron innecesarias.

Muley Hacén, después de tomar la Alhambra, no se decidió a emprender el ataque contra su mujer. Fue su hermano el Zagal quien lo convenció. Ambos creían que aquella podía ser una victoria segura. Pero el Zagal tenía muy claro que ese triunfo no les reportaría otra cosa más que el odio de una parte de los granadinos. Habría demasiadas víctimas, habría demasiados testigos en una encarnizada lucha que se desarrollaría en el corazón de la propia ciudad. Los apoyos con los que contaban todavía eran precarios y no querían cometer ninguna imprudencia que acrecentase el número de partidarios de Boabdil.

De ese modo fue como se produjo el extraño hecho de que la ciudad se dividiera en dos partes enemigas. Quedaron establecidas en Granada dos cortes que convivían, se espiaban y conspiraban una contra otra, separadas tan solo por un disparo de cañón. Desde la Alhambra, Muley Hacén observaba los movimientos de Aixa y sus aliados en el Albaicín. También Zoraya le había aconsejado a su señor que dejase aquella fruta madurar.

«Aixa pronto dejará de ser una fruta madura para convertirse en una bolsa de pulpa oscura que ni siquiera los pájaros querrán picotear», le había dicho a Hacén mientras desde la Alhambra contemplaban juntos los tejados del Albaicín, aquellas tejas incendiadas de sol.

Zoraya, la Cristiana, la Rumiyya, la Perra, rezaba a los dos dioses. A Alá y al Dios de los cristianos. Se había criado con uno y luego había adoptado al otro. Y a ambos les pedía que su hijo fuese rey. Rezaba a los dos con la misma fe. Pensaba que cada minuto, que cada día transcurrido, sus enemigos se debilitaban y su hijo crecía un poco más. Una insignificancia, una parte muy pequeña, pero incontestable, imparable. Del mismo modo que bajo la piel crecían sus huesos y se alargaba su sombra en el patio de los Leones, una centésima más, sentía ella que se agrandaba su posibilidad de gobernar aquel reino.

Por su parte, también Boabdil era consciente de que aquel extraño equilibrio que se había creado en Granada no podría mantenerse durante mucho tiempo. Su padre, después de haber ofrecido en vano a los reyes cristianos hasta tres rescates por él, con cantidades de dinero y de cautivos cristianos liberados cada vez más elevadas y con el único fin de ejecutarlo, intentaría ir ganándose el favor de los granadinos para debilitar progresivamente la posición de Aixa y de sus partidarios.

En los primeros días pasados en el castillo de Porcuna, cuando Boabdil supo por boca de Gonzalo Fernández de Córdoba cuál era la situación en Granada, llegó a pensar que le estaban dando una información falsa para así manipular el rumbo de sus decisiones. Gonzalo advirtió y comprendió la desconfianza de Boabdil.

—Soy un soldado y siempre defenderé los intereses de mi señor el rey Fernando, así será hasta el final, pero también soy un hombre de honor y nunca haré esa defensa con artimañas que ensucien el nombre de mis reyes ni tampoco el mío propio.

Boabdil se había quedado mirando a Gonzalo con una sonrisa irónica, pero ante la serenidad y el gesto imperturbable de su interlocutor, aquella mueca irónica se le desdibujó levemente, y si todavía la mantuvo unos segundos más fue simplemente por orgullo. Aquel hombre parecía decir la verdad.

Apenas unos días después de esa conversación, Gonzalo le llevó unos mensajes personales de Aixa. En ellos daba cuenta a su hijo de la situación en la que se encontraba Granada. La versión era exactamente la misma que la que le había descrito Gonzalo Fernández de Córdoba. Además, Aixa lo informaba de que había enviado una embajada al rey Fernando encabezada por Aben Comisa y por Abul Casím el Muleh para negociar su liberación. La oferta de Aixa, que superaba la ofrecida por Muley Hacén tanto en dinero como en número de esclavos cristianos liberados, fue rechazada amablemente por Fernando, en acuerdo, según sus palabras, con la reina Isabel. El rey Fernando decía tener un único plan y este pasaba por la aceptación de Boabdil de las condiciones que le habían transmitido.

A pesar de ese contratiempo, Aixa no desfallecía, aquella mujer rocosa estaba dispuesta a enviar nuevos emisarios a los reyes cristianos con una oferta aún más generosa. «Granada —le decía al final del mensaje— merece todo nuestro sacrificio. Y si hemos de dejar parte de nuestra sangre o alguno de nuestros miembros en el empeño, el esfuerzo habrá merecido la pena y Alá nos lo premiará con su inmensa generosidad».

Gonzalo Fernández de Córdoba observaba el gesto abatido de Boabdil al acabar de leer aquellos mensajes. Sobre las cabezas de ambos los vencejos trazaban un vuelo rápido y quebrado, tejiendo una tela de araña invisible. Mirándolos, Boabdil dijo en voz alta, sin saber si hablaba para sí mismo o para Gonzalo:

—El destino.

Gonzalo no supo a qué se refería.

—¿Señor?

—Vuelan y llenan el cielo de líneas invisibles pero firmes. Como si fueran flechas del destino, tejiendo una red.

Gonzalo guardó silencio. Miraba a aquel hombre que permanecía con la cabeza levantada, observando el límpido cielo y el vuelo geométrico y veloz de aquellos pájaros.

—Mi madre me habla con términos parecidos a los de vuestro rey. Sacrificio, perder gente cercana, dejarse algo de uno mismo en el empeño... Granada...

—Tal vez sea la experiencia quien les dicta a ambos sus palabras. Y en cualquier caso, de este modo podéis comprobar que lo que nuestro rey os propone es algo que

vuestra propia madre contempla.

—Quizá porque no lo hace como madre, sino como reina. —Boabdil miró a los ojos de Gonzalo, sin saber si debía continuar hablando de esas intimidades con alguien que pertenecía a otro mundo y que, en el fondo, era un enemigo, por mucho que él no sintiese ningún palpito de esa enemistad.

Siguió hablando. Como si fuesen las palabras las que manejaran su voluntad y no al revés.

—Es algo que me ha perseguido desde la niñez. No sé si mi madre alguna vez llegó a pensar que había tenido un hijo, y no un príncipe.

Gonzalo intentó disimular su desconcierto por aquella confesión:

—Solo los individuos que tienen las ideas más pobres y los más ignorantes pueden pensar que la vida de los reyes es regalada y que sobre sus espaldas no recae un duro yugo.

—No, no hablo únicamente de los deberes que nos corresponden. Siempre, desde mi infancia, supe que un rey debe pensar en todo momento en su corona y en su reino y que no puede ceder ante las debilidades como cualquier mortal. No me refiero a eso. Lo que mi madre exige, lo que exigió siempre, es que el hombre, el muchacho o el niño que alientan bajo la piel del rey o bajo la del príncipe desaparezcan. No que el rey o el príncipe sepan imponerse a los deseos de su corazón, sino que se olviden de que tienen corazón.

—Creo entenderos, señor.

Boabdil esbozó una sonrisa franca. Miró de nuevo al cielo. Empezaba a tintarse de un leve tono malva. Ya no volaban más que algunos pájaros perdidos, allá arriba, muy alto.

—Tendréis que perdonar que os haya hablado de estos asuntos familiares. Mi madre es una mujer poco común y su carácter se ha debido endurecer, como las piedras del desierto, por una vida llena de adversidades y pruebas ante las que muchos hombres habrían cedido.

Gonzalo correspondió a aquella sonrisa abierta, a aquel soplo de sinceridad que Boabdil espontáneamente le transmitía:

—Os agradezco vuestra confianza y desde luego contad con que todas vuestras palabras quedarán para siempre dentro de mí, como si nunca las hubiese oído.

—Oh, no, perded cuidado. No os debe preocupar si alguna vez las repetís. La fuerza y la determinación de mi madre son conocidas por todos. Ha dado prueba de ellas en muchas ocasiones. En demasiadas. Ha sufrido en su piel demasiadas guerras internas. No solo las de unas facciones de granadinos contra otras, no las de unas familias contra otras, sino las que han tenido entre sí familias partidas, enfrentadas sin piedad.

Boabdil empezó a caminar por la almena, en dirección al torreón principal y le

hizo un gesto a Gonzalo para que lo acompañase.

—Detrás de aquellos montes que ya apenas se ven y que ahora parece que se los come la noche está mi casa. Mis hijos. He rozado la felicidad. Sé que ese tiempo ha desaparecido para siempre. Pero no es de eso de lo que quiero hablar. Me pregunto si esa vieja historia, la leyenda de una Granada en paz, llena de hombres sabios que trabajaban en armonía, poetas escribiendo versos llenos de delicadeza, matemáticos y filósofos meditando sobre el universo, existió alguna vez o es el reflejo de un viejo sueño, una aspiración que nunca se cumplió y de la que precisamente se habló tanto por lo anhelada que era, porque la continua sangría en la que hemos vivido hacía suspirar por ella.

—Me temo, señor, que esa ha sido la historia del mundo desde que Caín mató a Abel. —Dudó Gonzalo, si había hecho bien en citar el ejemplo de la Biblia.

Boabdil le restó importancia con un gesto:

—Os entiendo. Yo también he leído vuestro libro sagrado. No estamos tan lejos los unos de los otros como nuestros faquies o vuestros obispos se empeñan en demostrarnos. —Se quedó con una sonrisa triste Boabdil en la cara. Permaneció unos instantes en silencio y luego volvió a su pensamiento anterior. Casi reflexionaba en voz alta—: Esa cadena de odio, tantos cainitas y tantos hijos de Abel, parece haber llegado hasta mí. Hace años, mi padre, desconfiando ya de mi madre y de mí, me mantuvo encerrado en la torre de Comares durante varios meses.

—Lo sabía.

—Ahora estoy en guerra contra él y su hermano, y si intenta negociar con vuestros reyes y desea canjearme por cientos de prisioneros y no sé qué suma de dinero es para cortar mi cabeza. Hasta este pie mío, hasta este tobillo, llega la cadena de vuestros Caín y Abel.

—Esa cadena nos alcanza a todos. —La mirada de Gonzalo también se ensombreció, perdida en sus recuerdos.

Boabdil se detuvo. Gonzalo a su lado. Boabdil hablaba mirando al horizonte:

—Es distinto hablar y razonar sobre ello a sentir la dureza del hierro socavando la piel, tronzando lentamente el hueso hasta hacerlo astillas.

—Yo también estuve preso. Fue mi familia, una parte de ella, la que me tuvo prisionero. Pasé dos años encerrado en el castillo de Baena. Sí, el mismo castillo en el que pasasteis vuestros primeros días preso. Tal vez en el mismo torreón.

El cielo se había convertido en un manto de terciopelo. Empezaban a latir tenuemente las primeras estrellas. El olor del verano, de los trigales secos, se expandía por el aire como si fuese el aliento cálido de la tierra.

Boabdil, antes de hablar, recuperó por un instante su sonrisa triste:

—¿Y sabéis ya si sois hijo de Abel o de Caín? —Gonzalo lo miró a los ojos sin contestar. La sonrisa de Boabdil volvió a hacerse franca—: No os incomodéis. Os lo

pregunto porque yo mismo no sé contestarme a mí mismo cuando me hago esa pregunta.

Fue un verano largo, homogéneo. Días iguales que se sucedían sin apenas cambios. Boabdil escudriñaba el horizonte. Veía partir y llegar jinetes. Labriegos, mercaderes. Y luego las horas de calma, la uniformidad del tiempo. Una noche de tormenta, unos rayos que llenaban su estancia de una luz fulgurante y después de un inmenso rodar de piedras sobre su cabeza, una cadena de truenos que se alejaban. Una mañana en la que súbitamente callaron las chicharras y una lluvia espesa y plomiza lo sorprendió en su paseo a caballo, mientras observaba la lejanía de las montañas y el aire se llenó del olor de la tierra húmeda. Esos fueron los acontecimientos externos más memorables de aquellos largos meses de cautiverio, de hospedaje, en manos de los cristianos.

Bajo esa uniformidad no cesaron de llegar mensajes. El mapa de Andalucía fue cruzado continuamente, como aquel cielo tejido por los vencejos, de correos. Los intentos de Aixa de establecer negociaciones con los reyes cristianos resultaron infructuosos. Fueron rechazados cortés y firmemente. También, aunque con menos cortesía, fueron dejadas de lado las ofertas que Muley Hacén, directa o indirectamente, les hizo llegar en esos meses.

Boabdil acabó por entender que él era la única llave que podía abrir la intrincada cerradura granadina. Y que cada día que pasaba jugaba en su contra. Lo fue reflexionando en voz alta durante el verano, en largas conversaciones con Gonzalo Fernández de Córdoba. Ambos mostraban puntos de vista diferentes en lo concreto, aunque muy similares en lo general. Compartían un mismo fin, pero contemplaban distintos caminos para llegar a él. También hablaban de asuntos intrascendentes. La vida cotidiana, recuerdos de juventud, temores, deseos para el futuro. Conversaban sobre poesía o filosofía.

—Siempre nos deberán vuestros hijos y los hijos de vuestros hijos que hayamos salvaguardado la memoria de los griegos. Aristóteles, Platón, esa vena que corre por vuestra religión y por eso que llamáis Europa. Sin nosotros, sin los árabes, todo se habría perdido en manos de los bárbaros, de vuestros bárbaros europeos —le dijo en varias ocasiones Boabdil—. Y ahora, ya podéis vernos, apartados en este rincón de la vieja Hispania.

—Vuestros hermanos turcos no se sienten precisamente arrinconados. Avanzan por el oriente de Europa con mucha firmeza. A veces de modo implacable. Nuestro rey Fernando no aparta la vista de esa frontera cada vez más cercana.

—No, nunca llegarán tan cerca de vuestros reinos como para inquietaros —negaba Boabdil, rechazando ese pensamiento—. Podéis estar tranquilos. Nada de eso os afectará verdaderamente.

—El rey Fernando piensa que las cosas pueden ser de otro modo. Que la política de nuestros vecinos estará marcada por la ola turca. Que nos afectará de lleno. De hecho ya os afecta a vos.

—¿Eso pensáis?

—Es la realidad. Nuestros reyes temen que desde Oriente, desde Turquía, pueda llegar ayuda a Granada. Por eso no mantendrán durante mucho tiempo su oferta. Debéis tenerlo en cuenta.

—¿Eso que me decís es traición?

—¿Traición?

—Traición a vuestros reyes. ¿Estáis traicionándolos al comunicarme esto?

—No. Es un servicio a ellos. Y también es un servicio que os hago a vos.

Boabdil había dejado de analizar fríamente a aquel hombre con el que compartía los momentos más enriquecedores del día. Si alguna tarde Gonzalo Fernández de Córdoba se demoraba en aparecer por el patio de armas, Boabdil observaba la sombra de la torre en la piedra del suelo para comprobar la hora y así calcular el retraso de Gonzalo. Las escasas tardes en las que este no llegaba caían lentamente y el anochecer sorprendía a Boabdil en algún lugar de las almenas. Una figura solitaria, casi fantasmal, recortada contra el cielo.

Fue el día siguiente a una de aquellas ausencias cuando Boabdil le comunicó a Gonzalo que estaba dispuesto a aceptar la propuesta del rey Fernando.

—Es una noticia que llenará de alegría a nuestros reyes. Y también a vos os debe alegrar.

—No, no puede llenarme de alegría algo que no es más que una pérdida. Pero ya lo he aceptado.

—Pensad que la pérdida es temporal. Un trance necesario para restablecer vuestros derechos plenos.

—Los derechos de Granada nunca volverán a ser plenos. No queráis engañarme a mí o engañaros a vos mismo.

—Nunca lo he pretendido.

—Lo sé. Pero también sé que Granada, en el mejor de los casos, será un reino sometido.

Se miraron fijamente los dos hombres. Gonzalo no podía negar lo evidente. Boabdil siguió hablando:

—Será eso o no será nada. Oh, sí, claro. Podrá ser una parte de Castilla.

—Creo que lo que debéis pensar es que será un reino mejor y más civilizado bajo vuestra corona que bajo la de vuestro padre o vuestro tío el Zagal.

Boabdil quiso desviar la conversación de ese camino y plantear lo que verdaderamente le importaba:

—Mi esposa apoya sin reservas mi decisión. Está dispuesta a separarse de sus dos

hijos. Me lo ha repetido una y otra vez en sus últimas cartas.

—Sin duda ha de ser una gran mujer. Digna de vos.

—Lo es. Está dispuesta a hundir un afilado cuchillo en su pecho por mí, por Granada. Y precisamente porque es una gran mujer no deseo desgarrar su corazón hasta ese punto.

Gonzalo se quedó observándolo, vislumbrando a qué lugar quería llegar Boabdil.

—Aceptaré las condiciones económicas propuestas por vuestros reyes. Cumpliré con el pago de los doce mil doblones de oro, y tal vez con los plazos que se me solicitan. En cuanto al número de rehenes que las familias granadinas deben dejar con vosotros también lo aceptaré, si bien la lista final será supervisada por mis embajadores, que tendrán el derecho de cambiar por otros algunos de los nombres que se nos pidan, al menos una parte pequeña de ellos.

—Quizá eso suponga una dificultad.

—Se trata de una cuestión de política interna. Equilibrios y apoyos que nadie mejor que nosotros podremos calibrar. Familias a las que no podemos desairar o exigir unos esfuerzos que a la larga se volverían contra nosotros.

—Entiendo, señor. Creo que podré defender ante mis reyes esas demandas.

—Sí, habrá que hacer algunos cambios. En ese sentido, y como os decía, no voy a cerrar este pacto si ello supone partir literalmente en dos el corazón de mi esposa.

Gonzalo lo escuchaba con atención.

—Lo que propongo, y no renunciaré a ello ni lo negociaré bajo ningún punto, es que solo uno de mis hijos, Ahmed, os sea entregado como rehén. No creo que nadie se atreva a pensar que mi hijo primogénito sea una moneda de cambio falsa o que yo pueda poner en peligro su vida. Espero que vuestros reyes, además de como monarcas, sepan mirar como hombre y mujer esto que os digo.

—Yo lo comprendo.

—Ellos también deberán comprenderlo. No renunciaré a esta condición. Cualquier otra cosa la entenderé como un acto de simple crueldad o un deseo de humillación.

Gonzalo hizo un gesto de asentimiento que a la vez era de despedida.

—Al amanecer saldré hacia Córdoba para informar de todo lo que me decís a mi rey. Si deseáis darme algún escrito...

—No es necesario. Bastará vuestra palabra. Sabéis a la perfección cuáles son mis ideas.

—Espero poder regresar con buenas noticias para vos. Lo deseo firmemente.

Boabdil sonrió.

—Quién sabe. Tal vez si nos hubiésemos conocido en otro tiempo, o tal vez en otro lugar. Vos y yo podríamos haber tenido una verdadera amistad.

Gonzalo sonrió a su vez.

—Quizá, señor, incluso lo consigamos en este tiempo, en este lugar, Granada. Nos queda un largo camino que recorrer uno junto al otro, hombro con hombro, si me permitís decirlo de ese modo.

Boabdil asintió vagamente. Gonzalo hizo una leve reverencia y se giró. Ya se había alejado diez o doce pasos cuando volvió a oír a su espalda la voz de Boabdil.

—Aún hay otra condición a la que no renunciaré y que debéis comunicar a vuestros reyes. Entregaré a mi hijo Ahmed a cambio de mi libertad solo si reside en vuestra casa hasta el momento que deba regresar a la mía y vos os comprometéis a ser su tutor.

—Os agradezco de corazón vuestra confianza, señor. Creo que esa será la condición que más fácil me resultará conseguir. Y la que más me honra.

Gonzalo reanudó la marcha. La tarde se llenaba de fulgores amarillentos. Y Boabdil sintió cómo aquel resplandor de ámbar era atravesado por un soplo de brisa fresca, un aire que parecía llegar de otro día, de otro momento, y que no era sino el primer anuncio de un otoño que muy pronto llegaría.

Finalizaba el mes de septiembre. Habían caído las primeras lluvias y la tierra estaba algo embarrada aunque ese día hacía sol. Ciento cincuenta soldados de su guardia personal, ataviados con sus capas de color escarlata, acompañaban a Boabdil. Desde que los acuerdos habían sido alcanzados verbalmente, el rey Fernando había posibilitado que el rey granadino tuviese su propia guardia y que una columna de su ejército se estableciera en el castillo de Porcuna. Ahora, con esos ciento cincuenta soldados llegados desde Granada, Boabdil entraba en la ciudad de Córdoba, con los honores de un monarca.

En las afueras de la ciudad se había producido el encuentro con su mujer, Moraima, con su hijo Ahmed y con su hermano Yusuf, escoltados a su vez por un pequeño destacamento de soldados cristianos. Esos soldados quedaron apostados en aquel lugar y fueron únicamente los hombres de Boabdil los que custodiaron a la familia real de los nazaríes en el último tramo de su viaje a Córdoba. Acompañados por diez tambores sordos que marcaban un pulso lento, atravesaron el puente más oriental sobre el Guadalquivir y fueron recibidos con toda solemnidad por el rey Fernando y el ejército cristiano, apostados en una extensa llanura cerca de la orilla.

En una tienda de campaña, levantada con paneles de seda azul y festones y banderolas dorados, se firmaron los acuerdos por ambos reyes. Moraima no quiso entrar en la tienda ni participar en la ceremonia que debía separarla de su hijo. Se quedó con Ahmed, al pie de su caballo. Su mano pálida puesta en el hombro del niño. Con los soldados de la guardia personal a su espalda, silenciosos todos y solo con el batir de las capas, azotadas por un viento racheado, resonando levemente en el aire.

Salieron de la tienda los dos reyes, Fernando y Boabdil, algo separados de ellos

iban González de Mendoza, gran cardenal de España; el marqués de Cádiz, Ponce de León; Yusuf, hermano de Boabdil; El Muleh y, todavía algo más rezagado, Gonzalo Fernández de Córdoba. Durante la firma del documento y la breve conversación que los reyes habían mantenido, solo durante un instante Boabdil y Gonzalo habían cruzado la mirada. No llegaron a dirigirse la palabra. «Tal vez en otro tiempo, en otro lugar», pensó con un golpe de triste ironía Boabdil.

Una vez fuera de la tienda, Boabdil cruzó en solitario la explanada que lo separaba de su mujer y de su hijo. Los soldados de su guardia alzaron las lanzas hacia el cielo, ondeando sus cintas de seda roja. Silencio y viento. Podían incluso oírse los pasos de Boabdil en aquella tierra embarrada. Su hijo intentaba mostrar solemnidad, parecía más sorprendido que apenado. Boabdil llegó hasta ellos. Miró los ojos de su mujer, que bajó los párpados en señal de asentimiento a la vez que dos lágrimas rápidas como cuchillos se le deslizaban desde los ojos a la comisura de los labios.

Levantó la mano Moraima del hombro de su hijo. No lo miró, se quedó con la vista puesta en el frente. De un modo turbio veía al rey Fernando, aquellos hombres con ropajes vistosos que se le amontonaban como una masa informe delante de la gran tienda de seda, de aquel resplandor. El pequeño Ahmed apenas se giró para mirar a su madre. Puso sus ojos en los de su padre y este esbozó una sonrisa y posó su mano suavemente detrás de su cuello, bajo el pequeño turbante rojo que cerraba un broche de plata en forma de león.

Así, con la mano en la nuca de su hijo, los dos caminando con paso lento y cadencioso, atravesó Boabdil la explanada en sentido contrario al que anteriormente había hecho. Ahmed cada vez veía más nítidos aquellos rostros pálidos, la barba rojiza, el gesto serio de Ponce de León, aquel ceño fruncido, grave del gran cardenal, sus ropajes, que parecían una llamarada. La expresión serena del rey Fernando.

Se inclinó ante él según las instrucciones recibidas y el rey se agachó a su vez para poner sus manos a ambos lados de sus hombros y hacer que se incorporase. Lo besó en ambas mejillas. Le dedicó unas palabras que el niño no pudo entender. Una sonrisa afectuosa. Boabdil, siguiendo la pauta pactada previamente con su hijo, no prolongó la despedida ni quiso hablar con él. Ya lo habían hecho esa mañana a primera hora. Solos, sin la presencia de su madre. Como dos hombres que debían asumir su deber de reyes.

Boabdil buscó con la mirada a Gonzalo Fernández de Córdoba. Este, advirtiéndolo, salió de detrás del gran cardenal. Boabdil empujó suavemente en la espalda a su hijo, que, ahora sí, volvió la cabeza para dirigir la vista a su padre e inmediatamente se giró para mirar a su madre. Solo un instante. Luego miró a aquel hombre que tendía una mano hacia las suyas y le hacía una leve reverencia. Y dio unos pasos hasta él.

Boabdil se despidió del rey Fernando y este, antes de que se soltaran los

antebrazos, que ambos se tenían cogidos entre sí, todavía le dirigió unas últimas palabras:

—Sería superfluo deciros que os deseo toda la ayuda de Dios en el duro camino que os espera. Sería como pedir la protección del cielo para mí mismo o para la reina Isabel, pues vuestro camino es el nuestro y nuestra es vuestra suerte.

—Espero que lo sea durante mucho tiempo, majestad.

—Lo será. Y no temáis por quien dejáis con nosotros. Si siempre ha contado con nuestro favor y estima, a partir de este momento es considerado como parte de mi propia familia.

—En ello confío, majestad. —Miró Boabdil a Gonzalo Fernández de Córdoba al pronunciar quedamente esas palabras.

Sonaron los tambores sordos que acompañaban al rey nazarí mientras este cruzó por última vez aquella explanada de suelo irregular y embarrado. Todos los hombres permanecían en silencio, sin moverse. Ninguna palabra, ningún gesto, solo la mirada cruzaron Boabdil y Moraima cuando él llegó a su altura. Montó su caballo con lentitud y seguridad. Esperó que subieran a su esposa. Ante él estaba aquella mancha de seda azul, aquellos hombres con ropajes lujosos y llamativos, el brillo oscuro de las armaduras y, en medio de ellos, la figura endeble de su hijo.

Boabdil inclinó levemente la cabeza dando la señal de partida. Enmudecieron los tambores y el rey nazarí tiró con suavidad de las riendas para hacer girar a su caballo. La columna se ponía en marcha en dirección a Granada. Boabdil iba a medirse cara a cara contra su padre. Concluía su tiempo de cautiverio. Atrás quedaban los días oscuros pasados en la torre de la Calahorra, las largas conversaciones con Gonzalo Fernández de Córdoba en el castillo de Porcuna y la vida entre unos enemigos a los que había venido a combatir hacía algo menos de medio año y que ahora eran sus aliados.

Boabdil y sus hombres se alejaban. En medio de aquella tierra arcillosa y desgastada por el verano, la columna de nazaríes semejaba una pequeña estela roja, sangrienta, avanzando por la llanura. Al otro lado del río Guadalquivir, también el ejército del rey Fernando, más numeroso y pesado, se ponía en movimiento. El pacto entre los reyes iniciaba su camino. Y eran muchos quienes, tal vez de un modo inocente, creían que un tiempo nuevo comenzaba para aquella tierra convulsa.

XII.

UN REY ERRANTE

Hierro y fuego, la sangre manchando los frutos que rodaban por la tierra. Un campesino arrastrado por un caballo y luego partido en dos por el hacha de un verdugo. Su pena: haber querido defender a su hija y haber herido en un muslo a un noble. Trigales ardiendo.

Primero se escuchaba un eco, un retumbar sordo bajo los pies y una vibración en el aire. Después, a lo lejos, brillando alocadamente, el resplandor de las armas y el griterío agudo de los soldados y los taladores. Unos y otros avanzaban al galope y caían sobre los campesinos. Mataban a quienes se resistían, tomaban como esclavos a los demás. Después talaban los árboles, destrozaban las huertas, quemaban las cosechas. Arruinaban el campo cercano a cualquier pequeña ciudad para romperle la subsistencia. Lo hacían los cristianos antes de sitiar los pueblos y ciudades que querían tomar. Y lo hizo también Boabdil con su ejército. Empleaba cualquier estrategia, cualquier maniobra que le permitiese ganar un pequeño pueblo, cualquier botín, el más ínfimo reducto de poder para combatir a su padre. La guerra, el crimen, la rapiña, todo se mezclaba. Esa era su guerra santa. La de todos ellos. Cristianos y árabes rotos en dos.

Después de abandonar Córdoba y dejar allí de rehén a su hijo, vino un tiempo errabundo a lo largo del cual Boabdil se preguntó en muchas ocasiones si en verdad había recuperado la libertad o si era rey de alguna patria. Cruzó Andalucía en varias direcciones. Su madre y sus seguidores tuvieron que abandonar el Albaicín, donde la seguridad cada vez era más precaria. De nada valió que Aixa repartiera entre las gentes de ese barrio, el de las clases más bajas de Granada, fuertes sumas de dinero. O que Aben Comisa y sus fieles prometieran toda suerte de recompensas si mantenían su apoyo a Boabdil. Pronto empezaron a cruzar por el barrio grupos de gente armada, y a producirse revueltas, asesinatos. Corrían habladurías sobre el hijo de Aixa, el Zogoibi, el Malhadado.

Boabdil era un proscrito. Un traidor. Su pacto con los reyes cristianos fue una gran coartada en manos de su padre, y sobre todo, en las de su tío Abdallah el Zagal. Al conocer que Boabdil había llegado a un acuerdo con los cristianos, se reunieron en medio de un gran tumulto los imanes y faquíes más importantes de Granada, y después de una deliberación que no fue otra cosa más que una suma de cargos y deshones, declararon hereje a Boabdil. Decretaron una *fatwa* contra él. Había vulnerado las leyes sagradas del islam y debía pagar por ello con su vida. En las plazas de Granada, Loja y Málaga se leían declaraciones vejatorias contra el falso rey,

contra aquel traidor que había vendido a los cristianos su fe y también a su pueblo. Escupían los niños al oír su nombre, hacían gestos obscenos las ancianas.

Apoyar a Boabdil significaba enfrentarse no solo a Muley Hacén sino a los faquíes y a los imanes, a Alá. «Lámparas en las tinieblas, ilustres y sapientísimos guías del género humano», se denominaban a sí mismos los hombres que componían la autoridad religiosa de Granada a la hora de condenar al traidor, a Boabdil, el Zogoibi, el Desventurado. El escrito que aquellos guías sapientísimos difundieron por toda la región finalizaba invocando la pureza de los verdaderos seguidores de Dios, clemente y misericordioso, y recordando la amistad de Boabdil con los cristianos y también con algunos judíos como la más alta traición que podía llevarse a cabo. «¡Oh, creyentes! No toméis por amigos a los judíos y a los cristianos, porque unos son amigos de los otros. Aquel de entre vosotros que los tome por amigos se convertirá en uno de ellos. Dios no es guía de la gente injusta. Aquel de vosotros que lo hiciese se apartaría del camino llano». El desvío del camino llano, inevitablemente, conducía a la tortura y la muerte.

De este modo, aquella guerra de fronteras que había comenzado por un golpe de orgullo de Muley Hacén al tomar en un invierno que ya parecía remoto la ciudad de Zahara iba cobrando una nueva dimensión. Quedó promulgada la *yihad*, la guerra santa. El Zagal maniobró para que su hermano Muley Hacén, envejecido y ya con la lucidez empezando a debilitársele, diese cada vez más poder a las autoridades religiosas.

Desde Marruecos comenzaron a llegar voluntarios para combatir al lado de Abdallah el Zagal y Muley Hacén. Eran hombres que cumplían con la obligación de seguir la guerra santa contra los infieles. Gente que se alistaba en el ejército de esa facción granadina sin recibir soldada alguna y que combatía llena de fanatismo. Pronto poblaron las calles de Granada y los patios de la Alhambra con sus vestimentas oscuras. Sus acciones cobraron una triste fama por toda Andalucía. Se los conocía con el nombre de *ahl alribat*, la gente del ribat. Eran los cruzados árabes, los correspondientes a aquellos suizos, borgoñones o normandos que llegaban desde lejos para combatir por la nueva cruzada.

«Esta es mi guerra santa. Mi camino hacia las mil vírgenes», se burlaba con tristeza Boabdil al lado de El Muleh, que lo había seguido en toda aquella trashumancia guerrera por las tierras granadinas. Desde el Albaicín se habían dirigido a Almería y desde allí, después de un ataque inesperado del Zagal, fueron finalmente hasta Guadix. Allí, en medio de aquel paisaje de montañas con formas caprichosas, vistas a través del sueño de alguien que hubiese perdido la razón o padeciera unas fiebres demasiado altas, se hizo fuerte Boabdil. En aquel paraje estableció su corte, pequeña y triste.

Nunca recuperarían los ojos de Moraima el brillo luminoso que tenía el agua en

los días de primavera. Algo se había estancado allí abajo, en el fondo de esa agua verde y ahora espesa. Un limo suave pero imborrable.

—Ni siquiera cuando vuelva su hijo, si alguna vez vuelve y ella todavía es joven, recuperará Moraima su alegría —le dijo Boabdil a El Muleh.

—No debes decir que es su hijo. Es tan tuyo como de ella. Más tuyo, pues será algún día tu heredero.

—Mi hijo dejó de ser completamente mío el día que lo entregué a los cristianos a cambio de mi libertad. Con ese acto algo se rompió, se desgajó dentro de mí. Y por el contrario, un nuevo lazo, invisible pero mucho más poderoso de lo que tú o yo podamos calcular, se creó entre mi mujer y él.

—El tiempo pasará y ella podrá recuperar su naturaleza alegre. Además de serte leal en tu camino de rey, te quiere.

—Esa es su condena. En cuanto a que mi hijo sea mi heredero, ¿en verdad crees todavía que Granada pertenecerá al islam más allá de dos o tres décadas? ¿Deseas ser compasivo conmigo, El Muleh? ¿O es que también tu cabeza empieza a perder las facultades que siempre tuvo?

—Simplemente, creo que esa posibilidad existe, mi señor. Granada será tuya y de tu hijo o pasará a ser de los cristianos. La guerra abierta contra ellos no es posible. Ese es el camino que han elegido tu padre y tu tío Abdallah.

Boabdil estudió los ojos de El Muleh. Este, humilde y sinceramente, le preguntó casi con una curiosidad infantil:

—¿Piensas que puedo engañarte, que después de tantos años lo puedo intentar?

—No.

El Muleh hizo un gesto mitad de gratitud, mitad de asentimiento. Entonces fue Boabdil quien lo interrogó:

—¿Confías en los reyes cristianos?

—Confío en el rey. Desconfío de quienes rodean a la reina. Y también de las tentaciones que ella pueda tener.

—¿Tentaciones?

—Que se mantenga alejada de Andalucía no significa que esta guerra permanezca lejos de su interés. Yo diría justamente lo contrario. Estudia desde lejos. Analiza tus movimientos y tus posibilidades de victoria. También los de su propio marido. Y si lo que uno y otro hacéis no la convence, será ella quien actúe. Ella y su corte de obispos, esos que de forma indirecta tu padre y tu tío alimentan con su *yihad* y con el fanatismo de sus imanes. Con esa guerra santa de la que comenzaste a hablar. Si la reina Isabel en verdad empeña la cruz en esta guerra y acaba de hacer de la religión la causa principal, entonces tu hijo no heredará ningún reino.

El juicio de El Muleh era bastante acertado y se aproximaba mucho a aquello que estaba ocurriendo al norte de Despeñaperros, en la meseta donde los reyes cristianos

pacientemente establecían su estrategia. Fernando se había mantenido en guardia durante los primeros meses que siguieron a la liberación de Boabdil. Vigilaba que los acuerdos se cumplieran, y aunque recibió algunas informaciones sobre el aumento del comercio clandestino y de algunas otras irregularidades en la frontera llevadas a cabo por los hombres de Boabdil, consideraba que el espíritu del pacto se cumplía. A pesar de ello, en los últimos días de ese invierno, el conde de Cabra y el marqués de Cádiz acudieron a la corte para informar personalmente a los reyes de cómo se sucedían los acontecimientos.

El envarado conde y el rudo pero inteligente marqués fueron recibidos por los reyes un atardecer de lluvia menuda y helada. Ambos estuvieron de acuerdo en que los pactos firmados con los nazaríes se estaban respetando. Boabdil mantenía la tregua con ellos en todos sus puntos y solo algunos hechos aislados, la muerte de unos pastores y un par de casos de pillaje cometidos por los soldados del rey nazarí y castigados rigurosamente por este, habían tenido lugar en esos meses.

Los dos nobles andaluces también llevaron noticias de Gonzalo Fernández de Córdoba, que se había convertido en el lazo más directo con Boabdil. Asintió complacido el rey Fernando. Dos perros enormes, una especie de mastines con ojos descolgados y diríase que cortos de vista, dormitaban a sus pies, cerca del fuego.

—Siempre supe que esos dos hombres estaban destinados a entenderse. Y que juntos me servirían no como dos, sino como cuatro grandes vasallos.

La reina Isabel se mantenía algo apartada de la lumbre. El resplandor le daba un aire irreal, ingrávito, en medio de aquella sala de piedra desnuda, apenas cubierta en algunos tramos por unos tapices de terciopelo viejo. A su lado no había perros. Aunque, situado a su derecha y también con aire de dormitar, se encontraba el gran cardenal de España.

El rey Fernando se puso en pie. Uno de los perros hizo amago de seguirlo, pero tan solo llegó a sentarse sobre las patas traseras, lleno de lentitud. El otro se limitó a abrir un poco los ojos y los dejó entornados, casi bizcos, siguiendo los pasos de su amo por la estancia.

—Las noticias que me traéis me llenan paz.

—¿Paz para poder emprender una nueva guerra, mi señor? —El cardenal le hablaba en un tono bajo, sin duda retomando una conversación reciente.

El rey Fernando negó con la cabeza. Miró a los dos hombres que habían llegado de Andalucía.

—El problema del Rosellón se agrava. Si el rey francés no transige y se niega a entregar los condados pirenaicos que nos pertenecen, el reino de Aragón puede declarar la guerra a los franceses.

—Dos guerras simultáneas, una en el norte y otra en el sur, tal vez sean demasiado incluso para un reino tan fuerte como el de Aragón y para un rey tan

vigoroso como vos, mi señor. —El gran cardenal hizo una mueca parecida a una sonrisa, aunque también pudo ser el conato de un bostezo.

El marqués de Cádiz, al que el resplandor de la chimenea tornaba su barba completamente roja, se quedó mirando con los ojos muy juntos, de zorro, al cardenal, esperando que tras aquel gesto incierto dijese algo más. Al comprobar que el religioso retomaba su actitud somnolienta, se decidió a hablar.

—No será demasiado esfuerzo si Dios está del lado de la justicia y de la verdad, ¿no lo cree así su eminencia reverendísima?

El religioso, como momentos antes había hecho el lebel del rey, pareció que fuese a levantarse pero se limitó a incorporarse un poco en su asiento para poder hablar con más autoridad. Aunque fue la reina quien entonces tomó la palabra. Lo hizo con voz suave, casi tan pálida la voz como su propia piel:

—No dudéis, querido Ponce de León, que Dios misericordioso estará de nuestro lado. Pero, además, y para hacer su labor más liviana, Castilla apoyará a Aragón en su conflicto con los franceses, siempre, claro, que Aragón no olvide que Granada es una larga espina atravesada en nuestro corazón y continúe a nuestro lado vigilando todo lo que allí ocurra.

Estaba claro que la reina hablaba no para el marqués de Cádiz, sino para su marido, recordándole que supeditaba el apoyo castellano de cara a una posible guerra con Francia a la implicación sin condiciones de Aragón en la guerra de Granada.

El gran cardenal parecía definitivamente desperezado.

—Nunca debe olvidarse que tratamos con infieles y que su palabra cambia con la misma facilidad que el viento. Que en estos meses hayan cumplido lo acordado no significa que mañana lo hagan. No podemos dejarlos actuar a su libre voluntad, pues si lo hiciésemos no tardaríamos en tener las puntas de sus lanzas mirando hacia nosotros.

—Es una posibilidad que debemos contemplar incluso siendo cuidadosos en nuestra vigilancia —apostilló la reina.

Ponce de León no llegó a saber si era el gran cardenal quien hablaba por boca de la reina o viceversa, pero sí le quedaba claro que los dos mantenían la misma postura y que aquel asunto estaba cuidadosamente desmenuzado por ambos en largas conversaciones.

—Es que vos, como hombre de armas y habituado a tratar con los granadinos, ¿pensáis de otro modo?

El religioso, al acabar su pregunta, volvió a abrir la boca y cerrarla de un modo extraño, como si mordiese el aire que tenía delante de él. Ponce de León, antes de responderle, pensó que esa mueca, que antes le había parecido sonrisa o el conato de un bostezo, tal vez estuviera relacionada con la grave dolencia que según había oído comentar padecía el gran cardenal en la garganta.

—Veréis, eminencia reverendísima, Muley Hacén...

—Habéis pronunciado, mi querido marqués, el nombre preciso. ¿Quién manda realmente allí? ¿Hacén o su hermano el Zagal?

La reina Isabel había interrumpido a Ponce de León, haciendo notar una autoridad que por un lado despreciaba la respuesta del marqués y por otro la pregunta del gran cardenal. Si el marqués de Cádiz tenía alguna duda sobre quién marcaba la pauta en el pensamiento de la reina, esta había querido dejarlo claro. Y todavía fue más allá, dejando sin hablar a Ponce de León:

—¿Qué pensáis vos de esa cuestión, conde?

El envaramiento del conde de Cabra no se alteró. Hizo una leve reverencia y contestó de un modo pausado, midiendo las palabras de un modo aún más exagerado de lo que en él era habitual:

—Su majestad, todas las informaciones de nuestros confidentes y de los del propio Boabdil nos indican que Muley Hacén se encuentra enfermo. Su cabeza pierde lucidez y es su hermano Abdallah el Zagal quien día a día se hace más fuerte.

—¿Hasta el punto de ambicionar la corona? Quiero decir en vida de su hermano.

—Sí, majestad. Me temo que sí. —El conde de Cabra contrajo el pergamino rígido de su cara, por su gesto pareció que la piel pudiese llegar a quebrársele—. Y hablo de temor, porque el Zagal, como cualquier soldado conoce, es un temible hombre de guerra.

—Como su hermano Hacén —intervino el rey Fernando.

—Si me lo permitís, majestad, diré que es menos dado a estallidos de furia y más calculador e inteligente. Aunque igual de valeroso en el mando del ejército.

—¿Qué pensáis entonces sobre lo que puede ocurrir en los próximos meses dentro de esa facción de los granadinos? —La reina Isabel volvió a dirigirse a Ponce de León.

Este, aun dudando de que pudiera ser interrumpido en cualquier momento, intentó dar su opinión del modo más preciso.

—Majestad, creo que es cuestión de meses, de semanas tal vez, que el Zagal se haga completamente con el poder. Y cuando eso ocurra intentará socavar la autoridad de Boabdil en cualquier punto del reino de Granada. El Zagal cree que solo es posible una Granada enfrentada a Castilla y Aragón y que todo aquello que consiga ha de ser por las armas y no por medio de acuerdos que fuercen a los granadinos a aceptar condiciones que a él siempre le parecerán indignas de un gran reino como el suyo.

El conde de Cabra asintió, confirmando las palabras de Ponce de León cuando la reina puso la vista en él. Se levantó Isabel, y aunque los dos nobles la conocían bien y habían estado en su presencia muchas veces, ambos quedaron sorprendidos por su corta estatura. Al dejar el sillón en el que estaba sentada apenas ganó unas pulgadas. Ponce de León llegó incluso a mirar sus pies para confirmar que verdaderamente

estaba del todo en pie, y pensó que tal vez aquella impresión estuviese motivada por la incierta luz de la sala, donde, ya al final de ese día gris, se mezclaba la luminosidad difusa que entraba por los ventanales con la llama de los candelabros y el resplandor oscilante de la chimenea.

A pesar de todo, esa sensación de liviandad en absoluto restaba a la reina Isabel un ápice de autoridad.

—¿Y Zoraya, la esposa renegada de Muley Hacén, no opondrá resistencia a esos planes del Zagal? Todos hemos oído decir que es una mujer demasiado ambiciosa y que vive con la esperanza de que su hijo sea el sucesor de Hacén.

Se miraron los dos andaluces, finalmente fue el conde de Cabra quien tomó la palabra:

—Así es, majestad. La ambición y hasta la soberbia de esa mujer a la que llaman despectivamente la Cristiana no conocen límites. Pero quizá Abdallah el Zagal no sea demasiado distinto. Por eso los rumores que corren sobre... —dudó el conde, miró a Ponce de León que lo observaba fijamente, su barba casi en llamas—... rumores sobre las intenciones, las proposiciones de Abdallah a la Cristiana son bastante creíbles.

—¿Qué rumores? —se interesó el rey Fernando.

—¿Planea casarse el Zagal con su cuñada cuando muera su hermano? —sonrió la reina.

—Sí, señora, es eso lo que todos dicen.

—Esa mujer no hará tal cosa. Querrá que sea su primogénito quien reine. Lleva años intentándolo. Ha sembrado hiel entre Muley Hacén y Aixa, entre Hacén y Boabdil para conseguirlo. Y no claudicará ahora ante su cuñado, por mucha corona falsa que él quiera poner sobre su cabeza.

Unos y otros actuaban como profetas desde el otro lado de la frontera. Enviaban espías, consultaban con viajeros, compraban secretos y aventuraban un porvenir cada día más enmarañado e incierto. Pero incluso en esa tarea de cuchicheos, informaciones veladas e intuiciones existía una inamovible jerarquía. La marcaba no solo la capacidad de comprar voluntades o ejercer un chantaje ventajoso, sino la inteligencia. De ahí que, al igual que al otro lado de la frontera El Muleh no erraba en sus vaticinios, tampoco la reina Isabel estuviese descaminada en los que aquella tarde fría y lluviosa hizo ante su esposo Fernando, el gran cardenal de España, los dos nobles andaluces y aquellos dos perros grandes como asnos y perezosos como corderos viejos.

El médico judío de Muley Hacén, un pequeño hombre con cara de pájaro llamado Isaac Hamon, se sentía cada vez más incapaz de restablecer la salud de su señor. De nada valían ni las amenazas ni los ruegos que Zoraya le dirigía, a veces casi

simultáneamente. El médico no lograba encontrar la causa del rápido deterioro que estaba sufriendo el rey. Cada vez eran más frecuentes los ataques epilépticos que padecía.

Entre los servidores de palacio, viendo aquellos espasmos descontrolados y aquellas muecas desencajadas en las que el rey se perdía durante largos minutos, se empezó a hablar de maldiciones y también de posibles envenenamientos. Con esos argumentos aquellas gentes querían justificar además la pérdida de visión que aquejaba a Muley Hacén y que en los últimos tiempos apenas le permitía distinguir a las personas más cercanas si no las observaba a la luz del día. También sospechaban que una invocación maligna o tal vez una pócima sutilmente administrada estuvieran detrás de la hinchazón generalizada que estaba deformando al rey la expresión del rostro y las extremidades. Sus manos, en otro tiempo nervudas y firmes, eran ahora una especie de bolsas, rellenas de un líquido oscuro y a su vez ponzoñoso.

Ante esas circunstancias, no le fue difícil a su hermano Abdallah sustituirlo en el poder. Sobre todo cuando los delirios empezaron a perseguir al viejo rey. En ocasiones lloraba tiernamente al ver a su hermano y le besaba las mejillas como a un niño. En otros momentos de lucidez, cada vez más escasos, se comportaba como el valiente hombre de guerra que fue. Pero también había otras veces en las que acusaba a Abdallah de conspirar contra él e intentar arrebatárle el trono y su riqueza personal. Los faquíes, los nobles granadinos y los generales se mostraron de acuerdo en dar su beneplácito a Abdallah el Zagal para que se convirtiera en el nuevo rey.

El revés que acabó de trastornar a Muley Hacén fue la muerte de Yusuf. El hermano de Boabdil había muerto en Almería en circunstancias poco claras. Muchos acusaban al Zagal de estar detrás de esa muerte que había herido profundamente a Boabdil y que también había dejado sin consuelo a Muley Hacén a pesar del enfrentamiento que mantenían. Hacén siempre había tenido afecto por ese hijo débil, leve sombra de Boabdil, pero por el que nunca había sentido aversión. Al conocer su muerte se sintió traicionado, humillado por los años y por su propia debilidad.

Una de las primeras medidas que el Zagal adoptó como rey fue la de enviar a su hermano Muley Hacén a un retiro apartado de la Alhambra. Una escolta numerosa lo condujo en compañía de los dos hijos que había tenido con Zoraya al castillo de Salobreña, una pequeña ciudad costera en la que el rey oficialmente guardaba reposo pero en la que en realidad residía como un privilegiado prisionero.

Zoraya quiso en todo momento acompañar a su esposo en aquel solapado cautiverio. Pero Abdallah el Zagal se negó rotundamente. La quería cerca de él. La belleza que años atrás había trastornado a Muley Hacén había herido del mismo modo a su hermano menor. El tiempo había madurado en el rostro de Zoraya sus rasgos rotundos y a la vez delicados. Ya no se trataba de aquella joven primaveral que había hecho perder la cordura a un Muley Hacén que en esa época casi le triplicaba la

edad, pero aquella frescura no se había marchitado. Por el contrario, se había transformado en una hermosura plena, cuajada, que parecía estar más allá del tiempo, como si bajo la piel de esa mujer hubiese una escultura apenas mutable, una maravillosa efigie esculpida por un artista griego.

Como la reina Isabel había vaticinado, Zoraya se negó a tener cualquier tipo de relación con el Zagal, al que ella trataba abiertamente como a un usurpador, un rey ilegítimo. Además, Zoraya aprovechaba cualquier ocasión, tanto privada como pública, para recordarle el vínculo familiar que tenían. Era su cuñado, el hermano de su marido. Y siempre lo hacía de un modo altivo, desafiante. Algunos cortesanos murmuraron entre sí que aquella actitud no era más que una estrategia de la Cristiana para espolear aún más el deseo de Abdallah y aumentar su pasión. De ese modo, cuando Muley Hacén muriese, el Zagal estaría dispuesto a ofrecerle unas riquezas, palacios, joyas y obsequios que ninguna mujer podría soñar en Granada.

Se equivocaron quienes así pensaban. El forzado apartamiento de Muley Hacén no duró mucho tiempo. Cuando meses después de llegar a Salobreña, ya con la razón casi perdida por completo y prácticamente ciego, el rey destronado murió, el acoso de Abdallah el Zagal a la ya viuda de su hermano redobló su intensidad. Pero fue en vano. Zoraya, tal vez confiando en un golpe de suerte que acabase por situar a su primogénito en el trono de Granada, se negó a casarse con el Zagal. Decidió retirarse a uno de los palacios que le había regalado Hacén. Pero antes de refugiarse en él, logró un último objetivo. Consiguió que Abdallah diera permiso para que el cuerpo de Muley Hacén fuese llevado a Granada. De este modo, y aunque para un musulmán resultara reprobable el traslado de un cuerpo y el retraso en su enterramiento, el Zagal cumplió la voluntad de Zoraya, si bien el nuevo rey no consintió que su hermano fuera enterrado en la Alhambra. Para ello designó un lugar desconocido, en la cumbre de un monte desnudo, cubierto la mayor parte del año por la nieve.

Apenas estuvo el cuerpo de Muley Hacén unas horas en un sótano de la Alhambra. Allí, por medio de sabios frotamientos y presiones hechas con las manos sus intestinos fueron liberados de inmundicias. Fue lavado con abundante agua y jabón, primero el lado derecho de su cuerpo, después el izquierdo. Los dos hombres encargados de toda esa labor lo secaron con unas toallas limpias y luego lo envolvieron en tres paños de tela sencilla y blanca. Un imán, en presencia de Zoraya y sus dos hijos, le dedicó las plegarias fúnebres. Y después de que su mujer y sus hijos se despidieran de su cuerpo, Muley Hacén fue sacado de la Alhambra de modo secreto.

Era una mañana desapacible de ventisca y frío. El cadáver del viejo monarca fue conducido a la escarpada montaña que su hermano había designado como su tumba. Una escasa comitiva había salido en secreto al amanecer por la puerta de Bab-al-Rambla llevando el cuerpo. Durante la noche, varios hombres habían abierto una fosa

entre el hielo y la dura tierra congelada. No hubo ningún honor, ninguna ceremonia que correspondiese al entierro de un rey nazarí. Solo un imán, una docena de soldados encargados del transporte y el propio Abdallah el Zagal estuvieron presentes en el enterramiento. Dos soldados descendieron a la fosa, debidamente orientada y cuyas paredes ya se habían recubierto de hielo. Sacaron el cuerpo de la humilde caja en la que lo llevaban y, completamente envuelto en los tres paños blancos, lo depositaron en el fondo congelado, con la cabeza en dirección a La Meca. Lo cubrieron primero con piedras y después dejaron caer sobre las piedras la tierra sacada la noche antes.

Allí quedó, fundido con la tierra por la que en tantas ocasiones había luchado desafortadamente, el padre de Boabdil. No se dejó ninguna lápida ni señal que pudiese identificar el lugar. El Zagal no deseaba que aquella tumba pudiera convertirse en un recuerdo permanente a su hermano o en un lugar de peregrinación de rebeldes y sediciosos. Y así, aunque eligió el anonimato y deseó borrar la huella de Muley Hacén de la memoria de los granadinos, con el tiempo el monte entero fue recordado para siempre con el nombre de su hermano, y todos, cristianos y árabes, lo llamaron Mulhacén.

XIII.

MÁLAGA

Retumbaba la ciudad entera. No solo vibraban con un eco sordo el aire y las paredes, sino que el propio suelo se estremecía y desde sus entrañas parecía brotar esa especie de trueno permanente. Aquel era un ruido nuevo para los malagueños, un rodamiento estruendoso que parecía pasar sobre sus cabezas y que, cuando ya todos creían que se alejaba, volvía a renacer, con una intensidad cada vez superior que súbitamente estallaba de un modo inusitado. Un resplandor fulgurante acompañaba al sonido, y una vez extinguida la llamarada, todo quedaba envuelto en una nube negra y espesa que en un primer instante olía a madera mal quemada y luego dejaba flotando en el aire un perfume dulzón, casi empalagoso.

Los primeros días aquel ruido bastaba para producir terror en muchos de los habitantes de Málaga, que quedaban sobrecogidos, incapaces de reaccionar, y corrían a refugiarse en lo hondo de sus casas, abrazados a sus hijos. Sin embargo, pronto empezó a cundir el ejemplo de los gomerres, de algunos herreros, comerciantes, gente no relacionada con el ejército, e incluso mujeres. Comprendieron estos que la única solución era la de ayudar a los soldados en los trabajos que estaban llevando a cabo para poder resistir el asedio que acababa de comenzar. Un asedio cuya severidad y rigor podía entenderse cuando aquella gente subía a los torreones de la ciudad o desde las murallas de la fortaleza de Gibralfaro se abarcaba a un golpe de vista el mar y todo el territorio que rodeaba Málaga.

Un gran hormiguero se afanaba en su trabajo. Los arrabales de la ciudad ya estaban tomados, de ellos se levantaban columnas de humo espeso. Los propios malagueños habían incendiado las casas de los arrabales para que no sirvieran de parapeto a los sitiadores y estos no pudieran servirse ni del más mínimo utensilio. Alrededor de la humareda podía verse aquella marea azulada del ejército cristiano, que parecía una prolongación del mar aunque diríase que estaba compuesto de unas aguas más turbias y revueltas. Un ejército de decenas de miles de hombres, el más grande que se había levantado hasta entonces, se afanaba allí con la única finalidad de tomar esa ciudad con fama de inexpugnable y rebelde. Las bocas de los cañones, diminutas en la lejanía, se abrían a cada tanto para dejar escapar unas llamaradas rojizas seguidas inmediatamente de un pequeño temblor que se convertía en un silbido amenazante, casi en un aullido, y súbitamente en un trueno, un estampido ensordecedor que estallaba en cualquier calle y retumbaba por toda la ciudad.

Desde el mar, cinco carabelas intensificaban aquel tanteo incansable de la artillería. Comprobaban los artilleros los flancos débiles de las murallas y los puntos

a batir, pero los recios muros soportaban aquel cañoneo con muy poco daño. Al lado de las carabelas, una veintena de embarcaciones menores cruzaban las aguas cercanas en varias direcciones para certificar que la ciudad no recibiría, tampoco por mar, la ayuda que ya habían solicitado Hamet el Zegrí, comandante de la fortaleza de Gibralfaro, y Alí Dordux, el vecino más influyente de la ciudad, un comerciante con importantes contactos al otro lado del estrecho y que también mantenía una relación muy fluida con genoveses y venecianos.

Pero ningún italiano se atrevería a desafiar a los reyes de Castilla y Aragón para socorrer a una ciudad a la que aguardaba una dudosa suerte, y ningún caudillo de Marruecos osaría cruzar aquel círculo de hierro y fuego que los cristianos habían puesto a Málaga. Tampoco Abdallah el Zagal iba a conseguir prestar socorro a la segunda ciudad en importancia del reino nazarí y que además era su puerta principal al Mediterráneo. Las oportunidades para haber entregado Málaga de modo pacífico y con alguna ventaja para sus habitantes ya habían quedado atrás. Lo que esperaba era una batalla sin cuartel en la que los dos bandos se jugaban una parte importante de su porvenir en la guerra. La presencia en medio del campamento cristiano de la bandera real, señalando la presencia del rey Fernando en el sitio, así lo testificaba.

Una humareda blanca, la del vapor de agua que levantaban los cañones al ser refrescados, envolvía en ese momento la figura de Fernando de Aragón. En torno al rey y mandando las unidades más importantes del ejército estaban el maestre de Santiago y el marqués de Cádiz, Ponce de León. La orden de caballeros de Santiago y Alcántara, así como la de los de Calatrava habían establecido sus propios campamentos, coordinados con los de los nobles más importantes de Castilla y Aragón. El cuerpo de apoyo de aquel enorme ejército estaba formado por más de cinco mil hombres: picapedreros, carpinteros, herreros, preparados para fabricar y reparar artilugios de guerra y socavar el territorio enemigo.

Empezaba el mes de mayo. Un viento cálido llegaba de las montañas y reavivaba el fuego de las casuchas de los arrabales. El rey Fernando, rodeado por el conde de Cifuentes, Ponce de León y varios de sus hombres de confianza, observaba las murallas escarpadas de Málaga. El castillo de Gibralfaro, destacando en la cumbre de la montaña más alta, parecía la cresta de un monstruo inmenso y poderoso. El rey consultaba los primeros disparos de las nuevas piezas con el artillero real, Francisco Ramírez de Madrid, que iba a dirigir los bombardeos durante el asedio.

Nunca hasta entonces se había visto en los reinos de la Península un despliegue tan formidable de cañones y fuego pesado como el que se estaba realizando en esos momentos en las afueras de Málaga. Un par de años atrás habían llegado a Castilla nuevos artilleros franceses, maestros en ese reciente arte de la guerra. Córdoba y Écija se habían convertido en centros de fabricación de lombardas, morteros y cañones hechos de una sola pieza de bronce, algunos de ellos capaces de lanzar sus

proyectiles a casi media legua de distancia.

La guerra duraba ya más de cinco años y los reyes cristianos estaban dispuestos a acabar con ella definitivamente. El dinero desembolsado era enorme, pero estaban convencidos de que la victoria les reportaría un beneficio mucho mayor. No solo en el campo económico sino también en el político y religioso. Dios estaba con ellos, la fe auténtica estaba con ellos. Se encontraban, por tanto, dispuestos al mayor de los esfuerzos. Con esa finalidad y para seguir de cerca los acontecimientos, habían trasladado la corte a Córdoba. Granada se había convertido en el objetivo principal de los reyes de Castilla y Aragón.

Estos sabían que la rendición de Abdallah el Zagal y la entrega de Granada a Boabdil, con quien mantendrían relación de vasallaje, pasaba por la rendición de Málaga. También sabían lo costoso que resultaría tomar la ciudad por la fuerza. Así que, en los primeros meses de ese año de 1487, habían enviado a Ponce de León para que intentase negociar la entrega de la ciudad. El marqués de Cádiz fue recibido por Hamet el Zegrí, máximo mando militar de la plaza. Se entrevistaron en un pequeño palacio, propiedad del comerciante Alí Dordux, situado a la orilla del mar, cerca de las atarazanas. Ponce de León había llegado con un corto séquito de apenas diez o doce hombres. El Zegrí, gran admirador del marqués de Cádiz y al que consideraba el soldado más valeroso del ejército cristiano, le rindió todo tipo de honores y se mostró en todo momento complaciente con él. Hasta que tocaron el fondo de la cuestión.

Hamet el Zegrí no estaba dispuesto a entregar pacíficamente la plaza bajo ningún concepto. A cambio de que Málaga fuese respetada ofreció el pago de una elevada suma de dinero que recaudaría entre los ricos comerciantes de la ciudad, encabezados por el propio Alí Dordux. Además, le concedería la libertad a un centenar de prisioneros, algunos de ellos retenidos en Málaga desde el comienzo de la guerra.

El marqués de Cádiz se limitó a oír distraídamente aquella propuesta. Era él quien, por mandato de los reyes Isabel y Fernando, estaba dispuesto a pagar por Málaga. A cambio de Málaga, Ponce de León ofrecía a El Zegrí entregarle a perpetuidad la ciudad de Coín y cinco mil doblas de oro. Además, él y sus oficiales recibirían una recompensa personal por la rendición de la fortaleza de Gibralfaro.

Hombre enjuto, de pelo negro, azuloso, y ojos oscuros como la pez, Hamet el Zegrí negó con la cabeza, con un movimiento mecánico, casi infantil.

—Nunca, sire, Málaga será entregada al enemigo. Aunque sea a unas manos tan limpias, valerosas y fuertes como las tuyas. Alá clemente y misericordioso nos dará el poder para tenerla siempre del lado del islam. Nunca, sire. Acepta tú nuestro dinero.

Ponce de León miró con aire distante a El Zegrí y sus extraños movimientos. No acababa de creer el marqués de Cádiz que aquellas fuesen las últimas palabras del militar árabe. Pero cuando puso la vista en Alí Dordux y el comerciante retiró dócilmente la mirada, expresando con ello que no estaba de acuerdo con El Zegrí,

entendió que este decía la verdad. Eso le arrancó una sonrisa involuntaria, de pura sorpresa.

—Sabéis que Málaga es ya frontera con nuestro reino, que la mayor parte del territorio que la rodea ha caído en poder de nuestros reyes y que solo es una cuestión de tiempo que vuestra rendición se produzca.

—¿Cuestión de tiempo? ¿La eternidad es tiempo, sire?

Ya no había rastro de sonrisa en la cara ancha, roja y rota de viruela de Ponce de León. El propio tratamiento afrancesado de sire lo irritaba.

—Os aseguro que no estoy aquí para hablar de eternidades ni de filosofías. Vos y yo somos soldados.

—Así es —asintió, inclinándose levemente con un gesto de cortesía El Zegrí.

Aquel hombre tenía el blanco de los ojos oscuro, fermentado, pensó Ponce de León.

—Sí, así es, y como soldado he venido a hablar de guerra, o de paz.

—Me temo, sire, que si no aceptas nuestra voluntad, hablaremos de guerra.

—Hablará la guerra.

—Hablará Alá, Dios misericordioso y clemente.

—Os aseguro que quedará mudo. Os lo prometo por la Virgen María, el apóstol Santiago y todos los habitantes, ángeles y monaguillos del cielo.

A partir de ese momento, una vez transmitida a los reyes la postura inflexible de Hamet el Zegrí, se iniciaron los preparativos para el ataque a Málaga. A pesar de la apariencia invencible de la ciudad, los espías cristianos habían informado detalladamente sobre las fuerzas y efectivos de los que disponía la guarnición. Tenían el convencimiento de que podía ser derrotada en un mes de duro asedio. La artillería que poseían los malagueños no era muy numerosa y muy pocas de aquellas piezas eran de largo alcance. El Zegrí contaba con unos quince mil gomeres, unos temibles soldados africanos de raza negra, que en cualquier caso, serían muy inferiores en número al gran ejército que los reyes cristianos se disponían a formar.

Así que, rápidamente, después del resultado negativo con el que se había saldado el encuentro entre Ponce de León y Hamet el Zegrí, se enviaron desde Córdoba tropas de caballería para iniciar un sitio preventivo a Málaga. Casi de inmediato llegaron los soldados encargados de la tala. Todas las huertas y los frutales de la pequeña vega fueron arrasados. Los canales del agua desviados o envenenados. Al mismo tiempo, Boabdil y sus hombres comenzaban a hostigar a Abdallah el Zagal en Granada para que no pudiera acudir en ayuda de Málaga.

Dos meses después, a comienzos de mayo, el grueso del ejército, con el rey Fernando de Aragón a la cabeza, plantaba su real frente a las murallas de Málaga y el mar comenzaba a llenarse de navíos cristianos. Fue entonces cuando los habitantes de esa ciudad empezaron a familiarizarse con el estruendo de la artillería, que en los

primeros instantes los dejó horrorizados y con el que al cabo de unos días habían aprendido a convivir.

Poco importaba que después de los primeros disparos de tanteo, hechos sin otro cálculo que el buen ojo y la fina intuición de los artilleros franceses, los proyectiles fuesen a caer cada vez de un modo más certero sobre las defensas de Málaga o en los lugares más poblados, estos últimos con el objetivo de infundir terror y desmoralizar a la población. Los soldados y algunos habitantes de la ciudad se acercaban a las murallas y desafiaban ese fragor mortífero que, como ya muchos malagueños habían visto, pasaba por el aire llevándose un miembro humano, una cabeza o demediando un cuerpo. No acudían allí arriesgando sus vidas por simple curiosidad. Iban armados de pértigas y mazos para completar el derribo de las casas que estaban adosadas a los muros de la ciudad y que más adelante podían servir de protección o de escala a los asaltantes. Los artilleros minaban sus endeble pilares y luego los habitantes acababan de echar abajo las paredes y las techumbres a medio derrumbar.

Esa determinación en la defensa de la ciudad y la asunción abierta de riesgos, con gran desprecio de la propia vida, sorprendió en principio a los cristianos. Ni siquiera pudieron establecer su campamento con un mínimo de tranquilidad. El Zegrí no dejó de atacarlos en todo momento. En varias ocasiones mandó salir de las murallas dos columnas de caballería que, aprovechando la noche, cayeron sobre el campamento cristiano ocasionando numerosas bajas, quemando provisiones y destruyendo armamento con gran ferocidad para de inmediato replegarse con una rapidez sorprendente.

«Los malditos gomerres, parientes de Satanás», murmuró Ponce de León después del primer asalto. Tenía su espada desenvainada y desde la altura de su emplazamiento vio a lo lejos al rey Fernando. Ambos habían salido de sus tiendas al oír los primeros gritos y disparos de arcabuces, pero apenas habían tenido tiempo de ver sombras lanzadas a un galope vivo. Los árabes habían atacado el otro extremo del campamento, y tanto el rey como el marqués de Cádiz, rodeados de soldados y alumbrados por el resplandor oscilante de las llamas, sabían ya que la resistencia de la ciudad sería rocosa y duraría más tiempo del que sus espías, ingenuamente, habían calculado.

—Pagaremos un alto precio por esta ciudad. Pero os juro que apenas será una limosna al lado del que sus habitantes acabarán por expiar —le dijo a Ponce el rey Fernando cuando se reunieron unos minutos después. Miraba la negra silueta de la montaña de Gibralfaro. Las leves luces que allí se veían brillar le parecían una sonrisa, una burla que Hamet el Zegrí le enviaba desde su fortaleza.

—Nunca debimos llegar a este punto —sostuvo el conde de Cifuentes, que había llegado hasta ellos luciendo guanteletes, peto, rodela, completamente preparado para un combate que esa noche no tendría lugar.

Ponce de León, descamisado, con su pecho erizado de un vello rojizo y sosteniendo en su mano derecha la espada, pensó que las palabras del conde eran una alusión al fracaso de su embajada diplomática ante El Zegrí y contestó:

—En efecto, señor conde, tal vez no deberíais haber llegado hasta aquí, pues más habría valido que os hubieseis quedado en vuestra cama y que vuestro criado se hubiese ocupado en apagar esos fuegos que consumen los sacos de trigo antes que perder el tiempo en colocaros tanto hierro encima.

Rieron unos nobles, y otros, por amistad con el conde, quisieron guardar silencio, pero las palabras que el de Cifuentes había pronunciado quedaron finalmente flotando en el aire, pues no eran más que un recordatorio de aquello que la mayoría pensaba. Nunca debimos llegar a este punto.

Los acontecimientos se habían ido sucediendo de un modo cada vez más vertiginoso, arrastrándose unos a otros como si estuvieran encadenados. «Todo parece en manos de un bufón borracho al que sus bolas o artilugios para hacer malabares le rodaran por tierra», le había confesado Gonzalo Fernández de Córdoba a Boabdil en uno de sus encuentros.

«Tal vez sea así —reconoció Boabdil con una sonrisa melancólica—. Lo peor de todo es que yo siento que soy uno de esos artilugios rodando por el suelo».

Fueron muchas las veces que Boabdil, trasladándose siempre de un lugar a otro en busca de seguridad, un rey nómada como él mismo se definía, estuvo en las propiedades, relativamente modestas de Gonzalo Fernández de Córdoba. Acudió allí en principio para ver a su hijo, que, según lo acordado, crecía en la casa de Gonzalo y era educado en las enseñanzas islámicas. Pasado un tiempo, aquellas visitas tenían una doble finalidad. Aquella de carácter familiar y otra de naturaleza política y también amistosa. Boabdil compartía con Gonzalo muchas de sus preocupaciones sobre la marcha de la guerra y el modo en que se desarrollaba la relación con los reyes Isabel y Fernando. Durante ese tiempo el vínculo entre ambos hombres se estrechó aún más de lo que había hecho durante el cautiverio de Boabdil. «A veces un enemigo puede ser un amigo, y un amigo un enemigo», le había dicho en cierta ocasión Gonzalo.

Esa amistad estuvo sometida, no obstante, a duras pruebas. Así ocurrió cuando Boabdil, viendo cómo cada vez perdía más poder y más crédito entre los granadinos, presionado por su madre, que lo conminaba a ganarse el respeto por la fuerza y sintiéndose abandonado por el rey Fernando, se rebeló contra él y de nuevo se enfrentó al ejército cristiano en Loja. Boabdil fue apresado de nuevo. Unas semanas en las que pudo revivir su condición de cautivo. En aquel momento de conmoción y dudas entre el camino a seguir por parte de los reyes cristianos, la mediación de Gonzalo Fernández de Córdoba volvió a ser determinante. Se suavizaron las sanciones y tributos que los reyes pretendían imponer a Boabdil por su rebelión. No

pudo evitar que esta vez el segundo hijo de Boabdil, Yusuf, fuera entregado como rehén, tal como en su día había pretendido el rey Fernando. En cualquier caso, se trataba de una entrega temporal y que no podía durar mucho, pues todo apuntaba a que, de un modo o de otro, el conflicto no tardaría mucho tiempo en resolverse. Obligado a pagar ese cargo, Boabdil fue puesto en libertad bajo unas condiciones semejantes a las que habían sido suscritas después de la batalla de Lucena en 1483.

Pero en adelante ya nada iba a ser lo mismo. Gonzalo Fernández de Córdoba fue nombrado alcalde de la recién conquistada Íllora, una plaza pequeña situada en la nueva y siempre cambiante frontera con los granadinos. Sin duda aquel había sido el «regalo» con el que la reina Isabel le había premiado su abnegada defensa de Boabdil. El modo tan hábil en que Gonzalo había influido en el rey Fernando para que el nazarí fuese liberado bajo unas condiciones que la reina consideraba demasiado favorables le proporcionó esa recompensa envenenada. Aquella era una pequeña muestra de lo que a esas alturas ya estaba dibujado en la mente de Isabel y del destino que ella deseaba para el reino de Granada.

Gonzalo y Boabdil hablaron sobre el nuevo rumbo que estaba tomando la guerra en la primera visita que este le hizo en Íllora. Boabdil fue acompañado en esa ocasión de su madre, Aixa, que, con la excusa de ver a sus nietos, quiso tener información de primera mano.

—Ya veis, señor, cuáles son mis poderes —le dijo Gonzalo a Boabdil, mostrándole desde un ventanuco del torreón en el que vivía el pueblo que se extendía bajo ellos.

La reina Aixa lo miraba con severidad. Se mantenía de pie en un ángulo de la estancia, su ropaje igual de negro que su mirada. Gonzalo, recurriendo a esa fría serenidad que cada vez se acentuaba más en su personalidad, procuraba ignorar el modo escrutador, casi desafiante, en que era observado.

—Tengo treinta y tres años. La edad con la que Alejandro había conquistado un imperio. Y ya me veis, señor de este pueblo medio incendiado y destruido.

—Vives en paz con los tuyos, es algo que no debe despreciarse. Por otra parte, el futuro es largo y puede depararte toda clase de venturas. —Boabdil seguía contemplando las callejuelas solitarias del pueblo, todavía ennegrecidas por la batalla en la que había sido conquistado.

—Espero que al menos este nombramiento valga para acabar definitivamente con esos rumores que me ponen como protegido de la reina.

—No creo que esa mujer tenga corazón para proteger a nadie que no sean sus cachorros. —Aixa se había acercado a los dos hombres—. Y probablemente sepas que no solo se dice que eres su protegido, sino algo más.

—También sabréis vos que esas son habladurías salidas de la lengua envenenada de algunos granadinos.

Aixa zanjó el asunto con una leve sonrisa de desprecio. La cicatriz que tenía en la comisura de la boca iba ganando en profundidad con los años. En cualquier caso, no era de los rumores cortesanos de lo que deseaba hablar.

—El auténtico veneno, el real, es el que esa mujer acumula contra los granadinos.

Boabdil y Gonzalo se miraron. Los dos sabían que la política de los reyes cristianos, impulsada por la reina Isabel, estaba cambiando y que Aixa estaba dispuesta a enfrentarse a ella con las mismas armas.

—Tú lo sabes mejor que nadie. La reina está decidida a acabar con cada uno de nosotros, los nazaríes no somos de su agrado. Poco importa que se sea partidario del Zagal o de mi hijo Boabdil. Esa mujer y su corte de sacerdotes nos han sentenciado.

—Nadie ha sentenciado a nadie. Solo al Zagal y a quienes lo apoyan.

—Quiere nuestro corazón en una bandeja de plata. ¿Fue el corazón o la cabeza del llamado Bautista lo que aquella otra mujer llena de soberbia pidió? —Ante el silencio de Gonzalo Fernández de Córdoba, Aixa deshizo la sonrisa con la que acompañó su última frase, y volvió a recuperar su expresión severa, casi fúnebre—. Pero te aseguro que no lo tendrá. Ni corazón ni cabeza.

Boabdil intervino. Parecía costarle aceptar que en el fondo estaba de acuerdo con su madre, aunque su tono fuese distinto.

—¿Quién puede creer que los pactos firmados entre nosotros valgan algo? Tus reyes han decidido que Granada, una vez eliminado mi tío Abdallah, acabe siendo dirigida por Castilla y Aragón.

—Los reyes velan precisamente porque esos acuerdos se cumplan. Vuestro tío continúa comerciando clandestinamente con genoveses y venecianos. Y vuestros propios soldados, sobornados, convencidos por los faquíes o por el motivo que sea, permiten que sigan llegando toda clase de mercancías y provisiones a su poder, incluyendo soldados africanos que, embarcados en los puertos italianos, llegan por esa vía para engrosar el ejército de vuestro tío.

—Son excusas de tus reyes para cumplir con sus deseos y llevar a cabo lo que todavía no se atreven a decir abiertamente. —Aixa había bajado la voz, pero esta era un torrente arrastrando piedras. Sus manos nudosas apretaban dolorosamente el respaldo labrado de una silla—. Excusas vergonzosas.

—Sabéis mi condición de soldado. Estoy aquí para combatir por mi reino y velar por sus intereses. Pero también sabéis que mi criterio personal, y el que el rey Fernando asimismo ha defendido, es que la solución más favorable para los nazaríes y para nosotros tiene que salir del entendimiento entre nuestros pueblos.

—Tú eres un hombre de la frontera, hablas nuestra lengua, conoces nuestras costumbres, casi convives con nosotros. —La mirada de Boabdil era triste—. Ellos no.

—Debemos quebrar los intereses de los italianos. El comercio de la seda y el

azúcar que ahora está en sus manos debe pasar a las vuestras. Son nuestros rivales, roban vuestra sangre y se benefician de esta guerra. El rey Fernando no desea que continúe ese...

—¿Quién habla de seda o azúcar? Hablamos de guerra. De opresión. —Aixa señaló la ventana por la que poco antes Gonzalo había mostrado sus dominios a Boabdil—. Sal. Sal al campo, entra en las casas de esos árabes amedrentados que ahora viven bajo vuestro yugo, que ya reciben el mismo trato que les disteis a los judíos con vuestra Santa Inquisición. Háblales a los judíos que tuvieron que abandonar Andalucía, obligados a vivir en Valencia o Aragón y a los que seguramente luego expulsaréis de todos vuestros reinos. Háblales a ellos, o a estos hermanos nuestros, de seda y azúcar.

Gonzalo siguió hablando con el mismo tono reposado. Se dirigía, evidentemente, a Boabdil y no quería dejarse arrastrar por la provocación continua de Aixa.

—No creo que os beneficie sembrar desconfianza ni crear sospechas que se volverán en vuestra contra. Es vuestra última oportunidad. No ganaréis nada rehuyendo las obligaciones que tenéis con Castilla. La rebeldía no os hará más fuertes. Cuanto más os desviéis de lo pactado, más débiles seréis.

—¿Quieres infundirnos miedo? ¿Esa es tu estrategia, lo que te mandan hacer tus reyes?

—Es vuestra última oportunidad. —En esta ocasión sí miró Gonzalo directamente a los ojos de Aixa.

La tarde empezaba a caer, pero Gonzalo tuvo la sensación de que la noche había llegado hacía tiempo a aquellas pupilas tan oscuras.

Aixa no estaba dispuesta a rendirse:

—Tus palabras son solo viento. Vivimos y viviremos en la guerra y, antes o después, las armas acabarán imponiendo la verdad. Luego, si queréis, tus reyes y tú podréis llenar toda esta tierra, todos los campos quemados y regados de sangre, con vuestras palabras.

Aixa no dio lugar a ninguna respuesta. Tampoco Gonzalo parecía animado a continuar hablando. La madre de Boabdil se dirigió hacia la salida con pasos lentos. Su barbilla alta y aquellos ropajes negros deslizándose por la estancia como movidos por un silencioso viento.

Los dos hombres permanecieron unos instantes callados. Cada uno mirando melancólicamente hacia un ángulo de la sala. Boabdil hizo un gesto afirmativo con la cabeza, sin apartar la vista de los sillares del muro que había frente a él. Gonzalo se quedó mirándolo con el entrecejo arrugado.

—Temo lo que teme mi madre. Temo que Granada ya no esté representada en la cabeza de Isabel y Fernando como un reino amigo, sino como uno más de sus ducados o condados al entero servicio de Castilla y Aragón. —Giró levemente la

vista Boabdil y ahora sí miró a Gonzalo—. Y con un muñeco al frente. Yo.

—Solo puedo repetiros lo que he dicho en presencia de vuestra madre. Es cierto que algunos personajes cercanos a la reina Isabel conspiran y le aconsejan una solución no igual a la que decís, pero sí parecida...

—Obispos, cardenales. Su querido confesor Torquemada, terror de infieles. —El tono de Boabdil era tan bajo que apenas podía advertirse la ironía.

Gonzalo continuó con su argumento:

—Le aconsejan tomar las principales plazas de Granada. Acabar con el Zagal y limitar vuestro poder, pero nunca nadie pretenderá hacer de vos un muñeco.

—¿Y el rey Fernando?

—El reino de Aragón tiene demasiados problemas al norte de su frontera. El rey desea que el conflicto de Granada acabe lo antes posible. Sé que no estáis de acuerdo con esa opinión, pero él y yo mismo tememos que el poder de los turcos siga expandiéndose y llegue a servirse de la guerra de Granada para introducir una cabeza de puente en esta tierra. —Boabdil negó con un gesto mientras oía a Gonzalo—. ¿Podéis garantizar que eso no ocurrirá? ¿No busca vuestro tío ayuda por todo el islam? Y vos mismo, Boabdil, ¿en verdad podéis decir que rechazaréis su ayuda si los turcos os la ofrecen?

—Eso no sucederá.

—¿Podéis garantizarlo? —Gonzalo se calló, respiró profundamente—. Si algo he aprendido desde que siendo un niño llegué a la corte es que solo valen las certezas. Y ellos, mis reyes, han vivido demasiadas incertidumbres, intrigas y adversidades como para dejar sin asidero una cuestión tan importante como esta.

Boabdil quedó sumido en un silencio rígido. Miraba fijamente un punto indefinido sobre la cabeza de Gonzalo. Este se puso de pie. Dio unos pasos hasta la ventana. La tarde empezaba a llenar de sombras las calles de Íllora. A lo lejos, los olivos eran borrones azulados. Se oían las voces alegres de unos niños, tal vez regresando del trabajo en el campo. Niños árabes con un futuro incierto.

Gonzalo Fernández de Córdoba se giró. Dándole la espalda a la ventana siguió hablando. Ahora lo hacía con un tono de voz más bajo, como si lo hiciese para sí mismo.

—Os digo, por el afecto que os tengo, que puedo comprenderlo. Que si algún día yo me encontrase al frente de un reducto de Castilla, acosado por vuestro pueblo, y pudiera recibir el socorro de franceses o suizos, no dudaría en hacerlo. Lo entiendo y vos, como persona de inteligencia, debéis entender los temores de nuestros reyes. Quieren de vos la máxima lealtad. Esa es su voluntad.

—¿Es voluntad del rey? ¿De la reina? ¿O de sus curas y confesores? ¿Y qué entienden por máxima lealtad, algo que no está escrito en nuestros acuerdos? ¿Quién nos dice que no se nos aplicará el mismo tratamiento que se está dando a los judíos?

Lo han hecho hasta con sus aliados, con los amigos de su banquero Isaac Abravanel, que incluso les había prestado la mayor parte del dinero con el que hasta entonces habían afrontado la guerra de Granada.

—Es un asunto distinto...

—Yo también he sufrido intrigas, traiciones y adversidades, y tampoco puedo dejar sin asidero esta cuestión. Porque de ella no depende solamente la política de mi reino, sino su existencia. —Boabdil se levantó. Se quedó de pie, con los rasgos endurecidos. Por un instante Gonzalo recordó a Aixa—. ¿Puedes tú, como persona de inteligencia, entenderlo?

Los dos hombres se quedaron mirándose frente a frente.

«Una pequeña torre de arena que se desploma con el oleaje. Un leve trozo de seda que el viento del invierno arrastra y se lleva lejos. Así, con esa facilidad, se desvanecen los lazos entre los hombres. Esos puentes fabricados con plumas», pensó Gonzalo.

Y como si Boabdil hubiera podido leer su mirada y quisiera contradecir ese pensamiento, dijo:

—Es algo que está por encima de nuestras personas, Gonzalo. Y a nuestra voluntad, como servidores de nuestros reinos, no le queda más que plegarse ante el destino que se nos envía desde el cielo.

—No puedo negar que nuestra reina cada día ve con más claridad que un reino debe estar unificado por todas sus esencias, y que la religión, tal vez sea la principal.

—El bautismo ha pasado a ser el único sello que convierte en hijos de Castilla o Aragón a sus habitantes. En ese reino íntegro cada vez quedará menos aire para que los musulmanes podamos respirar con toda libertad.

—Será nuestro desafío conseguirlo.

Imitó Boabdil el inicio de una sonrisa aunque su expresión seguía siendo grave. Recogió de un sillón su capa. Miró hacia la puerta de la estancia. Estaba cansado y se disponía a marcharse.

—Antes de irme quisiera despedirme de mis hijos.

—Naturalmente, señor. —Gonzalo hizo un movimiento hacia la puerta.

—No, preferiría que no me acompañases. Me gustaría verlos solo. Pero antes, te digo que si en verdad quieres cumplir ese desafío que has mencionado, no te olvides de empezar a hablar con todo ese ejército de inquisidores que como cuervos van de un lugar a otro. En cada una de las parroquias y de los campanarios a los que acuden a posarse aparece el diablo. Por algo será.

—No se comportan de modo muy distinto vuestros ulemas, imanes y faquíes.

—Aún no he visto a ninguno de ellos quemando a nadie en ninguna plaza de Granada.

—Tal vez, señor, deberíais mirar en otro lugar un poco más apartado. Y tal vez no

haya hogueras ni humo que los delaten, pero sí mazmorras, instrumentos para la tortura y muertes.

—Conoces el Corán. Sabes que en él se dice que Alá no tendrá misericordia con quien no la tenga con los demás.

—Lo sé. Y vos conocéis la Biblia y sabéis que en ella se dice haz con tu prójimo lo que quieres que tu prójimo haga contigo.

Se quedó inmóvil Boabdil, miró a Gonzalo entornando los ojos y luego afirmó levemente con la cabeza. Después hizo un gesto de despedida con la mano y salió. Gonzalo Fernández de Córdoba permaneció de pie, escuchando el sonido de los pasos que se alejaban, el roce metálico de la funda de la espada y su cadena de plata. Voces de la guardia en el patio. Imaginó a Boabdil entrando en las habitaciones de sus hijos. Caballos de madera, trompos pintados de azul añil y rojo tirados por el suelo.

Se acercó a la ventana por la que había mirado antes. Apenas se distinguía en medio de aquella oscuridad azulada una geometría extraña de calles rotas, encorvadas y gibosas. No había luces. Los postigos estaban cerrados. La gente, después de la reciente conquista, aún temerosa, se refugiaba en lo hondo de sus casas. Solo la luz de un candil cruzaba una calle. Un punto anaranjado y pobre.

La voz de Boabdil resonaba todavía en la cabeza de Gonzalo, parecía flotar en medio de esa neblina espesa que había en el exterior, perderse por la noche. Gonzalo sopesaba algunas de las palabras que Boabdil había pronunciado. En el fondo de su conciencia, el militar cristiano sabía que tanto el rey granadino como su madre tenían razón en algunos puntos. Era evidente que la idea de que una sola fe garantizaba la cohesión del pueblo y su unión con la corona iba ganando terreno a pasos agigantados. Y era justamente la reina quien más dispuesta estaba a que los acontecimientos siguieran ese rumbo.

El propio Gonzalo había asistido a la escena en la que se había rechazado el ofrecimiento que había hecho a los reyes el banquero judío al que se había referido Boabdil. Isaac Abravanel había propuesto entregar a Isabel y Fernando la enorme suma de trescientos mil ducados a cambio de que fuese anulado el decreto de expulsión de los judíos de Andalucía. Se mandaba que abandonasen la región, donde su presencia, unida a la de los mudéjares, era perniciosa para la fe católica. Se les ordenaba que se dirigieran a otras regiones de Castilla y Aragón o directamente al extranjero. Varios nobles y altos siervos de la Iglesia se encontraban presentes en aquella reunión. También el propio Abravanel y Tomás de Torquemada, confesor de la reina e inquisidor general de Castilla y Aragón.

Gonzalo observaba al viejo eclesiástico, su nariz grande, casi deforme, una especie de tubérculo oscuro, terroso, y sus ojos acuosos, con ojeras descolgadas. Negaba el confesor de la reina con la cabeza mientras el banquero imploraba al rey:

—Majestad, ¿por qué actuar así con vuestros servidores? Aumentad vuestras

contribuciones, pedidnos mucho oro y plata, ya que todo lo que un judío posee lo dará por su tierra. No los obliguéis a dejar Andalucía.

—¡Vuestra tierra! —Torquemada se removió en su sillón, llenándolo de crujidos con su voluminoso cuerpo, con la tensión contenida de sus nervios.

—También es nuestra tierra. Recibid la cantidad que humildemente ahora os ofrezco, después llegará la de muchos otros judíos, hijos de Andalucía, que la entregarán con una bendición en los labios.

No pudo soportar más su ira Tomás de Torquemada. Se levantó, y dirigiéndose a sus reyes, señalaba al viejo banquero y estudioso del Talmud:

—Cómo puede ni siquiera prestarse oído a lo que se está diciendo. El cielo está temblando al escuchar tanto sacrilegio, tanto desafío a la fe. Judas, el primero, vendió a su maestro por treinta denarios. ¿Sus majestades piensan venderlo una segunda vez por trescientas mil monedas de plata?

El anciano judío intentó serenar al confesor de la reina.

—Nadie ha de vender a nadie, eminencia. Solo hablo de nuestra lealtad a sus majestades.

No reparó Torquemada en las palabras del banquero, continuaba hablándole directamente a los reyes. Fernando miraba al suelo, Isabel seguía con atención las palabras del religioso. No apartaba la vista de sus gestos, observaba cómo entornaba los párpados y con su mano temblorosa se limpiaba de saliva la comisura de los labios.

—¿Cuánto, majestades, cuánto dinero, cuántas monedas vale nuestra fe? ¿Ha de venir este descendiente de aquellos que crucificaron a Nuestro Señor para ponerle precio? ¿No es eso una blasfemia? ¿No lo es el hecho mismo de escuchar esas palabras guiadas por el gobierno de Satanás? —Calló Torquemada, dejó que esas palabras se asentaran en el ánimo de quienes lo estaban oyendo. Y, con voz más suave, casi susurrada, y expresión de inmenso dolor en el rostro, concluyó—: Nos debemos a una sola voz. Debemos ser un único río, el río que mana de la fuente.

En aquel silencio pudo incluso oírse el leve mugido que emitieron los pulmones de Torquemada al espirar profundamente. Pasó su mano lívida, increíblemente delgada para un cuerpo de ese volumen por su frente, y al dirigirse de nuevo a su sillón rozó con su hábito al banquero Isaac Abravanel, caminando en línea recta y como si ni siquiera viese en su camino al judío.

Este volvió a hablar y como hiciera el inquisidor también se dirigió únicamente a los reyes, sobre todo a la reina Isabel:

—Oigan en verdad sus majestades al cielo y a su conciencia. Y teman tanta verdad concentrada en una sola voz. Pues todos sabemos que cuando una persona o un reino creen ser los dueños absolutos de la verdad, tienen el riesgo de actuar como si fuese justa la mayor de las injusticias: ignorar la dignidad del otro y despreciar los

deberes que tenemos hacia cualquier ser humano. Os imploro, majestades, que recapacitéis.

Por mucho que sus palabras fuesen pronunciadas con un tono digno, sonaban a lamento en aquella sala. El rey Fernando, sin levantar la vista ni dirigir la palabra a nadie, se levantó y cruzó la estancia con autoridad. Al salir, todos quedaron mirando el rostro imperturbable de la reina.

No. No fue aceptado el dinero «sucio, manchado con la sangre de Nuestro Señor», del banquero Abravanel. Los judíos comenzaron a ser expulsados de todas las provincias andaluzas. Y muchos musulmanes, temiendo correr una suerte parecida a la de los hebreos, decidieron abandonar su religión y recibir el bautismo. Pero las conversiones precipitadas, tanto de judíos como de islamistas, eran estudiadas con minuciosidad por los tribunales del Santo Oficio. Y allí donde hubiese dudas o la más leve sospecha de que la antigua religión repudiada se continuaba practicando en secreto intervenían los interrogadores y los verdugos de la Inquisición.

Gonzalo Fernández de Córdoba conocía muy bien cómo, en ese sentido, se habían desarrollado los acontecimientos en Andalucía. Unos meses antes de recibir su nombramiento de alcalde de Íllora, había encontrado cerca de Antequera a un viejo pariente de Abraham Melamed, el platero con el que se había casado Rebeca. Al pie de la parra de una vieja hostería y con el primer frescor del otoño soplando dulcemente en el aire, ese pariente anciano del platero, encorvado pero con ojos juveniles, casi de niño, le contó lo que había sido de Melamed y su joven mujer.

—Melamed siempre supo que acabaría por llegar un día en el que se vería obligado a abandonar esta tierra. Nunca concibió la posibilidad de renegar de la fe de nuestros padres, como muchos de sus vecinos y yo mismo hemos hecho. Su mujer, tal vez por su juventud y por sentirse más hija de este cielo y de estas montañas que de sus propios antepasados, intentó convencerlo de recibir juntos el bautismo. Fueron en vano todos sus ruegos y llantos.

El anciano dibujaba con la punta de su bastón extraños signos en el suelo a la par que hablaba. Alzó la vista y le sonrió abiertamente, mostrando sus encías desdentadas y de un rosa limpio, a Gonzalo. Se encogió de hombros.

—Ella misma se convenció. Así es la juventud. Nada vale la palabra de sus mayores, ni quiera la sabiduría de las escrituras. Debe ser ella quien experimente las razones en su carne y en su espíritu. Y la esposa de Melamed lo hizo. Bien lo supo, como Dios nos da la luz. A solo tres leguas de aquí, cerca de la que entonces fue su casa, apareció muerta una niña. Seis años tenía la criatura. Algún desalmado le había arrancado el corazón y después había mezclado la sangre de la inocente con una hostia robada en la iglesia del Calvario.

La sonrisa del hombre de pronto se pareció a la mueca del llanto. Negó con la cabeza.

—Quién sino los judíos podían haber hecho semejante atrocidad. Quién a los ojos de los inquisidores podría haberlo hecho. Se llevaron a cuatro jóvenes a Sevilla para ser interrogados con detenimiento. Entre ellos un vecino de Rebeca de apenas quince años. Confesaron. Confesaron haber practicado ese sangriento y herético ritual, podéis suponer, después de varios días de interrogatorios. Y fueron quemados.

Gonzalo Fernández de Córdoba observaba en silencio al anciano converso. Cuando este dejaba de hablar, su cara seguía gesticulando, fruncía el ceño y movía los labios, como si en el interior de la cabeza su discurso y sus pensamientos continuasen su flujo.

—Los quemaron en una plaza. A los cuatro y también a la figura de un quinto acusado al que no lograron apresar junto a los demás y que tuvo tiempo de huir. Ya sabéis, señor, que la Santa Inquisición también quema en efígie a quienes han conseguido escapar de sus manos, pero han sido encontrados culpables por sus tribunales. Así que los cuatro muchachos y un muñeco en representación del quinto fueron quemados y esa noticia, el conocimiento cercano que Rebeca tenía de su joven vecino la hicieron recapacitar. También la hicieron pensar las duras medidas que en los últimos tiempos pesaban sobre todos nosotros, sobre los judíos quiero decir.

—¿Se marchó? ¿Pudieron salir de Andalucía sin ninguna contrariedad?

Gonzalo no había podido contener su curiosidad y se había adelantado a las pausas y al ritmo lento con el que el anciano hablaba. Afirmó cansadamente con la cabeza el hombre. Detuvo el jugueteo de su bastón en la tierra y señaló con su punta el horizonte, las montañas azuladas que se dibujaban al sur.

—Rebeca entendió las razones de Abraham Melamed. Desde luego que lo hizo. Vendieron su casa a bajo precio a unos cristianos viejos. Y una mañana, una mañana de invierno que recuerdo muy bien, antes del amanecer, vi cómo se unían a una pequeña caravana de hermanos de religión y tomaban el camino del mar.

—¿África? ¿No fueron a Castilla?

Gonzalo observaba aquellos ojos diminutos, vivos, del anciano, y sentía que algo se licuaba dentro de su propio pecho, como si el corazón o alguna otra víscera más pequeña perdiese su condición sólida y se transformase en un líquido dulce que empezaba a expandirse por todo su cuerpo.

El anciano volvió a posar su bastón en el suelo, aunque ahora lo mantuvo quieto, clavado entre sus dos pies.

—Todavía podían verse las estrellas. No había amanecido. No salí a despedirme. Ya sabéis, señor, a estas edades uno se vuelve un poco lacrimoso. Los vi remontar esa colina suave que hay delante de nuestro pueblo. Y pude oír el eco de sus voces hablando con aquellos hombres y mujeres de la caravana. Iban carros, bestias. Y también... ya sabéis... Se distinguían las envolturas de unos cadáveres.

Ante la mirada de extrañeza de Gonzalo, el hombre se apresuró a aclarar:

—Ya sabéis... Algunos de los que se vieron forzados a irse lo hicieron llevándose los restos de sus familiares más cercanos. Padres, hijos, esposas o hermanos muertos a los que no querían abandonar en una tierra que ya para ellos sería extranjera.

Volvió a señalar el anciano las montañas, de un azul vaporoso, del horizonte.

—Fueron a Tánger. Abraham Melamed y su esposa Rebeca. Hacia allí partieron esa mañana, todavía con estrellas. Yo decidí permanecer en esta tierra. Abrazar al Dios verdadero y misericordioso, señor. —Sonrió el anciano al pronunciar las últimas palabras—. Y no quiero que nadie se lleve de aquí mis huesos, que los dejen estar aquí, en mi suelo. Eso es lo que quiero.

Habían pasado muchos meses desde que Gonzalo había encontrado a aquel hombre, pero ahora, después de haber hablado con Boabdil sobre sus temores, le parecía volver a oír la voz tristemente cantarina del anciano. Miró el cielo sobre las casas tiznadas de Íllora. Sobre ellas, asomando entre los desgarros algodonosos de las nubes, brillaban las estrellas, y Gonzalo, como aquel día, mientras el viejo converso le señalaba con su bastón las montañas, trató de imaginar a Rebeca. Casada con aquel hombre al que no amaba. Uniéndose a aquella pequeña caravana camino de un país desconocido, rumbo a un porvenir incierto.

Sí, tal vez Boabdil e incluso Aixa tuvieran motivos para temer el futuro, por mucho que él, por deber a sus reyes, no pudiese reconocer abiertamente la razón de algunos de sus argumentos. También lo hacía movido por el deseo vehemente y tal vez ingenuo de conservar la esperanza. Gonzalo tenía la convicción de que la mejor solución para los reinos cristianos, y evidentemente para Boabdil y Granada, pasaba por el derrocamiento definitivo de Abdallah el Zagal y la consumación de Boabdil como único rey de los granadinos. Estabilizar ese reino y, en su condición de vasallo de Castilla, mantener con él una relación pacífica.

Para ello había que establecer unos equilibrios delicados y llevar a cabo una sofisticada tarea diplomática con los nazaríes. También la política interna de Castilla y Aragón y la relación con los máximos representantes de la Iglesia debía seguir unos movimientos muy precisos y arrancar de ellos una cierta tolerancia para con los musulmanes.

Gonzalo había manifestado al rey Fernando en varias ocasiones la necesidad de mantener una estrategia en la que los actos de fuerza contra los granadinos debían estar medidos, siempre dosificados con un pulso firme y nunca abandonados a los impulsos vengativos o los actos de crueldad que desde un lado y otro se reclamaban. Pues a pesar de que el reino de Granada estuviese dividido en dos bandos irreconciliables, cualquier agresión brutal contra uno de ellos por parte de los cristianos era recibida por el otro como un acto de represión contra ellos mismos, contra su pueblo. Firmeza y mesura, eran las palabras que Gonzalo y el propio rey empleaban para definir el trato que debían dar a los nazaríes.

Sin embargo, el sitio de Málaga estaba a punto de comenzar, y allí cualquier palabra que no fuese sinónimo de dureza, brutalidad o crueldad, durante meses, no pudo ser empleada.

XIV.

A HIERRO Y A FUEGO

—¡Corred, corred! ¡Por Cristo, corred!

Las paredes del túnel retumbaban como si un tropel de caballos avanzara al galope por la oscuridad. El polvo que levantaban los pies en la carrera se mezclaba con el que junto a los hilos de tierra se desprendía del techo y con aquel humo espeso que llegaba desde el otro lado de la galería.

Se atropellaban los hombres en la carrera, las linternas oscilaban y de pronto unos relámpagos, dos, cuatro, seis, rompieron la oscuridad que había al fondo del túnel. Nada más surgir los resplandores, llegaron las detonaciones y simultáneamente los alaridos de los que habían sido alcanzados por el plomo. Los disparos de arcabuces derribaron a algunos de los cristianos que formaban la primera fila. Dos cuerpos cayeron desplomados al suelo. El capitán Álvaro Minaya, con el golpe de luz de un candil que pasaba por su lado, pudo ver cómo el hombre que había a su lado miraba al techo con los ojos exageradamente abiertos, un disparo había entrado por una de sus mejillas y salido por la sien contraria, una pasta sanguinolenta, muelas trituradas y tal vez masa encefálica, salía por el agujero roto de su boca y el soldado, entre convulsiones, se agarraba al brazo del capitán desesperadamente. Otro hombre gateaba por el suelo con media cara arrancada. Los gritos de los heridos, la oscuridad y los alaridos de los moros, ya apenas a quince o veinte pasos de distancia, aumentaban la confusión y el caos.

Una sustancia pastosa untaba la cara del capitán. Sangre. Los chillidos iban en aumento. Álvaro Minaya, con un alivio intenso que apenas duró una centésima de segundo, comprobó que esa sangre no era suya. Él mismo se desgarraba la garganta a gritos ordenando a sus hombres que diesen la vuelta e hicieran frente a quienes llegaban por el túnel en su persecución. Entre las carreras, el jadeo y los gritos se oía el ruido de los metales entrechocando, cimitarras, cuchillos y garfios sonaban como siniestras campanillas en la oscuridad, cada vez más cerca. Presintiendo el inminente tajo que podía seccionarles un brazo, atravesarles la espalda o hincarse en sus cabezas, los cristianos se volvieron sobre sus pasos y empuñando sus armas cortas y herramientas, martillos, arpones y puntiagudas piquetas, corrieron a su vez por la oscuridad al encuentro del enemigo.

Llegó un olor a sangre, una bocanada de brea y sudor y al instante hubo un entrechocar de cuerpos, metales afilados, golpes, mordiscos y alaridos. Brazos que se quedaban inmovilizados, atrapados por la presión de los cuerpos, aquella masa que intentaba golpearse a sí misma, herirse, matarse, en la oscuridad. Tres, cuatro

disparos ensordecidos por la proximidad de la carne, una bala que atravesó un vientre y perforó la garganta de otro soldado que apenas se derrumbaba y, muerto, se mantenía en pie, sostenido por aquella masa de cuerpos. Apenas había espacio para arquear los brazos y soltar estocadas y tajos. Un garfio clavándose en un cráneo, un cuello partido, aplastado contra la pared, una pesadilla que renacía a cada momento y que a muchos de aquellos hombres llevaba a creer que ya estaban sepultados bajo tierra, purgando sus pecados en el mismo corazón del infierno.

Aquel centenar y medio de hombres se debatía efectivamente bajo tierra, y aunque todavía no hubieran llegado al infierno, la mayor parte de los del bando cristiano lo harían muy pronto. Luchaban con una violencia y una desesperación extrema a varios pies bajo la superficie, en una larga galería que habían abierto los cristianos para minar con explosivos una parte de las murallas de Málaga.

El capitán Álvaro Minaya, a las órdenes del maestre de Santiago, había excavado varias minas desde la avanzada del campamento cristiano hasta el pie de las murallas buscando los puntos estratégicos que, tras el derrumbe, permitiesen el paso de una columna cristiana. La artillería no había dejado de percutir durante días enteros, y varios asaltos habían tenido lugar en diferentes puntos de la defensa malagueña con el objetivo de distraer la atención de los árabes y permitir a Minaya y a sus expertos hombres trabajar libremente en aquellas galerías.

Días atrás, por medio de otro túnel, habían conseguido abrir un hueco considerable en el bastión sur. En aquel lugar se había producido una sangrienta lucha entre asaltantes y defensores. Finalmente, y después de dejar en aquel despeñadero muchos muertos de cada lado, los fieros gomerres habían conseguido repeler el ataque cristiano. Pero mientras una cadena de mujeres y niños volcaba escombros, en muchos casos extraídos de sus propias casas derrumbadas por la artillería, para taponar el hueco dejado por la mina de Minaya, este seguía perforando a marchas forzadas un nuevo túnel, en esta ocasión bajo uno de los torreones más importantes de la muralla malagueña.

Allí habían sido sorprendidos por unos centinelas árabes. Al instante la galería estaba llena de soldados. En vano intentaron los cristianos replegarse. Muy pronto estuvieron acorralados bajo tierra y allí libraban esa desesperada pelea. La huida ya no era posible. Varias explosiones de los propios árabes realizadas desde el exterior habían provocado un derrumbe del techo en dos puntos del túnel y la vía de escape había sido cortada por una barrera infranqueable de piedras y tierra. Una tronera que daba a la superficie estaba vigilada desde arriba por las espingardas y las espadas desnudas de los nazaríes.

Muy pronto, la presión de los árabes fue cediendo en el túnel. Se separaron los dos grupos enemigos no sin dejar todavía tras de sí nuevos heridos y algún muerto. Esa súbita retirada de los moros provocó el revuelo de los cristianos, unos gritos de

alegría y victoria que apenas duraron unos segundos. El olor de la brea había aumentado, todo el suelo estaba untado de esa sustancia pastosa y cuando uno de los soldados quiso prender la yesca para ver qué estaba ocurriendo, el capitán Minaya se lo impidió de un golpe. Ya se escuchaban de nuevo los gritos de los árabes. Llegaban mezclados con expresiones de júbilo y risas y con un rumor parecido al que hace el viento al atravesar las ramas de un bosque.

Una maraña de espinos, zarzas y estacas encabezaba la avanzada de los gomerres. Por la pendiente del túnel rodaban unos barriles pesados, algunos de ellos reventaban al chocar contra las paredes derramando la pez al lado de los cristianos. También empezaron a caer chorros de brea por la tronera del techo. El terror caló hasta lo hondo de todos ellos al comprender lo que les esperaba. Minaya dio la orden de avanzar desesperadamente, saltaron por encima de los espinos, de los muertos y los heridos, pero ya era demasiado tarde.

Una llamarada fulgurante se apoderó de toda la galería. Por la abertura del techo brotó una lengua de fuego de varios pies de altura. Algunos de los soldados árabes que custodiaban aquella salida quedaron abrasados, y verdaderamente pareció que aquella fuese la puerta del infierno. Unos gritos desgarradores se perdían entre el bramido de las llamas y unas explosiones sordas se sucedían bajo tierra. Muy pronto, varias columnas de humo negro, oliendo a brea y carne quemada se alzaron por las diferentes aberturas del túnel.

Incluso la artillería detuvo su martilleo. Cesaron las maniobras de distracción. Casi cien soldados cristianos murieron abrasados en ese túnel. Pero aquello no hizo sino redoblar el espíritu y la furia de su ejército. Días atrás había llegado al real la reina Isabel y había plantado su sitio, señal inequívoca de que el asedio a la ciudad no se levantaría hasta su rendición. Previamente a su llegada, el campamento había sido despejado de los proxenetas, mendigos y meretrices que seguían a los ejércitos en las campañas más importantes.

El rey Fernando había salido una legua para hacerle el recibimiento y ya juntos habían entrado en el real encabezando un largo cortejo entre fanfarrias, tambores y vivas a Jesucristo y a la reina. Era un día caluroso de principios de julio. Entre las máquinas de guerra y el color grisáceo del campamento cruzaba aquella cabalgata cortesana. Los soldados, arrodillados, miraban de reojo aquella pompa, aquellas sedas que brillaban violentamente bajo el golpe del sol. En medio de los reyes iba la infanta, su hija, mirándolo todo con ojos serenos, llenos ya de firmeza. Detrás de ellos podía reconocerse a Pedro González de Mendoza, gran cardenal de España; el prior de Prado, y entre una nube de pendones, estandartes y guías iba apareciendo un largo séquito de prelados, casullas con brillos dorados, damas, gente de la nobleza, caballeros con armaduras relucientes y una nueva columna de soldados de a pie, gente con el rostro congestionado por la marcha, párpados hinchados y bocas reseca

pero todavía sin aquella mirada muerta y esa expresión torva, casi inhumana, que tenían en la cara los hombres que los veían llegar y que llevaban varias semanas inmersos en aquella sangrienta batalla.

Quiso la reina suavizar con su presencia la brutalidad del asedio y poner fin a los sucesivos actos de crueldad con que uno y otro ejército se respondían. Envío una carta, en su nombre y en el del rey Fernando, a Hamet el Zegrí conminándolo a entregar la ciudad y concediéndole, si lo hacía, un trato de favor no solo a su persona sino a sus jefes más importantes. También la población en general saldría beneficiada con ese acuerdo. El Zegrí respondió a aquello que la reina llamaba su última oportunidad con un asalto nocturno al campamento cristiano. Casi quinientos gomerres salieron al galope por una de las puertas del oeste en mitad de la madrugada. Dieron muerte a varias decenas de cristianos e incendiaron parte del real, quemando provisiones, munición y varias tiendas de los nobles, muy cercanas a las de la propia reina. Solo unos días después de aquel ataque se produjo el descubrimiento de la galería subterránea y fueron quemados vivos los hombres del capitán Minaya.

La respuesta del lado cristiano no se hizo esperar. Hamet el Zegrí confiaba en su astucia y en la resistencia de sus hombres para aguantar el sitio hasta el otoño. Pensaba que entonces habrían hecho ya su aparición en el campamento cristiano las enfermedades propias de un cerco de ese tipo y que las primeras lluvias de la estación impedirían la llegada regular de los convoyes de abastecimiento para los cristianos de modo que el asedio acabaría por debilitarse. Pero la contundencia y severidad de los ataques de los cristianos eran de tal magnitud que parte de la población empezaba ya a dudar que aquella situación se pudiera prolongar alguna semana más.

Por aquellos días, dos de sus generales pidieron audiencia a El Zegrí y se mostraron partidarios de rendir la plaza. Esa tarde fueron despedazados en uno de los patios de la alcazaba y sus restos echados a los perros hambrientos que pululaban por las calles y que en más de una ocasión eran cazados por la noche para servir ellos mismos de alimento. Hamet el Zegrí hizo saber por toda la ciudad que aquel que mencionase la palabra capitulación o intercambiase cualquier tipo de mensaje con el enemigo, fuese cual fuese la naturaleza del mensaje o de la persona, niño, hombre o mujer, sería muerto en el mismo instante de ser descubierto.

A pesar del hambre, el cañoneo incesante y las acometidas de los cristianos, la defensa de la ciudad se mantuvo firme. La reina Isabel, acompañada de la infanta y de algunas damas y cortesanos, acudió al puesto de mando de Ponce de León, marqués de Cádiz. Se trataba de una tienda lujosa, muy al estilo de Oriente, adornada con lujosos cortinajes y muebles franceses. La había mandado levantar el marqués en la loma de San Cristóbal, un promontorio situado al norte del castillo de Gibralfaro y desde donde se divisaba una amplia panorámica de las defensas malagueñas.

Ponce de León, con sus maneras toscas pero deseando agradar siempre a su reina,

hizo una demostración para ella y su acompañamiento cortesano del funcionamiento de la artillería. Una mañana límpida, poco después de que hubiera amanecido, llegó la reina con su séquito, y Ponce de León la condujo hasta un pequeño mirador en el que había dispuesto cómodos asientos, mesas con manteles de hilo preparadas para el primer refrigerio del día. Una vez instalados los visitantes, el marqués de Cádiz mandó efectuar una descarga general de toda su batería.

Con una sonrisa que iba de la incredulidad al espanto, las damas de la corte y sus acompañantes comprobaron, entre dulces, bizcochadas y frutas maceradas, cómo aquellas máquinas infernales lanzaban con gran estruendo y conmoción sus mortíferas balas contra la ya muy castigada muralla de Gibralfaro. Se desmoronaban trozos de almenas, había conatos de incendios y en algunas ocasiones tuvieron la fortuna de ver algún cuerpo humano, o parte de él, volando por los aires de forma descoyuntada, como si lo hubieran librado de la mayor parte de su osamenta. A pesar de los destrozos que causaban los proyectiles, los sitiados, una vez retirados los heridos y los muertos y sofocadas las llamas, asomaban a modo de burla los pendones cristianos conquistados en sus ataques y respondían con su artillería de bajo calibre.

La reina, lejos del espanto o la admiración superficial, casi coqueta, de sus damas, observaba con seriedad las maniobras de los soldados y preguntaba en voz baja a Ponce de León sobre tácticas y cuestiones militares. Y mientras escuchaba la voz ronca de su súbdito no apartaba la vista de aquellas figuras que a lo lejos se veían correr y responder desde las almenas a los poderosos cañones cristianos. Los malagueños convivían con esa lluvia mortífera. Caían en las almenas del castillo y en las calles de la ciudad balas al rojo vivo, se derrumbaban casas, el hambre era ya una epidemia y a veces los habitantes debían enfrentarse también a la sed, pues los cristianos consiguieron en varias ocasiones desviar los manantiales que abastecían la plaza. En los alrededores de esas canalizaciones hubo toda clase de combates y encarnizadas refriegas y su control iba de una mano a otra dejando a los malagueños en una sequía intermitente pero siempre feroz en aquel verano sofocante. Además, nuevas minas fueron excavadas en el lado occidental de la muralla y aunque no provocaron daños decisivos, de modo súbito podía verse cómo, después de una detonación sorda, un trozo de muro se venía abajo abriendo un hueco que rápidamente acudían a tapar soldados, mujeres y niños, acarreadores de escombros, albañiles y carpinteros.

A lo largo de aquella visita que duraría varias jornadas, los acompañantes de la reina también tuvieron ocasión de presenciar cómo una oleada cristiana se abalanzaba sobre las fortificaciones árabes. Previamente, los cristianos habían construido un número considerable de sambucas, aquellas torres de madera que marchaban sobre ruedas y en cuyo interior podían guarecerse en cada una de ellas más de cien soldados. Vieron cómo Ponce de León y sus capitanes supervisaban la entrada de los

hombres en las sambucas. Rostros avejentados, raídos por el miedo. Miradas imperturbables, labios que se movían murmurando rezos o, según alguna dama confesó haber oído, maldiciones e incluso blasfemias. A veces los oficiales debían usar sus bastones para golpear y obligar a entrar a la fuerza a algún cobarde que había visto arder alguna sambuca y cómo los hombres que iban dentro morían abrasados por la brea inflamada.

Amontonados en las tripas de esos torreones rodantes, los soldados recogían los garfios, preparaban las escalas de asalto, se santiguaban y aseguraban sus petos y adargas. Con gran asombro preguntó un orondo representante de la Iglesia a un capitán de Ponce de León qué eran aquellas corazas entre parduzcas y amarillentas y de formas tan extrañas que algunos hombres introducían en esas torres rodantes. «¡Conchas de tortuga gigante, monseñor!». El fraile miró con ojos redondos al militar. «¿Tortugas?». «¡Eso es, monseñor! ¡No hay nada que proteja mejor de la tormenta!». Soltó una carcajada el capitán, y se alejó hacia los hombres gritándoles con una voz rajada y seca.

Gritos, invocaciones a los reyes y a los cielos, a Castilla y a Cristo resonaban entre el crujido de las maderas, el redoble de los tambores y el temblor de los cañones, que empezaban a acompañar la marcha. También desde la fortaleza mora llegaban las primeras balas de sus piezas de artillería, de calibre más bajo que los grandes cañones cristianos pero con la misma o mejor precisión. El marqués de Cádiz, subido en su caballo frisón, marchaba en la retaguardia vigilando el avance y dando órdenes a sus capitanes.

Los nobles de la corte y las señoras retrocedieron unos pasos para guarecerse detrás de los parapetos que rodeaban el campamento cristiano y vieron cómo los soldados de a pie, las sambucas y la caballería ligera se alejaban hacia la muralla arrastrando con ellos aquel estruendo que los envolvía. Un ruido que, paradójicamente, a medida que se alejaba el ejército se iba haciendo más intenso y sombrío. Los soldados, aproximándose a las murallas y ya bajo el fuego de las espingardas, las ballestas e incluso de las hondas manejadas por niños y adolescentes, gritaban cada vez con más energía. Ya al pie de la fortaleza el estruendo se mantuvo con un retumbar sostenido. Desde lejos veían los cortesanos y las damas llamaradas, resplandores, líquidos hirvientes derramándose desde las almenas, humaredas que envolvían las sambucas, siluetas de hombres que salían de ellas envueltos en llamas. Y la figura de Ponce de León cruzando entre aquel espanto a lomos de su caballo, espada en mano, empujando a su gente hacia delante.

Allí, al pie de la muralla, también parecía que se había abierto la tierra y que de ella surgía un brazo del infierno. Los soldados cristianos se empujaban unos a otros, hostigados desde atrás por perros y por sus oficiales y acribillados por el frente. Se abrían las cubiertas de las sambucas y los ballesteros disparaban contra las almenas

mientras eran lanzadas las escalas y los garfios. El marqués de Cádiz cabalgaba hacia uno de los torreones de madera que había conseguido llegar hasta una parte de la muralla medio desplomada por la artillería. Desde un torreón, los gomerres trataban de volcar con pértigas la sambuca. Ponce de León ordenaba a un puñado de infantes que hicieran fuerza en sentido contrario. Él mismo bajó de su caballo y comenzó a empujar. A su lado, junto a su pie derecho, cayó una mano humana. Miró hacia arriba. Entre lanzas y horcas un grupo de niños con hondas que lanzaban piedras y trozos de metal desde lo alto de la muralla fue apartado de allí por los gomerres. Ponce dio la voz de alarma. Los hombres se cubrieron con sus escudos, otros con los caparazones de tortugas. Una lluvia de pedruscos y flechas comenzó a caer y al instante un manantial de resina ardiendo. La sambuca empezó a arder. Los soldados quedaban atrapados entre el fuego y una nueva catarata, ahora de brea hirviente. Ponce de León cayó al suelo, sobre él se desplomó un hombre envuelto en una sustancia hirviente que quemó una mano y la cara del marqués. Espoleado por el dolor, se apartó de encima aquel hombre, ya agonizante, y entre el humo y la lluvia de piedras y plomo gritó buscando al escudero al que había entregado su caballo. Volvía el olor a carne quemada, ese tufo agrio y apestoso bajo el que, para mayor náusea, se escondía un aroma parecido al de los asados de cerdo.

No le quedó claro al propio Ponce de León el modo en que había conseguido salir de allí. Él mismo lo contaba al día siguiente a los reyes y a algunos de los nobles y prelados. Hablaba con una voz más ronca y desgarrada de lo habitual, una mano vendada con gasas y untada de afeites contra las quemaduras y la mitad de su barba pelirroja llena de calvas y pelos todavía chamuscados. En aquel asalto habían dañado seriamente una parte de la muralla y habían estado a punto de tomar un torreón en un enclave estratégico. Finalmente, el ataque cristiano había sido repelido y la conclusión del marqués de Cádiz era que los gomerres llevarían a la población de Málaga a resistir mucho más tiempo del que los sitiadores habían calculado en un primer momento.

—Van mucho más allá de lo que la razón podía decir. Han conseguido inculcar su obstinación entre los habitantes de la ciudad. Y solo con hierro y fuego se los podrá sacar de ahí. Y con más obstinación que la de ellos.

—Y con la ayuda de Dios todopoderoso, que está de nuestro lado —le reconvino Pedro González de Mendoza, gran cardenal de España.

—Naturalmente, eminencia. Y con todos los ángeles que el Señor tenga a nuestra disposición.

No solo resistían los gomerres de Hamet el Zegrí con la firmeza de las rocas, sino que a los ataques cristianos respondían con ataques cada vez más decididos, y cuando parecía que unas horas de calma iban a reinar sobre los alrededores de Málaga, eran ellos quienes efectuaban una salida fugaz o, como ocurrió varias veces a comienzos

del mes de julio, echaban al mar unas albatozas, a veces hasta media docena, y con aquella especie de balsas armadas con piezas de artillería de pequeño calibre atacaban los barcos cristianos, produciéndoles daños de todo tipo y dejando varias carabelas momentáneamente inutilizadas y algunas en peligro de ser hundidas, como hicieron con dos buques que, procedentes de Sicilia, se disponían a abastecer de pólvora y provisiones a los sitiadores.

El ejército cristiano se encontraba a esas alturas del asedio hundido en el desánimo y con sus hombres al borde del agotamiento. Llevaban dos meses de privaciones y combates de una dureza extraordinaria. Comenzaron las deserciones masivas. Aprovechando las noches sin luna, grupos de soldados, a veces incluso reunidos en partidas de ochenta o cien o incluso doscientos, compañías enteras, escapaban del campamento cristiano y huían por los montes en dirección a Castilla. Los reyes mandaron doblar la vigilancia y casi a diario, en un lateral del campamento, había ejecuciones. Se ahorcaba a varios prófugos y a otros se los sometía a castigos ejemplares. Luego eran destinados a los puestos de más peligro para que ese día cayeran bajo el fuego del enemigo.

A pesar de eso, las condiciones del asedio eran tan penosas que las fugas se seguían produciendo. De modo que las patrullas que vigilaban las montañas de los alrededores de Málaga debían estar atentas del mismo modo a avisar de la posible llegada de refuerzos árabes como a la fuga de los soldados propios, redoblando así el trabajo de un ejército forzado. Aquellos hombres combatían, cavaban trincheras y túneles, resultaban heridos, eran testigos de las ejecuciones de sus compañeros o los veían morir en la batalla de una forma horrenda sin que la esperanza de una victoria cercana prometiese acabar con aquel infierno. La situación parecía la misma que habían encontrado el primer día del asedio, cuando llegaron llenos de euforia y entre tambores y trompetas, rodeados por un mar de estandartes multicolores atisbaron las murallas de Málaga y el castillo de Gibralfaro como un terreno que ya formaba parte de sus conquistas y no como una maldición contra la que irían a chocar sus vidas.

El rey Fernando observaba la ciudad lleno de una rabia sorda. Por su parte, la reina Isabel, con sus cortesanos y damas de compañía devueltos a sus palacios y castillos, estaba por completo inmersa en aquella empresa. Después de una reunión con sus generales y hombres de mayor confianza, los reyes decidieron redoblar la fuerza del asedio y, lejos de pensar en una retirada o ni siquiera en bajar la intensidad del mismo, pidieron ayuda a gente de la nobleza y a vasallos de todos los rincones de sus reinos.

Y si ya antes de aquella llamada desesperada acudían por su cuenta caballeros con alguna pequeña columna de soldados propios, cuando la voz de Isabel y Fernando corrió por todo Aragón y Castilla solicitando apoyo, no había jornada en la que no llegaran refuerzos. Pero fue una mañana, hacia finales de julio, cuando aquella

llamada se vio plenamente satisfecha. Ese día la bahía de Málaga amaneció cubierta de numerosas velas blancas. Decenas de embarcaciones estaban embocando en el puerto. Muchas de ellas transportaban soldados, pero sobre todo pólvora, armas y máquinas de guerra, otras tenían sus bodegas repletas de víveres y provisiones para abastecer a la ya casi famélica tropa.

Todavía estaban los soldados festejando en el puerto aquel desembarco esperanzador cuando por el otro extremo del cerco que se había establecido sobre la ciudad llegó un alegre resonar de trompetas y tambores. Entraba en el campamento cristiano un numeroso ejército, perfectamente formado, con ropajes nuevos, cotas de malla, armas relucientes y armaduras recién engrasadas. Eran las tropas del duque de Medina Sidonia. El propio duque, Enrique Pérez de Guzmán y Fonseca, iba al frente de aquel ejército y desde lejos podía distinguirse su figura escoltada a un lado por una pértiga forrada de seda morada con un crucifijo de oro en su extremo y al otro lado por un pendón con el escudo azul de su ducado más otro que representaba un segur, aquella hoz de hoja ancha y puño labrado que Pérez de Guzmán había elegido como enseña personal.

Distinguido, pálido y de labios rojos, con cara casi femenina de no ser por un fino bigotillo, el duque de Medina Sidonia presentó sus respetos a los reyes y con sus maneras engoladas, arrodillado, pidió que aceptaran aquellas tropas: «En beneficio de los reinos de Castilla y Aragón, de la cristiandad entera y del Dios piadoso que con tanta justicia premiará esta guerra que aquí se está haciendo en su santo nombre».

«Se le ha olvidado meter su propia bolsa en esa retahíla de beneficiarios. Pues a buen seguro que sacará provecho de cada uno de esos pífanos, tambores y músicas con las que se adorna», comentó por lo bajo a uno de sus capitanes Ponce de León, todavía con media cara quemada y su barba pelirroja convertida en una costra sanguinolenta.

Sin embargo, y como ya el propio Ponce de León conocía sobradamente, aquellas maneras cortesanas y esa retórica ampulosa del duque de Medina Sidonia no escondían a un hombre pusilánime. Todo lo contrario. Pérez de Guzmán era un soldado de gran audacia y valor. A los pocos días de su llegada ya tenía fama en todo el campamento cristiano y era conocido entre los gomerres por los riesgos que corría en los combates y por la determinación con que avanzaba al frente de sus hombres.

Siempre luciendo en su brazo derecho un pañuelo azul con sus armas pintadas al estilo de los caballeros medievales, perfumado y con su palidez acusada, acentuándole más de lo habitual el rojo casi amapola de los labios, el duque de Medina Sidonia arengaba a sus soldados antes de un nuevo asalto. Y resultaba sorprendente ver cómo aquellos hombres desdentados, analfabetos y de una rudeza innata se identificaban con aquel noble refinado y se dejaban llevar a la muerte resoplando, siguiendo a la carrera al caballo negro del duque, que, a un galope vivo,

encabezaba el ataque contra las murallas defendidas por los guerreros africanos.

La superstición de los soldados llegó a creer inmortal al de Medina Sidonia y se corrió la voz de que a quienes iban a la batalla bajo su tutela los protegía un manto milagroso. Y cuando después de cada encuentro armado eran recogidos cadáveres y heridos pertenecientes a la tropa del duque siempre se pensaba que aquellas víctimas habían sufrido esa suerte por haber roto de algún modo innoble el amparo que les daba el refinado guerrero. Y era tan firme esa creencia que mientras llevaban a los heridos a las atestadas tiendas llamadas «hospital de la reina», entre sus gritos y desmayos de dolor, les preguntaban en qué habían contravenido las órdenes del duque y en qué punto habían roto su halo protector.

Supersticiones, barcos cargados de armamento y provisiones llegando desde Valencia, Barcelona, Portugal y Sicilia. Todo en aquellas semanas fue una suma de energía, y el ánimo del ejército cristiano se renovó en medio de lo que hasta entonces estaba siendo un infernal verano. La intensidad de los ataques se redobló a partir de entonces. Se ganaban posiciones cada vez más avanzadas y varios asaltos conjuntos de las tropas del duque de Medina Sidonia y del marqués de Cádiz se saldaron con un gran número de muertos y destrozos del lado árabe.

El comandante en jefe de la artillería, Francisco Ramírez de Madrid, ideó además una nueva fórmula para provocar más daño en las defensas de la ciudad. El que a esas alturas llamaban los soldados el «puente de la sangre», por la cantidad de hombres que allí habían caído muertos o heridos, estaba protegido por un torreón inexpugnable y desde él los moros disparaban casi a placer sobre los cristianos que se acercaban, pues ese era un paso obligado para atacar aquel sector de la ciudad. Ramírez de Madrid mandó excavar una mina hasta las cercanías de la torre. No quiso que la galería llegase hasta el pie de la misma porque los árabes temían esa posibilidad, ya muy usada en el asedio, y tenían perfectamente vigilado el contorno de la torre. El propósito del artillero no era volar el edificio desde sus cimientos.

Había dado órdenes a quienes habían excavado la mina de que cuando se encontraran a un centenar de pasos de la torre dejaran de excavar en horizontal y elevaran la galería de modo que casi aflorase a la superficie. Cuando en los días siguientes se produjo el primer ataque en aquella zona, como era habitual, la artillería cristiana empezó a hostigar aquel torreón que parecía construido con acero. Los árabes respondían desde sus almenas con la misma precisión de siempre y los primeros soldados cristianos caían muertos en el puente. Pero en esa ocasión ocurrió algo insólito que primero dejó a los árabes llenos de sorpresa e inmediatamente de terror.

Desde las propias entrañas de la tierra brotaron una llamarada y un estruendo enormes. Ramírez de Madrid había introducido por la galería recién excavada un cañón de grueso calibre y lo había mandado conducir, sostenido en unas pequeñas

ruedas de metal, hasta el final de la galería. Solo unos golpes de piqueta bastaron para asomar la boca del cañón a la superficie de la tierra y desde allí disparar contra la torre. Con la primera bala voló una nube de piedras que actuó como metralla. Los árabes no comprendieron lo que estaba ocurriendo. También muchos de los atacantes cristianos se quedaron momentáneamente paralizados hasta entender de dónde provenía el ataque, pues esa operación se había llevado adelante de forma secreta para evitar que espías árabes o cristianos en busca de recompensa advirtieran a los hombres de Hamet el Zegrí.

Antes de que los gomerres del torreón acertaran a hacer puntería contra el cañón, las paredes del edificio habían empezado a resquebrajarse y, después de varios disparos más de esa pieza de artillería tan insólitamente emplazada, una parte importante de la torre se derrumbó arrastrando con ella a un número considerable de gomerres y haciendo replegarse al resto.

Una nueva vía de ataque quedó abierta desde ese día sobre la ciudad. En aquel punto se emplazaron nuevos cañones y el terror aumentó entre los habitantes de Málaga. Pero ya mucho antes de que aquello ocurriese la situación en el interior de la ciudad era insostenible. Por las calles andaba cada vez más gente famélica, sin casa ni lugar en el que guarecerse. Mujeres, niños y ancianos cadavéricos que vagaban en busca de cualquier cosa que pudieran comer. El asedio duraba ya casi cien días. Un número de jornadas muy superior a la que nadie podía haber pensado que resistiría esa población sometida a toda clase de pruebas. La gente comía pellejos, trozos de cuero hervidos. Había quienes freían hojas de parra en grasa y afortunados que cazaban ratas o algún gato enflaquecido y enfermo. Muchos morían de hambre y otros envenenados por lo que comían.

La población había llegado al máximo de su resistencia. La noche empezó a ser aprovechada por los soldados desertores y también por los habitantes de la ciudad para huir y entregarse a los cristianos, pues preferían las condiciones extremas del cautiverio a morir en medio de aquella pesadilla que cada día aumentaba la intensidad de su horror. En varias ocasiones El Zegrí tuvo que enfrentarse a un grupo de mujeres que al verlo pasar a caballo salían a su encuentro arrojando al suelo a sus hijos de corta edad y gritándole: «¡Mátalos! Que los pisoteen los cascos de tus caballos, porque no tenemos nada que darles de comer y no podemos resistir sus gritos. ¡Mátalos, Zegrí!».

Era ya demasiada gente la que andaba revuelta y maldiciendo abiertamente la situación como para que Hamet se decidiese a emprender represalias contra ella. Muchos vecinos importantes fueron a pedirle a Alí Dordux, el poderoso comerciante, que intercediera ante los reyes cristianos para obtener unas condiciones honrosas de cara a la rendición. Pedían que les dejasen conservar sus propiedades y seguir viviendo en Málaga como vasallos de los cristianos. Consintió Hamet el Zegrí en

darle libertad a Dordux para que intentase por medio de la diplomacia conseguir algunas ventajas para la ciudad. En cualquier caso, él y sus gomerres se refugiarían en la fortaleza de Gibralfaro con la determinación de no rendir aquel castillo hasta la muerte.

Dordux, por medio de Gonzalo Fernández de Córdoba, logró que unos enviados suyos fueran recibidos por el rey Fernando. Apenas tuvieron treinta segundos esos heraldos para rendir pleitesía y exponer un esbozo de sus intenciones.

El rey Fernando se levantó bruscamente de la silla de campaña en la que los había recibido unos momentos antes, apenas sin dirigirles más que una torva mirada de reojo. Se interrumpió el enviado de Dordux sorprendido por aquel movimiento del rey. Se miraron entre ellos los árabes viendo al monarca cristiano gesticular antes de pronunciar todavía ninguna palabra. Movía las manos e incluso abría la boca de un modo tan extraño que hasta algunos de sus hombres llegaron a temer que fuese víctima de alguna indisposición o extraño dolor. Duró poco la inquietud.

—¡Regresad! ¡Salid de aquí ahora que podéis! ¡Regresad donde está vuestra gente y decidles a todos, a los soldados, a los comerciantes, a los muertos y a los que pronto van a estar con ellos, que el día de gracia ya pasó! —Su voz se quedó vibrando en el aire unos segundos, pero antes de que su eco se extinguiera volvió a hablar—: Se han empeñado en una loca defensa hasta que la irremediable necesidad los obliga ahora a capitular. Bien, que sepan entonces que yo no aceptaré sino su rendición incondicional. Y que han de padecer el destino de los vencidos. Aquellos que merezcan la muerte caerán bajo el filo de su guadaña y los que se hayan ganado el cautiverio también lo sufrirán. Que desde hoy tengan la certeza de que nadie saldrá de esa ciudad sin purga ni castigo.

Cuando los emisarios repitieron aquellas palabras a Alí Dordux, este pareció comprender verdaderamente el rencor que había provocado en el campo cristiano aquella resistencia feroz. Los muertos y los gastos descomunales que habían ocasionado iban a ser pagados. Y así, intentando impresionar al rey Fernando en el terreno de la dureza y la crueldad, Dordux aprobó aquello que le decían sus consejeros. Hizo llegar un nuevo mensaje al rey. Si no se aceptaban las condiciones que los habitantes de Málaga habían pedido, los más de mil prisioneros cristianos que había en la ciudad, incluidos mujeres y niños, serían colgados uno a uno de las almenas y allí quedarían expuestos.

La respuesta de Fernando fue inmediata y escueta. «Si los habitantes de esa ciudad lo quieren así, la sangrienta caída de Málaga no se olvidará mientras el mundo exista».

Avanzaba el mes de agosto. Aquellos días fueron de una incertidumbre total. Todos presentían el fin, pero nadie se atrevía a predecir de qué modo se resolvería. El duque de Medina Sidonia y el gran cardenal de España aconsejaban a los reyes

emplear la máxima dureza posible. Ponce de León y Gonzalo Fernández de Córdoba habían opinado previamente que la prudencia era lo que más convenía a los intereses de Castilla y Aragón.

Negaba con la cabeza levemente inclinada el de Medina Sidonia oyendo a Ponce de León primero y luego a Gonzalo.

—Son buenas vuestras intenciones, y muy gratas al espíritu vuestras palabras, señores. Pero será mejor guardarlas para los romances. Quedan muchas plazas y fortalezas por tomarle al moro. Y aquí tenemos la ocasión decisiva de darles ejemplo y escarmiento. La mirada de todos está puesta aquí y lo que aquí se resuelva y del modo en que suceda será trascendente.

La reina Isabel observaba a aquel hombre con una media sonrisa. A pesar de que verdaderamente solventaban un asunto de trascendencia, la reina no podía evitar que las maneras mundanas del duque le pareciesen cómicas. Ni la guerra ni la extrema crueldad de aquella situación rebajaban su afectación. Borró la reina la sonrisa de su boca y habló con la serenidad de siempre:

—Es cierto que lo que aquí ocurra tendrá diez mil ojos puestos sobre cada detalle y luego veinte mil lenguas dispuestas a contarlo. De modo que quizá no debería producirse ese baño de sangre que aconsejáis. Si eso ocurriera, podríamos perder el favor de Boabdil y de sus partidarios y en este momento es algo que en absoluto nos conviene. —Iba a protestar el duque, pero la reina siguió hablando—: Por otro lado, creo que no debemos dejar atrás la piedad y misericordia que siempre nos acompaña y que ejercemos en representación de Dios Rey.

Aquí fue el gran cardenal de España quien se apresuró a intervenir. Abrió los brazos, con las manos apuntando al cielo, como si se dispusiera a consagrar.

—Debemos en este punto, majestad, observar con más largueza lo que la misericordia de Nuestro Señor aconseja. Pues si aquí, donde tanta saña han puesto en herirnos y en mancillar el nombre de Dios, somos livianos en el castigo acogiéndonos a una sensible idea de lo que es la piedad, ello servirá para que la soberbia y la impunidad se propaguen por todas esas otras ciudades que quedan por conquistar, y para que cada una de ellas decida vender a un altísimo precio su entrega.

Miró a su alrededor el religioso para retener sobre sí aún más la atención y dar mayor peso a sus palabras. Ponce de León negaba con la cabeza. Por lo bajo le susurró a Gonzalo:

—A fe que si este hombre encabezara uno de nuestros ejércitos ya tendríamos tomada no solo Málaga sino Almería y hasta la gloria de Jerusalén. Todo desea lavarlo con sangre.

Detuvo un instante la mirada el gran cardenal en el marqués. No había oído sus palabras, pero sí interpretaba que fuese lo que fuese lo que hubiera dicho iba en su contra. Tampoco Ponce de León se molestaba en ocultar esa oposición y mientras el

religioso reiniciaba su discurso él seguía negando con la cabeza, con aquella especie de sonrisa que le partía en dos su cara llena de viruelas, costras de sangre seca y caótica barba pelirroja.

—No. No es eso lo que más conviene a la misericordia de Dios y de la que nosotros ahora somos sus representantes. —Volvía a mirar a su alrededor el gran cardenal, completamente sonriente, con aire de triunfo y beatitud—. No. La auténtica piedad, majestad, debe llevarnos a que haya el menor número de cristianos muertos, huérfanos o tullidos. Y eso se conseguirá si aquí se da un severo escarmiento. Entonces no querrán las otras ciudades y pueblos enemigos sufrir la suerte de Málaga. La fama que aquí se cree salvará otras vidas. Incluso vidas de musulmanes. Los que aquí mueran librarán de esa suerte a otros muchos. Y si no se hace de ese modo, la desgracia no hará más que multiplicarse por diez o por cien. Ese es el camino que nos pide la misericordia de Dios, majestades. Ser ahora duros y no dejarnos llevar por lo que nuestro noble corazón nos dicta. Los designios de la piedad y del Creador no siempre son rectos, pues Él mira más allá de lo inmediato.

—El cielo ha hablado por boca de su eminencia. La tierra nos dice lo mismo. Debemos cumplir un deber alto. Sea de nuestro agrado o no lo sea. Pasar a toda la población a cuchillo. Ese es el acto de guerra que la estrategia nos exige.

El duque de Medina Sidonia paseó la vista por todos los presentes antes de fijarla en los reyes. El rey Fernando lo miraba con el ceño fruncido y la cara rígida, contrastando con la expresión de la reina, que era de tanta serenidad que parecía no haber oído lo que el duque acababa de proponer. Y todavía continuó mirándolo con la misma actitud cuando este siguió hablando.

—Mis hombres han combatido en las peores batallas y tienen sobre sí toda clase de padecimientos. Ellos estarán dispuestos a cumplir con lo que se les ordene.

Los ojos del duque eran líquidos, soñadores, casi femeninos, y si alguien pudiera haberlo visto desde un edificio vecino a través de uno de los ventanales sin oír su voz, podría haber pensado que estaba hablando de alguna escena bucólica o incluso recitando alguno de los romances a los que tan aficionado era.

—¿De verdad pensáis, duque, que se debe tener mucho valor y ser un soldado excepcional para degollar a una legión de mujeres y niños? —Ponce de León no se había movido de su sitio y conservaba aquella sonrisa torcida.

—Os aseguro que se ha de tener aún más firmeza y determinación que para alardear por el campo de batalla.

—Pues yo, que a veces he visto a mis soldados en acciones parecidas, os aseguro que ese es más trabajo de matarifes que de soldados...

La reina Isabel atajó la disputa. Ni su rostro ni su mirada habían cambiado de expresión. Su voz seguía sonando como siempre, serena, casi dulce, llena de autoridad.

—Os pido, señores, que no discutáis. No podemos estar divididos en estos momentos cruciales. Encontraremos la justa medida para obrar sin dar muestras de debilidad ni tampoco para que desde el futuro, al echar la vista atrás, se recuerde la conquista de Málaga como un ejemplo de extrema crueldad. El rey Fernando y yo misma meditaremos sobre lo que aquí se ha hablado.

Todos quedaron a la espera de que el rey hablase. Pero no lo hizo. Ni siquiera cambió de postura y se quedó allí sentado, con el mismo gesto que tenía al comenzar la sesión, la frente dividida en arrugas y la mirada endurecida. Dándole vueltas a unos pensamientos que sin duda estaban más cerca de las duras palabras del duque de Medina Sidonia y el gran cardenal de España que de las de su muy leal Ponce de León o Gonzalo Fernández de Córdoba, o incluso que las de la propia reina.

El mismo Alí Dordux pareció captar en la distancia los pensamientos del rey. Así que después de haber amenazado con ahorcar de las almenas a todos los prisioneros cristianos de la ciudad, volvió a enviar mensajes conciliadores a los reyes. Y como prueba de su buena disposición mandó liberar justamente a esos mismos presos sobre los que apenas veinticuatro horas antes había pesado la amenaza de ser ejecutados.

Se interrumpieron los ataques, y por primera vez en muchas semanas, durante más de dos horas dejaron de sonar los cañones. El sol estaba en lo más alto del cielo y un calor seco que llenaba el aire de transparencia le daba al día una luminosidad única. De modo que, con una nitidez muy precisa, vieron los cristianos cómo desde las almenas los gomerres se hacían señales entre ellos y finalmente se abrió el portón más occidental de la muralla. Por allí fue apareciendo una cadena oscura de gente. Era una legión de fantasmas. Hombres, niños y mujeres escuálidos vestidos con harapos, sucios y renqueantes. Muertos recién levantados de la tierra, gente salida de las sepulturas, sin vida en los ojos. Enfermos, la piel descolorida, y la visión mermada por meses o años de encierro en sótanos y mazmorras excavadas en el suelo y cerradas a la luz del sol.

Aquella gente fue avanzando con paso titubeante hacia las posiciones cristianas, mirando a un lado y a otro, incrédulos unos, otros completamente desorientados y sin saber realmente qué estaba ocurriendo ni hacia dónde se dirigían. Así llegaron a las primeras líneas de los soldados cristianos. Estos se apartaron lentamente para dejarles paso. Un completo silencio envolvía la penosa comitiva. Los soldados, castigados por cien días de dura batalla, mal alimentados, hostigados por un sol implacable, ennegrecidos, parecían auténticos príncipes al lado de aquellos espectros.

Poco a poco, un murmullo sordo empezó a levantarse entre la tropa cristiana, pero todo el mundo permanecía inmóvil, petrificado por el espectáculo, y solo cuando una joven, con la piel grisácea y el esqueleto casi completamente visible, fue a caer desvanecida al lado de una bombardera, los artilleros de esa pieza acudieron rápidamente en su socorro. Aquello pareció una señal convenida. El murmullo subió

súbitamente de tono y de todas partes surgieron hombres dispuestos a ayudar, sostener y transportar a los recién liberados.

Les cubrían sus desnudeces con paños y trozos de lonas, les aplicaban lienzos humedecidos con agua en los labios, los recogían en andas o se los llevaban al «hospital de la reina». Todos, artilleros, cavadores, ballesteros, intentaban ayudar a aquellos desconocidos a los que de pronto veían como hermanos, cada cual aportaba lo que podía y todos parecían trabajar a una en socorro de aquella gente. Pero por encima de esa voluntad común hubo un sentimiento todavía más unitario, una reacción espontánea que se tradujo en un ensordecedor griterío y en una mirada única y furiosa dirigida a las murallas de Málaga.

La liberación de los presos causó un efecto no demasiado distinto al que habría tenido su ejecución masiva. Ya de nada sirvieron los mensajes de Dordux, cada vez más endebles y complacientes. Tanto daba lo que dijese él o lo que desde la fortaleza de Gibralfaro gritaran los hombres de Hamet el Zegrí. La saña con la que se inició el nuevo cañoneo de la artillería fue descomunal. Por todas partes se producían asaltos cristianos y la virulencia de los combates se recrudeció. El caos se había apoderado ya de toda la ciudad y de un lado a otro iban consignas contradictorias. Muchos consideraban ya rendida la plaza, otros, alentados por los faquíes y los imanes, seguían combatiendo con una determinación suicida que los llevaría al paraíso, y solo Alí Dordux, El Zegrí y unos cuantos privilegiados sabían realmente lo que estaba ocurriendo.

Finalmente, los reyes cristianos, merced a su insistencia y a una enorme suma de dinero, aceptaron que, una vez conquistada la ciudad, Dordux y unas pocas familias de comerciantes pasaran a ser considerados como mudéjares, vasallos de Castilla. Hamet el Zegrí, por su parte, se refugió con sus gomeres en la fortaleza de Gibralfaro, y mientras la ciudad era rendida, desde ese castillo continuaban los disparos de cañones y arcabuces contra los cristianos. Era el 19 de agosto. Más de cien días había resistido la ciudad un sitio implacable y durísimo.

Pero las calamidades de los habitantes de Málaga no habían acabado. Los soldados cristianos tenían carta blanca para satisfacer todos sus instintos y habían recibido órdenes expresas de actuar con la mayor fiereza posible. La ciudad entera y todos los que la habitaban eran un botín.

Gonzalo Fernández de Córdoba no había dormido la víspera de esa noche. Había pasado la madrugada a la entrada de su tienda, viendo cómo una incesante actividad se producía en la ciudad. Luces que serpeaban de un lugar a otro, ecos de disparos, reyertas que se producían entre los propios malagueños, gente que trataba de huir amparándose en la oscuridad y que era cazada como animales en el campo cristiano. Conatos de incendios y tumultos. Y desde Gibralfaro todavía, en medio de la noche, de cuando en cuando partía el disparo de algún cañón que iba a caer en las líneas

cristianas. Hamet el Zegrí seguía con la batalla sin importarle que el mundo, literalmente, se estuviese derrumbando a su alrededor.

Al despuntar el día, Gonzalo estuvo un largo rato postrado ante el tríptico de la crucifixión que lo acompañaba en todas sus campañas. Delante de aquellas imágenes sagradas —el rostro del soldado que lanceaba a Jesucristo, la sangre que manaba como una pequeña fuente de la herida—, rezó durante unos minutos y se quedó allí arrodillado, con la mente casi en blanco y al mismo tiempo llena de una lucidez que llegó a inquietarlo. Después, se acercó a la batería de artilleros que Ponce de León tenía emplazada en la colina de San Cristóbal. Allí encontró al marqués sentado en pleno campo en un lujoso sillón de ébano con pies de garras de león, forrado en piel de becerro. El pelo encrespado y los ojos enrojecidos delataban también su noche de insomnio. Tenía una ramita de tomillo entre los labios y la siguió mordisqueando cuando vio acercarse a su compañero de armas.

El estruendo de un cañonazo impidió a Gonzalo oír lo que el marqués de Cádiz le había dicho, tal vez a modo de saludo. Ambos se quedaron observando la trayectoria de la bala y el impacto que hizo en la muralla.

—Todavía esta gente necesita más pólvora y más hierro. Verdaderamente, ese Zegrí es un hombre de cierto coraje.

—Todos los que están detrás de esas murallas van a necesitar mucho coraje en las próximas horas.

Ponce de León hizo un gesto afirmativo, masticando la ramita de tomillo y sin apartar la vista del frente. Por la ladera del monte de Gibralfaro se veía ascender una columna de soldados cristianos mientras que a la derecha, desde la zona del campamento ocupada por el rey Fernando, partían varios batallones en perfecta formación hacia la ciudad rendida. Los cañones emplazados en el puente antes vigilado por el torreón que había inutilizado Ramírez de Madrid también abrían fuego cerrado contra la fortaleza de Gibralfaro, y al contrario que otras veces, en las que aquel trueno repetido tenía un sonido lúgubre y trágico, ese día, de modo inexplicable pero rotundamente claro, había cobrado un aire festivo, un alegre redoble que acompañaba el avance de los soldados.

—Sí, querido amigo, los malagueños, ya estén en el castillo con El Zegrí o en la ciudad abierta, harían bien en encomendarse a Dios si quieren salvar el día de hoy. — Ahora sí miró Ponce de León a Gonzalo—. Os encuentro casi tan pálido como el primer cadáver de esta guerra —le dijo con una sonrisa abierta, sincera.

Caía la noche cuando Ponce de León y Gonzalo Fernández de Córdoba entraron en Málaga. Las calles eran un hervidero de gente y por todas partes se oían lamentos, gritos y risas. En la puerta de la ciudad, todavía entre dos luces, los recibieron quince o veinte gomerres ahorcados que colgaban de la muralla. Sobre ellos, destacaban el

pendón del apóstol Santiago y el estandarte real de Isabel y Fernando.

La patrulla de media docena de hombres que precedía a Gonzalo y al marqués por las ensortijadas calles les iba abriendo paso a pie, y ellos dos, desde sus cabalgaduras, observaban todo el caos que se desarrollaba a su alrededor. Un frenesí exaltado recorría aquella estrechez de callejuelas y recovecos. Los últimos resplandores del día, mezclándose con el de las hogueras, lo transportaban al aire convulso de los sueños. Al entrar en una pequeña plaza fueron recibidos por una bocanada de aire podrido. En lo que había sido el pequeño patio de una casa, ahora derrumbada, había una gran pira y de ella asomaban brazos y piernas. Entre las llamas se dibujaban unas confusas formas humanas.

No supieron ni preguntaron Gonzalo y Ponce de León si aquellos cuerpos que allí se consumían eran cadáveres encontrados en las calles o gente que había sido quemada viva. Al resplandor de la hoguera los hombres que se movían a su alrededor parecían figuras de cobre, gente salida de alguna pesadilla. Se cruzaban con mujeres con los vestidos desgarrados, otras que llevaban los cuerpos sin vida de sus hijos entre los brazos, hombres con los ojos recién vaciados. En una esquina sorprendieron a un soldado cristiano recogiendo del suelo manos humanas, brazos seccionados que se le habían derramado de un saco y al que él, en medio de su borrachera, quería devolverlos. Sacaban a la gente, niños, ancianos, mujeres, de sus casas, y entre risas y escarnios los llevaban como ganado, a golpes de bastón y látigo.

Enfilaron una calle algo más ancha, al pie de la colina sobre la que se alzaba el castillo de Gibralfaro. Allí se oía claramente el retumbar de los cañones que seguían golpeando los muros de la fortaleza y hostigando a sus ya desesperados defensores. A veces un silbido agudo, casi un pitido, cruzaba el aire y un estallido se producía en mitad de una calle, destruyendo una fachada y desmembrando a varias personas. Era una bala perdida y con la trayectoria desviada. También se producía a cada tanto un revuelo de mayor intensidad, se escuchaban varias detonaciones de arcabuces, gritos, y al instante un cuerpo cubierto de sangre era arrastrado por un pequeño grupo de soldados. Eran árabes dispuestos a morir matando para ganar el paraíso o simplemente hombres que acababan de descubrir el cadáver de su mujer violada o de algún hijo mutilado y salían a la desesperada, armados de un hacha o nada más que con un cuchillo, para intentar vengar a su mujer, hermano o madre, y que inmediatamente era muerto a manos de los soldados.

Pocas palabras cruzaban entre sí Ponce de León y Gonzalo Fernández de Córdoba, habituados a los saqueos, aunque en ninguna ocasión hubieran asistido a una represalia de aquella envergadura. Ni siquiera hablaron cuando, ya cerrada la noche, de una de esas calles empinadas que cruzaba aquella por la que marchaban surgió rodando una cabeza humana y atravesó la calle de lado a lado con un siniestro golpeteo y, como si tuviese vida propia, siguió la cabeza su camino cuesta abajo. No

había ni cuerpo descabezado ni nadie en la cuesta de la que procedía la cabeza ni supieron de dónde había surgido. Se miraron uno a otro, y el marqués de Cádiz, simplemente, se limitó a encogerse levemente de hombros.

Hogueras callejeras, conatos de incendios, asesinatos, violaciones y castigos, cadenas de presos y el eco de los cañones allá arriba, relampagueando entre el griterío lejano de Gibralfaro. Allí se había acordado que fuese el ejército del duque de Medina Sidonia, más fresco y con más ansia de lucha, el que culminase el ataque. La noche se pareció mucho a una suma de imágenes infernales. Dos días más resistió la fortaleza la última y feroz embestida del ejército cristiano situado ya al pie de las destrozadas murallas. La sed, después de que los hombres bebieran su propia orina o la sangre de los caballos muertos, rindió finalmente a los gomerres. Mutilaciones, muertes terriblemente crueles que debían ser ejemplares se produjeron en aquella fortaleza que había sido la pesadilla de los conquistadores.

Entre los soldados musulmanes se encontraron doce renegados cristianos que al principio del sitio se habían pasado de bando. Estos recibieron un castigo que los propios árabes empleaban cuando querían atormentar a sus condenados a muerte. Fueron atados a unos postes en el patio de armas y ante el gran tumulto y regocijo de todos comenzó lo que en el lenguaje de los soldados se conocía como las justas de caña. Un jinete armado con una caña afilada y muy puntiaguda cabalgaba hacia el prisionero atado al poste y al pasar junto a él la clavaba con toda su fuerza. Uno a uno fueron atacando los jinetes con sus varas, compitiendo por ver quién acababa con la vida de su preso. Y allí, con el enorme sufrimiento que ocasionaban las cañas y sus astillas en brazos, cuello, ojos o pecho, iban dejando cortes y heridas de distinta gravedad hasta que, después de muchos ataques y del festejo general, fueron muriendo los doce renegados.

La población fue diezmada. Los mudéjares que habían abjurado del cristianismo y habían vuelto a practicar la religión musulmana fueron quemados vivos. El rey Fernando decretó que todo aquel habitante de Málaga que no pudiese pagar su libertad, estipulada en treinta doblones de oro, sería hecho prisionero y vendido como esclavo. Cosa que sucedió con una gran parte de la población. Se seleccionaron a cien de los gomerres más fuertes y de piel más oscura y se los encerró en la sentina de un barco procurándoles buena y abundante alimentación. Pocos días después esos esclavos de apariencia tan exótica y llamativa fueron enviados como regalo al papa Inocencio VIII, a quien los reyes Isabel y Fernando estaban agradecidos por su apoyo y la bendición en aquella guerra contra el infiel. Fernando, por su parte, envió a su hermana Juana, reina de Nápoles, cincuenta esclavas. Treinta regaló Isabel a la reina de Portugal y otras muchas repartió generosamente entre las damas de su corte y las familias nobles de Castilla.

Hamet el Zegrí fue capturado con vida por los soldados del duque de Medina

Sidonia. Aquel hombre que de un modo tan feroz había encabezado la resistencia de la ciudad y que tantas bajas y tantos trabajos había ocasionado al ejército cristiano fue conducido de inmediato ante el duque. Y aunque en un primer momento el propio noble quiso hacerle creer que él mismo iba a ejecutarlo cortándole la cabeza y llegó a desenfundar su espada mientras mandaba a sus soldados que lo arrodillaran ante él, después de entretenerse en pasar el filo de la espada por su cuello y susurrarle distintos tipos de amenazas e insultos a él, a su pueblo y a su religión, le respetó la vida, pues esa era la orden que había recibido del rey Fernando.

Altivo, con su cara consumida y los pómulos sobresaliendo del rostro como si de una calavera se tratase, cargado de cadenas, subieron a El Zegrí a un burro. Lo sentaron de espaldas a la cabeza del animal, viendo el camino que dejaba atrás. Y de ese modo humillante fue conducido hasta el campamento cristiano. Durante el recorrido fue insultado por los sitiadores y también por los propios prisioneros árabes que quedaban a su paso. Unos y otros veían en él al causante mayor de sus penalidades y entre los insultos más soeces y crueles le deseaban que antes de ser ejecutado fuese sometido a brutales tormentos.

Lo bajaron de su montura vejatoria y lo introdujeron en la tienda del rey Fernando. Este se encontraba sentado al fondo. Hizo un leve gesto a los soldados para que acercaran el preso a su presencia. Con la barbilla alzada, Hamet el Zegrí miraba al frente, más allá de Fernando, como si su vista alcanzara el horizonte que había detrás de la tienda. El rey se entretuvo en mirarlo desde su asiento. La capa desgarrada, las manos huesudas y de piel oscura manchadas de una sustancia negruzca, tal vez sangre o brea. Dedos finos y cortos. Unos hombros angulosos. Otra vez ese rostro demacrado e imperturbable.

Se levantó Fernando con suavidad, una de las lámparas arrancó un reflejo dorado del puñal que colgaba de su cintura. El árabe distinguió la cadena de oro, un rubí en la empuñadura. El rey se acercó al prisionero. Le llegó aquel extraño olor que desprendía, un aroma agrio, animal, y bajo él un olor a pólvora o tal vez a azufre. Giró alrededor de El Zegrí, vio su espalda recta, inmóvil. Y de nuevo su rostro de piedra erosionada. Y así, situado frente a él, esperó el rey a que el prisionero finalmente clavara en él sus ojos.

Mantuvieron la mirada el uno en el otro apenas un segundo. Fernando esbozó una leve sonrisa de triunfo y lentamente volvió a su asiento. Desde allí lanzó una última mirada, ya desprovista de interés, a El Zegrí e hizo un gesto a los soldados que lo habían traído. Estos sacaron al prisionero de la tienda sin saber todavía qué suerte iba a correr. No tardaron en saberlo. Soldados cristianos que bajaban de Gibralfaro después de ser tomada la fortaleza contaban que a algunos de los capitanes de Hamet el Zegrí en aquellos momentos les estaban aplicando aceite en ebullición y plomo fundido en las múltiples heridas que los verdugos les habían abierto en vientres,

piernas y brazos, que había gente a la que le habían cortado la lengua y cercenado los pies y las manos o, con habilidad de expertos carniceros, la habían abierto en canal o desventrado manteniéndola con vida y abandonándola a una larga y terrible agonía. Imaginaban cuál o cuáles de aquellos tormentos sufriría El Zegrí. Ninguno de ellos.

El rey Fernando, después de ese breve encuentro en el campamento cristiano, dispuso que nadie osara golpear o humillar al prisionero.

—Ninguna mano, hierro o veneno debe caer sobre él, y si así fuese, el mismo castigo multiplicado por mil veces será devuelto al que lo practique.

Sea lo que fuere que el rey había visto en los ojos de Hamet o los pensamientos que había tenido al contemplarlo de cerca, aquello le decidió a perdonarle la vida. Y así, el hombre que lo había puesto en jaque durante más de tres meses, que le había hecho pedir favores y socorro a nobles que más tarde exigirían compensación por esas deudas, el responsable de sus desvelos, de alguna fuerte discusión con la reina y sus consejeros y que había asociado el nombre de Málaga al de una interminable pesadilla, aquel que, en definitiva, le había hecho sangrar las arcas reales y se había llevado al otro mundo una cantidad impensable de vidas cristianas, fue respetado en su integridad física y enviado con fuerte escolta al castillo de Carmona. Allí debería permanecer preso hasta el día de su muerte, pero con la orden real de ser siempre atendido en sus necesidades principales y de no sufrir daño ni deshonra por parte de sus celadores.

En los días siguientes a la rendición de la ciudad, después de los ajusticiamientos primeros y de mover las cadenas de presos convertidos ya en esclavos, continuó un gran movimiento en Málaga. Una cantidad abundante de agua corría por las calles. Aquellos pequeños torrentes arrastraban con un sucio burbujeo la sangre derramada y también las heces de muchos de los atormentados que no habían podido contener los intestinos a causa del miedo y el dolor. Había olor a matadero. Soldados cristianos y habitantes de la ciudad que habían podido comprar su libertad limpiaban las paredes de cuajos sanguinolentos. En carretones pesados y chirriantes se recogían cadáveres, restos humanos y podredumbre. Por las calles principales unas mujeres asustadas colgaban guirnaldas de jazmines bajo la mirada de los nuevos dueños de la ciudad. De algunas ventanas pendían paños de seda y tules que se habían librado del saqueo.

En muchas de las esquinas fueron encendidos pequeños recipientes con incienso y romero para disimular el hedor que el aire removía de un lado a otro sin que la peste se decidiera a abandonar aquel espacio, que parecía ser ya su ámbito natural. Y cuando las calles estuvieron limpiadas de cadáveres y de los principales despojos, en el campamento cristiano se formó una gran comitiva para que los reyes entraran en la ciudad.

Era un día de plomo. El verano parecía haberse condensado y unas nubes pesadas, casi un grumo gris y sucio, flotaban casi a ras de los tejados. Las lanzas de la

caballería, apuntando hacia lo alto, parecían a punto de desgarrar la panza de las nubes provocando que una lluvia espesa, un agua de color gris, empezase a caer, caliente y pesada, sobre la tierra. Una nutrida compañía de tambores y trompetas salió del campamento con el aspaviento de su música, siguiendo el paso de los pendones y guías. Tras ellos avanzaba una compañía de soldados a caballo con sus armaduras recién untadas de grasa.

Al menos medio centenar de frailes con sahumerios, cruces y rezos los seguían, envolviendo con su santa humareda y el aliento de sus plegarias al gran cardenal de España, Pedro González de Mendoza. Su imagen, a lomos de un caballo negro, podía entreverse en aquellos vahos cubierta por los fulgores de una casulla bordada en oro y un solideo púrpura. Una aparición que parecía navegar sobre el brumoso mar de un sueño, arrastrada por la vibración estridente de las trompetas y el retumbar de los tambores y dejando paso a una tropa de infantería. Hombres aguerridos, marcados todavía por la dureza del combate y las privaciones que acababan de sufrir. Ojos vaciados de emociones, caras angulosas y con los huesos mal ensamblados. Y luego, nuevos pendones, cruces y caballeros armados y la luz propia que aportaban al desfile los reyes vencedores.

Isabel y Fernando entraban en la ciudad que sus hombres acababan de arrasar y vaciar de los desperdicios que había dejado su trabajo aniquilador. El rey Fernando midiendo con su mirada escrutadora los destrozos, los puntos de defensa en los que se había hecho fuerte el enemigo, nuevamente admirado por esa resistencia casi interminable. La reina mirando las caras de las escasas personas que habían salido a su paso. Ojos bajos, gente asustada, niños demacrados que sí alzaban la vista hacia ellos, amedrentados, como si los reyes encarnaran los demonios de unos cuentos infantiles que de pronto hubieran irrumpido en sus vidas y hubiesen sometido a sus propios padres. Se santiguaban del mismo modo padres e hijos, repitiendo torpemente aquellos signos recién aprendidos, al paso de las cruces, el gran cardenal de España y los reyes de la cristiandad.

Así, aquel día con cielo plomizo y sofocante, muy avanzado ya el mes de agosto, entraron Isabel y Fernando en la ciudad sitiada. El resonar estridente de la música y el susurro de los rezos se fue apoderando de las calles en las que hasta el día anterior solo se había escuchado el sonido de la muerte y la tortura. Detrás de algunas de aquellas puertas que permanecían cerradas todavía quedaban algunos cadáveres que no había dado tiempo de desalojar, alguna gente moribunda que era degollada para que con sus quejidos no entorpecieran la armonía y el esplendor del desfile real.

Apenas diez pasos atrás de los reyes iba Gonzalo Fernández de Córdoba. Él sí sabía lo que se ocultaba detrás de aquellas puertas atrancadas por cadáveres y detrás de los ojos de esos malagueños que habían podido comprar su libertad, los nuevos súbditos que afrontaban asustados su incierto porvenir. También intuía claramente

qué tipo de pensamientos albergaban las cabezas de los dos monarcas que avanzaban por las calles de Málaga delante de él. Veía Gonzalo esas calles y esa gente por los ojos de los reyes. Adivinaba el futuro inmediato, el rumbo que iba a tomar la contienda con los granadinos, y pensaba en Boabdil y en los difíciles pasos que le aguardaban.

A partir de ese momento la guerra ya iba a ser otra. Y el destino de Granada también iba a ser otro, muy diferente al que Boabdil había calculado después de su acuerdo con los reyes en los tiempos de su cautiverio, cuando la convivencia entre ambos pueblos todavía parecía posible y la guerra desatada a partir de la toma de Zahara podía ser considerada como un episodio doloroso pero no determinante en la eterna disputa entre unos reinos vecinos. El equilibrio se había roto para siempre. Y Boabdil estaba en el punto exacto en el que la cruz de la balanza iba a partirse en dos. Esa, pensaba Gonzalo en medio de aquel desfile triunfal, era su verdadera maldición.

XV. PASOS PERDIDOS

En medio de la noche, los copos de nieve giraban en un remolino furioso. Apenas dejaban ver nada, y cuando el viento soplaba en una sola dirección y la nieve se alejaba, Boabdil veía ante sí una calle oscura, convertida en una especie de leprosería. Hombres y niños cubiertos con andrajos arrastrándose, moribundos derrumbados entre los cúmulos de nieve sucia que en vez de aferrarse a la vida intentaban desprenderse de ella como de un mal sueño.

Boabdil oyó el silbido. Era un silbido nítido, una especie de pitido con el que su padre llamaba a su caballo cuando Boabdil era niño. Oyó el silbido y abrió los ojos, esperando ver ante él a Muley Hacén, joven, fuerte y sonriente. Pero se encontró solo, en medio de la habitación en penumbra. Unos candiles puestos en el suelo alumbraban la estancia de un modo dudoso. En esa misma habitación de la Alhambra había dormido durante años su padre. Y ahora, desde que le había arrebatado Granada a su tío el Zagal, la usaba él, Boabdil, queriendo impregnarse de todo lo que su padre pudiera haber dejado allí flotando, incrustado en las paredes, palpitando en el aire: noches de insomnio, maquinaciones contra Aixa y contra el propio Boabdil, contra los reyes cristianos. Y también el valor y la fuerza, el sueño profundo del guerrero cansado, reconfortado por el placer amoroso, satisfecho y orgulloso por la victoria en el campo de batalla.

Volvió a oír el silbido, ahora completamente despierto y con los ojos abiertos y acostumbrados a la penumbra. Era un soplo de viento entrando, delgado y fuerte, por la ventana mal cerrada. Solo entonces percibió Boabdil el frío que hacía en la habitación, y al instante, como si el conocimiento racional de aquel hecho se hubiera expandido por todo su cuerpo, empezó a temblar. Temblando, desnudo pero cubierto por una cobija de piel, se acercó a cerrar la ventana. Como en su sueño, nevaba. Pero la nieve que cubría los patios, alumbrada por unos candiles que el viento hacía oscilar, era un manto liso y limpio, de un suave color anaranjado bajo la luz que se iba fundiendo con el azul profundo de la oscuridad. Y tampoco había rastro de gente enferma ni de moribundos. Boabdil volvió a su cama.

La peste había asolado la región después de la caída de Málaga. La campaña militar del año 1488 apenas había existido. Los ejércitos cristianos habían quedado extenuados por el asedio a aquella ciudad, lo mismo que las arcas de los reyes. Apenas habían arrebatado unos pueblos sin relevancia al Zagal en los meses del verano. Y además estaba la epidemia. La peste fue otro de los elementos disuasorios para que los nobles y sus huestes anduviesen guerreando por Andalucía.

Boabdil no podía precisar si las imágenes que había visto en el sueño venían de su memoria o las había fabricado su propio cerebro. En cualquier caso eran muy similares a aquellas escenas que había encontrado en varios pueblos. Carretones cargados de cadáveres y moribundos. Niños huérfanos abandonados por las calles a su suerte, enfermos o a punto de contraer el mal. Y el olor. Aquella náusea que provocaban las humaredas donde se quemaban cadáveres. El olor de la muerte mezclado con el que desprendían los enfermos antes de morir. Un hedor ácido que quedó para siempre instalado en el cerebro y en el paladar de cualquiera que lo hubiese padecido.

Boabdil había asociado aquella peste a la descomposición que estaba sufriendo Granada, su reino. La victoria de Málaga había sido amarga. Tanta crueldad. No importaba de qué modo hubiera debilitado aquella derrota a su tío el Zagal. Dentro de su propio bando aquella batalla provocó grandes conflictos. Peligro de escisión que Boabdil atajó con mano dura. Fueron demasiado feroces las críticas que recibió por mantener su pacto con los reyes cristianos después de la barbarie que estos habían llevado a cabo entre la población de Málaga. Varios faquíes y ulemas llamaron a la rebelión del pueblo acusando a Boabdil no solo de ser un rey débil sino un mal musulmán, un traidor a la causa de Alá. Según ellos, solo un traidor podía permanecer al lado de gente que había ocasionado tanto sufrimiento a sus hermanos árabes, por mucho que estos fuesen partidarios del Zagal. La hermandad del islam estaba por encima de los acuerdos políticos, y en gran parte miserables, que Boabdil hubiera pactado con unos reyes cristianos que no hacían más que extender su religión por toda la Península.

Motines, revueltas callejeras y aquellos imanes alentando la rebelión. Boabdil ordenó decapitar públicamente a cinco de ellos. Recordaba los ojos de Moraima, viéndolo partir hacia las ejecuciones. Aquellas dos pupilas de color verde clavadas en su rostro. Sus palabras.

—Es lo mismo que tu padre hizo con los Abencerrajes en el patio de los Leones. ¿Crees que le valió de mucho inundarlo de sangre, Boabdil? ¿Crees de verdad que de este modo recibirás el apoyo de los granadinos? ¿O lo haces únicamente para contentar a tu madre?

No le respondió Boabdil. Al lado de su madre, que desde tiempo atrás le venía pidiendo un gesto de esa contundencia como medida de fuerza, asistió a las ejecuciones. Se negó a dar personalmente las órdenes a los verdugos, pero también se negó a conceder la misericordia que pedían algunos de los condenados y la gente del pueblo. Cinco cabezas cayeron en los cestos y fueron clavadas en picas y las picas clavadas al pie de la torre de las Armas.

Aquella fue la primera noche que Moraima le pidió dormir en la habitación contigua. Desde que habían entregado al primero de sus hijos como rehén, la tristeza

era el estado natural en el que vivía su mujer. En más de una ocasión le había preguntado hasta dónde deberían sacrificarse por Granada. Hasta qué punto él dejaría de ser él. Hasta dónde deberían él y ella apartarse de sus inclinaciones naturales para complacer a los granadinos, o tal vez a los faquíes, a Aixa o al propio destino.

—Nadie recordará tus sacrificios, Boabdil. No importa hacia dónde te muevas. En esta situación en la que vivimos siempre habrá alguien que te juzgará mal, siempre alguien te considerará traidor. Al islam, a Castilla, a sus propios intereses. Los pasos que das por el camino que te piden otros son pasos perdidos. Sigue tu propio camino. De ese modo, al menos tú mismo no te llamarás traidor cuando veas tu imagen en el espejo.

—¿Tú también me llamarás traidor, Moraima? —Boabdil le hizo la pregunta con un tono irónico, resentido.

—Yo siempre estaré esperándote. Recuérдалo. Esperando al Boabdil que vi en los patios de Loja. Ese hombre que ahora te empeñas en que viva escondido dentro de ti.

Soplaba el viento en el exterior, y Boabdil, tumbado en su cama, con los ojos entornados, recordaba las palabras de Moraima. Era demasiado fácil hablar de ese modo. Olvidarse de la realidad, de todas las amenazas, intrigas, intereses. Olvidarse de ese pueblo asustado y supersticioso que no acababa de confiar en él. No. De nada valieron aquellas cinco ejecuciones. Los conatos de rebelión y las habladurías continuaron y ahora fueron diez las sentencias promulgadas. No llegaron a ejecutarse. Intervino Gonzalo Fernández de Córdoba. Salvó de morir a los diez condenados casi en el último instante. No le importaban aquellos diez rebeldes, seis de ellos religiosos. Pretendía salvar al propio Boabdil. Supo que se encontraba en graves apuros y acudió a Granada con un pequeño ejército en ayuda de su amigo.

«Amigo —susurró Boabdil, tumbado en la cama, con una sonrisa triste—. A veces un enemigo puede ser un amigo, y un amigo un enemigo», le había dicho mucho tiempo atrás Fernández de Córdoba.

Amigo, aliado, compañero, rival, enemigo. El futuro podía hacer de aquel hombre cualquier cosa. No importaba cuáles fueran los sentimientos o los pensamientos de Boabdil y Gonzalo, por encima de ellos estaría el deber. Cada uno estaba obligado al suyo. Boabdil a su pueblo, Gonzalo al suyo y a sus reyes.

Alumbrado por los candiles que desde su posición en el suelo hacían temblar suavemente la habitación, Boabdil recordaba a Gonzalo en el momento de su llegada a Granada. Los diez reos estaban todavía encadenados unos a otros y unos tambores marcaban el compás sordo que los llevaría a la muerte. Una multitud se había agolpado en la puerta de Bab-al-Masda para presenciar las ejecuciones. Gonzalo, al frente de aquella columna armada, luciendo los estandartes de Castilla y Aragón pero ningún símbolo religioso, desmontó de su caballo. Iba con peto, su espada con empuñadura labrada en plata colgando de la cintura, una capa azul cielo.

Después de intercambiar algunas palabras con Boabdil, este le concedió el permiso que le solicitaba para que se dirigiera a la multitud expectante. Habló con una voz serena, llena de firmeza. Mencionó a aquellos que persiguiendo su propio beneficio difundían rumores falsos y sembraban la discordia entre los granadinos sin importarles las desgracias que les pudieran sobrevenir. «Tened memoria de que Boabdil es vuestro rey natural, hijo de la casa de Granada y a quien por derecho pertenece este reino que su tío pretende ocupar tiránicamente. Así que, cesen esos conventillos y malas hablas entre vosotros y trocad vuestra ira en amor y cambiad vuestro rencor en paz y sosiego. Solo de ese modo podréis conocer la verdad, desechando espanto y miedo...».

Los conminó a que abandonaran a «esos hombres oscuros y viles, héroes de criminales hazañas» que conspiraban contra su rey legítimo. Y luego habló de la magnanimidad de Boabdil, de la fortaleza que es necesaria para ejercer la bondad, y comunicó que el rey Boabdil, haciendo un noble ejercicio de esa facultad, accedía a perdonar a los diez traidores a los que con un simple gesto podía quitar la vida. Los señaló uno a uno con su dedo firme y luego señaló al gentío. «Y no os engaños, no pretendáis ser osados por la blandura con que ahora se os trata. Sabed que del mismo modo que tenéis un rey para premiar lo bueno, lo tenéis para castigaros sin piedad en todo lo malo».

Un hombre extraño Gonzalo Fernández de Córdoba, pensaba Boabdil. Distante, reservado. Ni siquiera entre los suyos acababa nunca de mostrarse. Tal vez lo hiciera con su nueva esposa. María Manrique. Decían que el matrimonio con esa mujer lo devolvía a la posición que alguna vez había tenido dentro de la nobleza. Ella pertenecía a la cámara de la reina Isabel. Rancia estirpe castellana. Boabdil había asistido a la boda. Fueron muchos los que lo miraron de modo extraño. Notó cómo alguno de aquellos nobles cristianos habría querido apartarse de su lado en el banquete. Tal vez lo habrían hecho si la esposa de Gonzalo, María, no se hubiera mostrado tan solícita y amable con él y con Moraima. A partir de su matrimonio, ella se encargó personalmente de la educación de los hijos de Boabdil. Enviaba frecuentes mensajes escritos a Moraima sobre cualquier detalle relevante que afectara a Ahmed o a Yusuf, sobre su vida cotidiana.

Morena, de alta estatura, labios carnosos. Sonrisa fácil. Inteligente. Pronto empezaron a acusarla de confraternizar con las mujeres musulmanas de los amigos de Gonzalo. Pero nada de aquello pareció afectar a María Manrique. Su linaje y la buena relación personal que seguía manteniendo con la reina Isabel le permitían el uso de esa libertad. Había sido educada en la idea de que una mujer no solo debía fidelidad marital a su esposo, sino que había de hacer lo posible por caminar a su lado y apoyarlo en todas sus decisiones. Además, María estaba convencida de que las ideas tolerantes de su marido eran el único bálsamo que podía aplicarse en aquella región

del reino. Arabizó su casa, propició relaciones entre nobles cristianos y musulmanes. Era evidente que amaba profundamente a Gonzalo y que se había impregnado de su espíritu.

—Lástima que todos esos señores que descienden por las tierras de Castilla hacia Granada en busca de fortuna no sean tan fáciles de convencer sobre lo que aquí ocurre como tu esposa —le había dicho meses atrás Boabdil a Gonzalo.

—No solo vienen en busca de fortuna. Muchos lo hacen para salvar su alma en esta guerra santa.

—Bueno, es una fortuna más duradera. Muchos de quienes combaten al lado de mi tío el Zagal lo hacen por el mismo motivo. Incluso algunos de quienes están, o estaban, a mi lado.

Habían mantenido esa conversación avanzado el año 1489, cuando la peste había empezado a remitir y los ejércitos aliados de Boabdil y los reyes cristianos habían emprendido una dura acometida contra Abdallah el Zagal. En el ejército de Boabdil se habían producido muchas desertiones en los últimos tiempos. Los mensajes de los faquíes cada vez calaban más en un ejército que se sentía desmotivado y sin rumbo, combatiendo al lado de los cristianos contra sus hermanos musulmanes, todavía con el rencor de lo ocurrido en Málaga pesando sobre ellos como una sombra oscura. La reina Isabel había enviado en esos meses fuertes cantidades de dinero a Boabdil para que sostuviera a sus huestes, pero a pesar de ello las desertiones habían continuado su incesante goteo. Los soldados huían como el agua de una tinaja agrietada.

Muchos de esos desertores se habían refugiado en Baza. Allí se había producido otro sitio costoso y largo y, finalmente, después de casi seis meses de asedio, la ciudad había acabado por entregarse. Era un invierno duro, el año estaba finalizando y Boabdil, en esa noche de insomnio, era consciente de que los días de su tío Abdallah estaban contados. Baza se había convertido en su último foco de resistencia. Sus espías le habían comunicado que el derrotado Zagal se había refugiado en Almería, el último reducto que se mantenía fiel al feroz guerrero. Muchos confiaban en que allí se haría fuerte, que la ciudad sería una nueva Málaga y que solo arrasándola conseguirían entrar en ella los ejércitos de Isabel, Fernando y Boabdil. Este no pensaba así. Conocía bien a su tío y sabía que a pesar de su dureza y de su capacidad de lucha no era un fanático. Era inteligente y sabría reconocer su derrota. Su resistencia ya solamente podía tener un carácter suicida. Algo que no casaba con la personalidad del Zagal.

Boabdil volvió a levantarse de la cama. Caminó por la habitación envuelto en la cobija y se asomó de nuevo a la ventana. Los copos se arremolinaban turbiamente al otro lado del cristal, igual que en su sueño, y también del mismo modo que su padre silbaba en el sueño soplabla el viento en la oscuridad. Allí, en un lugar oculto de la sierra, yacía el cuerpo de su padre. Ciego, con la razón perdida, pensando que su hijo

Yusuf había sido asesinado por su propio hermano. Enterrado en secreto.

«Qué extraña locura, qué insania —se dijo a sí mismo—. Si el Corán nos enseña que no es poderoso quien derriba a otro, sino quien se controla a sí mismo en un arranque de ira, ¿cómo Alá misericordioso nos ha permitido conducirnos de este modo, llegar a este punto? Títeres movidos por sombras. Yo en guerra contra mi padre, mi padre contra su hermano, su hermano contra mí. Mi madre. Mi madre contra su marido, contra el hermano de su marido. Y yo. Tal vez yo mismo acabe en guerra contra mi madre. Y todavía hay quien pone en duda la maldición que se abate sobre mí. Esta especie de peste, de plaga silenciosa que pudre el aire a mi alrededor».

Una remota luz, un balbuceo dentro de la oscuridad, empezaba a adueñarse del horizonte.

«Tal vez la maldición sea Granada. Quizá si alguna vez me aparto de aquí la maldición se extinga. Entonces sería sustituida por otra más sencilla, rotunda pero reconocible, concreta. Estar lejos de esta tierra, esa sería la nueva maldición».

Unos reflejos que querían ser anaranjados, casi rojizos, aparecían en el horizonte, trazando unas enigmáticas líneas entre la negrura de las nubes. El perfil de las murallas y los torreones de la Alhambra empezaban a perfilarse, se hacían reconocibles bajo aquel cielo de hierro. Todo pareció detenerse, la nieve dejó de caer y Boabdil levantó los ojos hacia el nuevo día.

«Escoger entre dos maldiciones. Tal vez ese sea el privilegio de los elegidos».

Boabdil reconoció desde lejos la figura de Gonzalo Fernández de Córdoba. Su forma de cabalgar erguido, elegante, siempre alerta. Encabezaba un pequeño destacamento de soldados cristianos, tal vez doce o quince hombres de caballería a los que se había unido media docena de jinetes nazaríes con sus capas rojas flameando entre los colores azulados y grises que traían los castellanos.

Era el primer día del año cristiano. De modo que Boabdil supo que la llegada de aquellos hombres debía de responder a algún acontecimiento extraordinario. Comenzaba 1490. El rey nazarí intuyó de qué se trataba. Estaba relacionado con algo sobre lo que había estado meditando aquella noche de insomnio, varios días atrás. El Zagal. Su derrota.

Se dirigía hacia la sala de los Embajadores cuando encontró a su madre por el camino. Aixa también estaba advertida de la llegada de los cristianos y del mismo modo intuía que se trataba de un hecho relevante. Su mirada era pastosa. Los años iban adensando aquella especie de cieno o tinta que flotaba en sus pupilas.

—¿Qué trae a esta gente aquí, hoy, día santo para ellos?

—No lo sé, madre.

—¿No es Fernández de Córdoba quien viene?

—Eso creo.

—¿Y no sabes por qué está aquí?

Boabdil siguió caminando, sin contestar. El vestido de su madre, de un tejido grueso, hacía un extraño frufrú al caminar. Boabdil habló por apagar ese sonido y también dejar de oír la respiración forzada, nasal, de su madre.

—Lo sabremos en muy pocos minutos.

—¿Tu tío Abdallah? ¿Noticias de Guadix?

Boabdil se resignó al sonido de la respiración, a aquella especie de jadeo que desprendía el ropaje de su madre, que a pesar de todo seguía hablando.

—No te sometas a nada. No aceptes lo que ese hombre, con engaños y zalamerías de falsa amistad, te proponga. Su fama se extiende y ya algunos pequeños caudillos le han entregado sus fortalezas como a un mesías. Piensa en quién eres, que todo un pueblo habla por tu boca y que Alá en su grandeza está con nosotros.

El fulgor dorado de la sala de los Embajadores se reflejaba en el rostro de los cuatro hombres que ya aguardaban allí la llegada del rey Boabdil. Caras demacradas, suciedad del camino, barro pegado a las capas pesadas por la humedad que no habían tenido tiempo de cambiar por otras prendas más decorosas. Una nueva señal de la importancia de aquella visita.

Gonzalo se aproximó desde el fondo de la sala con paso firme y antes de llegar a él hizo una reverencia a Boabdil, luego a Aixa, que lo miraba con la barbilla alzada y que no contestó a su saludo. Sí, eran el Zagal y Guadix los motivos que habían provocado aquella audiencia inesperada. Después de que unos días atrás el Zagal hubiese entregado Almería sin presentar batalla y haberse refugiado en Guadix, había rendido también esa plaza.

—La reina Isabel ha entrado en Almería. Ha sido aclamada por la multitud...

—¡Por miedo! ¡Los nazaríes estamos escarmentados, el pueblo teme que lo pasen a cuchillo! —Aixa interrumpió airada a Gonzalo—. ¡Que no piense tu reina, y menos tú, que esos vítores o agasajos de los almerienses son muestra de otra cosa más que del terror que sienten! ¡De la crueldad de la reina y sus soldados!

Tanto Gonzalo como Boabdil entendieron que la rabia de Aixa estaba motivada por la noticia de la rendición de Guadix y lo que ello representaba y no por las palabras de Fernández de Córdoba.

—¿Qué será de mi tío Abdallah? —Boabdil, al igual que su madre, intuía los acontecimientos que se avecinaban, solo que a él, en vez de ira, lo llenaban de pesadumbre.

—Yahia Alnayar, vasallo de los reyes, se entrevistó con él en Guadix. Lo hizo incluso antes de la rendición de Almería. Logró convencer a vuestro tío de que era inútil prolongar una guerra perdida. Allí acordaron todo lo que después ha sucedido.

—¡Otro perro traidor! Casta de traidores, casta de perros a la que un mal día me uní.

—¡Madre, te recuerdo que soy hijo de esa unión! Que, por mucho que te duela, pertenezco a esa casta. Que soy su rey. ¡Tu rey!

—Eso no perdonará a quienes han traicionado a Granada y al islam. —Aixa permanecía erguida, la barbilla apuntando a la cara de su hijo, la tinta negra de sus ojos circulando por sus venas.

Boabdil apartó la vista de ella. Desistió de seguir ese rumbo. Estaba agotado. Llevaba demasiados años escuchando las mismas palabras acusatorias que, como veletas, cada día apuntaban en una dirección distinta, girando en una rueda interminable. Y sabía que aún le aguardaba lo peor.

Dio unos pasos hasta el sillón principal y se sentó en él. Volvió a posar la mirada en Gonzalo. Este se mantenía distante, sereno, en medio de la discusión. Entendió que Boabdil, con aquella mirada, le pedía que continuase hablando.

—Vuestro tío el Zagal ha recibido el señorío de Andarax y se retirará a ese apartado dominio de las Alpujarras. La guerra con él ha terminado.

—¡La guerra no ha terminado! ¡Ya puedes volver a montar en tu caballo y comunicárselo a tu reina y a tu rey!

Las palabras de Aixa se quedaron vibrando en el aire. Los hombres que habían llegado con Fernández de Córdoba levantaron un leve murmullo. Boabdil bajó la mirada. Este era el momento que venía temiendo en los últimos años. Gonzalo esperaba que el rey nazarí reaccionara ante las palabras de su madre, pero este se mantenía callado. Aquel silencio le pareció a Gonzalo demasiado denso, como el limo de un pantano turbio. Archeó una ceja, miró a Aixa y de nuevo a Boabdil.

—¿Debo entender que dais algún tipo de amparo a las palabras de vuestra madre, señor? Tenéis un pacto firmado con Castilla y Aragón.

Boabdil se levantó impetuosamente.

—Sé lo que tengo firmado, lo sé perfectamente, como si lo llevase grabado con un cuchillo en mi piel. Lo sé.

Gonzalo dejó que las palabras de Boabdil se diluyeran levemente en unos instantes de silencio antes de volver a hablar, sin perder su tono de serenidad y firmeza.

—El acuerdo al que llegasteis hace tres años dispone que, una vez acabada la guerra, debéis entregar Granada. Vos recibiréis un inmenso ducado y vuestros fieles serán compensados...

—Todo resulta ahora más complejo. —Boabdil miraba al suelo.

—Queréis dar una limosna y que todo suceda al antojo de vuestros reyes. —Aixa intentaba reafirmar la postura de su hijo.

Gonzalo siguió hablándole a Boabdil.

—¿Más complejo, señor?

—Conoces tan bien como yo, tal vez mejor, todo lo que ha sucedido en estos tres

años. Después de lo que ocurrió en Málaga...

—Después de lo que ellos hicieron en Málaga —interrumpió Aixa, casi en voz baja.

—Después de lo que ocurrió en Málaga se han multiplicado los problemas internos, no es un secreto. Quienes en su día apoyaban el pacto con los cristianos hoy recelan de él. Necesitaré algún tiempo para convencerlos de que ese es el mejor camino.

—Señor, cualquier movimiento en falso que hagáis ahora sería mal interpretado por Castilla y Aragón, y solo redundaría en vuestro perjuicio.

—Lo sé. Y puedes decirles a tus reyes que estoy dispuesto a cumplir lo pactado.

—¡Lo pactado ayer no sirve para hoy! ¿No te das cuenta? Solo las palabras son las mismas, pero no la realidad, todo ha cambiado. —Aixa había perdido su inmovilidad rocosa y se acercaba a Boabdil—. No tienes derecho a entregar Granada a los infieles. ¡No te pertenece! ¡Si quieres puedes vender tu alma, pero no la de un pueblo entero! ¡Humíllate tú, pero no obligues a humillarse a los granadinos!

—¡Madre! —Boabdil se revolvió contra ella con cara de furia, la mano derecha, en un movimiento reflejo, se dirigió hacia el lugar donde habitualmente llevaba su daga.

Ambos se quedaron muy cerca uno del otro, mirándose fijamente a los ojos. Boabdil volvió a oír aquella especie de respiración subterránea de Aixa, como si bajo sus vestidos ocultase un animal enfermo.

—Madre —dijo ahora Boabdil casi en un susurro.

Aixa dio un paso atrás. Miró la mano de su hijo, el lugar evidente que debía ocupar su puñal. Volvió a mirarlo a los ojos. Después a Fernández de Córdoba, y a continuación se dio la vuelta y se dirigió hacia la salida principal. Se perdió por ella y todo quedó en silencio.

Boabdil y Gonzalo estaban algo retirados uno del otro. El rey nazarí abrió los brazos, como si deseara mostrarle a Gonzalo las paredes revestidas de geometrías doradas, los bellos artesonados que había sobre sus cabezas.

—Creo que después de lo que has presenciado aquí no es necesario añadir una palabra más. Ya has visto con exactitud cuál es la situación en la que me encuentro.

—Vuestra madre, señor...

—La voz de mi madre no solo dice lo que piensa mi madre. Las palabras que ella dice las dicen y desde luego las piensan muchos granadinos. Muchos de mis capitanes y soldados, muchos de los hombres que han combatido a mi lado y han soportado duras campañas y peligros ahora me miran de reojo. —Boabdil se acercó a Gonzalo. Le habló en un tono confidencial, abatido—: No, mi madre no es solamente una mujer orgullosa y herida en su vanidad a la que de algún modo más o menos ingenioso se podría contentar. Ojalá fuese así. Nada más que una mujer rabiosa, con

la razón nublada. Estoy desarmado. Estoy rodeado de ulemas, generales, gente del pueblo para los que resulto sospechoso por la amistad que mantengo con tus reyes, con algunos de vosotros.

—Tenéis el apoyo absoluto de los reyes, señor.

—Eso espero, por el bien de todos. Que por su parte se cumpla hasta la última y más pequeña compensación pactada. Que los granadinos, al pasar bajo su mando, no vean afectada su vida en lo más ínfimo, ni en la práctica de su religión ni en su economía ni en sus derechos.

—Sus majestades pusieron su sello junto al vuestro, su palabra al lado de la vuestra.

—Si tus reyes cumplen lo acordado, seré el traidor de los granadinos. Si no, seré el traidor de los reyes cristianos.

—Sabíais que este momento habría de llegar. Hemos peleado con dureza para que llegue.

Boabdil asentía de un modo ostensible con la cabeza.

—Justamente. Al parecer, nací para cumplir esta misión. Ha sido un camino demasiado largo y difícil para llegar a esta especie de encrucijada o de cadalso. No lo puedes negar, cualquier cómico de la Antigüedad podría escribir una comedia con mi historia. Ni siquiera una tragedia. Apenas una comedia.

Boabdil esbozó una mueca parecida a una sonrisa, un gesto que a Gonzalo le pareció lleno de una tristeza absoluta, casi animal.

—Un camino demasiado largo. Y aún queda por atravesar su recodo más difícil —susurró Boabdil, tomando la misma dirección que había seguido su madre después de alzar levemente la mano a modo de despedida.

Gonzalo y sus hombres lo vieron alejarse por aquella sala lujosa, sus pasos livianos, silenciosos. «Como los de un sirviente», pensó Fernández de Córdoba. Y solo cuando Boabdil hubo salido se volvió Gonzalo, la capa azul desteñida, el sonido metálico de las armas, e hizo un gesto a sus hombres, que, silenciosos y disciplinados, se apresuraron a seguirlo. «Demasiado largo. Demasiado difícil», se decía Gonzalo.

XVI.

LA NUEVA GUERRA

Abul Casím el Muleh habría preferido no hacer nunca aquel viaje de ida y vuelta.

«Si me hubieran atacado y comido los lobos en mitad de esa sierra helada, creo que no habría sentido más dolor ni más desamparo. Tan malas eran las noticias que le traía a Boabdil —confesó días después a uno de sus hombres de confianza—. Fui de vacío, y volví cargado de piedras pesadas, de plomo arrastrando mi espíritu hasta el fondo de la tierra».

Con una compañía de lanceros, El Muleh fue desde Granada hasta Sevilla, donde se había establecido la corte cristiana, para iniciar con los reyes las negociaciones y los acuerdos mediante los que les sería entregada Granada. Estaba avanzado el mes de enero, El Muleh y su escolta se enfrentaron a la ventisca helada y también, cuando el grueso del destacamento se había adelantado en busca de un refugio seguro, repelieron el ataque de una banda de salteadores de caminos. «Pero todo eso fue puro almíbar comparado con la llegada a Sevilla».

Allí, El Muleh se encontró con una ciudad convulsionada. De todas partes llegaba gente a la capital del Guadalquivir y por todas las calles y plazas se veían soldados discurriendo en medio de una gran agitación.

En los primeros compases de la conversación con el marqués de Villena, representante de Isabel y Fernando, supo el enviado de Boabdil a qué se debía aquel gran revuelo que recorría la ciudad. Los reyes estaban formando un gran ejército con el fin de que los acompañara y entrase a su lado en Granada.

«Hemos apercebido a todos los sevillanos de entre dieciocho y sesenta años para que vayan a recibir la ciudad de Granada en la fecha que Boabdil fije de aquí a veinte días», informó lacónicamente el marqués de Villena a El Muleh.

No quiso el marqués, distante e irónico, escuchar las protestas del enviado de Boabdil. La entrega de Granada debía ser inmediata y las condiciones pactadas años atrás serían supervisadas una vez que la ciudad estuviera en poder de Castilla. De nada sirvieron los argumentos esgrimidos por El Muleh y, cuando se negó a abandonar Sevilla sin recibir más explicaciones, le comunicaron que dos embajadores de los reyes cristianos lo acompañarían en su viaje de vuelta a Granada e informarían personalmente a Boabdil sobre las condiciones bajo las cuales la ciudad debía ser entregada.

Uno de esos embajadores fue Martín de Alarcón. El otro, Gonzalo Fernández de Córdoba. Los reyes cristianos sabían que nadie como Fernández de Córdoba podría sondear con exactitud el ánimo y las intenciones de Boabdil. Esa era su principal

misión. La de Martín de Alarcón consistía en mostrar la rotundidad del mensaje que llevaban y la firmeza que estaban dispuestos a emplear en el cumplimiento de lo que consideraban sus derechos.

Si para El Muleh aquel fue un viaje amargo, no lo fue menos para Fernández de Córdoba. Apenas habló a lo largo del trayecto. Solo cruzó unas palabras con su viejo conocido El Muleh. Con Martín de Alarcón se limitó a observar la dureza de la climatología y el modo en que los soldados de Gonzalo se relacionaban con los árabes, «como si fuese gente de la misma carne», comentó Alarcón. Asintió vagamente Gonzalo. Sabía muy bien en qué consistía su tarea en esa embajada y no podía abandonar la sensación de que en algún punto esa misión comportaba un tipo de traición a Boabdil, una sutil deslealtad hacia aquel hombre que le había confiado a sus hijos y con el que había compartido tantos momentos de peligro e incertidumbre en esos años.

Los cascos de los caballos producían un chapoteo esponjoso en la nieve. Los hombres avanzaban envueltos en sus capas, tentando bajo el abrigo las armas, cada uno perdido en su propia soledad y en sus pensamientos. Gonzalo creía comprender a Boabdil. Aquella encrucijada a la que lo habían llevado los acontecimientos. También él sentía que el deber hacia sus reyes lo llevaba si no a engañar a Boabdil, sí a interpretar todas sus flaquezas y sus dudas y a ahondar en ellas, a manipularlas en favor de Castilla.

En la noche que pasaron en la vega de Antequera, muy cerca de donde, en un tiempo que ya le parecía remoto, Gonzalo acudía a ver a la judía Rebeca, desplegó cuidadosamente su tríptico de campaña. Y del mismo modo que hacía en las vísperas de los combates, se arrodilló ante él, aunque en esta ocasión Gonzalo no rezó ninguna oración. Se limitó a observar cada detalle, cada rostro, de los que había en el cuadro inferior de la pintura, la que representaba a Jesucristo cargando con la cruz. Los pies descalzos, la túnica de tejido grueso y basto, un soldado con una vara alzada, dispuesto a golpear al Mesías. Las caras enfurecidas que gritaban a su alrededor, insultándolo, cada cual interpretando el cielo y el infierno a su modo. Y Cristo, al pie de las poderosas murallas, siguiendo el camino que había de llevarlo al Calvario, entre armas afiladas y piedras lanzadas por la multitud.

Boabdil escuchó con rostro impasible las demandas de Martín de Alarcón. Fernández de Córdoba guardaba silencio. El saludo entre él y Boabdil había sido más frío de lo habitual, cada uno situado a un lado de la línea invisible, infranqueable, que los separaba. Boabdil había sido informado previamente por El Muleh de las exigencias que pedían Isabel y Fernando. Se había hecho acompañar en esa audiencia únicamente por Aben Comisa y el propio Abul Casím el Muleh, y había impedido que asistieran a la misma Aixa y también Muza ben Abul Gazán, un joven de la

nobleza nazarí que en los últimos tiempos se había mostrado muy partidario de Aixa y de todos los que predicaban la ruptura del pacto con los cristianos.

Boabdil dejó que Alarcón acabase de hablar, sin interrumpirlo en ningún momento, ni con palabras ni con un solo gesto, y cuando este finalizó, miró a Fernández de Córdoba y le preguntó:

—¿Tienes tú algo que añadir a lo que aquí se ha dicho?

Gonzalo inclinó levemente la cabeza en señal de respeto.

—Nada, señor.

—Bien, pues entonces escuchad lo que yo os debo decir, que es breve y debéis transmitir a quien os manda.

Boabdil miraba a un punto neutro situado entre las cabezas de Alarcón y Fernández de Córdoba.

—El término de veinte días, ya apenas quince, para entregar Granada es imposible de cumplir y supone una ignorancia absoluta de lo que aquí ocurre. Si en un plazo de dos semanas el ejército cristiano se dispusiera a entrar en la ciudad de Granada, se encontraría con una feroz resistencia. No por mi parte, sino por la de muchos granadinos y gente de mi ejército que se opone a que ese paso sea dado, y más sin las garantías de que podrán continuar en sus casas, sin ser atacados o robados.

—Nadie los atacará. Debe desaparecer de sus cabezas la idea de un saqueo. Y vos debéis ser quien les inculque esa conciencia. —Gonzalo intentó dar a sus palabras un tono amistoso, casi confidencial, que Boabdil no recogió.

—No pueden vuestros reyes ampararse en la debilidad de este reino para incumplir lo pactado. Sabemos que vuestros ejércitos también andan mermados por los esfuerzos últimos. Os aseguro que sin el consentimiento nuestro no será un cómodo paseo tomar esta ciudad ni esta fortaleza.

Martín de Alarcón se encogió de hombros, despectivo.

—Mejor será, señor, que no probéis fortuna ni avivéis la ira de nuestros reyes. Coged lo que con generosidad se os da y haced lo que se os pide, señor.

Boabdil ignoró también el tono y las palabras del soldado castellano.

—Se me prometió el ducado de Guadix, Baza, Vera y Mojácar. A mis personas de confianza los señoríos de Lúchar, Ferreira, Cádiar y Jubiles, así como libertad de residencia y respeto para todos sus bienes y los de toda aquella persona que me haya sido fiel y haya combatido contra Abdallah el Zagal...

—Señor... señor, si me permitís... —intentó interrumpir respetuosamente Fernández de Córdoba.

—Libertad de residencia para todos los habitantes del Albaicín bajo condición de mudéjares por su larga fidelidad a mi persona demostrada en todos estos años, conservación de las mezquitas y respeto al culto, devolución de rehenes y cautivos de

ambos bandos...

—Señor... —Gonzalo adelantó un paso y en esta ocasión consiguió detener la enumeración que Boabdil estaba llevando a cabo.

—Veo que ahora sí tienes algo que decir.

—Señor, vos mismo reconocisteis hace muy poco tiempo que la situación ha cambiado desde el tiempo en que se firmaron esos acuerdos. Como bien decíais, todo es ahora más complejo.

—Sin duda. Soy consciente de esas complejidades y compruebo que sus aguas turbias llegan hasta tus pies.

—Señor, debéis confiar. Se respetarán ventajas para vos y los vuestros.

—Han ido mermando sus propuestas como auténticos usureros. No quiero ventajas, sino justicia. Eso es lo que debéis decirle a quienes os mandan.

Boabdil abandonó la sala, El Muleh y Aben Comisa lo hicieron detrás de él. Fueron conducidos Fernández de Córdoba y Martín Alarcón hasta el patio de los Arrayanes, donde los esperaban los soldados de su escolta. Salieron esa misma mañana de la Alhambra en dirección a Sevilla. Gonzalo sabía ya que el futuro iba a ser poco halagüeño. Intuía la rabia que las palabras de Boabdil producirían en los reyes cristianos y en su corte. El deseo de Fernando por cerrar esa guerra definitivamente y los consejeros religiosos de Isabel se aunarían con el fin de que Boabdil abandonase su postura, esa prueba de fuerza que había llevado a cabo en la Alhambra.

Las negociaciones, sin embargo, aún debían prolongarse unas semanas. Se produjo un nuevo encuentro en Sevilla. En esa ocasión, para satisfacer las demandas de quienes desconfiaban de la tibieza de El Muleh, Boabdil envió a Aben Comisa. La gente de Granada se encontraba exaltada y trataba de seguir con el máximo detalle todo lo que trascendía sobre aquellas conversaciones. Su futuro dependía de ellas. Incluso hubo revueltas callejeras y peticiones por parte de los faquíes de que el enviado a Sevilla fuese el belicoso e intransigente Muza ben Abul Gazán, el nuevo ídolo de los que predicaban la resistencia a cualquier precio. El pueblo, y también los representantes religiosos, se sentían más protegidos por alguien como él que por el propio rey de Granada.

Aben Comisa representaba a aquellos que presionaban a Boabdil, aunque también este confiaba en él, lo mismo que Aixa. Madre e hijo lo vieron partir hacia la corte cristiana, cada uno con sentimientos y augurios muy diferentes. Fueron unos días de tensión. Boabdil evitó a su madre en todo momento. Se refugiaba en sus habitaciones, pasaba las noches en compañía de Moraima, sin mencionar una sola palabra sobre la misión de Aben Comisa y las posibles respuestas de los reyes cristianos. Al amanecer, antes de que Moraima abriese los ojos y dejase de fingir que estaba dormida, Boabdil abandonaba su habitación. Salía con una pequeña escolta a caballo

y se alejaba en dirección a la sierra, entre la lluvia o el viento helado.

Las calles de Granada andaban conmocionadas. En cada esquina se formaban pequeños grupos, corrían rumores de boca en boca. El Muleh, con su túnica pobre, andaba camuflado entre la gente. De pronto escuchaba cómo los reyes cristianos habían aceptado las condiciones que Comisa había sabido imponer y al momento oía que un enorme ejército castellano se acercaba a Granada y que ya incluso podía divisarse desde los torreones de la Alhambra.

Los rumores persistieron después de que Aben Comisa volviese de su embajada. En las puertas de las mezquitas y en los mercados espontáneamente se formaban corros de gente y discutían sobre cómo había sido el encuentro que Aben Comisa había tenido en Sevilla. A su regreso, Comisa había entrado en Granada con la noche ya avanzada. Aquella era una señal inconfundible de que las noticias que traía de la corte cristiana no eran buenas. Ese hecho pareció ser aceptado por cualquier granadino, y a partir de entonces el motivo de las discusiones y sobre lo que se especulaba era sobre Boabdil. Sobre cuál iba a ser la decisión que estaba a punto de tomar.

La Alhambra se convirtió en un incesante ir y venir de generales, faquíes y gente de la nobleza que consultaban entre ellos o con Aixa y El Muleh. Sin embargo, apenas nadie lograba ver a Boabdil. El rey había suspendido incluso sus salidas por la sierra al amanecer. Se encerró en las reducidas habitaciones que tenía sobre el patio de los Leones. Allí pasaba largas horas hablando con El Muleh. En esas conversaciones solo de tarde en tarde afloraba la situación de Granada. Hablaban del pasado. De las personas con las que habían compartido aquellos años.

—Recuerdo cómo llegaba temblando hasta aquí cuando mi padre me mandaba llamar. —Boabdil dejaba correr la vista por la habitación, como si en aquellas paredes pudiera ver proyectado el pasado.

—Eras como un pájaro yendo a posarse en la boca abierta de un león.

—Él se daba cuenta. Olía mi miedo. Y a pesar de ello, volvía a intentarlo. Me llamaba de nuevo, me hacía otra vez las mismas preguntas, comprobaba mi naturaleza débil.

—Eras un pájaro valiente. Eso no dejaba de producirle orgullo. Acudías al instante a su llamada, te comprometías a cumplir todo lo que te ordenaba. Lo cumplías.

—Pero a él no se le escapaba el esfuerzo y la angustia que todo aquello me costaba. El sufrimiento, el miedo. Lo que para él era placer, para mí era algo parecido a la tortura. Sabía que éramos contrarios.

—Temía que tu madre te manipulara. Sufrió mucho al enfrentarse a ti. Es algo de lo que siempre estuve seguro.

—Ellos dos eran iguales. Mi madre y él. Si mi padre estuviese aquí y en este

momento fuese rey de Granada, ni siquiera habría enviado a Comisa a negociar con los castellanos. Los habría atacado sin mediar más palabras.

Negó con la cabeza El Muleh, mirando al suelo, recordando.

—No. Creo que no, Boabdil. Al menos el rey joven y sano que yo conocí habría sabido conocer el momento de abandonar. No habría actuado como tu madre.

—Era un soldado, un guerrero. Todos lo sabían.

—Justamente. Por eso habría reconocido la cara de la derrota nada más verla asomar en el horizonte. Lo mismo que ha hecho tu tío Abdallah.

—Entonces tal vez yo nunca lo seré. Tal vez nunca sea un soldado.

El Muleh miró atentamente a Boabdil.

—¿Qué quieres decir, Boabdil?

—Mi decisión está tomada. Solo puede ser una.

Se miraron ambos hombres a los ojos, escrutándose. El Muleh bajó la mirada y asintió.

—Te comprendo, señor.

—Quizá serás el único.

Abul Casím el Muleh, cansado, agachó la cabeza. Se sintió repentinamente viejo, desbordado e inútil. A pesar de eso, todavía intentó hacer razonar a Boabdil.

—No conseguirás más que retrasar lo inevitable. Supongo que es algo que también has pensado.

—Sí, pero no puedo dejar que mis últimos días como rey sean los de alguien que abandona a su pueblo a su suerte.

—No lo has hecho. Aceptar ahora la derrota, o mejor dicho, la evidencia, no significa ningún abandono. Es un ejercicio de valor.

—Son demasiados los que no desean perder su independencia y los que sospechan que con el fin de esta, antes o después, acabaría su forma de vida. Si tengo que ser traidor para alguien, prefiero serlo para los cristianos.

—Olvida de una vez esas ideas, Boabdil. Deja que sean las hienas las que devoren la carroña.

—¿Quién puede negar con certeza que si mañana acepto las condiciones de los castellanos no estallará una nueva guerra civil entre nosotros?

El Muleh miró con algo de desconcierto a su rey.

—Sí, una nueva guerra. ¿Te sorprende?

—No creo, Boabdil, que con todo el castigo que Granada ha recibido nadie pueda aventurarse a una guerra interna, con los cristianos a nuestras puertas. No estamos preparados...

—¿Cuándo hemos estado preparados para matarnos entre nosotros?

Boabdil y El Muleh se miraron a los ojos, interrogándose en silencio hasta que el primero volvió a hablar, intentando que la indignación no llenase sus palabras de

agresividad hacia su fiel El Muleh.

—Dime, ¿quién garantiza que mi madre, ese exaltado de Muza o incluso Aben Comisa apoyados por los faquíes no se dediquen a organizar a todos los rebeldes en mi contra si me decido a entregar Granada? ¿Y de nuevo debo unirme a ellos, a los cristianos, para combatir a esa facción de los míos? ¿A mi madre? ¿Y continuar así eternamente para tal vez mañana pelear contra mis hijos o contra quienes pretendan luchar en su nombre, aquí, en Granada o dondequiera que nos destierren? No, amigo mío. Es el momento de estar unidos. Esa es la única posibilidad, el único legado que ya podemos dejar a nuestra espalda.

El Muleh bajó la cabeza. Entendía ese último acto de su rey, por muy descabellado que le pareciese. Boabdil dio unos pasos hasta una de las ventanas. Los viejos leones miraban impertérritos hacia las columnas que rodeaban el patio. Se encogió de hombros levemente.

—Quién sabe —dijo, como si hablara para sí—. Hay quienes aseguran que tal vez Isabel y Fernando recapacitarán al saber que estamos dispuestos a enfrentarnos a ellos, y que antes que volver a comenzar una nueva guerra preferirán mejorar las condiciones que nos han ofrecido. De ese modo, tal vez todos seríamos beneficiados. Los más reacios aceptarían finalmente la situación y todos abandonaríamos Granada unidos.

Se giró levemente Boabdil y miró a El Muleh. Este lo observaba con el rostro impasible, sin mostrar ya ninguna emoción. El rey volvió a mirar por la ventana. Allí estaban aquellos leones, imperturbables, desafiando al tiempo e ignorando las veleidades de los hombres, sus pequeñas miserias.

Boabdil continuó hablando en voz baja, sin importarle demasiado si podía ser oído por El Muleh, pues en cualquier caso sabía que este ya había intuido lo que iba a decirle.

—Yo tampoco creo que los cristianos retrocedan ni un solo pie en sus pretensiones. —Respiró profundamente Boabdil—. Los atacaremos por sorpresa. Intentaremos hacerles el mayor daño posible. Luego comprobaremos la dimensión de su respuesta y nos prepararemos para resistir.

—*Judica me, Deus, et discerne causam meam de gente non sancta: ab homine iniquo et doloso erue me.*

La voz del gran cardenal de España retumbaba en el templo sevillano. Cuatro obispos concelebraban la misa y de todas las paredes de la catedral colgaban guirnaldas blancas. Los muros y las zonas que estaban en construcción se cubrieron con paños, también blancos, de seda. El suelo de la plaza a la que daba la fachada principal y los peldaños de la escalinata de entrada al templo se habían cubierto de una alfombra de romero y el gentío se agolpaba allí, cogiendo ante los descuidos de la guardia ramas del oloroso arbusto que habría de traerles la fortuna, todos

expectantes por ver salir a los reyes y a su hija, la infanta Isabel, recién casada.

«Júzgame Tú, oh, Dios, y defiende mi causa de la gente malvada...», Gonzalo Fernández de Córdoba, arrodillado junto a su esposa en las primeras filas del templo, repetía en su interior las palabras del gran cardenal, que levantaba las palmas al cielo de aquella bóveda majestuosa.

—*Quia Tu es Deus, fortitudo mea...*

«Pues Tú eres, oh, Dios, mi fortaleza...».

Resplandecía el sol con toda intensidad y el retumbar de los cascos de los caballos se expandía como un tronar alocado por las estrechas calles del pueblo. Muza ben Abul Gazán, cabalgando un caballo de un negro tan intenso que parecía tintado de azul, encabezaba el ataque a El Padul, un estratégico pueblo fronterizo situado al sur de Granada y con un castillo de defensa muy sólida por el que habían disputado a sangre y fuego los cristianos y el Zagal antes de su rendición. Ahora Muza, por orden de Boabdil, lo atacaba con el fin de devolverlo al dominio de los nazaríes.

Poco antes del amanecer, cuando los soldados aún dormían y la guardia consideraba la noche ya salvada, la guarnición de El Padul había sido sorprendida por el ataque repentino y virulento de Muza. La noticia había llegado poco después a Sevilla, pero la reina Isabel había decidido que los esponsales de su hija con el príncipe heredero de Portugal siguieran adelante y ninguna parte de la ceremonia ni de los festejos se vieran interrumpidos por el inesperado ataque.

Desde su lugar en el templo, Gonzalo miró a la reina Isabel, observó aquella expresión serena, los labios levemente fruncidos en una sonrisa tranquila, llena toda ella de aparente paz. Las mandíbulas del rey, por el contrario, estaban apretadas, tensas. Sus ojos vagaban extraviados por el altar, visiblemente perdido en sus pensamientos. Todos suponían cuál era la situación en el pueblo de El Padul, una vez tomado el castillo. Ese ataque de Boabdil era una muestra de rebeldía y de fuerza, y por tanto todos sabían que sería despiadado, feroz.

Gonzalo imaginaba los oscuros sentimientos que en esos momentos rondarían a Boabdil. Nadie mejor que el rey granadino tenía conciencia de que había entrado en un camino doloroso, sin vuelta atrás. Y él, Gonzalo, sabía que debería enfrentarse a quien ya estaba destinado a ser el último rey nazarí, y que tanto Isabel como Fernando le ordena rían que usara todos sus conocimientos sobre Granada y Boabdil, que dispusiera de toda su astucia y de toda su fuerza para derrotarlo.

—*Emitte lucem Tuam et veritatem Tuam...*

La joven infanta sonrió levemente a María Manrique, la esposa de Gonzalo, y entornó los ojos en un acto de recogimiento. Gonzalo miró al gran cardenal de España, sus manos blancas, hervidas, los dedos temblando como una llama moribunda.

«Envíame Tu luz y Tu verdad...». La vista de Gonzalo vagaba por aquellos vestidos con adornos de raso y terciopelo, el color blanco, casi puro, del cuello de una doncella, el puñal de plata del marqués de Tendilla y el oro bordado en la casulla de los obispos. Y de un lado a otro volaba el olor de los nardos mezclándose con el incienso y la cera en una marea dulce de perfumes.

«Envíame Tu luz y Tu verdad...».

Por la calle corrían niños y mujeres desnudas, ensangrentados. A los niños les habían cortado las orejas y la lengua. A las mujeres, los pezones. Violadas, los muslos manchados de sangre marrón. Los jinetes que corrían desbocados las alanceaban a su paso entre gritos de victoria y aullidos. Los golpes de un hacha derribaban una puerta y del interior de la casucha tres o cuatro bereberes sacaban a rastras a una anciana, un niño tambaleante y lloroso caminaba detrás de su abuela y de los soldados. Entre risas y golpes los echaban a ambos a la enorme hoguera que ardía en medio de la plaza. Los devolvían al fuego con horcas y lanzas entre alaridos, la peste de la carne y el pelo quemados.

En las bodegas, en los pajares, en las calles abiertas al campo por donde intentaban huir, eran pasados a cuchillo, degollados, tiroteados, hombres, niños y mujeres. En la crujía de la iglesia fueron colgados el cura y su ama y mientras se debatían les prendieron fuego a los sayones que vestían cuando fueron sacados de debajo de la cama.

Caía la noche y por todas partes se oían lamentos y gritos de piedad y las risas de los asaltantes, que tenían más que ver con el delirio que con la alegría. Olor a sangre y a gente quemada, la humareda de algunas casas que habían ardido. Ahorcaron a los soldados que habían sobrevivido al combate en las almenas del castillo. A los heridos los colgaban de un garfio y allí quedaban sus pies contoneándose de un modo siniestro entre las sombras.

En el baile reían y se hacían confianzas las damas de la corte y las jóvenes doncellas. Sonaba deliciosamente en el salón la guitarra morisca combinada con la giga y la espineta. Los caballeros seguían el compás de la música llevando entre sus dedos los dedos pálidos de las damas. El rey Fernando había abandonado la sala acompañado por el marqués de Tendilla y por Pérez de Guzmán y Fonseca, duque de Medina Sidonia. La reina Isabel, por el contrario, seguía presidiendo el baile, comentando con las señoras llegadas de Portugal lo majestuoso de los regalos recibidos, la delicadeza y madurez de la infanta, la piedad cristiana que se desprendía de cada uno de sus actos.

Al poco, un servidor del rey se acercó discretamente a Gonzalo y le pidió que lo acompañara. Unos pasos más allá de donde él se encontraba ocurrió lo mismo con Ponce de León, marqués de Cádiz. El bravo militar, que parecía realmente disfrazado con aquella indumentaria palaciega, se unió en silencio a Fernández de Córdoba.

Ambos intuían lo que les esperaba. A pesar de ello se sorprendieron al ver el rostro desencajado, profundamente pálido, del rey Fernando. A su lado se encontraban los nobles que anteriormente había hecho llamar y también Alonso de Cárdenas, maestre de Santiago. Sobre una mesa estaba desplegado un hermoso mapa de Andalucía que reproducía dibujos de ciudades, bosques y fortalezas. En el punto donde se encontraba Granada, se cimbreaaba, hincada en la mesa, atravesando el mapa, la hermosa daga del rey Fernando.

XVII. SANTA FE

La tierra embarrada temblaba con un crujido sordo. Cientos de carros, miles de hombres avanzaban bajo la planicie gris y sucia de aquella primavera. La vega era un páramo desolado después de la gran tala que los reyes Isabel y Fernando habían mandado llevar a cabo para dejar desprovista de víveres Granada, toda la comarca. Una gran maquinaria de guerra se acercaba a la ciudad y los centinelas situados en sus torres más altas no daban crédito a lo que veían sus ojos ni acababan de comprender el destino de todo aquel material que traían los cristianos sobre aquella nube de carros y bestias.

Los bueyes mugían ahogadamente arrastrando aquella carga pesada. Vigas, yunques, hierros y arena, material de construcción unido a máquinas de guerra, munición y artillería que avanzaban casi como una ciudad rodante y gris, tirada por animales y hombres embarrados. Se detuvieron muy cerca de la ciudad, poco más allá de un tiro de bombarda.

En pocas jornadas, los vigías granadinos vieron cómo una enorme cruz se dibujaba en la llanura húmeda, casi pantanosa, en la que se había establecido el campamento cristiano y cómo a sus costados empezaban a clavarse en el suelo estacas y vigas, cómo de la nada empezaban a levantarse los muros y las travesías de una nueva ciudad. El mensaje de los cristianos estaba lanzado. Aquel no era el campamento provisional que se montaba para sostener un duro asedio. La solidez y la envergadura de aquella construcción eran la señal más clara de que el campamento cristiano no se levantaría nunca, que las tropas castellanas tenían intención de permanecer allí indefinidamente acosando a los granadinos y no se moverían de aquel lugar si no era para entrar en la ciudad de Granada.

Cada día arribaban nuevas tropas y gente empleada en construir aquella ciudad-cuartel que repentinamente se había alzado frente a Granada y que fue bautizada con el inequívoco nombre de Santa Fe. Bullía como un hormiguero lleno de púas y espinas. Lanzas, estacas, vigas y pendones, banderolas flameando al viento. Un espectáculo que para los granadinos resultaba al mismo tiempo asombroso y siniestro. Aquel era un cuadro que representaba su final y en el que el demonio daba cada día una nueva pincelada.

Boabdil acudió una mañana a una de las torres acompañado por El Muleh y Aben Comisa. Despuntaba el sol y de entre aquel campo grisáceo se levantaban destellos plateados, el tenue reflejo del primer sol brillando mansamente en las armas y las herramientas.

A pesar de la amenaza que significaba aquella construcción, Boabdil se encontraba de un aceptable humor esa mañana.

—¿Te ha confesado mi madre lo que piensa de todo esto? A mí, cuando le pregunto, solo me dedica miradas llenas de ira, como si la idea de construir esa ciudadela frente a nosotros hubiese surgido de mi cabeza.

Aben Comisa, con sus ojos ahuevados enturbiados, paseando la mirada varias veces del campamento cristiano a un lugar impreciso de la cara de Boabdil, esperó unos segundos antes de responderle. Lo hizo finalmente con una firmeza que desmentía aquellos titubeos:

—Tu madre, señor, es una mujer a quien Alá magnánimo dio el valor de cien hombres y no se deja atemorizar por la vanidad de esos despliegues ni por juegos de pavo real.

Boabdil rió sinceramente. Aunque podía esperar una respuesta parecida, aquella comparación le sorprendió. Aben Comisa, gordo y oliváceo, lo miraba con el ceño fruncido.

—Juegos de pavo real —repitió, todavía sonriente, Boabdil. Y poniéndose serio a medida que hablaba, como si solo entonces hubiera oído en verdad las palabras de Aben Comisa, añadió—: ¿Realmente crees que todo esto...? —Extendió el brazo hacia el campamento cristiano sin dejar de mirar a los ojos a Comisa, que le mantenía ahora la mirada—. ¿Que todo esto es el juego de un pavo real? ¿Una pobre gallina mostrando sus plumas?

—Puede ser, señor, una maniobra para impresionar a los más débiles de ánimo, a los que no tienen fe en Alá y en la protección que su misericordia le concede a Granada, una prueba...

Boabdil alzó la mano ordenándole que se callara. Su gesto se volvió sombrío, cualquier atisbo de alegría había desaparecido de su ánimo:

—Ya basta. Basta ya, Comisa. Sé demasiado bien cómo piensa mi madre, y sé cómo piensas tú. —Le hizo una señal con la que le indicaba que la conversación había terminado, y se quedó mirando hacia el campamento cristiano.

—Yo, señor, soy tu siervo más leal.

Boabdil hizo un gesto afirmativo, desganado, triste. Lo miró a los ojos.

—Lo sé, lo sé, Comisa. Sé lo que vales.

Aben Comisa mantuvo unos instantes la mirada de Boabdil y a continuación se inclinó levemente en señal de respeto antes de empezar a alejarse con aquellos pasos torpes e indecisos, su figura rechoncha y algo encogida, trasluciendo aquella vieja impresión de que los tendones de sus extremidades eran demasiado cortos y todo en él se encogía y se doblegaba de un modo extraño, falso.

Boabdil y El Muleh se quedaron solos en las almenas del torreón, observando la planicie que tenían ante ellos, aquel bullir laborioso que se iba extendiendo por la

llanura. El viento soplaba y el primer calor del día se dejaba sentir despertando los olores de la primavera. No intercambiaron ninguna palabra los dos hombres. Cada cual sabía lo que el otro pensaba. Habían sido meses de profunda angustia. Casi agónicos. Atrás habían quedado los primeros compases de esa nueva fase de la guerra, cuando Boabdil recibió ayuda de sus hermanos del norte de África, armas, dinero e incluso hombres para hacer frente a los cristianos. Entonces había logrado la conquista de Adra con un golpe de audacia. Tenía abierto el camino al mar y todavía obtuvo alguna victoria menor en las Alpujarras, algunos torreones conquistados, algunos mudéjares que recibían a sus tropas como a héroes y se hacían devotos del libertador Boabdil.

El sueño fue breve. Adra le fue arrebatada por Alonso Venegas, que desembarcó en las inmediaciones de la ciudad con tropas disfrazadas de árabes y, haciéndose pasar por refuerzos enviados desde Marruecos, consiguió entrar en la guarnición y la pasó a cuchillo. A partir de ahí todo fue retroceder, ir cediendo terreno. Solo ocasionales golpes de mano, cabalgadas de Muza y su gente, rompían el avance de los cristianos. La situación fue ya tan hostil que Abdallah el Zagal decidió abandonar la Península y pidió a los reyes cristianos paso franco para cruzar con su gente a África. Aquel soldado aguerrido que durante un tiempo fue azote de los castellanos y soñó con llevar sobre su cabeza la corona del reino dejaba atrás definitivamente Granada. Una columna de bereberes africanos, viejos soldados llegados desde oriente, zarpó con él.

Boabdil vislumbró en ese último viaje del Zagal la amenaza de su propio futuro. La presión sobre Granada aumentaba. Con la llegada del año 1491 el implacable conde de Tendilla sustituyó al marqués de Villena como capitán general de la frontera. La corte cristiana se trasladó de Sevilla a Alcalá la Real, apenas a seis leguas de la ciudad de Granada. Boabdil se había reunido entonces con El Muleh. Estuvieron de acuerdo en intentar un nuevo acercamiento a los reyes cristianos para negociar las condiciones que querían imponer a los granadinos.

Creyeron que Abraham de Robledo, hombre en el que se fundían todas las culturas del reino, podía ser el mejor emisario. Fue escuchado únicamente por cortesía. La respuesta fue negativa. No iban a ceder ni en una sola de sus pretensiones. Boabdil había querido la guerra y estaban dispuestos a dársela. Nada había que negociar. Y por si Boabdil tenía alguna nueva tentación de sondear la voluntad de Isabel y Fernando, solo unos días después se produjo la tala de la vega granadina por parte de las fuerzas cristianas.

Arrasaron campos y huertas de un modo exhaustivo, tal vez sin la virulencia y crueldad con que algunas otras veces habían irrumpido en aquel mismo territorio, pero lo hicieron con una meticulosidad jamás antes vista. Como una auténtica máquina de destrucción, sin dejar tras ellos ningún atisbo de vida, ni humana, ni

animal ni vegetal. Y ahora estaban allí, frente a Granada, frente a la mirada de aquellos dos hombres, Boabdil y El Muleh, hermanados por la desgracia y por años de insobornable lealtad.

Frente a los muros de Granada, frente a aquellos dos hombres que miraban la amenaza de aquella ciudadela naciente, una figura imperceptible en la distancia, un hombre inmóvil, situado bajo el pendón de Castilla, observaba en sentido inverso las murallas de Granada y el laberinto de casas, la imponente mole de la Alhambra. Gonzalo Fernández de Córdoba había llegado con la segunda avanzada cristiana. Venía de Alcalá la Real, precediendo al ejército del rey.

En la improvisada corte había mantenido largas conversaciones con el rey Fernando. Gonzalo sabía que el rey, debido a las complejas relaciones que Aragón mantenía con Francia, deseaba cerrar cuanto antes el conflicto granadino para centrarse en aquel otro problema. Gonzalo era la llave para encontrar una salida al laberinto en el que se hallaba atrapado Boabdil.

—Majestad, contáis con la voluntad de Boabdil para negociar la paz. Nadie como él tiene conciencia de que la guerra abierta no conducirá más que a una lenta agonía para Granada y a un desgaste innecesario para Aragón y Castilla.

Fernando dudaba. No podía admitir ante aquel súbdito que él mismo se encontraba atenazado por los obispos y consejeros de la reina Isabel y por la propia reina.

—Le hemos concedido tantas oportunidades de rendir Granada en condiciones favorables para él que si ahora nos desdijésemos de nuestra palabra, no solo pareceríamos débiles sino faltos de cordura, locos.

Gonzalo medía sus palabras.

—No solo a Boabdil pueden afectar esas condiciones favorables, majestad. También las casas importantes de Granada y sus ulemas deben sentir confianza, saber que serán respetados. Ellos son quienes infunden el temor o el perdón entre el pueblo, desde las mezquitas. Mientras eso no ocurra, Boabdil no tiene ningún recurso para variar su actitud.

—Tendrá la protección de la reina y la mía propia. Él y su familia.

—Debéis proporcionarle, señor, una salida. Algo que verdaderamente pueda ofrecer a los granadinos y a toda esa gente que de un modo miserable los manipulan. Algo que Boabdil pueda esgrimir y mediante lo cual la firma de la paz no signifique un acto de traición para su pueblo.

—Esa, traición, es una palabra de la que Boabdil conoce todas las letras. No deberías empeñarte tanto en su defensa. No nos encontraríamos en este paso si tu protegido Boabdil hubiera cumplido con lo pactado.

El rey miró fijamente a Gonzalo, midiendo la reacción de este a sus palabras. Fernández de Córdoba sostuvo la mirada, sin caer en la tentación de recordar que

tanto unos como otros habían roto los pactos a su antojo.

—Majestad, no hablo en su favor, principalmente lo hago en el de nuestros reinos. ¿A qué empeñarnos en una batalla que por las dimensiones y las defensas de Granada ha de ser encarnizada, derramando tiempo, sangre y economía, pudiendo obtener lo mismo a un precio mucho más bajo?

Sonrió el rey Fernando, miró con simpatía a Gonzalo y negó con la cabeza.

—No temas, Gonzalo. Es cierto que dilataremos el tiempo. La economía que aquí se derrame, y que será mucha, te aseguro que la recuperaremos con creces a partir de que pongamos nuestro primer pie en Granada. Y en cuanto a la sangre, menos todavía has de temer. Escarmentamos en Málaga. No emprenderemos una batalla igual ni aún parecida. Nos asentaremos tan firmemente como nunca antes se ha visto frente a una ciudad, y nos limitaremos a asfixiarla, a dejar que la gente se pudra ahí dentro hasta que nos suplique, hasta que venga a implorarnos por su dios y por el nuestro que entremos en ella.

Ahora ya se encontraban allí, empezando a ahogar aquella ciudad, la fortaleza de la Alhambra, que se alzaba roja y majestuosa entre el verdor oscuro, casi negro, de las arboledas. Estaban allí para estrangular hasta los últimos estertores a aquel pueblo que todavía osaba desafiarlos, y con él a su rey, el maldito, el desgraciado.

Hacia el final de la primavera empezaron a llegar al poblado de Santa Fe comerciantes de todo pelaje y gente en busca de dinero. Acudían desde todas las comarcas de Andalucía y desde más arriba del desfiladero de Despeñaperros. Aquel hervidero de soldados y constructores era una especie de néctar para los vendedores de cualquier tipo de mercancías. En el ala más apartada del campamento, donde los barracones se perdían en unos desmontes de aquel marjal que todavía rezumaba aguas pantanosas, se establecieron las prostitutas y sus guardianes.

La ciudadela disponía ya de sólidas murallas y torreones desde donde se veían salir al campo abierto a los soldados y nobles granadinos que retaban a sus iguales cristianos a combatir en duelo. Avanzaban entonces los hombres de un lado y del contrario para presenciar el combate. Desde lejos veían aquellas figuras vestidas con llamativos colores y pesadas armaduras con escolta de escuderos y armeros. Cabalgaban una contra la otra entre el batir desacompañado de los tambores, el griterío de los dos ejércitos y las invocaciones de curas y ulemas. Un fragor sordo se expandía por el aire como una tormenta hecha de voces humanas y de un incesante golpear de espadas y mazas sobre los escudos. A lo lejos, una figura sangrante se arrastraba por el suelo y otra, victoriosa, galopaba llevando el pendón del vencido.

Solo de tarde en tarde una columna salía por sorpresa de las murallas granadinas y, evocando aquella vieja táctica guerrera del *karr wa-farr*, los nazaríes soltaban un ataque fulgurante y rápido, lo más destructor posible, para inmediatamente replegarse

a sus posiciones, sin llegar nunca a entablar un enfrentamiento total debido a la desproporción de fuerzas que había entre ambos ejércitos. Pero ni siquiera aquellos ataques, que a veces producían bajas sensibles, hacían que los cristianos se lanzaran contra las murallas de Granada. Esperaban que su presa se fuese debilitando y apenas usaban sus importantes piezas de artillería. Nada más que disparaban en contadas ocasiones, cuando los jefes artilleros consideraban que el daño sería preciso y contundente o en momentos de una apacible calma en los que aquellas potentes bombas causaban un pánico inesperado entre los desprevenidos habitantes de la ciudad.

Sí tronaron los cañones con un eco especial a mediados del mes de junio. Celebraban la llegada de la reina Isabel al campamento. Con la presencia de la reina quedaba rubricado el hecho de que la toma de Granada era ya una conquista irrenunciable. Fueron entonces despedidas las prostitutas, sacadas del campamento en carretones que se perdieron en el campo durante la noche para quedar instaladas en unas barracas de madera, al pie de una colina boscosa y umbría. En Santa Fe se acabó la construcción de la primera capilla y aún se hizo más intenso el comercio al quedar establecida allí la corte. Cada día aparecían reatas de mulas cargadas de mercancías, carruajes variopintos, caballos y burros en los que llegaba toda clase de arribistas, buscadores de fortuna y aventureros.

Desde la sitiada Granada se veía aquel dinámico ir y venir de gente, aquella fulguración vital que contrastaba con la vida cada vez más sombría y mortecina que transcurría en el interior de la ciudad sitiada. En su interior se agolpaban miles de refugiados, gente que había venido huyendo de las pequeñas ciudades y pueblos ocupados por los cristianos y que ahora vivía de modo miserable en las calles de Granada.

Avanzaba un verano seco, duro, casi flamígero, y los granadinos empezaron a notar de una forma acuciante las privaciones a las que los tenía sometidos el sitio. Apenas se combatía ya, dejaron de salir las tropas de Granada con aquellos ataques llenos de fuerza de los primeros tiempos del asedio, y en el lado cristiano seguían amasando la paciencia, dejando que aquel guiso se cociera a un fuego lento, implacable.

El Muleh continuaba explorando la ciudad, mezclándose con los granadinos más humildes, yendo de la Alhambra al Albaicín, perdiéndose por las mezquitas y callejeando por los lugares más apartados. Las noticias que llevaba a Boabdil eran cada vez más oscuras.

Uno de los últimos días de agosto, El Muleh le contó cómo había visto pelear desesperadamente a dos niños por la rata que uno de ellos había cazado para comérsela.

—Las familias de los niños se han lanzado entre ellas a una pelea encarnizada.

Peleaban por algo más que ese miserable bicho. Habrían matado a quien fuese.

Boabdil escuchaba con atención a su viejo consejero y asentía levemente con la cabeza.

—Y poco después, cuando llegaron unos soldados para intentar calmar a quienes peleaban, la gente que había por allí, los mismos que hasta un momento antes habían peleado entre ellos, se revolvieron todos para enfrentarse a los soldados. Se unieron contra ellos, tirándoles piedras, los atacaron con martillos y cuchillas de carpinteros.

—También a ti, si te hubiesen reconocido, te habrían atacado. Y a mí.

Esta vez fue El Muleh quien asintió.

—Maldecían a los soldados y también a ti. La madre de uno de los niños que había iniciado la pelea acabó muerta, herida por una lanzada que le atravesó el cuello. Los soldados tuvieron que retirarse bajo una tormenta de piedras y tiestos que caían desde las ventanas. Eso es lo que he visto, Boabdil. Así es la vida ahora en las calles de Granada.

—Espero que aquello que tú y yo comprendimos hace tiempo lo hayan entendido ya todos. No creo que ya nadie piense que la resistencia sea posible ni se pueda prolongar. Es el momento de convocar una asamblea de principales y saber lo que piensan.

—Es una idea razonable, señor. Pero tienes que saber que te encontrarás con la oposición de tu madre y los suyos. Se opondrán a todo lo que no signifique mantener el gobierno de la ciudad, a cualquier precio.

—Tal vez, pero ojalá que no sea así y Alá todopoderoso los ilumine. En cualquier caso, tenemos algunos pasos ganados por todo lo que en secreto hemos avanzado. Ocurra lo que ocurra, de ninguna manera desvelaré que las conversaciones ya están iniciadas, pero intentaré hacerles ver a todos que es de máxima prioridad entrar en negociación con los cristianos.

Los ojos cansados de Abul Casím el Muleh se quedaron fijos en la figura de su señor. Allí estaba aquel pequeño príncipe sobre el que al poco de nacer había visto caer una maldición que le auguraba una vida tormentosa antes de convertirse en el último rey de una larga dinastía. «Un río que desembocará en ninguna parte, en un páramo reseco y abandonado, lejos del mar», recordó El Muleh.

Aquel futuro entonces lejano se abría ahora ante ellos como un enigma. Pero todo el camino hasta llegar a él había sido tan largo y tan doloroso que ya ambos ansiaban que la vieja maldición se consumara. Desde semanas atrás, Boabdil había iniciado en secreto contactos con los reyes cristianos. Había rebajado sus condiciones para rendir la ciudad y todavía confiaba en obtener algún atisbo de benevolencia de Isabel y Fernando.

Generales despojados de petos y armas, únicamente con sus cuchillos curvos y

sus dagas balanceándose en su cintura dentro de las fundas repujadas. Ulemas, faquíes con sus túnicas sencillas y sus miradas llenas de desconfianza, alcaides de las fortalezas, algún filósofo, todo el poder de Granada estaba convocado en la Alhambra. Aben Comisa murmuraba al lado de Aixa, que, con su vestido negro y la cara dividida en dos por la mueca agria de su boca, aguardaba a que su hijo Boabdil hiciera acto de presencia. El Muleh lo observaba todo desde un rincón.

Boabdil llegó solo y todo el rumor de la sala se acalló de un modo brusco, casi violento. No tardó en exponer todas sus preocupaciones y señaló sin ningún tipo de ambigüedad cuál era la situación militar y económica de Granada.

—Los graneros muy pronto estarán completamente vacíos y no se atisba ninguna posibilidad de que puedan volver a llenarse. Ni podemos cultivar ni nadie está dispuesto a atravesar ese cerco de hierro que tenemos ante nosotros. Nadie se atreve a desafiar a Castilla y Aragón para ayudar a un reino que mañana puede ser solo ceniza.

Aixa miraba impasible a su hijo. La grieta de su boca permanecía rígida, intacta, como una cueva que llevase años derrumbada. Ni siquiera se estremecía escuchando los susurros que Aben Comisa iba dejando en su oído. Miraba al frente, a su hijo, y solo de vez en cuando, con el rabo del ojo, observaba a Muza ben Abul Gazán, su joven halcón. Muza, al contrario que la madre del rey, daba muestras de impaciencia. Gesticulaba, fruncía el ceño, negaba con la cabeza mientras Boabdil continuaba hablando.

—Granada ya apenas existe. No importa cuánto dolor nos cause ese hecho. La ciudad que tenemos en nuestro recuerdo apenas se corresponde con esta por la que vagan miles de hambrientos. Nuestro ejército tenía siete mil caballos. Siete mil animales briosos y bien alimentados dispuestos a cabalgar contra no importaba qué enemigo, por grande que fuese. Anoche mandé contar los caballos de todos nuestros establos.

Boabdil, hizo una pausa, miraba a los ojos de quienes tenía ante él, los suyos albergaban un reflejo acuoso y reblandecido, pero sereno. Continuó hablando. Inmóvil, sin ni siquiera girar la cabeza, solo recorriendo con la vista los rostros de quienes lo escuchaban.

—No fue un trabajo largo hacer esa suma. Trescientos caballos. A eso ha quedado reducida nuestra poderosa caballería. Trescientos animales enflaquecidos. Unos han muerto de hambre y otros han servido de alimento a los soldados y a parte de esa turba que anda por nuestras calles. Hay miles de mendigos y vagabundos, refugiados, gente desesperada que ya no acata ninguna ley. Hasta cincuenta ladrones han sido ahorcados por robar caballos a nuestro ejército. Pronto esa cifra empezará a multiplicarse con los saqueadores que entran en vuestras casas y asaltan los almacenes reales, a la par que la peste y las enfermedades nos diezmarán. Ya no

podemos seguir engañándonos ni encontrar otras alternativas. Ante nosotros solo se abren dos caminos. Los dos dolorosos. La muerte o la rendición.

El silencio se mantuvo durante unos instantes, absoluto, denso. Ojos que se bajaban al toparse con los de Boabdil, miradas esquivas o perdidas en el vacío. Cabezas que asentían. Un murmullo suave circuló entre aquellos ciudadanos elegidos. Se oyeron palabras nítidas de apoyo a Boabdil. Fue entonces cuando Muza dio un paso adelante e hizo una reverencia al rey.

—Señor, has hablado con sabiduría y Alá misericordioso ha iluminado tus palabras. Los granadinos están atravesando una prueba de fuego y cualquier otro pueblo estaría abocado irremediablemente a elegir entre uno de los caminos que propones. Pero Dios, para hacernos recapacitar y buscar en nuestro interior, no ha querido poner en tu lengua la tercera de las posibilidades. Resistir.

El murmullo se elevó hasta impedir que las palabras de Muza pudieran ser oídas. Aquellas figuras que hasta entonces habían permanecido prácticamente inmóviles se giraban a un lado y a otro interpelando a sus vecinos, señalando con desprecio a Muza. Este sonrió, dejó que cada cual se desahogara a su antojo y en voz alta repitió:

—Resistir. Sí. Nuestros recursos están gravemente mermados, sí, pero no agotados. Y nuestros hermanos musulmanes no nos abandonarán. El sultán de Egipto nos ha prometido socorro.

Boabdil hizo un gesto reclamando la presencia de un criado. Se le acercó un hombre menudo llevando una bandeja sobre la que había doblado un pliego. Boabdil lo cogió y lo lanzó despectivamente, como quien echa un mendrugo a un perro, hacia donde se encontraba Muza.

—El sultán de Egipto envió sus noticias hace unos días. Ahí tienes, contados con muchos y engolados detalles, los motivos que le impiden ayudar a sus hermanos.

—Entonces que se basten los granadinos. Que todo el mundo ponga en nosotros sus ojos y se asombre de nuestro valor y de nuestra decisión. Todos os quejáis de esa gente que se agolpa por las calles. —Muza se volvió hacia sus conciudadanos. Alzó aún más la voz y continuó su arenga—: ¡Levantémoslos! ¡Levantemos al pueblo entero, démosle armas y salgamos a hacer frente a nuestros enemigos! A esa gente que ha venido a arrebatarnos nuestra tierra y nuestra vida. ¿En verdad pensáis entregar Granada sin luchar por ella?

Su mirada iba de un general a otro, se movía entre los alcaides, se acercaba a uno de ellos, casi pegaba su frente a la de otro.

—Decídmelo. Quiero oírlo de vuestra propia voz. Que renunciáis a Granada, que no estáis dispuestos a combatir por ella. Que alguien pronuncie aquí, en el corazón de la Alhambra, esas palabras.

Desde un rincón de la sala pudo oírse la voz de El Muleh, clara y serena, curiosamente rejuvenecida:

—Aquel que alguna vez se hubiese atrevido a decir que renunciaba a Granada sin combatir por ella habría recibido mil veces la maldición de Alá.

El Muleh avanzó apenas un par de pasos, los que lo rodeaban se volvieron para observar aquella figura esbelta que hasta entonces había pasado desapercibida.

—Nadie, ninguno de los presentes, se atrevería a pronunciar esas palabras que propones, Abul Gazán. Todos los que nos encontramos aquí, cada uno en la medida de sus fuerzas, hemos combatido por Granada. Llevamos diez años combatiendo por ella. Diez años de sufrimientos encadenados y que, si la vida diese para tanto, multiplicaríamos por otros diez para salvar Granada. Morir todos nosotros por salvarla. Todos lo aceptaríamos. Hoy. Ahora mismo. Pero eso no es posible. La muerte de todos sería inútil. Al día siguiente, Granada estaría en poder de los cristianos. No la podemos salvar. Esa es la tragedia, no la muerte o el combate.

—Todas esas palabras no sirven más que para enmascarar la cobardía. ¡Prefiero estar entre quienes mueran defendiendo Granada que entre los supervivientes que la rindan!

Muza siguió moviéndose entre los presentes, yendo de una persona a otra, interrogándolas inútilmente con la mirada. Solo encontró párpados bajados o gestos de negación, miradas huidizas, nadie que lo apoyase. La voz de Boabdil acalló el murmullo.

—Ha llegado la hora que nunca quisimos que se cumpliese en nuestras vidas. Mañana, nada más despuntar el día, enviaré un emisario a los reyes cristianos. Confío en poder obtener de ellos gracia para los granadinos y que puedan continuar aquí su vida sin tener que renegar de su fe ni tampoco perder su dignidad.

Boabdil ignoró el gesto destemplado de Muza ben Abul Gazán. La figura de su madre era un bulto oscuro e inmóvil, situado en un extremo de la sala en el que Boabdil no quiso posar la vista.

XVIII. EL TIEMPO NUEVO

La quietud de la noche, sin luna y prematuramente fría, quedaba rota por aquella pequeña comitiva. Un grupo de media docena de jinetes dirigiéndose al paso por las empinadas cuestas que conducían a la Alhambra. No llevaban luz de ninguna clase y avanzaban a oscuras, pero los cascos de sus caballos resonaban en la piedra con un eco redoblado en aquel paraje desierto. Al encuentro de los cuatro cristianos habían salido dos hombres de la guardia personal de Boabdil. Les habían dejado el paso franco para entrar en Granada y ahora eran ellos quienes marchaban en cabeza, guiando el grupo.

Estaba avanzado el mes de septiembre. Entre los árboles se oía intermitente el canto de un búho y a lo lejos, tal vez llegando de las calles del Albaicín, resonaban unas voces alteradas, los gritos de alguna pelea callejera de las que entonces tanto abundaban en la ciudad. Los seis jinetes entraron en la Alhambra por la puerta de la Justicia. Llegaron hasta la plaza de los Aljibes y allí desmontaron para seguir a pie. Atravesaron la alcazaba y alcanzaron la torre de la Vela. Los soldados que se encontraban de guardia los miraron fijamente al cruzar ante ellos, conscientes de que su futuro estaba en manos de esa gente a la que ahora daban paso.

Después de subir unas escaleras estrechas, llegaron a una sala medianamente iluminada. Al fondo, de espaldas a ellos había dos figuras. Dos hombres que hablaban entre sí. Uno de ellos era Abul Casím el Muleh, el otro, Boabdil, giró la cabeza para mirar a los recién llegados. El último de los cristianos en entrar en aquella dependencia militar fue Gonzalo Fernández de Córdoba. Iba envuelto en su capa azul y bajo ella se adivinaban el peto y la cruz de la espada.

Boabdil y Gonzalo se miraron a los ojos. Una sonrisa franca asomó a la cara del primero y venció la prevención del segundo, que de inmediato y reconfortado por aquella señal de afecto se acercó a Boabdil y quiso inclinarse ante él.

—Señor.

Boabdil tomó en sus manos los antebrazos de Gonzalo y lo alzó. Le dijo que empezaba un tiempo nuevo y que en el fondo de su corazón se alegraba de que los reyes hubieran decidido que fuese él, Gonzalo, el enviado en esa ocasión, pues así, el dolor, siendo mucho, era menor que si hubiera tenido que afrontar ese paso con un desconocido, con alguno de esos nobles altivos que se ufanaban de su victoria, de la derrota de Granada.

Gonzalo se volvió y señaló al primero de sus acompañantes, un hombre de mediana estatura, barba rala y ojos oscuros. Era Fernando de Zafra, el secretario real

y, según anunció Gonzalo, la persona sobre quien recaería el peso de la negociación mediante la cual Granada iba a ser entregada. Boabdil apenas inclinó la cabeza en señal de saludo para corresponder a la reverencia que el secretario real le hacía en ese momento. Por su parte, el todavía rey nazarí alzó una mano y la puso en el hombro de El Muleh. A él le cedía su representación Boabdil, él sería el encargado de defender los intereses de Granada.

—Solo espero que Alá y vuestro Dios quieran iluminarnos a todos en estos últimos pasos —dijo Boabdil antes de retirarse con Gonzalo a una sala contigua.

En la primera estancia quedaron El Muleh y Fernando de Zafra con sus secretarios y escribanos. Estaba acordado que las negociaciones se llevaran a cabo en Santa Fe a lo largo de las siguientes semanas. Sin embargo, promovido por Gonzalo, se había decidido que hubiera este primer contacto entre ambas partes. Un encuentro que aún no tendría carácter oficial, sin la rigidez que exigía la diplomacia y en el que de un modo sosegado y libre de protocolo quedarían establecidas las pautas de los siguientes pasos.

Y así, mientras se trazaba el esquema mediante el cual Granada iba a cambiar su destino después de tantos siglos, Boabdil y Gonzalo hablaron del futuro y también del pasado de cada uno de ellos. De la posibilidad de que Boabdil aceptara vivir en las Alpujarras, de su hijos, a los que pronto recuperaría, y de cómo los granadinos empezarían a ser informados a partir de entonces y de un modo paulatino del pacto que ya estaba en marcha.

Tumbados en unos modestos cojines, bebiendo el té que les iba sirviendo un criado, conversaron los dos hombres hasta muy entrada la noche. Por una de las estrechas ventanas de la estancia, casi una saetera, se veía el cabeceo de la copa de los árboles, una masa negra mecida por un viento silencioso. La muerte de Aliatar en el riachuelo Martín González, el cautiverio de Boabdil en el mismo torreón en el que había estado preso años atrás Gonzalo, las cabalgadas y la lucha contra el Zagal fueron revividas en un tono sereno, alejadas ya del estruendo y la furia del presente o de lo que repercute en él, ya engarzadas definitivamente esas imágenes al pasado. Cuentas de un collar que ahora se cerraba.

Muy poco antes del amanecer volvieron a salir los seis jinetes por la puerta de la Justicia. Una difusa luz anaranjada los alumbró al salir de Granada. Boabdil se quedó en aquella torre, mirando la llanura, hasta que el sol acabó de iluminar la ciudadela de Santa Fe.

Dos días después, partió de la Alhambra la primera comitiva encabezada por Abul Casím el Muleh. Vestía para la ocasión un traje rico de seda, la capa roja de los nazaríes. Iba sobre uno de los caballos pequeños y ágiles que montaban los soldados granadinos y lo acompañaban varios secretarios y albaceas, además de una escolta de diez lanceros.

Fueron recibidos con solemnidad por Gonzalo Fernández de Córdoba y Fernando de Zafra. Había formada una compañía de la guardia real y varios pajes acudieron a recoger los caballos y se ofrecieron para servir en cualquier cosa que necesitasen a los recién llegados, pero, al mismo tiempo, de entre la multitud que se agolpaba alrededor surgieron voces de burla y mofa, risotadas. Unas verduras podridas fueron a estrellarse a los pies de El Muleh, que miró aquellas hortalizas con calma, casi con curiosidad. Y aunque una mirada de Gonzalo bastó para que cesaran las risas y se acallaran por completo las voces de los soldados cristianos que allí se habían asomado, por detrás de ellos todavía continuaron las palabras de desprecio y los insultos de los comerciantes, curiosos y trotamundos llegados a Santa Fe.

Un recibimiento parecido aguardaba a los embajadores al regresar a Granada. Poco a poco se había ido corriendo por la ciudad la noticia de que se habían iniciado las negociaciones que acabarían con la rendición del reino a los cristianos. Hubo gente que acogió la nueva como una bendición que pondría fin a sus sufrimientos. Otros no dejaron de hablar de traición e invocaban a Muley Hacén, al Zagal e incluso a Muza o la reina Aixa, que nunca habrían consentido en entregar la ciudad sagrada de Granada sin derramar hasta la última gota de sangre. Pero como todo era un ir y venir de habladurías, el humor y las opiniones del común de los granadinos podía cambiar cada día según el signo de los rumores, dependiendo de lo que algún imán hubiera dicho en la mezquita o algún capitán en la plaza Bab-al-Rambla.

Hubo conatos de tumultos. Salió el ejército en varias ocasiones a temprar los ánimos en las calles y llevar un poco de orden a aquella gente desesperada a la que seguían azotando el hambre y las miserias de un asedio que no rebajaba su presión por mucho que las negociaciones fueran avanzando. El Muleh no dejaba de traerle cada día documentos y cartas lacradas a Boabdil, que a su vez remitía nuevos escritos a los reyes cristianos. Empezó a ser frecuente ver las figuras de Boabdil y Moraima a la caída de la tarde, una al lado de la otra, asomados al balcón desde el que se veía ocultarse el sol en el horizonte. En esos momentos, el campamento cristiano, a pesar de toda su majestuosidad y bullicio, parecía un pequeño hormiguero. Su magnitud quedaba disminuida por el esplendor de aquellos atardeceres, por la trascendencia que de ellos emanaba, tan por encima de los desvelos de los hombres, empequeñecidos por la presencia de aquella sierra que los miraba como una madrastra distante, de un solo ojo, omnipotente.

Y desde allí, desde ese marasmo parduzco y gris del campamento de Santa Fe, Boabdil y Moraima veían cada atardecer partir las figuras menudas, a veces alumbradas por candiles, de El Muleh y su escolta de secretarios y militares. Cada día más vencido y agotado el fiel servidor, pero al mismo tiempo cada día más cerca de terminar con aquel dilatado sufrimiento. El otoño era una cueva por la que se adentraban aquellos hombres. La luz del día cada vez era más débil y los ruidos del

mundo parecían apagarse. Con esa sensación despertaba en medio de la noche Boabdil demasiadas veces.

En varias ocasiones fue el propio Boabdil quien acudió a Santa Fe para tener audiencia con los reyes. Isabel y Fernando continuaron recibéndolo como a un igual. No se hicieron reproches. Boabdil no mencionó a los reyes el endurecimiento que había sufrido su antiguo acuerdo y como lo habían ido despojando, a él y a los granadinos, de atribuciones. Por su parte los reyes no quisieron recordarle en ningún momento al nazarí el quebrantamiento de la paz que había llevado a cabo y que había dado lugar a la nueva guerra. Tanto los reyes cristianos como Boabdil convinieron en atribuir tácitamente aquella ruptura de la paz a la intransigencia que habían demostrado los sectores islamistas más radicales de Granada, gente que habían debido padecer tanto los cristianos como el propio Boabdil.

Fue avanzado el otoño, ya en lo hondo de esa caverna con la que soñaba el rey maldito de los nazaríes, cuando se firmaron los tres pliegos donde quedaban fijadas las condiciones de la capitulación de Granada. La noche del 25 de noviembre, en Santa Fe, Abul Casím el Muleh, con el pulso firme y sin dejar traslucir ante los cristianos ningún asomo de emoción, firmó cada uno de los documentos alumbrado por la luz temblorosa de los cuatro candiles que iluminaban la estancia de Fernando de Zafra, secretario real.

La noticia fue corriendo por la ciudadela cristiana. Al principio lo hizo de modo lento y dudoso, pero poco a poco la celebración fue ganando en aparatosidad. Antes del amanecer, la algarabía despertó a Gonzalo Fernández de Córdoba. Hombres borrachos vitoreaban a lo lejos los nombres de los reyes Fernando e Isabel mezclados con el del apóstol Santiago, los patrones de sus tierras y los de medio santoral. Y cuando por la mañana Gonzalo fue a acercarse a las dependencias reales, por todas partes fue encontrando grupos de gente insomne, borrachos y mercaderes que fantaseaban con las ganancias que obtendrían con la nueva situación sin que ninguno de ellos conociese todavía las condiciones en las que se había acordado la rendición ni el modo en el que a partir de entonces vivirían los granadinos.

Nobles, soldados, clero, damas y prostitutas, mendigos y señores de distinto rango y linaje acudieron ese día a la misa que se ofició para dar gracias a Dios por la conquista de Granada, el fin del poder árabe en la Península y la llegada de la paz. Hubo festejos de todo tipo y se celebraron algunas justas en las que los nobles ponían de manifiesto ante las damas de la corte la habilidad con las armas que habían adquirido en años de combate.

La efusión continuó en los días siguientes. Y aunque el ejército real mantenía la disciplina y ya iba recibiendo las primeras instrucciones de cómo irían penetrando en Granada, los civiles de Santa Fe continuaban en un estado de permanente excitación. No era raro ver rodar por los suelos a algunos patanes que, a pesar del vino bebido y

de que los prados ya tenían una resbaladiza y crujiente capa de escarcha cubriéndolos, se entretenían en el juego de la pelota y en hacer apuestas con sus usuras y los maravedíes que habían ganado en sus fugaces comercios.

Gonzalo parecía el único ser melancólico en medio de aquel bullicio y así se lo hizo ver Ponce de León. El marqués de Cádiz salía de tener audiencia con la reina Isabel y se encontró con Fernández de Córdoba en las inmediaciones del recinto que la reina ocupaba. Hablaron los dos hombres y el marqués mencionó la melancolía de Gonzalo. No se excusó por ella Fernández de Córdoba y simplemente, para justificarla, señaló el bullicio que tenían a su alrededor. «No pensé que tantas batallas ni todas esas heroicidades y desgracias que han pasado ante mis ojos en estos años se borrarán de pronto para dar paso a esta algazara», dijo Gonzalo.

Asintió Ponce de León. El veterano soldado pasó sus gruesos dedos por las cicatrices y viruelas de la cara, por aquel rastrojo anaranjado de su barba, y convino en que el trabajo de los soldados parecía hecho por los mercaderes, pues tan grande eran su alegría y la euforia con las que celebraban la conquista de Granada. A pesar de todo, dijo confiar en que el buen sentido de los reyes hiciera que aquel júbilo se calmase y la normalidad acabara por llegar una vez pasados aquellos días de expectativas y desconcierto. «Todo se acaba, una época cierra sus páginas ante nuestros ojos y un tiempo nuevo nos aguarda», decía Ponce de León cuando un nuevo grupo de gente se arremolinaba en la entrada de los aposentos reales.

Un hombre de mediana edad y mirada triste, acompañado de un muchacho endeble, se abría paso entre la gente con la ayuda de unos guardias y accedía al lugar reservado para quienes tenían audiencia con los monarcas. Gonzalo se quedó mirándolo, sorprendido por el aire discreto y decidido de aquel hombre avanzando entre el gentío. Ponce de León, que, sin compartirlo, descubrió el interés de su amigo le informó de que ese hombre era «otro genovés. Cristóbal Colón, el marino que pide el favor de la reina para sus extravagantes navegaciones y que viene acompañado por su hijo, como un limosnero».

Se perdió aquel hombre entre la multitud y se perdían los últimos días de aquel otoño sin que se fijara la fecha exacta en la que la entrega de Granada se llevaría a cabo. Y si en un principio se acordó la próxima primavera para la entrada de los cristianos en la ciudad, pronto empezaron a rebajarse los plazos, pues ni los cristianos querían prolongar más tiempo aquella situación de espera ni Boabdil y los suyos deseaban dar espacio a que en esos meses los descontentos con los acuerdos pudieran levantar motines y rebelar a los habitantes de Granada, que en esos días oscilaban como una marea embravecida y temerosa al mismo tiempo, sin que se pudiese predecir qué rumbo tomaría ese flujo ni en qué podía desembocar tanto desasosiego.

Finalmente, quedó fijado el día 1 de enero para la salida de Boabdil de la ciudad y el cambio de poder, que habría de producirse ese mismo día, el primero de 1492.

Desde semanas antes, Boabdil, a quien se había concedido un inexpugnable señorío en las Alpujarras al que se retiraría con los suyos, había ordenado que fueran difundidos por la ciudad algunos de los términos de la rendición. La soberanía de Granada, efectivamente, pasaba a ser de los reyes de Castilla y Aragón, pero todos los granadinos quedarían acogidos a una amnistía y al perdón de culpas anteriores, quedando asimismo perdonados los malos tratos que pudieran haberse infringido a los cautivos cristianos. Se aseguraba además en aquellos acuerdos que ningún cristiano nuevo de origen judío sería recaudador de impuestos ni tendría poder sobre los musulmanes y que estos tendrían libertad completa de culto sin que ningún cristiano pudiera entrar en sus mezquitas ni *algimas* o casas de oración sin permiso previo de los imanes y faquíes.

Se propalaban y se les daba el mayor pábulo posible a las condiciones favorables que Boabdil había obtenido para los granadinos. Pero, a pesar de ello, nadie podía combatir los rumores que desmentían la bondad de esos acuerdos y engrandecían los favores que Boabdil había obtenido para sí mismo y para los suyos. Aben Comisa, enviado de Aixa, y Muza ben Abul Gazán, por su propia cuenta, se encargaban de difundir las habladurías y trataban de reunir a su alrededor grupos de resistencia. Pero, salvo algunas tentativas esporádicas, medianamente violentas, no hubo respuesta a esas llamadas. Las fuerzas de la ciudad estaban verdaderamente agotadas y la garantía ofrecida por Boabdil de poder conservar su forma de vida moderaba a los granadinos, quedando su rabia desahogada solo con las palabras.

Boabdil vivió sus últimos días en la Alhambra en la mayor soledad posible. El amanecer siempre lo sorprendía despierto, observando cómo la luz plomiza de diciembre iba ganándole trabajosamente su lugar a la oscuridad. Observaba con una distancia casi material, como si se encontrara detrás de un velo tupido, el continuo movimiento que esos días había en la Alhambra. Era la misma distancia que había sentido cuando fue hecho prisionero después de la batalla de Lucena, cuando la victoria y la gloria se desvanecieron de pronto igual que cenizas vertidas en un poderoso caudal y la paz inundó su pecho como si él mismo fuese parte de ese río, del poderoso caudal de la vida que arrastraba y desmenuzaba todas las vanidades del mundo.

Por el Generalife veía a los niños, hijos de nobles y generales, jugando entre los jardines como si nada en el mundo importase más que el inocente juego que los ocupaba. El infinito recogido en aquellas piezas de madera, en esos caballos de pino tintados de colores llamativos. Él mismo iba a refugiarse en los brazos de Moraima como si fuese un niño. Cada anochecer despachaba con El Muleh. Las voces de los imanes desde los minaretes nunca habían estado tan cerca del cielo ni de la verdad como en aquellos días.

Y así venció el último plazo y llegó la última jornada, sin que nada extraordinario

anunciase que se había llegado al final de los nazaríes en aquella tierra. Solo cuando ya estaba avanzado el día, en un extremo de la ciudad se percibió un amontonamiento de gente que poco a poco fue creciendo. Eran los quinientos rehenes árabes que se entregaban a los cristianos para asegurar que Boabdil cumpliría lo pactado. Nobles e hijos de nobles que salían al campo abierto conducidos por la guardia real y que provocaron un tumulto entre los granadinos que iban llegando desde todos los rincones para ver salir aquella deshonrosa comitiva. Profirieron gritos contra Boabdil y los reyes cristianos, arrojaron piedras sobre los militares. Cargaron contra ellos los soldados con las espadas desnudas, y hubo entre el propio ejército algunos soldados que se rebelaron contra sus oficiales y apoyaron la revuelta popular. Su sangre fue la última derramada en aquella guerra.

Con el fin de evitar nuevos asomos de rebelión, Boabdil pidió a los reyes cristianos que esa misma noche enviaran tropas para ocupar la alcazaba y todo el perímetro de la Alhambra. Después del atardecer, una columna mandada por expertos capitanes salió de Santa Fe rumbo a Granada y tomó posiciones en las afueras de la ciudad, esperando la orden de entrar sin ser vista. Gonzalo Fernández de Córdoba no quiso formar parte de aquella fuerza de ocupación. Pidió al rey Fernando que lo dispensara de participar en la misión. Había hecho mucho por la conquista de Granada y no reconocía en esa sensación de contrastes amargos el sabor de la victoria. «¿Es esto la victoria?», había llegado a preguntarle a Ponce de León, antes de despedirse aquella mañana de festejos en la que se habían encontrado cerca de los aposentos de la reina. Y el marqués de Cádiz, con una media sonrisa dibujada entre el desastre de su cara y sus ojos zorrunos entornados, le respondió: «Sí, esto es. Si alguna vez hubierais experimentado la derrota, una verdadera derrota, sabríais apreciar el latido feroz de la victoria».

De madrugada entró la columna cristiana en la Alhambra y fue ocupando sus principales dependencias y torreones. Esa misma noche, después de que se afianzaran en sus puestos los castellanos, El Muleh y Aben Comisa guiaron al comendador mayor de León, Gutierre de Cárdenas, y a algunos de sus oficiales hasta la alcazaba. Allí esperaron al calor de una endeble hoguera hasta que un capitán de la guardia de Boabdil los mandó llamar. Atravesaron Cárdenas, El Muleh, Comisa y los oficiales cristianos la plaza de los Aljibes, el patio de la Madraza y el de los Arrayanes, y por todas partes, en medio de un paisaje que había cobrado un aire fantasmal, iban viendo apostados a los soldados de Castilla y Aragón en estado de alerta, escrutando desde sus puestos cualquier movimiento.

Empezaba a amanecer cuando El Muleh y quienes lo acompañaban entraron en la torre de Comares. Al llegar a la sala mayor de ese edificio se encontraron allí con la figura leve, adelgazada por la penumbra, de Boabdil. Estaba solo. Vestido con ropas sencillas. El Muleh no quiso avanzar más. Desde el fondo de la sala vio cómo

Gutierre de Cárdenas se acercaba a Boabdil y se inclinaba ante él con un respetuoso saludo. Los capitanes cristianos que lo acompañaban miraban todo aquello con distancia y también con algo de desdén.

No oyó El Muleh lo que Boabdil y el comendador de León se decían, pero observó el gesto, la sonrisa de su señor, y vio cómo en un gesto simple, alejado de cualquier trascendencia, entregaba a Cárdenas las llaves de la Alhambra. Los dos hombres se volvieron a saludar con muestras de respeto antes de que Boabdil se diera la vuelta y desapareciese por el pequeño vano que tenía a su espalda.

Al poco, un rumor creciente empezó a envolver la Alhambra entera. Unas voces que querían ser quedas iban y venían llevadas por la liviandad de aquel aire frío de enero, el primer aire de la mañana, transparente, suave como la seda fría.

Cascos de caballos, relinchos y ruido de armas. Un fragor sordo haciéndose cada vez más denso y evidente. Llegaba Íñigo López de Mendoza, marqués de Tendilla, con más hombres. Aquellas eran las verdaderas tropas de ocupación. Habían recorrido el lado sur de la ciudad, bordeándola, para remontar el camino hacia la Alhambra sin ser advertidos por el pueblo, que ya empezaba a llenar las calles y podría haberse agitado al ver entrar tanta gente armada.

El marqués de Tendilla se hacía con el mando de la Alhambra, ordenaba que se izara el pendón de Castilla y una cruz en el punto más alto de la torre de la Vela. Después de distribuir a algunos de sus hombres para acabar de reforzar el recinto fortificado, disponía al grueso de sus tropas para que fueran descendiendo hacia Granada y en formación cerrada ocuparan los enclaves principales. Mientras, por el lado contrario de la ciudad, callada y sin apenas atraer la atención de algún curioso, salía la comitiva de Boabdil.

Antes de salir de la Alhambra, Boabdil había querido ver su cara reflejada en el estanque de los Arrayanes. Allí se inclinó y en la luz difusa del amanecer contempló su rostro quieto y recordó cómo de niño iba allí mismo para asomarse en busca de un raro misterio. Quizá buscase a ese hombre derrotado que hoy se inclinaba exactamente en el mismo lugar.

Se levantó y caminó despacio. Leve, como el aire de la mañana, sintiéndose hecho de la misma materia. Al llegar al final del patio vio la comitiva que lo esperaba. El Muleh, capitanes de su guardia, cincuenta hombres a caballo, con lanzas y banderolas. Se giró sobre sí mismo. Miró el patio, el torreón del palacio colindante, el agua en la que por última vez había aparecido su imagen. Y se agachó, se arrodilló Boabdil y besó el suelo.

Ahora iba con aquella escolta de lanzas y capas rojas, descendiendo hacia el campo abierto, donde lo esperaban los reyes cristianos. Los granadinos que lo habían visto salir de la ciudad se habían quedado parados y callados a su paso. Una adolescente le había lanzado pétalos blancos desde una ventana.

A lo lejos, ya divisaban cómo la comitiva de los reyes Isabel y Fernando había llegado a la llanura que les serviría de punto de encuentro. Los soldados cristianos estaban formados en batallones, con gran solemnidad. Poco a poco, Boabdil fue viendo cómo se perfilaban las figuras bajo los pendones y banderas. La majestad de las damas, el púrpura del clero, el reflejo gris, casi opaco de las armas.

Cuando ya se encontraban casi frente a frente, Boabdil frenó su caballo y su séquito se detuvo con él. Ya se distinguían los rostros, ya veía Boabdil en qué lugar se encontraba cada uno de los reyes. Fernando descendió de su caballo y dio dos pasos al frente. La reina permaneció sobre su montura.

Desmontó Boabdil y se acercó con el paso firme pero liviano que siempre había tenido. Cuando ya llegaba hasta donde se encontraba el rey Fernando, hizo el gesto de arrodillarse ante él. El rey se lo impidió tendiéndole los brazos y alzándolo, antes de que la rodilla de Boabdil tocara el suelo embarrado por la escarcha. En señal de respeto o sumisión, Boabdil besó de todos modos el hombro del rey. E inclinó la cabeza ante la reina, que correspondió a su gesto.

Vio caras severas, la piel demacrada del gran cardenal de España, ojos admirados de damas, lagrimeando por la dureza del frío y la ventisca, y allí, a un lado del rey, el rostro familiar de Gonzalo, su mirada fija en él. Se mantuvieron un instante unidos a través de ese lazo antes de que Boabdil, volviendo a posar la vista en el rey Fernando, sacara de su túnica un rubí engarzado en una pieza de oro.

—Os entrego esta joya como símbolo de las llaves de Granada, vuestra ciudad.

Boabdil tendió la mano y el rey aceptó el ofrecimiento. Prometió dar un gobierno justo y misericordioso a los granadinos y cumplir todo lo que se había pactado sobre su futuro. Boabdil asintió y pidió que así lo quisiera Alá dentro de su bondad. Fernando deseó que Dios Nuestro Señor guiara esa misma voluntad. Y fue entonces cuando Boabdil recordó a Fernando que él y su majestad la reina aún guardaban una querida posesión suya. La sonrisa de Fernando fue en esta ocasión sincera. De entre los nobles que había a la espalda del rey, muy cerca de donde se encontraba Gonzalo Fernández de Córdoba, surgieron las figuras de Ahmed y Yusuf, los hijos de Boabdil.

Ahmed, después de abrazarse a Gonzalo, que lo quería como a un hijo suyo, y hacer una reverencia a la reina y al rey se acercó a su padre y le besó la mano. Yusuf siguió los pasos de su hermano mayor, algo asustado. Boabdil inclinó la cabeza en señal de despedida ante los reyes y se dio la vuelta. Los lanceros que acompañaban a Boabdil vieron cómo este se acercaba, teniendo su mano derecha puesta en el hombro de su hijo mayor y llevando al otro lado al pequeño Yusuf. A su espalda quedaban los reyes, aquella profusión de banderolas, estandartes y colores estridentes ondeando bajo el cielo pálido de enero. Las damas asombradas, los obispos y los soldados de la conquista.

Montaron en sus respectivos caballos Boabdil y sus hijos. Los cincuenta soldados

de la guardia giraron sobre sí mismos y comenzaron a seguir el paso alegre, vivo, del rey destronado. Gonzalo Fernández de Córdoba miraba alejarse por aquel pedregal con color de hierro el fulgor escarlata de los soldados. A su alrededor todo era silencio y solo se oían los cascos de los caballos y el golpear del viento en las banderas. Ya nunca volvería a ver a aquel hombre que se perdía entre sus soldados y los quiebro del camino.

Boabdil sentía que estaba alcanzando un nuevo lugar en el mundo. Más que doblar un recodo del tiempo y comenzar una nueva época, tenía la sensación viva, casi palpable, de que se estaba trasladando en el espacio, de que realmente estaba llegando a un lugar desconocido y nunca visto por más que aquellas montañas y aquellos prados hubieran sido frecuentados por él en tantas ocasiones. Pero había algo en el aire, o probablemente en el interior de sí mismo, que le confería a aquellos campos una nueva dimensión, nunca hasta entonces advertida.

Una alegría sutil, casi líquida, se abría paso en el corazón de Boabdil. Sí, llegaba a un nuevo lugar, a un espacio en el que las paredes, los muros de su pecho se engrandecían. Él formaba parte de aquel aire que entraba en sus pulmones porosos, casi abiertos en canal. Su caballo remontaba una colina y al fondo, en una pequeña llanura, esperaba el resto de los exiliados nazaríes, Aixa, su pequeña corte, un grupo de nobles. Y allí, entre un numeroso grupo de sirvientes, carros y animales de carga, entre soldados y nobles, se estremecía suavemente la túnica pálida de Moraima.

Se adelantó unos pasos Moraima, y Ahmed, soltando la rienda de su caballo, fue a su encuentro. Yusuf, alegremente, fue tras él. Desmontaron. La madre y los hijos se abrazaron. Todo el grupo que había estado aguardando la llegada de Boabdil comenzó a moverse. Los carreteros iban a sus vehículos, los arrieros alineaban y ponían en marcha a las mulas. Los soldados unían su formación. El señorío ubicado en los confines de las Alpujarras los esperaba después de un largo viaje a través de las montañas.

El viento venía helado. Los manchones de nieve a cada paso eran más grandes y espesos. El aire cristalino de la mañana cortaba la piel con una fuerza renovada, viva. Ascendían. Boabdil marchaba en la mitad de la caravana. El mundo nuevo. A su izquierda, al borde de un barranco, vio detenida la figura de El Muleh, desde la altura de su caballo miraba al horizonte. Boabdil se detuvo a su lado y dirigió la vista hacia el mismo lugar. Granada. Alumbrada por el sol, emitía fulgores dorados. Por encima de ella aparecían el bosque oscuro de la Alhambra y sus edificios pintados de rojo. En esos momentos marcharía la comitiva de los reyes cristianos por las calles de la ciudad. Estandartes, cruces, música. Granadinos recelosos, asustados, tal vez esperanzados. Boabdil cruzó una sonrisa triste con El Muleh. Este entornó los ojos, hizo un gesto de asentimiento y se incorporó a la marcha.

Boabdil todavía permaneció unos instantes observando la ciudad. Sintió cómo se

le acercaba una sombra. Sin girar la cabeza, reconoció en aquella silueta oscura la figura de su madre. Aixa se detuvo junto a él. Quizá mirase también el fulgor dorado de Granada o tal vez el efecto que aquella imagen provocaba en su hijo. Cuando Boabdil miró la cara de su madre, se encontró con la vista de ella puesta en él. La boca de desprecio, la brea y los cuervos de los ojos y las cejas.

Boabdil apretó suavemente los flancos de su caballo. A una veintena de pasos, cerrando la caravana, distinguió la capa blanca de Moraima. Avanzó hacia ella y creyó que él mismo era un fantasma, un ser que huía de su propio cuerpo, de su propia maldición.

CODA

El destino de los protagonistas de aquel pasaje de la historia fue dispar. Vino aquel tiempo nuevo del que todos hablaban, pero en su seno ese río arrastraba el temblor del pasado. Como siempre ocurre. Ni Granada fue paraíso para los granadinos ni Boabdil pudo escapar de aquellos hados que desde su nacimiento y a lo largo de toda su vida lo habían señalado como maldito.

Apenas llegó al año y medio el tiempo que Boabdil vivió en su señorío de las Alpujarras. Hasta allí llegaban las noticias dolorosas de Granada. Los reyes cristianos partieron unos meses después de la conquista a Barcelona. Nunca Granada desapareció de la memoria de los reyes. Aquella ciudad quedaría como uno de los emblemas más altos de su reinado y por eso más adelante la elegirían para que en ella descansaran sus restos. Cuando Isabel y Fernando marcharon a Barcelona, la autoridad granadina quedó en manos del nuevo alcaide de la Alhambra, Íñigo López de Mendoza, del obispo Hernando de Talavera y del secretario real, Fernando de Zafra. A ellos miraba la gente de Granada cuando veían incumplidos los acuerdos de las capitulaciones, que una y otra vez eran pisoteados. A ellos, a los reyes cristianos y a Boabdil, pelele que los había dejado en manos de aquella gente, maldecían una y otra vez.

Boabdil fue sabiendo de traiciones, de desgracias. Muchos de sus amigos y leales que habían quedado en Granada sufrieron destierro, fueron apresados o incluso muertos. Reclamó al rey Fernando el cumplimiento estricto de los acuerdos y este le contestó con unos escritos en los que se replanteaban los pactos y se hacían más estrechos para los granadinos. Boabdil hizo planes, todavía pensó en nuevas estrategias con las que presionar a sus rivales. De todo ello fueron teniendo noticia anticipada en el campo cristiano. Aben Comisa servía puntualmente toda esa información a Fernando de Zafra, para quien espiaba.

Todo eso empequeñeció y fue pudriendo el mundo de Boabdil. Tampoco tuvo el consuelo de aquella vida apacible que tanto había anhelado junto a Moraima. También eso le estuvo negado. Su mujer enfermó súbitamente a los pocos meses de llegar a las Alpujarras. Fue una enfermedad extraña y devastadora. Moraima, con la luz profunda de aquellos ojos perdida, murió ya avanzado el año 1492, en vísperas de que en Castilla empezaran a celebrar lo que parecía ser el descubrimiento de unas nuevas tierras al otro lado del océano.

Desolado, después de meses de dolor y comprendiendo finalmente que su lugar estaba lejos de Granada —lejos de sí mismo, como fue a decir algún poeta de recurso fácil—, Boabdil decidió partir, ir a vivir para siempre a África. Cuando comenzaba el

otoño de 1493 salió de Granada, camino de Fez, donde se establecería en la corte de su pariente Muley Ahmed, sultán de Fez. Iban con él sus dos hijos, su madre, Aixa, y el fiel El Muleh. Aben Comisa, ya descubierto por Boabdil en sus intrigas, marchó a la corte española y bajo la tutela piadosa de la reina Isabel abrazó la fe católica con el nombre de Juan de Granada.

Cuentan que a pesar de las maledicciones que corrían en contra de Boabdil, una multitud fue a despedirlo el día de su partida. También se extendió la leyenda de que fue bajo la protección del propio Gonzalo Fernández de Córdoba y sus soldados como cruzó hasta África, y que solo al regreso de ese viaje, cuando desembarcó en el puerto de Málaga, pudo Gonzalo comprender el dolor que asolaba a su amigo Boabdil.

En cualquier caso, lo realmente cierto es que Gonzalo había sufrido un grave desengaño durante la toma de Granada. Vio con vergüenza las humillaciones que siguieron a la rendición de la ciudad y cómo unos y otros trataban de vejar la figura de Boabdil. Pero no hizo nada. Ni siquiera se enfrentó a Fernando de Zafra cuando este fue más allá en sus abusos de lo que su deber pedía. Gonzalo quería pensar que era la inevitable ley de la guerra y que la medida de la justicia y la reparación de las afrentas por parte de los vencedores siempre estaría alejada de la visión de los vencidos. Su ambición personal también podría haberse resentido si hubiera hecho frente a aquellos abusos de modo desproporcionado.

Gonzalo supo que Boabdil se sintió traicionado ante esa actitud suya. Aquel periodo siempre tuvo un sabor amargo en la memoria de Gonzalo. Vidas paralelas que cada vez fueron alejándose más, unidas solo por los hilos de la memoria y los rescoldos, ya humeantes, de una amistad imposible. Gonzalo Fernández de Córdoba partiría en 1495 al frente de los ejércitos españoles que el rey Fernando envió a Nápoles en apoyo de ese reino contra los franceses. Atraído desde años atrás por el florecimiento italiano de la época, Gonzalo se convirtió allí en un verdadero hombre del Renacimiento y en un militar audaz y revolucionario. Dos largas campañas de gran dureza y una estrategia política de mucha complejidad le otorgaron el sobrenombre del Gran Capitán y le dieron el título de duque de Santángelo.

Y así, mientras Gonzalo alcanzaba la condición de virrey de Nápoles, al otro lado del mar, Boabdil llevaba a cabo su nueva vida, lejos del esplendor que había alcanzado la de Gonzalo. Aixa, la severa, la indestructible, murió a los pocos meses de la llegada a Fez. Atrás había quedado el fulgor de Granada, pero aunque Boabdil ya no era más que un rey destronado y un hombre sin tierra, en las crónicas de la época quedó recogida su intervención en la guerra de los Xerifes al lado del sultán de Fez. Por todas partes se habló de su gloriosa actitud en el campo de batalla y de cómo, tal vez ya sin nada que temer, demostró su valentía. Murió muchos años después de abandonar Granada, en 1533. Fue enterrado en Bab-al-Sariá, y allí,

rodeada por un seco pedregal y azotada por un viento que durante el día arrastra arena y polvo y por las noches sopla igual que un lamento, quedó su tumba.



ANTONIO SOLER. Nació en Málaga el 28 de septiembre de 1956. Estudió para Técnico en Actividades y Empresas Turísticas por la Escuela de Turismo de Málaga. De joven, vio truncada su carrera de atleta por un accidente de tráfico y la convalecencia le permitió iniciarse en la escritura. Casi toda su obra ha sido galardonada, ya en 1986 ganó el Premio Ateneo de Valladolid con su primera novela corta, *La noche*.

Desde 1988 trabaja como guionista de televisión y ha sido colaborador fijo de los diarios Sur, ABC y El Mundo (Andalucía) y de los suplementos dominicales de El Periódico de Barcelona y El semanal.

En 1992 apareció su volumen de relatos *Extranjeros en la noche*. En 1993 ganó el premio Andalucía de novela con *Modelo de pasión*. Su consagración llegó con el Premio Herralde y el de la Crítica por su novela *Las bailarinas muertas*. En 1999 ganó el Premio Primavera de novela con *El nombre que ahora digo*.

En el año 2000 realizó una estancia de varios meses en el Dickinson College de Pensilvania como escritor en residencia y en 2003 fue invitado a residir durante un trimestre en Villa Mont-Noir, la casa situada en el Departamento del Norte francés que fue propiedad de la familia de Marguerite Yourcenar y que actualmente es una residencia para escritores europeos.

En 2004 recibió el Premio Nadal por *El camino de los ingleses* que Antonio Banderas llevó al cine con guión del propio Antonio Soler.

En 2006 publicó la novela *El sueño del caimán*. En 2010, *Lausana* y en 2012, *Boabdil. Un hombre contra el destino*.

Es miembro fundacional de la Orden del Finnegans, Los miembros de esta Orden

—cuyos otros cuatro fundadores son Eduardo Lago, Jordi Soler, Enrique Vila-Matas y Malcolm Otero Barral— se obligan a venerar la novela *Ulises* de James Joyce y, a ser posible, asistir cada año en Dublín, el 16 de junio, al Bloomsday, larga jornada que culminan, al caer la tarde, en Torre Martello (arranque de la novela) leyendo unos fragmentos de *Ulises*, y caminando después hasta el pub Finnegans —la Orden toma su nombre de ese bar— en la vecina población de Dalkey.